

LIBRO BASADO EN LA SERIE DE TELEVISIÓN

RICHARD CASTLE

A black silhouette of a woman in a form-fitting outfit and high heels, holding two handguns, stands in the center. The background is a vibrant, orange and red cityscape at night, with blurred lights and building outlines.

CALOR EXTREMO

Lectulandia

En la séptima entrega de la serie protagonizada por Nikki Heat, la detective se despierta su primera mañana como capitán de la policía de Nueva York con la terrible noticia de que su psiquiatra ha aparecido muerto en el río Hudson. Y eso no es todo, porque pronto descubrirá que su novio, el periodista Jameson Rook, ha estado entrevistando en secreto a su terapeuta como parte de la investigación para un nuevo y explosivo artículo.

El sentimiento de traición de Heat se agrava con la negativa de Rook a compartir información confidencial sobre la víctima. Su relación de pareja no pasa por su mejor momento y, sin el apoyo de su psiquiatra para afrontar las dudas que le surgen sobre su compromiso matrimonial, Nikki está cada vez más confusa.

Y, mientras tanto, sobre la mesa de su despacho tiene nada menos que diez sospechosos en la investigación por el asesinato...

Lectulandia

Richard Castle

Calor extremo

Nikki Heat - 07

ePub r1.0

Titivillus 25.09.16

Título original: *Driving Heat*
Richard Castle, 2015
Traducción: Eva Carballeira Díaz

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Por ti.
Por nosotros.
Siempre.*

Lo último que Nikki Heat esperaba cuando la ascendieron a comisaria del Departamento de Policía de Nueva York era el fuerte deseo que sentiría por Rook al ver su expresión de orgullo entre el público. Durante la ceremonia, ella se había mostrado circunspecta, atenta, concentrada y profundamente conmovida. Pero a medida que se acercaba el final, al ir liberándose de la actitud formal y decorosa que se le exigía durante el acto, agarró su nueva placa dorada, examinó las filas llenas de familiares y amigos dentro del auditorio y vio a su prometido.

En el taxi de vuelta a casa de Rook, cuando Nikki le estaba contando que el vídeo de *Héroes* que habían puesto con la voz de James Earl Jones la había hecho llorar, se dio cuenta de que él la estaba mirando fijamente, escuchándola con atención mientras ella le contaba lo que había sentido y pensó en hacerle el amor allí mismo. A continuación, Rook le sostuvo la mirada de tal forma que ella supo que él también sentía lo mismo.

El calor mudo del deseo de los dos y las expectativas de lo que les esperaba durante el trayecto en ascensor hasta el *loft* que Rook tenía en Tribeca no eran ninguna novedad. Todo eso y mucho más chisporroteaba entre los dos durante el lento ascenso mientras permanecían apoyados en rincones opuestos de aquella bestia traqueteante. Pero esta vez, en medio de la atmósfera cargada de aquel ascensor industrial, los juegos de ojitos, las miradas directas y la transparencia de su deseo se volvieron lo suficientemente densos como para cobrar vida. El decoro desapareció para dar paso al impulso animal.

Como si fueran una sola mente, se arrojaron el uno sobre el otro. Nikki, que empezó con cierta ventaja, llevaba suficiente fuerza en su deseo como para llegar hasta Rook antes de que él recorriera su mitad del camino y le empujó hacia atrás hasta chocar con el cierre de corredera de la cabina del ascensor. El gemido de él tras el impacto no fue en absoluto de dolor, sino más bien de deseo. Rook estrechó sus largos brazos alrededor de ella. Nikki se apretó contra él desde abajo, estremeciéndose y atrapando el lóbulo de su oreja entre los dientes. Una de las manos de él abandonó la espalda de ella para buscar con torpeza el panel de los botones. El ascensor se detuvo con una sacudida entre dos plantas, haciendo que se tambalearan el uno sobre el otro.

Juntaron sus bocas. Rook volvió a colocar la palma de la mano sobre el trasero de ella para atraerla hacia él. Ella se resistió, pero solo para hacer el espacio suficiente como para meter las manos entre los dos cuerpos y desabrocharle el cinturón. Para cuando lo hubo hecho, los dedos de él ya estaban bajándole la cremallera a Nikki.

Tras una unión cósmica interrumpida por una serie de voces impacientes desde el hueco procedentes de un repartidor de *pizza* que estaba en el vestíbulo, hicieron bajar el ascensor con sus ruidos metálicos y recorrieron el corto pasillo hasta el *loft* mientras seguían pegados el uno al otro como imanes.

—No puedo creer que no hayamos hecho esto antes —dijo ella.

Rook sonrió.

—La clave está en tener el ascensor para los dos solos. Créeme, no te gustaría montar una escena como esa mientras el señor Zeiss, el del 302, nos está mirando.

Nikki se imaginó al diminuto vecino de gafas gruesas y se rio. A continuación, tras pensarlo mejor, miró a Rook de soslayo.

—No lo habías hecho antes ahí dentro, ¿verdad? —preguntó—. Es decir, has sido bastante hábil con el interruptor.

—Digamos que hoy es un día de primeras experiencias y dejémoslo ahí. —Se giró ante la puerta para mirarla y le acarició las nuevas insignias doradas del cuello de su uniforme blanco—. Por ejemplo, has sido mi primera comisaria de policía, comisaria Heat.

Nikki se sorprendió al oír su nuevo rango, lo mismo que cuando el inspector de policía se lo había dicho al tomarle juramento. Una vez más, Heat sintió la extrañeza de su nuevo cargo y el peso abrumador de sus nuevas obligaciones. Aunque sabía desde hacía meses que su ascenso estaba cerca, ahora que había prestado juramento, le habían puesto las insignias y le habían actualizado la placa, aquella buena noticia ya había dejado de ser como hablar sobre la Navidad en una merienda campestre el Día del Trabajador. Había llegado el momento, su cargo de comisaria era oficial y con él una sensación punzante a la que ella había puesto el nombre de Asustada-Feliz.

Rook abrió la puerta y la dejó pasar delante de él. Desde el umbral, oyó un débil gimoteo y la acompañó al interior, donde ella se limpiaba una lágrima de la mejilla. Ante ella se abría un *loft* transformado en una carroza con los colores del Departamento de Policía de Nueva York: manteles azules que cubrían la encimera y la mesa de comedor de la enorme sala que había más atrás; banderines azules y blancos que colgaban del techo entrelazados con lazos azules y blancos que sujetaban globos de helio azules y blancos; media docena de arreglos florales de rosas tintadas de blanco mezcladas con lirios azules que adornaban las mesas y las estanterías; una tarta blanca con una fotografía de un distintivo de comisario azul y dorado que incluía la insignia del laurel y la corona y que estaba colocada sobre la mesita de centro junto a una cubitera azul con el blanco preferido de ella, una botella de Jean-Max Roger Sancerre.

—Espera —dijo Rook mientras cogía un mando a distancia para que empezara a sonar *Blue Champagne*, de Glenn Miller en su Spotify. Tras unos cuantos compases, Nikki cerró los ojos y dejó caer el mentón, como si tratara de ocultar el rostro—. ¿Demasiado hortera? —preguntó él.

Nikki levantó la cabeza y se giró para mirarlo y grabar el recuerdo de su amigo, su amante, su prometido al que tan perfecto le quedaba el Hugo Boss hecho a medida que se había comprado exclusivamente para la ceremonia. Volvieron a besarse, con ternura esta vez, y ella enganchó su brazo al de él para llevarlo hacia la mesa de centro.

—Trae las copas de vino —dijo ella tras coger la cubitera.

—¿Y la tarta?

—Primero los postres, luego la tarta —respondió y lo condujo por el pasillo en dirección al dormitorio.

Una sola vibración de la nueva BlackBerry que le habían dado en la comisaría y que estaba sobre la mesilla de noche despertó a Nikki dos minutos antes de que sonara la alarma de las cinco y media en su iPhone. Se dio la vuelta para mirarla y vio un correo electrónico enviado desde la central de la policía en el que les informaban a ella y a la lista de los otros sesenta y seis comisarios de policía de los nuevos protocolos para introducir las cifras del sistema CompStat en la base de datos. Mientras revisaba la invasión del mensaje aparentemente infinito sobre categorías de denuncias, órdenes y tipos de arrestos, la familiar y tensa sensación de Asustada-Feliz se introdujo en su estómago, cobrando más peso la parte de Asustada. Aquel era el primer correo oficial que recibía la comisaria Heat como nueva jefa de la comisaría Veinte después de haber esperado más de medio año para conseguir ese puesto.

Los últimos siete meses habían supuesto un ejercicio de paciencia y diplomacia para Nikki, que había soportado tener que dirigir su brigada de homicidios bajo el blando liderazgo del comisario interino tras la muerte del comisario Irons, mientras todos, incluido el propio comisario interino, eran conscientes de lo que era un secreto a voces: que el puesto sería de ella tan pronto como la maquinaria de la política del departamento pusiera una fecha.

La insignia de comisaria había llegado el día anterior. Ahora sentía el impacto de la cruda realidad: la asunción del mando.

Había oído a Rook levantarse media hora antes y lo encontró sentado en la mesa de comedor en camiseta y calzoncillos, iluminado por el resplandor lunar de su ordenador portátil. Cerró la tapa y lo apagó en cuanto Nikki entró en la habitación arrastrando los pies.

—No dejes de trabajar por mí.

—No pasa nada. —Ordenó los bordes de unas notas y las metió en una carpeta que también cerró, casi de forma furtiva, pensó ella—. Es tan buen momento como cualquier otro para hacer un descanso.

—¿En qué estás trabajando?

—¿Te hago yo esa pregunta? —Se levantó para ir con ella y la envolvió con un cálido abrazo que los dos mantuvieron.

—A todas horas —contestó ella sobre su pecho—. Pero si acabas escribiendo otra novela para que la firme otro, algo que juraste que nunca volverías a hacer, comprendo que no quieras reconocerlo, Victoria St. Clair.

—Por suerte, Disney ha confirmado la posible película basada en mis informes sobre Chechenia, así que ya no tendré que rasgar ningún otro corpiño bajo ese

seudónimo. Salvo el tuyo, claro.

—A propósito, anoche parecías muy empeñado en eso de «Déjate puesta la camisa del uniforme».

Rook frunció el ceño y fingió inocencia.

—¿Eso hice?

—Ya te digo. Y me pediste que dijera: «Ahora soy la comisaria».

—Vale. —Inclinó la cabeza de un lado a otro y sonrió—. Admito que sentí una pequeña excitación inesperada ante esa almidonada camisa blanca con la insignia de comisaria en el cuello.

—¿En serio? Rook, ¿mi uniforme te excita?

—Rara vez te he visto de uniforme. Y, desde luego, nunca en la cama.

—Esto va pareciéndose a un juego de rol. ¿Se trataba de un juego de rol y yo no lo sabía?

—En absoluto. A menos que te haya gustado. —Se rio entre dientes—. No hay nada de malo en hacerlo interesante y divertido.

—¿Necesitamos eso?

—¿Necesitarlo? Por supuesto que no. Pero está bien mantenerlo fresco, ¿no?

—¿Es que no lo está?

—Me parece que me estoy metiendo en un agujero. —Notó su mirada fija y no pudo más que seguir cavando—. Está muy fresco. Aunque, de vez en cuando..., solo de vez en cuando..., admitirás que has estado un poco... distraída.

—¿Como en el ascensor?

—En el ascensor no estabas nada distraída. Ni la mayor parte de las veces. Me estoy expresando mal. Lo único que digo es que quiero asegurarme de que cuando nos casemos podamos...

—¿Mantener la chispa?

—Bien dicho. Sí. La chispa. —Cambió de conversación en cuanto pudo—: Vamos a desayunar. He preparado café.

—Estupendo —dijo ella—. Me lo tomaré con mi tarta.

—Mira qué bien, doña comisaria de las tartas para desayunar.

—Mantengamos la chispa.

Él fingió sufrir el impacto de un puñetazo de Nikki y fue a la cocina en busca de tazas y platos.

Cuando estaban terminando, Rook pasó el dedo índice por su plato para rebañar el glaseado que había quedado.

—Deberíamos encargar nuestra tarta de bodas a esta pastelería.

Esto hizo que Nikki empezara a entrar en pánico por lo retrasados que estaban en sus planes de boda. Hacía tiempo que los dos habían acordado que sería en agosto, por lo cual quedaban aún cuatro meses, pero, con tanto trabajo de los dos, hasta ahora no habían reservado ningún sitio para la ceremonia ni para el banquete ni habían hecho planes para la luna de miel, aparte de hablar de las posibilidades de Venecia,

Niza y Portofino. Para las dos agendas de profesionales de alto nivel, eso suponía una auténtica locura.

—Como poco, deberíamos decidir qué fin de semana para que algunos se reserven el día —propuso ella.

—Estoy totalmente de acuerdo. —Le ofreció el dedo lleno de azúcar glaseado y Nikki lo apartó como cuando Sabatina, el jugador de béisbol, no hace caso de una señal de Stewart—. De lo contrario, a alguno de los de mi lista provisional podrían surgirles otros compromisos. —Se pasó el glaseado por la lengua y empezó a enumerar a unos cuantos invitados—. *Sir Paul* tiene su gira. *Annie Leibovitz* está siempre ocupada. *Bono* me dijo que le dijera una fecha y dejaría lo que esté haciendo, pero no quiero tentar a la suerte, sobre todo si se trata de alguno de sus actos benéficos. *Lena Dunham* está escribiendo su autobiografía..., otra más. *George Stephanopoulos* trabaja todos los días de la semana. Va a tener que inventarse un día nuevo, porque... —*Rook* se dio cuenta de que *Nikki* miraba pensativa hacia un globo azul que durante la noche se había desinflado—. ¿Estoy acaparando toda la conversación? Tú también tienes una lista de invitados, lo sé.

—Bueno, vamos a ver. Están mi padre y su nueva novia. Y su hermana, la tía *Jessie*.

—¿*Jessie*? ¿Me la has presentado?

—Dos veces.

—Claro. Es... ¿Estás segura de que se llama *Jessie*? —El teléfono de *Heat* vibró—. Qué incómodo resulta que la gente se muera cuando estamos tratando de mantener una conversación.

Al ver la expresión de *Nikki* después de que contestara, deslizó un bolígrafo y uno de sus cuadernos de espiral de periodista sobre el mantel azul hacia ella. Se trataba de una llamada que él había presenciado muchas veces: una serie de «ajá, ajá» y la cabeza de ella asintiendo con su rostro angelical tenso ante los acontecimientos terrenales.

—El detective *Ochoa* —dijo después de colgar, aunque *Rook* ya había identificado la voz por lo que había entreoído durante la llamada.

Rook se puso de pie y cogió los platos de postre.

—Voy contigo —dijo. Pero para entonces *Heat* ya había ido a vestirse.

Cuando cruzaron *West End Avenue* a la altura de la calle *Setenta y Dos*, *Heat* le pidió a *Rook* que el coche les dejara en mitad de la manzana, antes de entrar en *Riverside*. Como jefa de comisaría, le entregarían su propio vehículo cuando llegara a la estación de policía, lo cual ya hacía que se sintiera bastante visible.

—Es mi primer día después del ascenso y no quiero llegar al escenario del crimen en una limusina.

—Para ser exactos, es un todoterreno de lujo —la corrigió *Rook*—. Y no es mío. Es un servicio de transporte privado. ¡Me encanta esta aplicación del móvil para que me lleven a los sitios! Ha sido un viaje de diez, *Vlad*. Aquí está bien.

El conductor miró afligido a Heat a través del espejo, pero esta le dijo que no se preocupara de que fuera una zona donde no se podía parar, que se trataba de un asunto oficial.

—Como si no lo supiese ya —dijo Rook cuando ya estaban en la acera. Para enfatizar sus palabras, hizo uso del puño de su chaqueta para limpiar la insignia de la comisaria sobre la camisa del nuevo uniforme. Y al ver que ella no respondía, inclinó la cabeza—: ¿Estás bien?

Nikki asintió distraída. Ya estaba ensimismada mirando en dirección oeste hacia la otra esquina, donde había dos agentes colocados ante el cordón policial a la entrada de Riverside Park. Sabía que al otro lado una vida había llegado a su fin. Heat se detuvo para guardar un momento de silencio por la víctima y su familia, suponiendo que la tuviera. Aunque solo fueron tres segundos, esta muestra de respeto nunca era superficial. La vida era importante. Quizá más cuando uno se dedica a los homicidios.

Cuando la pareja de policías levantó el cordón para que pasaran, Nikki se fijó en que ambos llevaban manga corta, señal de que quizá el mes de abril se estuviera tomando en serio lo de volverse más cálido. Esto hizo que se tensara ante el breve recuerdo de que se aproximaba a toda velocidad cierto día de agosto y aún no habían preparado nada. Desde la estatua de Eleanor Roosevelt, Heat y Rook recorrieron el camino a pie y, cuesta abajo, pasaron junto a la zona vallada para los perros —que esa mañana estaba vacía debido a la presencia policial— y, a continuación, oyeron el eco de sus pasos dentro del pasadizo abovedado de piedra bajo la autopista Henry Hudson. Al otro lado del túnel, entre el campo de sóftbol y el río, el Greenway se había transformado en un aparcamiento improvisado para seis coches de la policía, una ambulancia en la que no se desarrollaba ninguna actividad y un furgón blanco con una franja lateral azul en la que decía: «Médico forense».

—Dada mi amplia experiencia como periodista de investigación, puedo decir que esto es el escenario de un crimen.

Nikki no le hizo caso, porque ya estaba inmersa en su examen de aproximación haciendo un reconocimiento de la geografía, los sonidos y los olores, y dejando que la familiarización con aquella zona le hablara. Los detectives perezosos llegaban y se ponían a hacer preguntas. A Heat le gustaba hacerse una idea por sí misma antes de hablar con nadie.

Lo que estaba viendo a las 6:20 de ese día era una mañana limpia de primavera llena de nuevas promesas. El campo de juego estaba vacío, pero había un bate de aluminio apoyado en la valla de protección junto a un cubo blanco lleno de pelotas y otras tres de ellas estaban tiradas como pequeños cocos blancos sobre la hierba sin cortar del lado derecho. Los corredores y ciclistas ya habían salido, pero se les cortaba el paso en los extremos norte y sur de la pista asfaltada, debido al asesinato, y se les obligaba a buscar una ruta alternativa. El sol había salido unos minutos antes y aún no había alcanzado la parte superior de los altos edificios de apartamentos del

West Side, así que la franja de zona verde bordeada por árboles que iba en paralelo al río Hudson permanecía oscura. Una fresca brisa soplabá por el río desde el lado de Nueva Jersey, lo suficientemente fuerte como para que las gaviotas abrieran sus alas y permanecieran inmóviles moteando el agua con dibujos que cambiaban de forma. En el campo de críquet, adyacente al de sóftbol, el detective Rhymer estaba hablando con un hombre de rostro enrojecido demasiado grueso para vestir con ropa de licra que estaba junto a una bicicleta Cannondale Slice. A cuarenta metros de distancia, en el borde del carril bici, el detective Feller interrogaba a una joven muy pálida que llevaba guantes para batear y una sudadera de la universidad de Barnard con las mangas recortadas. Para Nikki, todo aquello componía una película muda. Las voces se perdían entre el ruido de fondo de la hora punta matutina sobre la autopista que quedaba detrás de ella y la agitación de una barcaza que transportaba una grúa de construcción río arriba, muy probablemente en dirección a las obras del puente Tappan Zee. Pero no necesitaba oír ninguna palabra para reconocer a dos testigos oculares que habían visto algo que tardarían en olvidar, si es que eso era posible. Heat lo sabía. Tendría más o menos la misma edad que la estudiante de Barnard cuando encontró el cadáver de su madre.

Lauren Parry, la amiga de Nikki, aún no la había visto. La médica forense tenía la cabeza en el interior de la parte trasera de la furgoneta del forense y preparaba su equipo para el trabajo que la esperaba. Los detectives Raley y Ochoa, unos compañeros tan inseparables que se habían ganado el apodo conjunto de «los Roach», sí que la vieron. Se levantaron del lugar donde estaban agachados, junto al margen del río, y se acercaron los dos a la vez.

—¿Cómo es que ha venido toda la brigada? —preguntó Rook mientras la pareja subía por la pendiente de hierba desde el Hudson. Los otros detectives, Rhymer y Feller, también la vieron y comenzaron a acercarse—. ¿Es que la víctima es algún famoso? —continuó preguntando Rook—. Yo no me atrevería a decir ningún nombre, pero hay unos cuantos cuya muerte no me daría ninguna pena. ¿Me convierte eso en una mala persona?

—Muy mala —contestó Nikki—. Pero no sé de quién se trata. Tal afluencia de gente tiene que deberse a otra cosa.

—¿Me das una pista?

Los cuatro detectives casi podían oírla, así que Heat limitó su respuesta a una sola palabra:

—Ambición.

En cuanto lo dijo, el rostro de Rook se iluminó.

—Aaaah —murmuró él mientras sus neuronas establecían contacto.

El ascenso de Heat había dejado un vacío en su antiguo puesto, el de jefa de la brigada de homicidios. Ahora cuatro candidatos con perfiles que iban desde la buena disposición hasta el distanciamiento que otorgaba la experiencia se acercaban para rodear a la flamante comisaria.

—Enhorabuena, comisaria Heat —dijo Randall Feller—. ¡Hip, hip!

Heat alzó las palmas de las manos hacia él.

—No hagas eso.

El detective frunció el ceño.

—¿Qué pasa? Es un acontecimiento importante. —Estamos en el escenario de un crimen.

Feller era un policía nato, pero con frecuencia dejaba que su campechanía contaminara su trabajo. La corrección no era el punto fuerte de Randy y dio muestras de ello cuando habló mientras señalaba el río.

—No creo que ese hombre me pueda oír.

—Yo sí —fue lo único que necesitó decir Heat para que él bajara la mirada hacia el suelo. Se disculparía cuando estuvieran de nuevo en la comisaría y ella lo dejaría pasar. Siempre ocurría igual.

—Esto es lo que sabemos —dijo Ochoa—. El ciclista...

—Al que he interrogado yo —le interrumpió el detective Rhymer sin más motivo que el de hacerse oír, una reacción nada propia de aquel hombre de acento suave de Virginia. Al sentir todas las miradas sobre él, reculó, se puso colorado y balbuceó—: Luego continúo.

Miguel Ochoa siguió poniendo los ojos en blanco de forma patente mientras miraba a su compañero.

—El ciclista se dirigía hacia el norte por el carril bici sobre las cinco y cinco de esta mañana cuando ha visto un kayak balanceándose junto a los pilotes rotos del viejo muelle que había anteriormente.

—El de más acá —añadió Raley mientras señalaba el más cercano de los tres palos podridos que sobresalían del Hudson como restos de la caja torácica de un animal gigante prehistórico.

—¿Lo vio en medio de la oscuridad? —preguntó Rook.

—Vio la silueta del kayak —contestó Rhymer, que encontró entonces un motivo para intervenir con su habitual tono tranquilo y controlado—. El río recoge mucha luz de aquellos edificios y de la terminal del *ferry*. Además, recibe el reflejo del George. —Todos se giraron hacia el norte, donde el destello de las luces del puente George Washington arrojaba un brillo plateado sobre el río incluso durante los primeros momentos del amanecer.

Raley continuó con la cronología:

—Ve en el interior a un tipo que está inmóvil y sin remos, así que telefonea a emergencias a las cinco y siete minutos. Se detiene en la orilla y empieza a llamar a gritos al hombre del kayak. No hay respuesta. Y se queda vigilando el bote hasta que llegan los servicios médicos de emergencias.

—Mientras espera, el viento y la corriente alejan el kayak de los pilotes —añadió el detective Feller—. Empieza a acercarse a la orilla. El chico de la bicicleta oye el sonido de la pelota de mi testigo y la llama para que se aproxime y le ayude

sujetándole mientras se acerca a la orilla. Les da miedo tocarle, está agonizando. Herida de bala en la cabeza, inconsciente y más pálido que... —Tras la lección aprendida, Feller se contuvo—. Pálido.

Heat sacó dos pares de guantes de goma del bolsillo y le pasó uno a Rook mientras el grupo se dispersaba al pasar junto a la furgoneta de la forense y bajar por la pendiente cubierta de hierba en dirección al agua.

—Cuidado dónde pisáis —dijo Ochoa—. Lance Armstrong se ha dejado el desayuno aquí... y aquí.

—Buenos días, comisaria Heat —la saludó Lauren Parry, que estaba agachada junto a la víctima dándoles la espalda a sus compañeros—. Perdona que no te dé la mano.

—Sobreviviré.

—Hay mucha gente que dice eso justo antes de que yo la vea —dijo la médico forense. A pesar del tono desenfadado de su charla, Heat sabía bien que era mejor no mostrarse impaciente con su amiga y esperó su turno para ver el cadáver mientras la forense llevaba a cabo el examen preliminar del cuerpo, que aún estaba sentado en kayak. No iba a ir a ningún sitio. Los primeros en llegar habían amarrado las sujeciones de popa y proa a un poste junto a la orilla.

—¿Quién ha hecho el informe sobre la víctima? —preguntó Heat, deseosa de tener algo que hacer aparte de fingir paciencia.

—*Moi* —respondió Ochoa—. Hombre negro, cuarenta y seis años. Hemos tenido que abrir unas seis cremalleras de su chaleco salvavidas para encontrar el carnet de identidad. Resulta que es parte de la familia.

—¿Policía? —preguntó Heat, que deseaba que Lauren se diera prisa de una vez.

—No en el sentido estricto. Tiene credenciales del Departamento de Policía como trabajador externo.

—Asesor, en realidad. —Rhymer levantó en el aire una bolsa de plástico para pruebas y leyó la tarjeta laminada que había en su interior—. Aquí lo tienes: «Asesor psicológico del Departamento de Policía de Nueva York».

La agitación del pecho de Nikki se aceleró tanto que el corazón le dio un vuelco mientras giraba repentinamente la cabeza hacia el kayak. Se preguntó si alguien más habría notado su sobresalto, pero solo Rook, que la estaba mirando, se extrañó al ver su reacción. Se olvidó del protocolo, subió hasta colocarse junto a la doctora Parry y se quedó mirando el cadáver.

—Se llamaba... —empezó a decir Raley.

—... Lon King —concluyó Heat.

Aparte de eso, no tenía fuerzas para añadir ni una palabra más. Nikki bajó la mirada hacia el cadáver que estaba en la embarcación y se preguntó quién narices le habría metido una bala en la frente a su loquero.

Más que verlo, Heat sintió cómo todas las cabezas de la brigada de homicidios se giraban lentamente para mirarla. Pero, en medio del torbellino de incredulidad que daba vueltas en su interior, lo único que Nikki pudo hacer fue mantener la mirada fija sobre el cadáver que estaba debajo de ella mientras buscaba algún asidero emocional. Resultaba aún más inquietante que el rostro del psicólogo no era muy diferente estando muerto del que tenía durante sus sesiones: neutral, impassible, responsable. ¿Cuántas veces se había quedado Nikki mirando el lienzo en blanco que tan cuidadoso ponía en su rostro y le había visto con su mirada relajada y la boca ligeramente abierta, igual que ahora, sin mostrar ninguna opinión o sentimiento ni, como en este caso, dar ninguna señal de vida?

—Nikki —susurró Lauren Parry mientras deslizaba una mano enguantada en la de ella—, ¿necesitas sentarte?

Heat le dijo que no con una sacudida de la cabeza y realizó un instintivo, aunque inútil, examen visual de la zona para buscar al asesino. ¿Un francotirador de Al Qaeda en el muelle de pesca de la izquierda? No había nadie. ¿Una amenazante lancha de algún cártel de la droga alejándose a toda velocidad? No había ninguna. ¿Algún policía con un trastorno por estrés postraumático escabulléndose entre los matorrales que había sobre el Greenway? Solo había zorzales buscando gusanos entre la hierba.

Los ojos de Heat volvieron finalmente a su brigada; cada uno de sus miembros aún la miraban a ella, esperando pacientes a que hablara. Después buscó a Rook, que estaba con los demás pero miraba fijamente el cadáver del psicólogo con una expresión afligida que parecía fuera de lugar para alguien que no conocía a la víctima. Pensó que quizá la relación entre ellos dos había llegado a tal punto de fusión emocional que Rook había asimilado el malestar de ella como propio. En otras circunstancias, esto habría hecho muy feliz a Nikki. Pero no en estas.

—Supongo que todos habéis adivinado que yo conocía a la víctima —dijo mientras trataba de escapar de la situación en la que se encontraba. Los ojos de Rook volvieron hacia Nikki y esta hizo una pausa a la vez que rebuscaba en ese momento de incomodidad la versión que se podía atrever a contar sobre el alcance de la terapia que seguía con su loquero. Nikki, que normalmente defendía la transparencia, optó por la menor parte de verdad que podía contar, protegiéndose así de forma instintiva de cualquier revelación personal ante los detectives y ante su prometido—. ¿Recordáis hace dos años cuando el comisario Irons intentó sacarme de un caso con la orden de que un gabinete psicológico me examinara? —Inclinó la cabeza hacia la víctima, pero no la miró debido a la posibilidad ilógica de que Lon King se incorporara y la obligara a contar la verdad.

Aquello pareció suficiente explicación para los detectives. A Nikki le parecía que Rook seguía un poco pálido, pero pensó que sería mejor alejarse de ese terreno

pantanosos para no embarrarse en él, así que pasó a ocuparse de la logística.

—Bueno, esto parece complicado. Vamos a pensar qué hacer —propuso.

El detective Raley fue el primero en intervenir.

—Debemos empezar por una estimación de la hora de la muerte —dijo dirigiéndose al grupo, pero hablando también para que lo oyera Lauren Parry.

Y desde luego que lo oyó. La médico forense se puso de pie y le arrojó la misma mirada fría que los demás le estaban lanzando.

—Caray, chico —dijo Rook—. Yo he visto esa mirada. La he sufrido. La que te espera, tío.

—¿Qué pasa? Es así, ¿no? —En lugar de amedrentarse, Raley insistía en ponerse al frente de la investigación—. Necesitamos una hora aproximada para poder empezar basándonos en ese dato. —Miró a la cuadrilla, pero nadie le mostró su apoyo y la mayoría apartó la mirada.

—Detective —dijo la doctora Parry con un tono tranquilo en voz baja—, ¿está sugiriendo que estoy a sus órdenes en este caso?

Su comedida reacción hizo que Raley volviera a poner los pies en la tierra.

—No, yo solo... quería tomar un poco la iniciativa, solo eso.

—Dinamismo, puntos de partida —comentó su compañero, con indudable desagrado.

Raley respondió a Ochoa con una sonrisa falsa.

—Esa actitud tuya no ayuda.

Si Heat había albergado alguna duda de que había empezado una verdadera carrera por el liderazgo de la brigada, este intercambio de codazos entre los Roach la hizo desaparecer.

—Me alegra ver que todos estáis deseando intervenir —dijo ella—. Así que pongámonos manos a la obra. —Se volvió hacia Lauren Parry deseando que le diera una hora aproximada de la muerte, pero detestaba preguntarlo después de lo que acababa de ocurrir—. Doctora, haz lo que tengas que hacer y después nos informas. —Parry respondió asintiendo y volvió a agacharse junto al kayak para realizar sus comprobaciones. Nikki continuó—: Como lo que tenemos aquí es el escenario de un descubrimiento más que realmente el de un crimen, necesitamos reunir información sobre dónde ha podido tener lugar el asesinato.

—Y cuándo —dijo Rook. Miró a la forense—. No puedo evitarlo, doctora: veo una coleta y tengo que tirar de ella.

—Nikki... —dijo Parry.

—¿Lauren?

—Según el examen preliminar, entre doce y catorce horas basándome en la temperatura y la lividez. Rook...

—¿Lauren?

—Chúpate esa.

Sin inmutarse, Rook miró a los demás detectives.

—Es el pequeño precio que hay que pagar para poder daros información esencial de forma puntual. Vuestro agradecimiento silencioso es lo único que necesito.

Nikki echó la cuenta y paseó su mirada a lo largo de la amplia extensión de vía fluvial en los riscos de Nueva Jersey. Las ventanas de las torres de apartamentos que daban a la zona oeste de Nueva York y Union City empezaban a lanzar los destellos de los primeros rayos del sol, que de uno en uno iban reflejándose en el agua. Allí donde un piloto que mantuvo la cabeza fría había hecho aterrizar un avión de forma milagrosa, Nikki trató de imaginar la situación justo antes de que el sol se pusiera la noche anterior e intentó trazar la dirección que habría llevado un kayak de tres metro y medio.

—Fijar el punto de origen va a ser una locura —dijo Rhymer—. Yo monté mucho en kayak en Roanoke cuando era niño. Una embarcación así, con un calado poco profundo, con viento, sin que nadie la dirija... Por el amor de Dios, ¿quién puede saberlo?

Aun así, Heat continuó con su inspección, siguiendo posibles trayectos desde río arriba, cerca de Harlem y el Bronx. Rook se acercó a ella.

—Mahicantuck, ese es el nombre que la tribu indígena de Manhattan le dio al río Hudson. Traducido, significa «río que fluye en dos direcciones». Que es como decir «estuario». Lo cual es como decir que fácilmente podría haber venido desde la dirección opuesta, desde Battery Park. Para calcular el trayecto de la deriva, vas a tener que mirar las cartas de las corrientes para ver cuál ha sido el flujo y el reflujó en dos ciclos. —Se dio cuenta de la frustración que provocaba aquel comentario y añadió—: Oye, yo me dedico a los hechos. Mantienes una relación con un periodista, no siempre vas a tener buenas noticias.

Sin que ninguna otra posibilidad de información fuese a surgir sobre un escenario del crimen adicional, Heat dejó a la doctora Parry y su equipo para que terminaran el examen preliminar del cadáver, encargó a dos agentes que buscaran entre los pescadores por si alguno de ellos había visto algo inusual la noche anterior y salió en dirección a la comisaría Veinte para reunirse con su brigada y empezar a rellenar el panel con la información del asesinato.

Impaciente por poner en marcha la investigación, Heat pasó a toda velocidad por delante de su despacho recién asignado y, en su primer día al mando, se sentó en su antigua mesa de la sala de la brigada de homicidios mientras los demás de detectives, además de Rook, iban entrando con café o cualquier cosa para desayunar que hubiesen gorroneado en la sala de descanso de la comisaría. Mientras iban llegando, Nikki abrió su correo electrónico del departamento para la habitual inspección. Pensó que debía haber algún fallo del servidor. La pantalla se llenó, volvió a cargar y luego se llenó de nuevo con un torrente de mensajes, más de los que había recibido nunca en toda una semana, y menos aún en una sola una mañana. Unos cuantos eran

mensajes de «enhorabuena» y «felicidades» de comisarios de otras estaciones de policía. Uno con la señal de «urgente» procedía del representante sindical de la comisaría, en el que le decía que necesitaba mantener una reunión inmediatamente con la nueva comisaria en cuanto llegara. Un segundo correo venía del departamento de recursos humanos de la central, en él le ordenaban que no se reuniera aún con el representante de la Asociación Benéfica de la Policía. Otro, con el intrigante asunto de «Problema delicado», incluía una petición de cinco de los auxiliares administrativos de la comisaría en la que preguntaban qué política seguir con respecto a los cigarrillos electrónicos dentro del edificio. Heat cerró su correo y se acercó a la pizarra blanca para realizar alguna tarea policial de verdad. Cuando terminó de escribir en letras mayúsculas el nombre «Lon King» en la parte superior de la reluciente superficie blanca, Raley, Ochoa, Feller y Rhymer ya habían acercado sus sillas para formar un semicírculo alrededor de ella. La nueva adquisición de la brigada, la detective Inez Aguinaldo, a la que Nikki había reclutado un mes antes en el Departamento de Policía de Southampton como sustitúa, puso fin a una llamada telefónica en su mesa y desplegó una silla a un lado.

Nunca era necesario mucho esfuerzo para llamar al orden a aquella sala de profesionales, pero cuando Nikki se giró para mirarlos, algo en la silenciosa atención que le prestaban hacía que aquello pareciera más un escrutinio, como si estuviese desnuda. Sin embargo era más bien lo contrario. La comisaria Heat hoy estaba ante ellos vestida con el uniforme reglamentario, camisa blanca, pantalones azul oscuro y resplandeciente metal, en lugar de los vaqueros y los zapatos planos que llevaba la última vez que se habían reunido. Se escribió una nota mental para comprobar si en el reglamento había alguna fisura y ver lo estricto que era en cuanto al almidón y las placas. Cosas en las que nunca se piensa antes de aceptar un trabajo...

—Lon King —empezó diciendo—. Psicólogo con gabinete privado, pero contratado por el Departamento de Policía de Nueva York para ofrecer asesoramiento. —Sin escoger de forma consciente el color, utilizó su rotulador azul para escribir LOQUERO DE LA POLICÍA en la pizarra—. ¿Qué más sabemos?

—Aficionado a los kayaks —comentó el detective Rhymer.

Feller negó con la cabeza.

—¿Por qué? ¿Solo porque haya muerto en uno? El mes pasado encontramos a un tipo enterrado en cemento fresco cerca de ese restaurante que están construyendo junto al Lincoln Center. Y está claro que eso no lo convierte en albañil. Ni en *restaurantero*.

—La verdad es que se dice «restau-*ra*-dor». Un error habitual —apuntó Rook al entrar mientras ponía fin a una llamada y se metía el móvil en el bolsillo de la chaqueta. Acercó una silla desde su mesa prestada extraoficialmente. Una de las ruedas chirrió durante todo el paseo.

—Da igual. —Heat se detuvo para observar la tensión en el rostro de Rook mientras se sentaba; después se giró y escribió en la pizarra: «¿Aficionado a los

kayaks?»—. Como hemos encontrado a la víctima en un kayak, al menos podemos escribir esto e incluirlo en nuestra investigación para ver si se trataba de algo que realizó una sola vez o si era un pasatiempo habitual.

—Familia —dijo en voz alta Sean Raley.

Nikki lo escribió también. A continuación, volvió a sentir la mirada de todos. Esta vez no era por el uniforme.

—Si os estáis preguntando si la conozco, no. ¿Alguno de los presentes ha acudido a terapia? No te enteras de mucho sobre el loquero. Suele conseguir que todo gire alrededor de ti. —Al darse cuenta de que se acercaba a un terreno incómodo, pasó página con otra anotación: «CM»—. La causa de la muerte está aún en estudio preliminar, pero es obvia.

—No hay que devanarse los sesos —dijo Feller, que de inmediato levantó las manos a modo de rendición—. Joder, juro que no me estaba burlando de él. ¡Venga ya!

Nikki lo dejó pasar y continuó:

—Un único disparo de bala en la frente. Calibre pequeño, sin orificio de salida. Los de balística sacarán la bala para analizarla esta tarde.

Ochoa escribió aquello en su cuaderno.

—Una pequeña perforación descarta la presencia de un francotirador.

—Igual que esta. —Nikki levantó un impreso que uno de los auxiliares administrativos había traído y lo colocó sobre su estrado—. El estudio de la forense Parry dice que había rastros de metal y residuos de pólvora alrededor de la herida de entrada. —La importancia de estas palabras flotó en la sala mientras los investigadores las sopesaban.

—Eso descarta también una embarcación que pasara por allí —observó Raley—. A menos que pasase muy cerca.

—¿Como alguien en otro kayak? —apuntó Rhymer levantando la mano.

—O una persona que estuviese en el muelle. O un barco desde el que se lanzara —añadió su compañero.

—O un suicidio. —El detective Feller escondió sus botas bajo la silla y se inclinó hacia Heat—. Es difícil, pero debemos tenerlo en cuenta. Los loqueros también se suicidan. Solo digo eso.

Nikki, que siempre repetía a su brigada que se acercaran a cada caso con ojos de principiante, que no fuesen condescendientes ni trabajaran de memoria, asintió.

—Todo puede ser. —Añadió «Suicidio» como título junto a las demás opciones y, al igual que con las otras, colocó unos signos de interrogación al lado—. Cuando nos fuimos del Greenway, vi que la doctora Parry ponía bolsas en las manos de la víctima. Detective Ochoa, en cuanto terminemos aquí quiero que llames a Lauren y nos digas de inmediato si ha encontrado algún residuo en ellas.

—Hecho.

—¿Puedo decir algo que no tiene nada que ver? —preguntó Rook.

—Bueno, esa ha sido siempre tu área de trabajo —contestó Nikki, contenta de ver que por fin se incorporaba al proceso.

—Esa y el Área 51 —añadió Feller, que era casi tan admirador de la pasión de Rook por las teorías conspirativas como lo era de cambiar su pronunciación.

Sin inmutarse o quizá simplemente ajeno al desdén que había en las palabras de su compañero, Rook respondió:

—¿Y si no lo asesinaron en la embarcación? El asesino mata a King en otro sitio, lo mete en el kayak y luego o bien lo empuja o bien lo arrastra, solo para confundirnos e impedirnos saber cuál fue el escenario del crimen.

Cuando hubo terminado de hablar, otros cerebros estaban rumiando esa posibilidad tan real, incluso el de Randall Feller.

La detective Aguinaldo levantó una mano vacilante y habló por primera vez en la reunión.

—No sé si esto está aún demasiado verde como para ser sometido a discusión...

—No lo está —dijo Rook riéndose entre dientes—. ¿No has oído mi teoría? Desembucha.

—No es que sea una teoría.

La transición de la nueva detective había sido lenta. Heat, que había colaborado con Aguinaldo en un caso en los Hamptons durante la época del huracán Sandy, conocía su potencial y la animaba constantemente a que no se sintiera intimidada por aquella cuadrilla de veteranos de una comisaría de la gran ciudad.

—En fin, como yo me he quedado de servicio esta mañana aquí en lugar de ir al río, he llamado a la policía científica para ponerme en contacto con la persona a la que se le ha asignado este caso.

—Benigno DeJesus —aclaró Heat—. He insistido en que se encargara él porque, sencillamente, es el mejor.

—Eso me han dicho —asintió Aguinaldo—. Y hemos mantenido una agradable charla mientras vosotros veníais para acá.

—¿Ya has hablado con él?

—Me ha parecido lo normal para preparar la reunión.

Ese era uno de los muchos motivos por los que a Nikki le gustaba Inez. Siempre pensaba, siempre se anticipaba.

—Me ha dicho que, además del contenido de la cartera que habéis cogido vosotros, cuando sacaron el cadáver del kayak pudieron acceder a un bolsillo de la pernera de su pantalón en el que había dinero suelto —continuó Aguinaldo—. Y además... una ficha de póquer de cerámica. El detective DeJesus me ha enviado por mensaje esta fotografía. —Se adelantó al frente y le enseñó a Heat la foto en su iPhone—. Puede verse que tiene el borde moldeado con el dibujo repetido de un reloj de arena. Y es de color púrpura.

—Eso quiere decir que vale quinientos dólares —dijo Feller—. He trabajado en antivicio. El púrpura es el color que habitualmente utilizan los casinos para las de

quinientos.

—Aún no han encontrado huellas, pero el Centro de Información de Delitos en Tiempo Real ha rastreado este diseño con un dibujo tan exclusivo y eso les ha llevado hasta un sitio que se llama La Rueda de la Fortuna, según la base de datos de la Unidad Especial contra el Crimen Organizado.

—Me encantan esos gigantescos ordenadores que tienen en el centro —dijo Heat.

—Yo conozco La Rueda de la Fortuna —intervino Rook.

—Y yo —añadió Feller—. Tienen una guarida para apuestas en el sótano que no mantienen muy en secreto. Como de la mafia.

—Lo dirige un viejo amigo y tuyo también... —Rook se dio una palmada en la rodilla y miró a Nikki—: El Gordo Tommy.

—No es amigo mío. —A continuación, mientras Heat escribía el nombre del Gordo Tommy en el panel del asesinato, añadió—: Pero hoy por la mañana voy a retomar mi relación con el señor Tomasso Nicolosi. —Después, se giró hacia los demás—. Ha llegado el momento de asignar algunas tareas. Detective Aguinaldo: buen trabajo siguiendo la pista de la ficha. Como te ha ido tan bien con el Centro de Información de Delitos en Tiempo Real, vuelve a ponerte en contacto con ellos. Lon King trabajaba para el Departamento de Policía de Nueva York, así que pídeles que investiguen si ha habido alguna amenaza contra él. Llama después al departamento de recursos humanos. Busca si tiene familia, parientes, lo que sea. Haz una visita a sus seres queridos y plantéales las preguntas habituales.

Aguinaldo asintió mientras tomaba notas y comentaba:

—La última vez que lo vieron, estado de ánimo, amigos y enemigos, problemas económicos, aventuras amorosas, drogas, alcohol, comportamiento inusual...

—Pregúntales también si montaba en kayak. Con qué frecuencia lo hacía, dónde lo guardaba, sitios donde trabajaba y adónde le gustaba ir.

—Y si pertenecía a alguna asociación o salía a navegar habitualmente con alguien —sugirió Rhymer.

—Bien pensado, Opie —dijo Nikki haciendo uso del corto apodo que la brigada daba al detective—. Y como sabes algo sobre ese deporte, llama a DeJesus, de la policía científica, y averigua todo lo que haya que saber sobre el kayak. No solamente huellas, pelos y daños o deterioro de la cubierta, sino también si es posible que tenga un número de serie por el que sepamos dónde se compró o, quizá, alguna etiqueta de ropa deportiva. Si no, visita a vendedores de kayak. Averigua si alguien conocía a King y si se relacionaba con alguna persona de ese mundillo. Haz una visita a las asociaciones de deportes acuáticos y de naturaleza, para buscar no solo miembros que le conocieran, sino cualquier lugar habitual para hacer excursiones al atardecer en primavera.

—No he visto ningún remo en el escenario del crimen —apuntó el detective Rhymer—. No estoy seguro de qué puede significar, pero merece la pena tenerlo en cuenta.

Siguiendo su propio consejo de que todo servía, Heat apuntó aquello también: «No hay remo».

—Detective Feller, ponte en contacto con la Unidad Portuaria de la Policía de Nueva York y con la Guardia Costera. Es probable que si hubiesen visto algo habrían reaccionado, aunque solo fuera porque iba a la deriva, pero pregunta de todos modos para estar seguros. Lo que en realidad queremos saber es todo lo que tengan sobre cualquier lancha o tráfico marítimo del que tuviesen noticia ayer en la franja horaria estimada de la muerte y después. Ponte en contacto con las compañías marítimas y habla con capitanes, pilotos y tripulación. También puede venir bien hablar con Circle Line y el resto de cruceros turísticos y de borrachera, ya que estás. Tal vez alguien haya visto algo a lo que no dieran importancia pero que ahora cobra sentido.

—La Guardia Costera puede tener también información precisa sobre las mareas y las corrientes —añadió Feller—. Lo comprobaré también.

—¿Qué tal está mi rey de las cámaras de vigilancia? —preguntó Nikki con una amplia sonrisa.

—Imaginaba que iba a pasar —respondió Raley, que se había ganado ese título al solucionar numerosos casos a lo largo de los años gracias a su talento y su auténtica tenacidad a la hora de examinar grabaciones de vídeo de las cámaras de vigilancia.

—¿En serio? Entonces, ¿qué más sabes que va a pasar?

—Bueno, vasalla mía, si se trata de una adivinanza para su majestad, debe de ser la petición de localizar cualquier cámara que recoja zonas del Hudson o de otras aguas en las que el kayak pudiese haber estado ayer.

—Asombroso —dijo Heat—. Y cuando encuentres las grabaciones busca también transportes. Averigua los nombres de los buques y díselos a Randall para que los verifique. Por desgracia, voy a tener que separarte de tu compañero.

—Vas a necesitar una manguera para eso —dijo Feller riéndose entre dientes.

—Detective Ochoa, quiero que vayas a la consulta de Lon King en el Upper East Side.

—Vale —contestó—. Interrogo a su recepcionista y sus compañeros. Básicamente, lo mismo que Inez va a hacer con la familia, pero en su lugar de trabajo.

—Exacto. Vamos a necesitar averiguar si saben algo de algún cliente gruñón. Es un asunto delicado, pues en su mayor parte trataba a agentes de policía retirados y en servicio, pero hay que explorar todos los posibles motivos. Sobre todo, si ha habido alguna amenaza.

Rook se removió en su silla y exhaló con fuerza.

—Perdón —dijo cuando Nikki se giró hacia él—. Me he saltado el desayuno. Necesito una magdalena. —Sonrió levemente y miró hacia otro lado. Nikki se preguntó qué le pasaba.

—¿Jefe? —preguntó Ochoa.

Eso hizo que Nikki mirara hacia la parte posterior de la sala esperando ver al

comisario observando desde la puerta. Pero enseguida se dio cuenta de que se dirigía a ella y se rio.

—Perdona, no estoy acostumbrada a... los cambios —dijo Nikki.

—Sobre eso quería preguntar —continuó Miguel—. Lo cierto es que la brigada me ha pedido que te lo pregunte. Ahora que por fin ha llegado tu ascenso, ¿has tomado alguna decisión sobre quién te va a sustituir como jefa de la brigada?

Heat se esperaba aquello y se tomó un momento para mirar a los cinco detectives que la rodeaban: una nueva componente curiosa por saber quién sería su nuevo jefe y cuatro veteranos que mostraban en distinto grado ganas por ser el elegido.

—Es una pregunta justa. Pero esta es mi justa respuesta: haré el nombramiento cuando esté preparada. —Nikki vio la marea de insatisfacción que se iba elevando en la sala y añadió—: Obviamente, he dedicado un tiempo a pensar en esto. Y sí, tengo algunas inclinaciones. Pero llevo dos horas de mi primer día. Ni siquiera he encendido todavía la luz de mi despacho. Y ahora tenemos un caso en el que la víctima es uno de nosotros. O casi tan cerca de serlo como se pueda imaginar. Así que tomo sobre la marcha la decisión de mantener un pie en esta sala mientras avanzamos en la investigación. Eso mientras hago juegos malabares con mis nuevas obligaciones. Que son muchas. Así que, como apoyo, es por eso por lo que nombro, de forma temporal, a Miguel Ochoa y a Sean Raley como jefes interinos conjuntos de la brigada.

Describir el consiguiente aplauso como superficial sería decir demasiado. Empezaron la detective Aguinaldo y Rook. Rhymer y Feller se unieron a ellos demasiado tarde como para que se considerara una actitud elegante. Raley y Ochoa se miraron el uno al otro un poco sorprendidos, pero también con poca alegría.

—Voy a pedirlos que coordinéis todos vuestros movimientos con los Roach, que, a su vez, se coordinarán conmigo —concluyó Nikki—. Una cosa más. Esta es la mejor brigada de homicidios del departamento. Vamos a seguir siéndolo. Tenéis mi palabra de que, en cuanto resolvamos este caso, nombraré a vuestro jefe de brigada permanente para que siga liderando el éxito de este grupo. Y ahora vamos a buscar a ese asesino.

—Háblame de Lon King —dijo Rook mientras Heat giraba en la rotonda de Columbus Circle cuando iban en busca del Gordo Tommy.

—¿Qué quieres que te diga? Como ya expliqué, era el loquero de la policía al que me obligó a ir Wally Irons. Ya lo sabes.

—Sí. Y también sé que esta mañana, junto al río, hiciste que pareciera como si solo hubieses ido a la sesión que te habían mandado.

—Bueno, fui a unas cuantas más. La brigada no tiene por qué saber de mis asuntos personales. No son relevantes. —Nikki giró el volante para entrar por Broadway a la vez que maniobraba conduciendo la conversación en una dirección

distinta—. ¿Es por eso por lo que has estado tan culo inquieto?

—Como persona que se examina el culo con asiduidad, la última vez que me miré no vi nada extraño.

—Si tú lo dices... Lo único que sé es que he notado cierta perturbación en ti desde que llegamos al escenario del crimen.

—¿Mirándome el culo?

—Búrlate todo lo que quieras, Rook. Sé lo que veo. —En el semáforo en rojo delante del teatro Ed Sullivan se quedaron en silencio. Heat esperaba. Rook levantó la vista hacia la marquesina de Letterman—. ¿Es por los planes de boda? ¿Estoy presionándote demasiado?

Cuando el semáforo cambió, fue él quien desvió la conversación:

—Vamos a hablar de la brigada.

—Vale...

—Solo una observación de parte de tu encantador futuro esposo.

—No me gusta la dirección que está tomando esto.

Rook apoyó una mano suavemente sobre la pierna de Nikki y sonrió.

—Tranquila, solo es para que lo tengas en cuenta. Los miembros de tu brigada no son solamente ambiciosos. Mi opinión es que también están preocupados por la pérdida de liderazgo.

—Por eso he designado a los Roach para que estén al frente.

—Al utilizar las palabras «temporal» e «interinos» en la misma frase los has consagrado. Si son ellos los elegidos, ¿por qué no apretar el gatillo sin más?

—Porque no estoy segura.

—No es propio de ti —dijo Rook.

Tenía razón. Durante los meses en los que habían tenido a Nikki en la cuerda floja, preguntándose cuándo llegaría la confirmación de su ascenso, había hecho todo tipo de pronósticos sobre sus objetivos a largo plazo, así como también había pensado en algunas cuestiones básicas a corto plazo. Había elaborado listas de deseos y organigramas en su cabeza, algunos de los cuales llegó a apuntar en papel o en la aplicación de notas del móvil. Todos sus planes se convirtieron en material de una continua revisión y cuestionamiento a medida que su propio proceso de nombramiento se iba prolongando en el tiempo. Ahora, en su primer día oficial en el puesto, tenía lo que los golfistas conocen como el *yips*. En lugar de empezar con pie derecho, había retrocedido.

—En principio, mi plan era que Sean y Miguel compartieran el puesto.

—¿Qué ha pasado?

—No sé describirlo. Lo he pensado demasiado. Son los que más tiempo llevan en mi brigada.

—Y son estupendos. Cuando les dejaste que se encargaran del asesinato de aquel antiguo corredor de bolsa del West End, lo hicieron de lujo. Incluso vieron la relación de su asistente desaparecida con tu caso del hombre que cayó del cielo.

—Es cierto.

—Noto en tu voz un «sí, pero». —La miró—. ¿Estás resentida porque te trataron como una mierda durante esa época?

Nikki negó con la cabeza.

—Eso fue pasión por su trabajo. Nunca lo llevaron al terreno personal y todos terminamos bien al final. Quizá sea por el hecho de que son compañeros. Eso hizo que me lo volviera a pensar. Después, opté por elegir. Bien, ¿a cuál de los dos? Y entonces ahí no vi más que desavenencias. Así que, luego, empecé a preguntarme si serían igual de buenos si rompía la pareja. Y eso hizo que me preguntara si, al elegir a uno solo, debería meter a Feller en la competición. Y a Rhymer.

—¡La camioneta de reparto! —Rook apuntó hacia una furgoneta de productos ecológicos cuyo intermitente iluminaba una plaza de aparcamiento que iba a quedar libre delante del Asador Keen's. Cuando Nikki se introdujo en el espacio libre y apagó el motor, él siguió hablando—. Como asesor de confianza tuyo, ¿puedo hacerte dos observaciones?

—Claro.

—En primer lugar, pensárselo bien es una cosa, pero cuando no puedes tomar una decisión es que pasa algo más.

Cuando le dijo esto, sus palabras la hicieron sentirse expuesta, le afectaron de un modo que iba más allá de la tarea que se traía entre manos.

—¿Y lo segundo?

—Vas a hacer que huyan como ratas cuando entres en ese club así vestida. —Se rio y salió del coche.

La Rueda de la Fortuna estaba en medio de la manzana, un antiguo restaurante cuya fachada quedaba entre una tienda de reparación de relojes y un salón de manicura que anunciaba masajes en los pies. El cartel original de neón del club databa de los años cuarenta y colgaba como una bandera encima de una pesada puerta principal de madera pintada de marrón chocolate para que fuera a juego con el falso entramado de madera estilo Tudor insertado en la pared de estuco teñido. En la planta principal, el enlucido estaba plagado de viejas manchas anaranjadas de orín de perros y de borrachos descuidados que pasaban por allí. El olor a desinfectante propio de los Centros de Control y Prevención de Enfermedades, ya evidente desde la calle, hizo que les picara la garganta cuando Heat y Rook entraron a la oscura sala de fiestas con una hostil explosión de luz.

Tal y como Rook había predicho, hubo cabezas que se agachaban y sonidos de puertas traseras que se cerraban cuando media docena de borrachos matutinos del lugar vieron el uniforme de comisaria de Nikki y salieron corriendo.

—¿Puedo ayudarles? —preguntó la camarera de la barra, una mujer grande con un parche en el ojo. No parecía muy dispuesta a ayudar en nada.

—He venido a ver a Tomasso Nicolosi —respondió Heat.

Para hacerse el gracioso, Rook sacudió un pulgar hacia el uniforme de Nikki y

añadió:

—Policía de Nueva York.

Tras un intercambio de palabras susurradas por el intercomunicador, un ayudante de camarero les abrió una puerta que estaba oculta tras unas pesadas cortinas de terciopelo y bajaron por una serpenteante escalera de roble al salón de apuestas secreto, que consistía en un tinglado vacío para jugar a los dados y siete mesas de póquer, también sin utilizar en ese momento. La luz tenue de aquel sótano sin ventanas lo dejaba todo en sombra, pero había suficiente claridad como para distinguir al Gordo Tommy sentado en el reservado del fondo, ataviado con su habitual chándal de alrededor de 1979 y unas gafas de sol demasiado grandes. Pero cuanto más se acercaban más claro quedaba que las cosas habían cambiado desde la última vez que lo habían visto.

—He estado enfermo —explicó sin que le preguntaran, incluso antes de saludar.

El Gordo Tommy había adelgazado hacía años por mandato de su esposa, pero ahora estaba más que escuálido. No era solamente que el Gordo Tommy había dejado ya de ser gordo, sino que estaba tan esquelético que podía esconderse detrás de un montoncito de fichas de póquer. En lugar de un mafioso, parecía ET con unas gafas de Jackie Onassis.

Se sentaron enfrente de él.

—Lo siento mucho —dijo Rook con auténtica tristeza. Había conocido a Tommy años antes mientras investigaba para un artículo sobre las familias de delincuentes neoyorquinas de nivel medio y los dos habían entablado cierta amistad. Posteriormente, Rook había concertado de vez en cuando alguna reunión confidencial para que Nikki consiguiera información para sus casos, pero entre la detective y el matón nunca llegó a haber nada parecido a una relación.

—Sí, pero podré con esto. —Tommy dio un golpe sobre la mesa y se rio—. Joder, vaya si podré. Mírenme. Hagan sus despedidas. —Durante la incómoda pausa posterior, se oyeron risas de hombres y mujeres a través de una puerta cerrada que había detrás de él—. Una partida de cartas amistosa entre amigos. Nada de lo que ustedes tengan que preocuparse, ¿de acuerdo?

Nikki se tomó aquello como una oportunidad para hablar.

—No hemos venido a fastidiarle su pequeño negocio, señor Nicolosi.

—Bien. Y prefiero que me llame Tommy.

—Quiero saber si reconoce a este hombre. —Sacó su iPhone con la fotografía del documento de identidad del psicólogo. Tommy se levantó las gafas de sol para ver la imagen y se echó hacia atrás—. Su nombre es Lon King. Tengo motivos para pensar que quizá tuvo relación con este sitio. Puede que como cliente.

—Verá, la cuestión es que este pequeño negocio, como usted lo llama, es confidencial. Ya sabe, discreto. Como ustedes. —Se rio—. ¿Para qué se ha vestido, para el desfile de San Patricio?

Al ver que Nikki le respondía con una mirada fría, Rook intervino:

—Tommy, la comisaria ha venido para investigar un homicidio.

—Ajá. ¿Y quieren saber si yo mandé que le dieran una paliza? La respuesta es no. Heat abrió su cuaderno y le quitó la capucha a su bolígrafo.

—Entonces, sí que le conocía.

—Ahora que voy pillando que está muerto, no siento necesidad de mostrarme tan... circunspecto. —Miró a Rook—. ¿Qué te parece mi vocabulario, escritor?

Nikki continuó con su actitud profesional:

—¿Y puedo tomar eso como una confirmación? ¿Sí que le conocía?

El Gordo Tommy levantó las manos por delante de su cara, como si se protegiese de un coche que se acercara.

—Le contestaré con claridad, ¿de acuerdo? Sí, le conocía. Sí, era cliente. No, yo no tengo nada que ver con su muerte. Normalmente, está mal visto matar a alguien que te debe dinero.

—¿Cuánto le debía? —Nikki mantenía su bolígrafo suspendido en el aire.

—Treinta y dos mil cien dólares. Financié sus pérdidas.

—Eso es arriesgarse muchísimo.

—¿Sí? Otra forma de verlo es que así siguen jugando.

—¿Reconoce esto? —Heat le enseñó en su móvil la fotografía con la ficha de póker que les había llevado hasta allí.

—Es una de quinientos. Las uso como posavasos.

—Esta la han encontrado en el cuerpo de Lon King.

—Se la di yo. La semana pasada, después de que lo dejaran limpio en una partida de Texas Hold'em Poker. Pensé que no debía marcharse sin nada.

—No creo que pudiera usarla en ningún sitio. ¿Es usted así de generoso? —preguntó Nikki.

—Era solamente un recuerdo de su deuda.

—¿O una intimidación? —preguntó ella. El teléfono de Heat vibró.

—¿Sabe? En cualquier caso, funcionó. Se la guardó. —Golpeteó con el dedo índice el cuaderno de Nikki—. Mientras tanto, yo he perdido treinta y dos mil de los grandes. Apúntelo.

Se oyó un zumbido por un mensaje de Ochoa. Se lo enseñó a Rook y los dos se pusieron de pie inmediatamente para marcharse.

—¿Tienen que coger un avión o algo así?

Nikki cerró su cuaderno.

—Puede que vuelva a ponerme en contacto con usted, señor Nicolosi.

El Gordo Tommy se limpió la boca con un pañuelo sucio y mientras iban subiendo las chirriantes escaleras les dijo:

—Yo no esperaré mucho.

La policía científica aún no había llegado. Cuando Nikki y Rook salieron del

ascensor en la duodécima planta del edificio de consultas médicas donde Lon King tenía la suya, el equipo de la policía científica estaba reuniéndose en el vestíbulo. Tras ponerse unos guantes de goma azul por segunda vez esa mañana, la comisaria Heat les devolvió el saludo con la mano enguantada y entró.

El detective Ochoa les vio entrar y dejó a la sollozante recepcionista con la mujer policía de uniforme, cuya presencia había solicitado a la comisaría Diecinueve. Mientras se acercaba a ella, la visión de la joven le hizo sentir un repentino ataque de pavor. Heat había acudido allí a una cita apenas dos semanas antes. Sería incómodo que la recepcionista, Josie, la reconociera y le dijera algo. Nikki se colocó de espaldas al mostrador de recepción y arrastró a Ochoa y a Rook a la habitación de al lado. Sabía que no era más que un aplazamiento. Heat tendría que sortear de algún modo las confianzas que pudiera tomarse la recepcionista, pero más tarde. Su preocupación inmediata era lo que Ochoa pudiera contarle sobre el robo, con la esperanza de que le diera alguna pista para encontrar al asesino de Lon King.

—Esto es lo que ha pasado —empezó a explicar el detective—. He llegado aquí a las nueve menos diez y he esperado en el vestíbulo a la recepcionista de King...: Josie —dijo tras consultar sus notas—. Me he identificado, le he dicho que necesitaba un poco de su tiempo, me ha abierto la puerta, hemos entrado y, como habéis visto, se ha llevado una desagradable sorpresa.

—¿No os habéis percatado del robo en un primer momento? —preguntó Heat.

—Sí y no. La chica estaba distraída, claro, por lo que yo le estaba diciendo. Así que, hasta que no llevábamos un rato de interrogatorio, después de que empezara a recuperarse, no se ha dado cuenta de que algunas cosas no estaban en su sitio. Hemos mirado un poco por las habitaciones y ha sido entonces cuando hemos visto que habían entrado durante la noche.

Nikki inspeccionó la habitación en la que se encontraban, la que King utilizaba para las sesiones de terapia. Durante los últimos tres años, ella había entrado allí al menos diez veces, pero parecía tan apacible y acogedora como siempre.

—A mí no me parece que falte nada. —A continuación añadió—: Si no recuerdo mal.

—Hay que saber qué buscar. —Ochoa les hizo pasar junto a la silla del psicólogo, que estaba llena de cosas, para dirigirse al pequeño escritorio que se encontraba al lado—. Josie ha dicho que ahí había un portátil que ha desaparecido.

—¿Existe la posibilidad de que el doctor se lo hubiese llevado o que hubiese vuelto a por él? —preguntó Rook.

—Yo me he preguntado lo mismo. Pero dice que no. El MacBook estaba ahí siempre. No le gustaba llevárselo, siempre utilizaba la nube o algún *pen drive*. Aparte de eso, el resto de la habitación está ordenada. Ningún cojín roto ni libros tirados por el suelo, ¿verdad? Pero mirad esto... —Ochoa abrió con cuidado el único cajón de la mesa cogiendo los bordes en lugar del tirador y valiéndose de las yemas de los dedos con las manos enguantadas. El delgado cajón estaba desordenado: había clips que se

habían salido de su caja, lápices y bolígrafos revueltos al lado de una bandeja de teca, la caja de una baraja de naipes dorados destrozada e incluso una caja de cerillas del restaurante The Dutch que estaba vacía.

—¿Buscaban una memoria USB? —preguntó Heat.

—Puede ser —respondió Ochoa—. Josie dice que las guardaba en este cajón, pero en una de esas bolsas de piel con cremallera de esa marca de material de oficina tan recargada.

—¿Levenger? —preguntó Rook, quizá demasiado rápido.

Ochoa movió la cabeza y soltó un gemido.

—Tío, qué mal estás. —Después se los llevó fuera de la habitación—. Vamos a ver si Josie está preparada para enseñaros el resto. —Como ese encuentro iba a tener lugar antes o después, Nikki le siguió para poder quitárselo de encima ya. Tenía que dirigir la investigación de un asesinato y no podría hacerlo si se escondía de los testigos por motivos personales. Aunque pensó que quizá habría sido mejor que Rook no la hubiese acompañado ese día.

—Josie, esta es la jefa de mi distrito, la comisaria Heat.

La recepcionista de Lon King levantó la vista hacia Nikki con una mirada de profunda confusión. Las dos mujeres se miraron a los ojos y Heat vio que la había reconocido claramente. Pero entonces ocurrió algo inesperado. La joven extendió una mano para saludarla y se limitó a decir: «Hola». Mientras Heat observaba cómo Josie saludaba a Rook con una actitud igualmente educada y neutra, se preguntó si la habrían enseñado a no delatar a los clientes de un psicólogo o si actuaba así por sentido común. Ya fuera por profesionalidad o por cortesía, Nikki agradeció la discreción y emprendió el resto del recorrido sin ninguna otra distracción.

Al igual que en la sala de terapia, las demás zonas de la consulta permanecían intactas, no habían sido saqueadas. Quienquiera que lo hubiese hecho quería algo específico. Había sido un golpe muy meticuloso.

—Josie, ¿el doctor King guardaba aquí algún narcótico? —preguntó Nikki—. Me refiero a medicamentos.

—No, él solamente realizaba terapias y no recetaba medicinas. Ni siquiera muestras.

La baraja de cartas desordenada de la mesa hizo que Heat pensara en la enorme deuda que tenía con el Gordo Tommy.

—¿Y dinero? ¿Guardaba aquí dinero en efectivo, quizá en alguna caja fuerte o en un cajón con llave?

—Hay una caja de metal en la sala de los archivos, pero solo tiene dinero para gastos menores.

Los llevó a la habitación del fondo, se puso unos guantes para abrir el archivero y en ese momento vieron que la caja del dinero había sido forzada, pero los distintos billetes pequeños y los recibos seguían en su interior, aunque revueltos. Entonces Josie se quedó pálida.

—Esto es muy extraño —dijo—. Este cajón estaba lleno de archivos. Expedientes de los pacientes.

Heat, Rook y Ochoa la rodearon mientras ella sacaba el cajón. Lo abrió hasta el tope con un golpe hueco. Estaba vacío.

Después de que entre los cuatro abrieran todos los cajones de todos los ficheros, llegaron a la conclusión de que habían desaparecido exactamente la mitad de los expedientes, los que pertenecían a los pacientes que iban de la A a la M. Por otro lado, los ficheros de la N a la Z parecían llenos y ordenados, al menos a primera vista. La mirada de Heat se posó en el cajón abierto de Hastings-Henderson, donde estaría su expediente, y sintió un pellizco.

Los ojos de Rook se elevaron hacia ella y, cuando se vieron, los dos apartaron la mirada.

De vuelta en la recepción, el técnico jefe de la policía científica, un inmigrante australiano llamado Murphy, dio a Heat y a los demás el resultado de su investigación preliminar.

—Bien, os hago un informe aún no oficial. Así al menos tendréis por dónde empezar. El intruso (o intrusos) era un profesional o casi. La cerradura de la puerta no muestra señales de haber sido forzada. En el interior no se han llevado mucho, ¿verdad? Lo cierto es que ha sido más bien una incursión. Este es el cómputo total: expedientes de la A a la M robados; falta un ordenador portátil, como ya se ha dicho; han sacado con mucha pericia los discos duros de dos ordenadores; y, por último, han borrado también de los dos ordenadores la aplicación de reconocimiento de voz Dragon, que probablemente se usaba para dictar notas después de las sesiones. En resumen, yo diría que ha sido una operación bastante limpia y quienquiera que la haya llevado a cabo se ha tomado su tiempo tras el cierre de ayer para llenar el carrito de la compra antes de apagar las luces y salir pitando.

—¿Tienen cámara de seguridad? —preguntó Ochoa.

—Claro, tío. —Murphy apuntó hacia una cámara pequeña. Habían ennegrecido la lente con spray de pintura.

—Quizá grabó algo antes de que la inutilizaran —dijo Heat—. Josie, ¿guardaban ustedes las imágenes aquí o en una empresa de seguridad?

—El encargado del mantenimiento del edificio se ocupa de esas cosas. La verdad es que nunca he tenido que preguntar dónde se guardan las grabaciones.

El encargado del edificio se reunió con ellos en el vestíbulo de abajo, mientras mantenía abierto un ascensor del extremo sur. Subieron al ascensor sin otra conversación que su duro comentario mientras bajaban al sótano:

—Espero que frían en la silla eléctrica a ese cabrón que ha matado al doctor.

Los condujo entre un laberinto de muebles de oficina y equipamiento médico almacenados —algunos envueltos en plástico— hasta una gran caseta que habían construido en un rincón.

El encargado del edificio encendió las luces en cuanto abrió la puerta de la caseta

para iluminar un espacio del tamaño de un garaje de dos plazas. Los llevó hacia la puerta de un armario que había en el extremo opuesto de la habitación, tras pasar por unos estantes de aluminio llenos de lámparas de escritorio, equipos telefónicos antiguos, voluminosas televisiones viejas, pilas de cuadros enmarcados típicos de las consultas médicas, acuarios vacíos y macetas con plantas de plástico.

—Hannibal Lecter no ha mandado a nadie aquí a buscar cabezas amputadas, ¿verdad?

El encargado se rio, pero se interrumpió de repente.

—¿Qué narices es esto?

El cierre del armario estaba abierto. El candado estaba en el banco que había al lado.

Heat y Ochoa colocaron las manos sobre sus armas. Rook dio un paso atrás y apartó al encargado de mantenimiento llevándoselo con él. Los dos policías se situaron al lado del armario. Nikki hizo una señal con la cabeza al detective y empezó a contar en silencio hasta tres. Entonces, las luces se apagaron y la puerta que había detrás de ellos se cerró con un golpe.

—¡La puerta, la puerta! —gritó Ochoa.

En la oscuridad absoluta de la caseta, se revolvieron desesperadamente, chocando unos con otros y contra los estantes hasta que el encargado encendió la linterna que llevaba en su cinturón y se pudieron orientar hacia la salida.

Cuando salieron a toda prisa al sótano, el ascensor estaba subiendo hacia la primera planta. Rook preguntó dónde estaban las escaleras, pero para cuando obtuvo una respuesta Nikki y Miguel ya estaban subiéndolas de dos en dos.

La puerta del pasajero de un MKZ que estaba esperando fuera se cerró de golpe cuando los dos policías lograron abrirse paso en el congestionado vestíbulo y bajaron los escalones de granito que daban a la acera. Los dos gritaron: «¡Alto, policía!», pero el Lincoln salió derrapando marcha atrás hacia York Avenue, retrocediendo entre el humo de sus propias ruedas a gran velocidad en dirección contraria al tráfico y casi chocó con una furgoneta que iba en dirección norte.

Heat y Ochoa los persiguieron y, a una manzana de distancia, el coche se detuvo con una sacudida, pero solo para cambiar de marcha y, después, derrapar con un fuerte chirrido al girar a la derecha y subir la pendiente que llevaba a la autopista FDR en dirección sur y desaparecer.

Como aquello había ocurrido dentro de su distrito, llegaron los detectives de la Diecinueve para continuar con la investigación del robo en la consulta de Lon King. Sin embargo, Heat consiguió hacerse hueco para su equipo. Habían tenido la suerte de llegar al armario de las grabaciones digitales justo antes de que el intruso pudiese acceder a él, así que el vídeo de la torre de consultas médicas de York Avenue atravesó la ciudad para irse con ella al West Side.

Con los Roach dirigiendo conjuntamente el equipo y la presión que sentía Nikki por tener que ocuparse de las tareas administrativas que se habían amontonado durante su ausencia, volvió a la Veinte sin Rook, quien dijo que de todos modos tenía bastantes asuntos que le mantendrían ocupado. Mientras Rook se despedía con la mano desde la ventanilla trasera del taxi, Heat pensó esperanzada que al menos él dirigiría parte de su atención a la logística de la boda.

La comisaria Heat abordó sus nuevas obligaciones con entusiasmo, aunque responder a correos electrónicos de trámite recibidos desde la central, concertar citas con autoridades de la comunidad e ignorar a los entusiastas de la nicotina en la estación de policía que le daban la lata pidiéndole una normativa para los cigarrillos electrónicos eran tareas que tenían muy poco que ver con la labor policial. Nikki se alegraba de que dos de las cuatro paredes de su despacho nuevo fueran de cristal, pues así al menos podría ver su antiguo espacio de trabajo, la sala de la brigada de homicidios, y estar al tanto del caso. Le gustaba lo que veía desde el interior de su pecera. Quizá Rook tenía razón cuando decía que retrasar el nombramiento de un jefe era como una salida escalonada de la parrilla de salida, pero viendo a Raley y a Ochoa en acción confiaba en que ese tropiezo suyo mereciera la pena.

—Toca, toc —dijeron los Roach al unísono en la puerta.

—¿Esas cosas las ensayáis o simplemente es que sois una sola persona?

—Completamente improvisado —respondió Ochoa. Raley se estremeció.

—Da miedo, ¿verdad?

La pareja no se movió cuando ella señaló hacia las sillas de invitados.

—Gracias, nos vamos ya —dijo Miguel—. Solo queríamos que firmaras una cosa. Acaba de llegar el vídeo de la cámara de seguridad del edificio de la consulta de Lon King y quiero que Sean deje de ver las cámaras del río para que se ponga con esto.

—Es la mejor pista —añadió Raley aludiendo a uno de los mandatos de la propia Heat con respecto a los detectives: en cualquier investigación, hay que seguir siempre la pista más fiable.

—A por ello. —Entonces, cuando los Roach se disponían a marcharse, los detuvo—. ¿Qué sabemos sobre la familia de Lon King?

—La detective Aguinaldo acaba de hablar con su pareja —contestó Ochoa—. Es un pintor que hace retratos oficiales de jefes de gobierno. Ya sabes, esos cuadros al óleo tan fríos que se ven en las alcaldías y en los juzgados. Lo ha localizado en Vermont, donde está haciendo un retrato del senador Leahy y ha dicho que volverá a la ciudad en el siguiente avión. La detective va a recibirlo al aeropuerto JFK.

—Mantenedme informada —dijo Heat. A continuación, añadió—: Por cierto, ¿cuál es la fecha más reciente de las grabaciones del edificio de consultas médicas? —Heat trataba de mantener un tono despreocupado, como si realizara una pregunta normal del procedimiento en vez de camuflar la preocupación por que su rostro pudiera aparecer en la pantalla de Raley y dar lugar a alguna situación incómoda a

nivel personal.

—He hablado con la empresa privada que instaló el sistema en el edificio —respondió Raley—. No se trata de un negocio de alto riesgo ni de un banco, así que fueron a lo barato. Solo guardan la información diez días en la memoria antes de reiniciar el sistema y grabar de nuevo encima. Así que no voy a tardar mucho en revisarlo, si es que eso responde a tu pregunta.

—Sí. —La fecha de su última visita quedaba fuera de ese plazo. Se tranquilizó—. Gracias, Rales.

Pero la sensación de alivio de Nikki no duró mucho. Esa misma tarde, el detective Raley volvió cuando ella paseaba por su despacho mientras hablaba por teléfono y a la vez respondía a una orden del comisionado auxiliar de que prestara quince de sus agentes de patrulla a la Unidad de Servicios de Emergencia para que controlaran las protestas que se habían desatado tras el arresto de un estudiante sirio por falsificar dinero. El detective le dejó un mensaje escrito en el que decía que volvería más tarde, pero a ella no le gustó la tensión que veía en su rostro y apuntó hacia una silla. Sean se sentó y esperó a que terminara la llamada.

Cuando por fin dejó el teléfono, sonaron otras dos líneas. Nikki no les hizo caso y dirigió su atención a Raley.

—Creo que deberías ver una cosa —dijo él levantándose.

Heat le siguió al antiguo almacén que Raley había transformado en su estudio para visualizar imágenes y cerró la puerta. Él se sentó en su mesa y ella se quedó de pie detrás para mirar la imagen que había en la pantalla. Era un pasillo vacío. La fecha y la hora que aparecían en el margen izquierdo mostraban que eran las nueve de la mañana de hacía seis días.

—¿En qué planta estamos?

—La doce. El vestíbulo de Lon King. ¿Lista?

No esperó respuesta e hizo un doble clic con el *trackpad*. El vídeo se puso en marcha. No tenía sonido, pero el código con la hora se puso en marcha contando segundos y fotogramas. Llegó el ascensor y salió un hombre que avanzó de frente ante la cámara. Entró en la consulta del psicólogo sin vacilar y cerró la puerta.

—Rebobina —le ordenó Heat, incapaz de disimular la repentina sequedad de su garganta. El detective rebobinó cuatro segundos y congeló la imagen de la pantalla. A pesar del granulado del vídeo de seguridad, no cabía duda de que el visitante de Lon King era Jameson Rook.

Jameson Rook, informando como se me ordenó, comisaria. —Se sentó en una de las sillas para las visitas que había delante de su mesa y cruzó una pierna tras apoyar la espalda—. Tengo que decirte que esto de andar todo el día recorriendo la ciudad arriba y abajo en coche está dificultando la planificación nupcial. A propósito de eso, le he dicho a Jill Kremenz que solo podrá venir si es nuestra fotógrafa de la boda. Estoy hablando en broma, por supuesto. A menos que diga que sí. —Soltó una carcajada de autocomplacencia y movió arriba y abajo las cejas. A continuación, vio la expresión de Heat y la sonrisa desapareció—. ¿Qué?

—Desde que has visto el cadáver en el río por la mañana, has estado... raro. Ahora sé por qué.

Nikki encendió su iPhone, que estaba preparado en el centro del vade vacío de su escritorio, y lo giró hacia él. Rook se inclinó hacia delante y apoyó los codos en el borde de la mesa. Se vio a sí mismo en el vídeo de la cámara de seguridad. Heat vio cómo su piel se volvía un tono más pálido.

Cuando la grabación terminó, Rook apoyó la espalda en la silla. Pasaron unos segundos con el único sonido de las conversaciones que se oían de fondo en la comisaría.

—¿Sabes que algunas veces odio la tecnología? —dijo por fin. A continuación, quizá demasiado rápido después de la bofetada del vídeo para el gusto de Nikki, se encogió levemente de hombros sin decir nada.

—¿No vas a contarme de qué va esto? —preguntó ella.

—Creo que probablemente lo mejor será que no entremos en ese tema.

—Joder, ¿en serio? —Nikki, que apenas decía palabrotas y siempre animaba a su brigada a que hiciera lo mismo, se dejó llevar—. Rook, ya hemos entrado en ese tema.

—Vale, eso ya lo veo. Pero ¿podemos ver esto en su contexto?

—¿En su contexto? —Heat subió tanto la voz que varias cabezas de la brigada de homicidios se giraron. Se levantó y cerró la puerta y, para cuando volvió a su asiento tras la mesa, se había calmado—. Repasemos, ¿vale? Uno: conocías a la víctima de un homicidio y no lo has dicho. Dos: tú, mi prometido, fuiste a ver a mi psicólogo y no me contaste nada. ¿Cuál es el contexto de todo esto?

—Supongo que todo esto.

—Basta. No seas superficial. Este momento para mí no tiene nada de superficial.

—Te pido disculpas. Perdona. —Bajó la cabeza en un intento ya tardío de mostrarse conciliador—. Pero no estoy siendo superficial. Lo que intento es restarle importancia a todo esto.

—No puedes.

—No tienes que preocuparte por nada —insistió él—. Sí, a veces me he reunido con Lon King. Y eso...

—¿Más veces aparte de esta? Eso no me tranquiliza mucho, Rook.

—Si me dejas terminar, te tranquilizarás. —Hizo una pausa y levantó una ceja hacia ella. Nikki apoyó las yemas de los dedos en sus labios, una actitud de escucha. Él continuó—: Mis conversaciones con King no tenían nada que ver contigo. —Apoyó la espalda y volvió a cruzar la pierna, como si lo que acababa de decir le capacitara para no dar más explicaciones.

—¿Ya está?

—Sí. Eso es todo.

—No para mí.

—Pero es la verdad. Nunca se ha mencionado tu nombre. La comunidad de psicólogos tiene protocolos estrictos en lo referente a la discreción. Tú misma lo has comprobado hoy cuando Josie no ha dicho delante de mí y de Ochoa que eras una paciente. —No pudo evitar añadir—: Aunque, al igual que yo, no le has contado a tu propia brigada cuál era tu relación con la víctima.

—Vale —dijo ella—. Esto no va a ningún sitio.

—Eso es lo que he dicho yo. Quizá no deberíamos entrar en este tema.

—¿Y no me vas a contar por qué ibas a verle? —Como él no respondió, Nikki le miró con el ceño fruncido—. Trataba a policías. Tú no estabas en terapia con él, ¿verdad?

—A eso sí voy a responder: no. La razón por la que iba a verle debe seguir siendo confidencial. Como periodista tengo derecho a no revelarlo.

—¿Has ido a verle por algún artículo en el que estés trabajando? ¿Cuál?

—Nikki, me encantaría decírtelo, pero hay muchas implicaciones en esto. Mi capacidad de desarrollar mi trabajo depende de que mis fuentes sepan que voy a respetar la confidencialidad. Tengo que agarrarme a mi derecho constitucional.

—¿A qué? ¿A actuar como un gilipollas? Estoy buscando a un asesino.

—Y supongo que yo ahora también. —Se giró para mirar el panel con la información del asesinato a través del cristal—. ¿Algún avance?

—No preguntes, Rook.

—¿Me estás dejando fuera?

Por muy enfadada que estuviera, Heat sabía que Rook, aunque podía ser un incordio, con frecuencia aportaba soluciones a los casos. Se odiaría a sí misma si prescindía de sus consejos, aunque no estuviese jugando limpio. Sonó su teléfono. Era Lauren Parry. Nikki le pidió que esperara un momento.

—Puede que se trate de la autopsia de Lon King —le dijo a Rook—. Necesito quedarme a solas en el despacho. Pero no te vayas del edificio.

—¿Estoy arrestado?

—Estás estorbando, como es habitual. —Cuando él se estaba levantando, añadió—: Hay complicaciones en esto. Dejemos nuestro drama personal a un lado. Puedes ser muy importante para esta investigación.

—¡Qué guay soy!

—Y como los Roach están oficialmente al mando, van a tener que interrogarte.

—No tengo nada que decir. Pío, pío que yo no he sido.

—¿Te diviertes con estas cosas? —preguntó ella y, a continuación, él se marchó para que hablara con la médica forense.

La voz más alegre de la oficina del forense saludó a Nikki cuando esta retomó la llamada.

—Estabas estupenda con ese uniforme esta mañana, señorita Despampanante. Ibas en plan Beyoncé, pero sin hombreras.

—Y sin sus ingresos.

—Solo te fijas en esas cosas. —Después de compartir risas, Nikki pudo oír claramente el ruido de las teclas y se imaginó a la médica forense sentada junto a la ventana de su despacho mirando hacia la sala de autopsias de abajo—. Primero los titulares, luego las explicaciones, ¿vale?

—Preparada, doctora.

—Esto no te va a sorprender. A falta del informe de toxicología, claro, he visto que la causa de la muerte es una herida en el cerebro debido a un disparo.

Nikki pasó a una página en blanco y anotó en su libreta de espiral: «CM = Disparo».

—Supongo que has extraído la bala.

—Correcto. Lo primero que he hecho es sacarla para poder enviarla a Jamaica Avenue. Los de balística están con ella y te enviarán un informe preliminar pronto.

—Dame un adelanto. —Heat no pudo evitar el tono de urgencia en su voz—. ¿Fragmentada o entera?

—Intacta. Calibre 22.

—¿Aplastada?

—Negativo. O bien se trató de un disparo afortunado, si me permites la expresión al tratarse de un homicidio, o fue un disparo preciso. Con mínima resistencia ósea. El punto de entrada fue el nasión, justo por encima del rinion, el puente de la nariz, para que me entiendas, y por debajo de la glabella, que es la parte baja de la frente. —La imagen macabra del pequeño agujero entre los ojos serenos de Lon King regresó a su mente y Nikki se figuró el dibujo esquemático de una cara como la de Charlie Brown. Cuando la marcó con un punto, sintió un hormigueo en su propia frente—. Las dos hemos visto que las balas provocan daños importantes en el cerebro o lo seccionan debido al impacto hidrostático o la desviación interna de la bala. No es el caso. Este calibre 22 ha provocado una herida de canal estrecho en una trayectoria hacia lo que ha sido un impacto directo que ha cortado el bulbo raquídeo. La bala se detuvo en la parte posterior del cráneo.

Durante el silencio posterior, Nikki se recompuso y trató de continuar con un tono profesional en sus preguntas sobre la víctima.

—¿Esa trayectoria podría encajar con un suicidio?

—Todo es posible, Nikki. Pero yo apostaría a que no. ¿Sujetar un arma delante de

ti a esa altura exactamente con el ángulo adecuado? No lo veo. Además, habría habido mucha más quemadura por el fogonazo y residuos de la boca del arma a esa distancia. Por otra parte, no hay residuos de pólvora en las manos. Y con ese grado de incapacitación y mortalidad, no podría haberse disparado y después quitarse los guantes.

La primera llamada que recibió la comisaria Heat en la nueva BlackBerry que le habían dado en el departamento la sorprendió cuando empezó a sonar. La sacó del bolsillo y vio la identificación de la llamada.

—Oye, Lauren, tengo una llamada del jefe del Departamento de Policía.

—Atiéndelo.

—Antes deja que te haga una pregunta rápida. ¿Podrían haber disparado a King en otro lugar y después haberlo metido en el kayak una vez muerto?

—No. El *livor mortis* indica que murió sentado en esa barca.

Nikki no se molestó en despedirse. Simplemente, se lanzó a atender la llamada antes de que saltara el buzón de voz.

—Aquí la comisaria Heat.

—No ha tardado en buscarse un caso difícil en su primer día —dijo el jefe de detectives antes de saludar o presentarse. Heat supuso que él habría imaginado que como era una detective habría leído el identificador de la llamada.

—No, señor.

—En unos diez minutos voy a ir con el comisionado a una reunión sobre la estrategia con respecto a esas protestas por el estudiante sirio. Ese loquero era uno de los nuestros y el comisionado quiere que le informe mientras vamos de camino. ¿Qué me puede decir?

Se puso de pie de un salto para poder ver sin dificultad el panel con los datos del asesinato y empezó a informarle mientras trataba de combatir la presión en la caja torácica del apretado corsé, provocada por tener que rendir cuentas. «Respira», se dijo Nikki mientras hablaba. Heat había estado involucrada en tiroteos en los que se había sentido más tranquila.

En dos minutos lo había resumido todo y terminó con los hallazgos de la autopsia.

—Me lo acaban de contar justo cuando ha llamado usted, así que no ha podido ser más oportuno.

—¿Se supone que debo estar impresionado?

—¿Señor?

—Se lo contaré todo al jefe, pero me parece que usted aún se está aclarando la garganta. Comisaria, quiero que deje ya los preliminares y pase a la acción. Deme algo más jugoso para poder informar o, mejor aún, alguna conclusión. Y pronto. ¿Me ha entendido?

—Por supuesto. Sí, jefe.

Heat no sabía si su jefe había permanecido al teléfono el tiempo suficiente como para oír su respuesta. Pero él mismo también era detective. Podía imaginar cuál sería.

Nikki vio a Raley y Ochoa en una mesa de la sala de descanso interrogando a Rook y, por sus expresiones, habían llegado tan lejos respecto a sus derechos en cuanto periodista como ella.

—Chicos, vamos a reunirnos.

—Me parece bien —dijo Rook poniéndose de pie con una sonrisa y frotándose las manos con fuerza.

—¿Una reunión? —preguntó Ochoa desde su silla.

—Es pronto, ¿no crees?

Su compañero tampoco se levantó.

—Aún estamos con lo que nos has encomendado.

El ambiente de desacuerdo que flotaba entre los policías hizo que Rook se acercara a la puerta.

—Solucionad lo vuestro, chicos. Estaré en la sala.

—En serio —dijo Ochoa después de que Rook se hubiese marchado—. Si pasamos más tiempo con reuniones, no vamos a avanzar.

«Así que esto es lo que pasa», pensó Nikki. Un campo de batalla con papeles predestinados. Los detectives quieren más tiempo. En la central quieren más resultados. Y la comisaria, atrapada en medio del pulso entre unos y otros. Heat se negaba a ocupar una posición, y menos el primer día, en la que tuviera que ejercer de capitana agobiada por sus superiores para que presionara a sus subordinados. Tampoco quería que vieran que a ella le afectaba esa presión. Los pasillos de la comisaría Veinte seguían apestando al sudor nervioso del capitán Irons. Así que no mencionó la patada que acababa de recibir de parte del jefe de detectives.

—Reunión en cinco minutos —fue lo único que dijo. Y a continuación los dejó para que se prepararan.

Sin muestra alguna de desacuerdo, los jefes provisionales de la brigada de homicidios habían reunido a todo el equipo cuando la comisaria Heat entró en la sala desde su despacho para dar comienzo a la reunión. Rook, que estaba en la parte de atrás de la sala, en la mesa que había ocupado, terminó de servirse un café de su máquina y se acercó al semicírculo que rodeaba el panel con la información del asesinato.

Nikki empezó con un resumen de los resultados de la autopsia de la doctora Parry y luego dio la palabra al detective Ochoa para que hablara sobre el informe que acababa de recibir del laboratorio de balística.

—Tal y como esperábamos, buscábamos una herida de bala de pequeño calibre. La autopsia de la víctima ha revelado que se trata de un calibre 22. Punta redonda, no hueca.

Feller terminó de tomar nota antes de intervenir:

—La elección del calibre 22 es interesante, teniendo en cuenta las condiciones.

—En una pelea callejera, yo preferiría un calibre de 9 milímetros o un Mag 44 —dijo Inez Aguinaldo—. Pero cuando fui policía militar hubo bastantes bajas con calibre 25 y 22. Los factores más importantes son siempre la distancia, el ángulo y la situación.

—La doctora Parry nos ha dicho que los factores dos y tres son certeros —aclaró Heat.

—Los de balística nos dan una estimación del primero, la distancia —dijo Ochoa mientras consultaba sus notas—. Suponiendo que fuera un cartucho de fusil largo y cuarenta granos de pólvora, en el laboratorio colocan la boca del arma a una distancia de entre sesenta y noventa centímetros. Un metro como mucho.

—¿Alguna conjetura sobre el arma? —preguntó Heat mientras su rotulador chirriaba sobre la pizarra al escribir ese dato.

El detective Ochoa asintió.

—Lo más probable es que se tratara de un arma corta. Las balas de rifle tienen la fea costumbre de provocar más caos dentro del cráneo que las de un revólver o una pistola. No solo rasgan el tejido, sino que producen una tormenta de plomo en el cerebro. La bala está deformada, pero intacta. Por desgracia, no hay huellas. Y se trata de una bala habitual de venta libre. Sin embargo, han dicho que han visto una buena estriación que puede conducir a una futura equivalencia. Por supuesto, lo están comprobando en la base de datos para ver si hay alguna conexión con casos anteriores.

—Magnífico, Miguel. Merece la pena haber venido. —Heat arqueó una ceja con expresión de burla y recibió media sonrisa de Ochoa y otra de Raley, que ella decidió unir y que sumaba una sonrisa más de las que había visto al entrar.

—Me he puesto en contacto con los detectives del Centro de Información de Delitos en Tiempo Real. Están investigando a todos los delincuentes que suelen preferir el calibre 22 y, entre ellos, a los que tienen como *modus operandi* los disparos a la cabeza.

Raley vio una señal secreta de su socio y tomó la palabra:

—También están llevando a cabo una investigación para mí sobre un sospechoso que ha aparecido en un vídeo del edificio donde King tenía su consulta.

—¿Te refieres a otro aparte del periodista sospechoso que también aparecía? —preguntó Heat.

Las carcajadas de todos, incluidas las de Rook, sirvieron para suavizar la tensión. Entre los secretos, pueden venir bien las bromas. Cuando hay un secreto a voces, en ocasiones, una burla sincera hace que todo se relaje.

—Este es aún más sospechoso. Si es que eso es posible —continuó el detective Raley—. Hombre blanco de treinta y pocos años. Pasó varias veces ante la cámara diferentes días de esta semana sin entrar en la consulta.

—¿Se le ve la cara? —preguntó Heat.

El rey de las cámaras de vigilancia negó con la cabeza.

—Mantén la cabeza baja y llevaba gorra.

—Una pregunta.

—Adelante, señor espectador —dijo Raley.

—Aquí el sospechoso Jameson llamando desde Tribeca. La primera vez que llamo, aunque llevo mucho tiempo deseándolo. Si no tenéis su rostro, ¿cómo vais a identificarlo? ¿Tatuajes? ¿Cicatrices? Estaré en línea hasta que escuche su respuesta.

—La respuesta a su pregunta está en el análisis de sus andares.

—¿Existe alguna aplicación de móvil para eso? —preguntó Rook.

—Existe una aplicación para eso —contestó Raley—. Los técnicos del Centro de Información de Delitos en Tiempo Real están utilizando un *software* nuevo que en su origen se desarrolló para el Departamento de Seguridad Nacional, basado en la premisa de que la forma de andar de cada persona es única y puede ser analizada con algoritmos. Aún no es tan precisa como las huellas digitales, pero tampoco lo era el reconocimiento facial en sus comienzos.

Inez Aguinaldo acababa de interrogar a Sampson Stallings, el compañero sentimental de Lon King, que había llegado directamente del JFK para reunirse con ella en la sala de juntas de la comisaría.

—Ese hombre está destrozado. Él y la víctima han sido pareja durante casi una década y estaban pensando en casarse.

—¿Cómo era la relación? —preguntó Ochoa.

—Como acabo de decir, estaban pensando en casarse.

—Muy bien, pero seamos realistas —dijo Feller—. Las bodas sacan lo peor. Hay gente que echa una última cana al aire y la descubren, o se lo piensan mejor y deciden buscar una salida mortal, o todo el miedo y la tensión que rodea a ese gran paso hacen que uno de ellos se desmorone y... ¡zas! —Se dio cuenta de que Nikki le estaba mirando fijamente y añadió—: Por supuesto, vuestro compromiso es la excepción.

—Lo cierto es que el señor Stallings sí ha admitido que últimamente han tenido discusiones por las deudas de juego de su pareja —explicó la detective Aguinaldo—. Pero me ha contado que el doctor King había entrado recientemente en Jugadores Anónimos y que estaba dando pasos para controlar sus hábitos. En cuanto al resto de su relación, no han sufrido infidelidades. King no tenía enemigos ni se sabe que hubiese sido amenazado. No ha habido cambios en su rutina ni en su comportamiento. Nada de drogas ni alcohol. Nada que apunte hacia esto.

—¿Has comprobado su coartada? —preguntó Heat—. Ha dicho que estaba en Vermont, pero Burlington queda a tan solo una hora de avión o a seis en coche.

—Afirmativo. Durante la ventana temporal de la hora de la muerte, el señor Stallings estaba haciendo un retrato a un senador de Estados Unidos.

—Yo buscaría un testigo con más credibilidad —la interrumpió Rook.

El detective Feller presentó su informe con un tono de frustración tras haber pasado el día detrás de la Unidad Portuaria y la Guardia Costera sin que hubieran

informado de ninguna actividad inusual relativa a un hombre solo en kayak.

—Sí que he conseguido algo de información sobre las mareas. Bingo. La Guardia Costera ha realizado una factorización informática del ciclo de la marea, viento y arrastre para una embarcación a la deriva de ese tamaño. Suponen que el kayak fue río abajo, de norte a sur.

—Eso puede encajar —dijo Inez—. Stallings dice que el doctor King guardaba un kayak en una caseta para barcas en Inwood y que habría salido de allí.

—La detective Aguinaldo ha tenido la gentileza de llamarme por teléfono para contármelo, pues yo me estaba encargando del kayak —añadió Rhymer—. Recibí su llamada en la tienda REI de equipos deportivos de Yonkers, donde lo compró y dio clases de remo. No tenía compañeros con los que saliera a navegar con regularidad, según el encargado. De hecho, recuerda que King dejó muy claro que quería practicar deporte en soledad.

Nikki pensó en sus sesiones y en su conducta silenciosa. Después de pasar el día escuchando hablar a la gente, se imaginó que probablemente aquel silencio mantenía la cordura del psicólogo.

—He pasado por el Club de Piragüismo de Inwood cuando volvía a Manhattan —continuó Rhymer—. Está en el Hudson, entre el estuario de Spuyten Duyvil y el puente George Washington. El vicecomodoro me ha puesto en contacto con uno de sus miembros que vio a King salir ayer por la tarde, sobre las cuatro y media.

Toda la brigada miró al unísono hacia el reloj de pared, sin duda con el mismo pensamiento. Alrededor de veinticuatro horas antes, un hombre se había puesto un chaleco salvavidas pensando que iba a salir a remar tranquilamente una tarde de abril.

El detective Rhymer, que había hecho una pausa al ver el impulso de todos los demás, retomó su discurso mientras consultaba sus notas.

—Esta persona, una ejecutiva de recursos humanos llamada Abira, ha dicho que mantuvo una conversación amistosa con King en la que le estuvo hablando de los peligros de salir a remar solo. Es irónico que sus últimas palabras fueran: «Si muero, tú reirás la última». Ella tenía una cita y se marchó mientras él remaba río arriba. Según ella y el vicecomodoro, una de sus rutas preferidas era trazar un círculo: el río Harlem hasta el puente de University Heights y vuelta.

—Detective Feller —dijo Heat—. Mientras siga habiendo luz del día, llama a tus contactos de la Unidad Portuaria para que rastreen esa zona. —Cuando se levantó de la mesa para marcharse, ella añadió—: Pescadores, barqueros, ornitólogos, fumadores de hierba que salen por el río... Pide a la Unidad Portuaria que hable con todos.

Sin girarse, Feller hizo un gesto en el aire con la mano para indicar que lo había entendido.

—¿Qué piensas del Gordo Tommy? —preguntó Ochoa—. Después de vuestra reunión, ¿te cuadra en esto?

Heat hizo un resumen de su reunión en La Rueda de la Fortuna con Nicolosi. Cuando terminó, Raley comentó que no parecía muy convencida de que estuviese

involucrado.

—Sean —contestó Heat—, debemos seguir teniendo a todo el mundo sobre la mesa hasta que cerremos el caso. Pero su móvil no es muy sólido.

—Él mismo lo ha dicho —añadió Rook—. No es bueno matar gente que te debe dinero.

El detective Rhymer cerró su cuaderno.

—Eso nos deja con muy pocos sospechosos.

Ochoa se acercó al panel del asesinato y golpeteó con los dedos el robo en la consulta de Lon King.

—Ahora mismo, esta es la pista más importante. ¿Y esos expedientes de pacientes desde la A a la M que han birlado? Nuestro asesino podría ser uno de ellos. Quizá había un paciente con algo en su expediente que no quería que se supiese. Algo que había confesado al loquero pero después se había arrepentido.

Raley se sumó a la especulación de su compañero:

—O puede que fuera algo con lo que el loquero le sobornaba para conseguir dinero y poder pagar su deuda.

—Es posible —dijo Feller, que regresaba de haber hecho su llamada.

Nikki negó con la cabeza.

—Sé que he dicho que debemos mantenerlo todo sobre la mesa, pero eso no me parece propio de él.

—Las personas pueden sorprenderte —se mofó Feller. Rook y Heat intercambiaron una corta mirada y apartaron la vista—. ¿Podríamos conseguir una lista de los pacientes de la A a la M? Así podemos empezar a pedir órdenes judiciales para hacer algún interrogatorio.

—No existe ninguna lista —respondió Ochoa—. Han robado los expedientes y toda la documentación del despacho. Discos duros, agendas, todo. Es un callejón sin salida.

—¿Guardaba Lon King una lista de pacientes en su casa? —preguntó Miguel—. Deberíamos averiguarlo.

—Ya lo he preguntado. —La detective Aguinaldo pasó unas cuantas páginas de sus notas—. Según su pareja, compartían un estudio-guion-despacho en el segundo dormitorio. King lo usaba, sobre todo, como retiro, era donde leía sus revistas sobre psicología y trabajaba en un libro sobre naturaleza que estaba escribiendo. Las únicas veces que Stallings le vio consultando notas sobre sus casos era con los expedientes en papel que se llevaba a casa.

—Su recepcionista ha hablado de memorias USB —le dijo Heat.

—Seguiré insistiendo.

Rhymer levantó una mano y esperó a que Nikki inclinara el mentón hacia él.

—Yo tengo una solución. Elaborar nuestra propia lista. Que los de recursos humanos hagan un listado de todas las derivaciones que se hayan hecho a Lon King desde el Departamento de Policía de Nueva York.

—Es una idea estupenda —exclamaron los Roach casi a la vez.

—Joder, eso es como buscar una aguja en un pajar —dijo Feller—. Vamos, hombre, ¿cuántas derivaciones ha habido? ¿Cuánto hay que retroceder en el tiempo? Es imposible, si queréis saber mi opinión.

—¿Se te ocurre algo mejor? —preguntó Rhymer, defendiéndose para variar.

—Ponerme a dar vueltas en círculo, Rhymer.

—Oye, capullo, que no se te haya ocurrido a ti no lo convierte en una mala idea —estalló el detective Rhymer.

Feller se quedó demasiado sorprendido como para responder nada. Los demás estaban tan impactados que no hicieron más que quedarse mirando incrédulos hacia aquel hombre procedente de Virginia de carácter afable que siempre hablaba con tono suave. La diplomacia de la brigada se había puesto fea. Opie había llamado capullo a Randy.

Heat se preguntó si ella habría provocado aquello por no haber designado a un jefe definitivo de la brigada para reprimir así las llamas de la rivalidad de inmediato. ¿O es que aquello había estado cocinándose desde siempre y aquel cambio había hecho que estallase? Se quedó observando a Rook. Mientras todos buscaban pistas, ¿qué tenía él?

Después, hizo desaparecer aquel pensamiento... por ahora. No la iba a llevar a nada bueno.

Dr. Lon King

Transcripción de terapia

Sesión del 22 de febrero de 2013 con Heat, N., detective de primer grado, Departamento de Policía de Nueva York

LK: Ha pasado algún tiempo, Nikki. Veamos. La última vez que hablamos estabas enfadada y habías bautizado a Jameson Rook con tu cóctel.

NH: Un chupito de tequila, sí.

LK: ¿Cómo os va?

NH: Nos hemos prometido.

LK: Enhorabuena.

NH: Gracias.

LK: ¿Cómo os va?

NH: Me lo acaba de preguntar.

LK: Has respondido con un hecho. ¿Y los sentimientos?

NH: ¿Es que no son hechos?

LK: Me gustaría saberlo.

[No hay respuesta].

LK: Nikki, cuando pediste esta cita dijiste que era solo... ¿Cómo lo llamaste?

NH: Una puesta a punto.

LK: Muy práctico. Lo cual está bien. Es propio de ti. O de tu zona de confort. ¿Hay algo más? Te gustan las cosas concretas, dime si hay algún problema específico al que te estés enfrentando.

NH: Pues... Sí, supongo... [Pausa larga]. Vivir juntos.

LK: ¿Te refieres a antes de la boda? Creía que habías dicho que Rook y tú lleváis unos años compartiendo espacio.

NH: Me refiero a después de la boda. Y el problema no está en vivir juntos. Por supuesto que vamos a vivir

juntos... La cuestión es dónde. [Pausa larga]. Me va a obligar a decirlo, ¿verdad?

LK: Te escucho.

NH: Vale, vale... Es solo que todo ese asunto me tiene estresada. No podemos ser la primera pareja que tiene que decidir en el apartamento de quién vamos a vivir y cuál es el que vamos a... dejar.

LK: Tienes razón, no es inusual. Aunque yo suelo verlo con más frecuencia en parejas que se comprometen en una relación después de un divorcio, en las que una parte de la pareja se siente como un invitado en la casa del otro. Un remedio es deshacerse de las dos casas y...

NH: Eso no tiene sentido. Rook tiene un *loft* gigantesco en Tribeca. Mucho espacio, con sitio para las cosas de los dos... [Silencio].

LK: Interesante respuesta. Así que parece que el problema están en dejar tu apartamento, Nikki.

NH: [Pausa. Trata de serenarse]. Yo me crie allí. He... pasado mi vida allí. [Pausa muy larga].

LK: A tu madre la asesinaron allí.

NH: ¿Podemos...? [Se pone de pie]. ¿Podemos ocuparnos de esto en otra ocasión?

LK: Claro. Concertemos otra sesión. ¿Es eso lo que quieres?

NH:... Creo que es lo que necesito.

—¿Comisaria? ¿Comisaria?

Raley y Ochoa, los dos en el despacho de ella. Los dos llamándola. Nikki salió con un sobresalto de su mirada ausente hacia el semáforo de la calle Ochenta y Dos y los miró.

—Hemos encontrado algo —dijo Raley—. Les he pedido a los de recursos humanos que elaboraran una lista de pacientes derivados a Lon King.

—La idea era que la derivación de un policía al psicólogo sería la distancia más corta entre la falta de una lista de clientes y un mar de posibilidades a partir de las cuales pudiésemos trabajar —continuó Ochoa.

—¿Qué habéis encontrado?

Ochoa hizo una señal con el dedo pulgar y Heat siguió a los dos compañeros al centro Roach, donde sus mesas estaban pegadas a un rincón de la sala de la brigada. Miguel señaló hacia su silla de trabajo y Heat la acercó para ver la pantalla. Una fotografía en color de una acreditación del Departamento de Policía de Nueva York apareció desde la parte superior de la pantalla. A primera vista, supuso que aquel hombre debía ser problemático. A todos los policías se les dice que no sonrían en sus fotografías identificativas. Este había cumplido con el procedimiento, pero había conseguido poner un rastro de sonrisa en su cara. O puede que no fuese tanto la boca como los párpados apretados de aquel listillo.

—Timothy James Maloney, detective de tercer grado —anunció Raley.

—Lo cierto es que es un exdetective de tercer grado. —Ochoa dio dos toques en la barra espaciadora para abrir la siguiente página, que tenía una marca de agua en rojo que indicaba que era confidencial. Se trataba de un informe a un solo espacio sobre los sucesos que habían llevado a la suspensión de Maloney, debida a numerosas quejas por haber infligido abuso de fuerza, seguida de una derivación obligatoria a un psicólogo del departamento después de que el detective vaciara la mesa de su jefe de brigada de la división antirrobo con una fuerte sacudida del brazo.

—Un poco demasiado nervioso, ¿no creéis? —observó Heat.

—Aún no has visto ni la mitad —respondió Raley—. Pasa a la siguiente pantalla.

En la tercera página, el expediente de recursos humanos sobre Maloney consistía en una lista de sospechas sobre haber desinflado las ruedas y realizado arañazos en el vehículo personal del teniente de su brigada, una furgoneta. Ninguno de estos actos vandálicos podía atribuirse claramente a Maloney. Heat pasó a la página siguiente, donde apareció la transcripción de un mensaje anónimo enviado a Lon King desde un móvil de prepago:

Es usted el peor de los cobardes. Siempre se sienta ahí fingiendo que se preocupa, siempre actúa como si fuera mi amigo cuando le cuento un puto problema. Pero no más chorradas del departamento. Una estafa. Como siempre. Le tienen en el bolsillo. ¿Cree que me puede tocar las pelotas simplemente porque se la chupa al comisionado? Pues aquí tiene una dosis de honestidad, algo que usted NUNCA me demuestra, capullo mojigato. Sé dónde vive. Sé dónde aparca el coche. Sé cuáles son sus paradas de metro. Sé lo de su piragua. Conozco esa cafetería ecológica donde estuvo el pasado viernes por la noche con su novio. ¿Quién es el paranoico ahora, hijo de puta?

Heat giró la silla hacia los Roach.

—¿Los de recursos humanos saben si esto lo envió Maloney?

—Lo saben. Otra cosa es que puedan demostrarlo —contestó Raley.

—¿Por qué él?

Ochoa señaló la parte inferior de la pantalla.

—Por una cosa. La fecha del mensaje. Ese mismo día Lon King redactó un informe sobre Maloney en el que recomendaba que le retiraran de su puesto.

—Lon King hizo que le despidieran —añadió Raley con un claro tono defensivo.

—¿Tenemos su dirección? —preguntó Heat. Cuando Raley levantó en el aire su cuaderno de notas, ella se puso de pie—. Vamos a hacer la visita del médico.

Cuando Rook los vio recogiendo para marcharse, tuvo, por una vez, la prudencia de no exigir ir de carabina y dejó que los dos jefes de la brigada de homicidios compitieran por el asiento de delante en el coche de Heat. Ochoa ganó una ronda de piedra, papel, tijera en la acera con una sorprendente repetición de papel ante la piedra de Raley, así que Sean fue en el asiento de atrás con Rook durante el breve trayecto hacia el norte de la ciudad.

—Cuida de que no vomite sobre ti ahí detrás, Sean —dijo Ochoa mirando por encima del reposacabezas.

—No te preocupes —contestó Rook—. Sí, soy propenso a marearme en los viajes, pero sé que más me vale no estropear el olor a nuevo del coche con la suave forma de conducir de la comisaria.

Un coche patrulla de la Veintiocho les esperaba en la 128 Oeste, justo en la entrada sur de St. Nicholas Park, a una manzana de la casa de piedra de Maloney en Harlem. Heat se detuvo con su ventanilla pegada a la del otro coche, les agradeció la colaboración de su comisaría y ordenó a la pareja de agentes que cubrieran la parte de

atrás del edificio y la salida de incendios mientras ella y su equipo entraban por delante. Los agentes levantaron en el aire sus teléfonos móviles para confirmar que habían recibido el mensaje de Nikki con la fotografía de Maloney y, después, se separaron para tomar posiciones.

—Por cierto, ¿qué problema hay con este tipo? —preguntó Rook cuando los cuatro salieron y subieron por la escalera de entrada al edificio.

—Un carácter colérico y quejas de ciudadanos por sus palizas en callejones.

Rook se detuvo y dio unos cuantos pasos atrás hasta la acera.

—Que el abuso de la fuerza te acompañe.

Los otros tres también mostraron prudencia, pero de un modo distinto. Heat, Raley y Ochoa apoyaron las manos sobre las fundas de sus pistolas mientras ocupaban sus posiciones junto a la puerta. Tras golpear varias veces con el puño y llamar a Maloney sin obtener respuesta, volvieron al coche para esperar la orden de registro que habían solicitado.

—Como se haya escapado, será culpa de los de recursos humanos —dijo Raley.

—Maldito gili... —siguió su compañero, cuidando su lenguaje en deferencia a Heat—. Esta denuncia de homicidio ha entrado en el sistema a las seis y media de la mañana. Ese tío nos lleva doce horas de ventaja porque no nos han notificado su amenaza. ¿No se supone que estábamos juntos en esto? ¿Qué narices pasa con eso de compartir la información?

—Desde luego, da qué pensar —dijo Nikki.

Vio a Rook detrás de ella, pero estaba ocupado observando cómo las hojas de un olmo se movían bajo la luz cobriza de la farola y no se había dado cuenta de la indirecta. Eso o simplemente no le estaba haciendo caso.

—Noticias del departamento forense —anunció Raley mientras leía un correo electrónico en su teléfono—. Dice: «La parte delantera del kayak también tiene restos de pólvora pegados a una pequeña mancha reciente de un residuo oleoso indeterminado».

—Qué raro —dijo Ochoa—. ¿Aceite en un bote de remos? ¿Como el aceite de oliva que se le echa al bocadillo?

—No. El detective DeJesus dice que se trata de algún lubricante de motor. Fino, como el que se puede utilizar para las pistolas.

—¿O para la bobina de una caña de pescar? —preguntó Heat.

—Sí, pero... ¿recordáis? No había caña ni aparejos de pesca. Además, esta tiene una forma extraña, se ha esparcido con un espray fino. Los del departamento forense van a analizarla, pero también van a enviar una muestra para que la analicen en el Instituto Nacional de Grasas Lubricantes.

Aquello llamó la atención de Rook, que dejó de mirar las copas de los árboles.

—¿Hay una institución de lubricantes? —preguntó con una sonrisa traviesa—. Imaginaos cuántas posibilidades.

Raley, Ochoa y Rook intercambiaron sonrisas, todos ellos haciendo uso de su

imaginación.

—Chicos, no empecéis —les advirtió Heat.

—Vale —respondió Rook—. Es un terreno muy resbaladizo.

—Ahí está nuestro hombre —anunció Ochoa.

Los demás siguieron su mirada manzana arriba. Timothy Maloney se acercaba con paso tranquilo con los ojos puestos en el interior de una bolsa de una cadena de comida rápida. Cuando se preparaban para actuar, él se detuvo en la acera unos metros más adelante, enfrente de su casa. Sacó un aro de cebolla y le dio un bocado.

—En cuanto pase esa furgoneta —dijo Heat mirando de reojo por el espejo retrovisor hacia los faros que se acercaban. Pero cuando estuvo a su lado, Maloney tiró la bolsa y echó a correr delante de ella. La furgoneta se detuvo con un frenazo bloqueando la puerta de Nikki y de Raley, que estaba detrás de ella.

—¡Vamos, vamos, vamos! —gritó Raley a su compañero.

Ochoa salió dando un salto y rodeó gateando la parte frontal del coche, pero el confundido conductor de la furgoneta dio una sacudida hacia delante y estuvo a punto de atropellado. Una vez tuvieron libres sus puertas, Heat y Raley salieron y examinaron la manzana en busca de Maloney.

—Ya lo veo —dijo Raley.

Él y Nikki cruzaron la calle a toda velocidad en dirección a su sospechoso, que desapareció corriendo entre las sombras de St. Nicholas Park.

Heat y Raley giraron entre las verjas de hierro fundido de mediana altura que bordeaban el sendero y subieron los dos tramos de escalones de cemento. En la oscuridad, a Raley se le enganchó un pie en uno de los escalones, pero se agarró a la barandilla antes de caer.

—Estoy bien —susurró sin que ella preguntara.

Heat no se giró. Tenía su atención puesta delante de ella.

En el rellano, se detuvieron para orientarse y escuchar. A esa hora de la tarde, justo al lado de la entrada del parque, el ruido de la calle lo inundaba todo. Si hubo pisadas, se perdieron entre el murmullo de los pitidos y la música de los coches y unas canastas de baloncesto en las que se estaba jugando en algún lugar en medio de la noche. Llegó el detective Ochoa y Heat le dijo que llamara por radio a los agentes que estaban cubriendo la parte posterior del apartamento.

—Hecho —contestó él mientras seguían avanzando—. Están dando la vuelta en el coche patrulla hacia la entrada de la calle Ciento Treinta y Cinco y avanzarán a pie en nuestra dirección. Con suerte, le acorralaremos. También están pidiendo ayuda aérea.

Nikki pensó que la táctica de acorralamiento era buena mientras el trío se dispersaba en fila en dirección norte, pero el exdetective Maloney tenía la misma formación que ellos. Por la noche, en un parque arbolado de noventa mil metros cuadrados con densas matas de arbustos, abruptos afloramientos y colinas, no sería difícil que su presa saltara a la calle o simplemente se subiera para esconderse a un

laurel o un rododendro hasta que ellos pasaran. También podría ir armado, algo que debió pasarse igualmente por la mente de Raley, pues advirtió a Heat que fuera con cuidado al pasar bajo la farola siguiente vestida con su camisa blanca del uniforme.

Justo cuando Heat estaba a punto de preguntar a Ochoa si Rook venía con ellos, un destello plateado llamó su atención.

—Allí —dijo apuntando hacia las tiras reflectantes de las zapatillas deportivas de Maloney, que desaparecieron rápidamente por la curva que tenían cien metros por delante. Nikki corrió a más velocidad tras él con los Roach siguiéndola a tan solo un metro de distancia.

Conscientes de que podía tenderles una emboscada, rodearon una curva donde unos pesados sicomoros podían proporcionar un buen escondite. Nikki tocó la empuñadura de su Sig Sauer, pero la mantuvo enfundada. Llegaron a una cancha de baloncesto donde un chico de instituto estaba practicando triples a la luz de las farolas y se detuvieron.

—Policía de Nueva York —dijo Heat—. ¿Has visto a un hombre?

El muchacho vaciló y después extendió un brazo hacia su derecha, pendiente abajo, hacia un matorral denso y más oscuro que la noche que los rodeaba. Los tres policías emprendieron la bajada despacio y, a continuación, se detuvieron en el borde la maleza a escuchar. No oyeron nada, salvo los pasos de sus compañeros de uniforme, que se acercaban poniendo fin a su intento de acorralamiento. La pareja se detuvo y esperó en el sendero que había sobre ellos. Heat hizo una señal con las manos extendiendo ambos brazos para definir la zona de matorral donde se había visto por última vez a Maloney. Uno de los agentes susurró algo por su *walkie*. Quince segundos después se oyó el sonido de un motor a reacción y el remolino de unas aspas de rotor y la zona quedó inundada por el foco implacable de un helicóptero del Departamento de Policía de Nueva York.

Heat, los Roach y una docena de agentes de apoyo llegados de la comisaría Veintiocho pasaron media hora recorriendo los jardines y limpiando sistemáticamente los matorrales que había bajo la luz del Bell 429 de la Unidad de Aviación. Cuando volvieron sin nada, Nikki estrechó las manos de los agentes agradeciéndoles la ayuda. El helicóptero apagó el foco y regresó a su base. Con un par de coches de policía a los que se les encargó que patrullaran el parque el resto de la noche, no había nada más que hacer por parte de Heat y los Roach, salvo marcharse. Mientras regresaban sobre sus pasos para salir del parque, comentaron que el conocimiento que Maloney tenía de la zona y la ventaja que les había sacado le habían ayudado a escaparse y salir por el lado este del parque.

—O ese aspirante a jugador de la NBA nos ha mentado —concluyó Ochoa—. He visto tu caída aquí, Sean —dijo cuando llegaron a las escaleras de la calle Ciento Veintiocho.

—¿Eso? Tío, ha sido una maniobra evasiva. Así me he convertido en un objetivo en movimiento.

—Más bien una maniobra propia de Rook, si quieres saber mi opinión. Como aquella vez que se tropezó con una alfombra cuando hicimos la redada en aquella casa de Bayview.

—Y casi se cae en el agujero que había en el suelo, de culo. Qué buenos tiempos —Raley inclinó su cabeza hacia Heat—. No te ofendas porque estemos bromeando sobre tu prometido.

—Estoy muy ofendida —dijo Nikki. Entonces no lo pudo evitar—: Espero que, si se ha quedado en el coche, haya tenido la inteligencia suficiente de abrir una ventanilla para que le entre el aire.

Los tres disfrutaron de las risas que aliviaban la tensión a costa de Rook. Pero quedaron interrumpidas cuando le vieron en mitad de la manzana. Sacaron sus armas y echaron a correr mientras gritaban:

—¡Policía! ¡No se mueva!

—¡Mantén las manos quietas! —gritó Heat.

Los Roach llegaron hasta ella, ambos con sus pistolas apuntando a Maloney, mientras espetaban solapándose el uno al otro: «¡Ponías donde las podamos ver!» y «Ni un centímetro, ni un músculo».

—Rook, apártate —le ordenó Nikki.

—¿Estás segura?

—Sí, apártate... ya.

Rook, que había mantenido a Maloney boca abajo sobre el capó del coche de Heat, vaciló un momento y, después, hizo lo que le había dicho. Raley y Ochoa intervinieron para encargarse del sospechoso. No se resistió.

—¿Estás herido? —preguntó Nikki.

—No, estoy bien. Ha sido pan comido. Antes de que le esposen, dime qué te ha parecido esa posición.

Señaló las manos de Maloney, que seguían entrelazadas detrás de su cuello. Lo había mantenido así, con la mejilla sobre la chapa, los codos abiertos, las piernas separadas e inclinado por encima del guardabarros.

—Perfecta —respondió ella tras una pausa—. Pero ¿cómo has...? —Se quedó mirándolo—. ¿Tú?

—Por favor, reconóceme el mérito. Todos estos años saliendo a patrullar contigo han tenido cierto impacto, Nik. Los hombres aprendemos algunas cosas. Además, en el canal MeTV están poniendo de nuevo *Las calles de San Francisco*. Es sorprendentemente real.

—Diga más bien que no me he resistido —gruñó Maloney. Se quedó mirando a Rook con media sonrisa—. Y una mierda pan comido. ¿Cree que no habría podido con usted si hubiese querido? —Hizo una mueca cuando Ochoa le apretó las esposas—. Un poco de delicadeza, Paco. —Después, miró al detective con una sonrisa irónica.

—En serio, Rook —insistió Heat—. ¿Cómo lo has hecho?

—El sospechoso volvió sin percatarse de mi presencia. Cuando trató de recuperar su bolsa de aros de cebolla y pollo crujiente, le agarré por sorpresa, lo cual resultó muy efectivo. Gracias, Michael Douglas de los años setenta.

Una suave brisa levantó el pelo de Rook y lo despeinó de una forma que solo podría describirse como sensualmente descuidado. «Perfecto —pensó Nikki—. Quiero estar y de hecho estoy tan cabreada con este tío que quiero correrle a patadas por todo St. Nicholas Park por haberse arriesgado así, por actuar de una forma tan despreocupada, por ocultarse tras su maldito privilegio como periodista, por ir a ver a mi loquero a escondidas, pero, en lugar de eso, no puedo dejar de mirar cómo le cae ese estúpido flequillo, de ver cómo se refleja la luz de la farola sobre su frente acentuando ese fuerte atractivo del que tanto presume o de sentir en mi interior un

calor que hace que desee lanzarme sobre él y enterrar mi cara en su pecho aquí mismo, en este mismo momento».

—¿Esa mirada es de reprobación o de adoración? —preguntó al darse cuenta de cómo le miraba.

—Sí.

Cuando Raley hubo registrado a Maloney, preguntó:

—¿Le has registrado del todo?

—¡Por favor! —se mofó Rook—. Por supuesto.

Pero en ese momento el detective sacó del tobillo de Maloney una Smith & Wesson J-Frame negra.

—¡Uy! —exclamó Rook—. Eso no lo he visto.

—Cinco balas en el tambor —dijo Maloney guiñando un ojo—. Si hubiese querido.

De la sonrisa de Rook desapareció la arrogancia. Raley arrastró a Maloney dos pasos atrás y le dejó sobre el lateral del vehículo.

—Os he estado llamando a gritos durante quince minutos —dijo Rook de repente al sentir cómo los nervios reptaban por su interior—. Imposible que me oyeráis por encima del ruido del helicóptero. He llamado a tu móvil, Nikki, pero entonces lo he oído sonar. ¿Dónde? En el coche. —Heat se tanteó el bolsillo para buscarlo y, a continuación, vio su BlackBerry en el asiento delantero, donde lo había dejado al salir corriendo—. Un pequeño fallo, ¿eh, comisaria? Comprensible, dado lo urgente de la persecución. Pero ¿y vosotros dos? ¿No respondéis a vuestras llamadas?

—No lo he oído —respondió Raley tras mirar su teléfono y ver dos llamadas perdidas.

Ochoa cortó una llamada desde el *walkie* y miró su iPhone, que, al igual que el de su compañero, había dejado en silencio para la emboscada.

—Estábamos algo ocupados.

—Bueno, como veis, yo también.

—Orden de registro concedida —anunció Ochoa enseñando la radio que tenía en la mano.

—Timothy James Maloney, tenemos una orden de registro de su apartamento.

El expolicía sonrió burlón y se encogió de hombros.

—Solo tenía que haberlo pedido, comisaria.

Aun así, Maloney les hizo esperar a que llegara el documento oficial desde la oficina del fiscal del distrito. Cuarenta minutos que erosionaban el presupuesto de Heat para horas extraordinarias mientras su principal sospechoso de asesinato, un hombre con un historial de violencia y descaro, permanecía dócil disfrutando de algún chiste privado y chasqueaba los dientes.

Heat, los Roach y Rook subieron los escalones de la puerta principal con la orden y la llave de Maloney. Nikki se detuvo antes de abrir la puerta. Los cuatro compartieron un recuerdo silencioso de cuando el comisario Irons entró

fanfarroneando al interior de la casa de un sospechoso peligroso, no muy lejos de donde estaban ahora, y perdió la vida con una trampa explosiva. Nikki se giró hacia la calle, donde estaba su prisionero flanqueado por unos agentes.

—Maloney, usted primero.

Entró sin vacilar y con un andar tan arrogante como el que puede llevar una persona con las manos atadas a la espalda.

—Les ofrecería unas patatas fritas para picar, pero necesitaría algo de ayuda para abrir la bolsa.

Nikki y sus hombres no hicieron caso al comentario, inspeccionaron el apartamento de dos dormitorios y un baño y, después, se colocaron guantes mientras la policía científica les seguía con sus cajas llenas de algodones, polvos y equipos de fotografía. Tres agentes uniformados dejaron a Maloney en una silla de cocina en medio del salón y se quedaron a su lado mientras él permanecía tranquilo con algún monólogo interior. Heat vio aquella imagen. Le pareció como si el bufón hubiese ocupado el trono.

—En los informes aparece que usted tiene numerosas armas registradas a su nombre en esta dirección —dijo ella.

—Correcto. Esa es la palabra, «registradas». Todo legal. Al igual que la que llevo en el tobillo. Tengo una ocupación de riesgo.

—Tenía —espetó Ochoa mientras asomaba la cabeza por la puerta abierta de un armario.

Heat leyó la lista que aparecía en la orden:

—«Una pistola semiautomática de calibre 20, una Glock 44 Mag, una Sig Sauer nueve milímetros, una Smith & Wesson 500 Mag...».

—Impresionante —dijo él asintiendo orgulloso.

—Lo que más me interesa es esto: un fusil largo Ruger SR-22, un Walther P22 y un ISSC M22 con visor láser.

—Para apuntar adonde quieras.

Heat dobló aquellas páginas en tres y levantó la orden en el aire.

—¿Quiere que le destrocemos la casa o simplemente me enseña dónde están?

—No están aquí, eso es seguro —respondió riendo entre dientes—. Pero puedo decirle dónde encontrarlas. Todas y cada una de ellas.

—¿Tiene un almacén en algún sitio?

—Aún mejor. —Estuvo a punto de decírselo. Después, apretó los labios y se limitó a apoyarse en el respaldo—. Quizá luego.

De vuelta en la comisaría una hora después, Heat y Rook miraban a través del espejo de la sala de observación a Timothy Maloney mientras Raley y Ochoa le interrogaban.

—No vais a *sacar* una mierda de mí hasta que no me quitéis esto. —Levantó sus

esposas con una sacudida inundando el cuarto de un traqueteo metálico y obligando a Nikki a bajar ligeramente el volumen del micrófono.

—«Arrastro la cadena que en vida me forjé» —bromeó Rook con voz fantasmal imitando al personaje del *Cuento de Navidad* de Dickens—. ¿O esa la han forjado en Pittsburg?

—Sigo esperando —insistió Ochoa—. Dinos dónde estabas ayer entre las tres y las ocho de la tarde.

—Oye, Paco, puedes preguntármelo diez veces más. No hablo contigo.

—¿Y conmigo? —preguntó Raley.

—¿Qué pasa contigo? ¿Quién eres? ¿El duendecillo de los cereales Lucky Charms?

Entró un auxiliar administrativo, le entregó a Nikki un expediente y se fue. Esta lo abrió y le echó una ojeada.

—Bueno, esto tiene sentido. Lo que diagnosticó Lon King a Maloney fue trastorno de personalidad paranoide.

—Espera, su apellido empieza por M. Creía que esos expedientes los habían robado.

—Así es. Esta es una copia del informe psicológico que King envió a recursos humanos. Por el que le echaron de la policía —contestó mientras seguía leyendo—: «El detective Maloney muestra los síntomas clásicos de trastorno paranoico, entre ellos ira, disonancia cognitiva, rabia, reproches injustificados, comportamiento violento impulsivo y proyección excesivamente recelosa».

Rook se puso una mano sobre la oreja, al estilo de los locutores.

—Si tu proyección dura más de cuatro horas, consulta a un médico.

—Vamos, Tim, tú te has dedicado a esto igual que nosotros —dijo Ochoa jugando la carta de la complicidad—. Ya sabes cómo acaba, así que suéltalo ya.

—Igual que tú —repitió Maloney con desdén—. ¿Quieres decir que me contrataron mientras pasaba por la calle para cubrir un cupo?

—¿Cuándo ha sido la última vez que has disparado alguna de tus armas? —preguntó Raley.

—Tus peones me han hecho la prueba de la parafina. Tú sabrás.

—¿Y qué pasa con tus armas? ¿Dónde están? —replicó Ochoa.

Maloney movió las manos con un tintineo de cadenas y, a continuación, las dejó caer.

—Quiero que venga la mujer. La comisaria. Quiero alguien de rango superior.

El riesgo de concederle lo que quería era que le daría más fuerza y alimentaría a la bestia. Lo bueno era que quizá se le podría sacar algo si sentía que contaba con cierta ventaja. Heat entró. Los Roach salieron.

Nikki comenzó en silencio, inmersa en el expediente de él, dejando que el ansia de confirmación que acababa de mostrar le incitara a hablar. Cinco minutos pueden convertirse en un tiempo muy largo dentro de una habitación. Pero, por fin, la táctica

de Nikki funcionó.

—¿Ese era su novio? —preguntó Maloney—. ¿El tipo al que dejé que me arrestara?

—Muy observador. —Después le tanteó—: Apuesto a que echa usted de menos la vida de detective.

—Oiga, váyase a la mierda.

—¿Es su punto débil? No me sorprende. Todos esos años tirados por la borda. —Pudo notar cierta agitación fermentándose bajo su pose superficial y arrogante y se agarró a ella. Su intención era conseguir derribar el muro de piedra que Maloney había levantado atacándole a través de su propia inestabilidad emocional. Nikki desvió la mirada hacia su expediente y se rio entre dientes moviendo la cabeza a un lado y otro—. Y nunca consiguió pasar de la tercera categoría. ¿A qué se debió?

—Ya sabe a qué se debió.

—¿Cómo voy a saberlo?

—Porque usted está con ellos.

—Por favor.

—No lo niegue. Es así como ocurre siempre. Meten mentiras en mi expediente y yo tengo que quedarme sentado y lidiar con toda esa mierda. Mi jefe me la tenía jurada y ahora usted me lo echa todo en cara fiándose de su palabra.

—¿Su jefe? ¿Se refiere al... —Heat pasó el dedo hasta la firma que había en la página— teniente Branch?

—Ese gilipollas acabó por completo con mi maldita carrera.

—¿Y por qué lo haría?

—Joder, yo qué sé. Simplemente se le metió en la cabeza que yo le molestaba y empezó a cambiarme los turnos, como cuando me puso en el de los bares de noche justo cuando acababa de echarme una novia nueva. Quería arruinarme mi vida amorosa, así que me puso de ocho de la tarde a cuatro y media de la mañana. Y lo consiguió.

—¿Por qué iba a querer acabar con su relación?

—Y luego, cuando fui a hablar con él, empezó a tomar nota de todo lo que yo hacía.

Nikki volvió a consultar el expediente.

—¿Se refiere a estas denuncias por uso excesivo de la fuerza?

—El teniente fue el que las pasó. Les dijo qué tenían que decir. Incluso se inventó un código secreto de señales con las manos. Hicieron lo que él les dijo y adivine quién carga ahora con todo el peso.

—¿Quiere hacerme creer que su jefe pasó información falsa a tres ciudadanos diferentes? ¿Que utilizó un código de signos secreto?

Maloney dio un golpe en la mesa con la palma de la mano.

—¿Lo ve? Usted es una de ellos. Cada vez que hablo con alguien de este departamento me jode aún más.

—¿Incluye entre ellos a Lon King?

—Ese cabrón acabó con mi carrera.

—¿Y entonces usted acabó con él?

La estrategia de Heat estaba funcionando muy bien; manteniendo el paso firme, provocaba la osadía de Maloney y conseguía que soltara exabruptos emocionales, lo que le volvía más descuidado.

Hasta ese momento.

El sospechoso hizo una pausa e inclinó la cabeza hacia un lado. Una amplia sonrisa relajó su rostro enrojecido. El rubor desapareció y volvieron a aparecer sus pecas.

—¡Vaya! Ha estado cerca, ¿eh, comisaria? —Los eslabones de su cadena arañaron el borde de la mesa cuando movió un brazo en dirección el espejo y gritó mirando hacia él—: ¿Lo habéis visto los que estáis ahí? ¿Eh? ¿Habéis visto cómo otra marioneta de la central ha tratado de hundirme? ¡Pues ha fracasado!

Hizo con la boca el sonido de un fallo en un videojuego, apoyó la espalda en la silla, satisfecho de sí mismo, y miró a Heat. Pero entonces su mirada divertida se volvió más intensa —agresiva y siniestra— y aún más amenazante, pues seguía sonriendo. Se inclinó hacia delante y dijo con un susurro:

—Se arrepentirá de esto.

Con un escalofrío, Nikki mantuvo su actitud indiferente y habló sin inmutarse:

—¿Me está amenazando de verdad? —Ahora era el turno de ella de hacer una señal hacia el espejo. Y la hizo.

—¿Que estoy qué? Está loca. —Apareció un brillo en sus ojos—. No, lo único que estoy diciendo es que su mala opinión de hoy le traerá molestias. No le quepa duda.

Era demasiado listo como para mostrarse más claro y convirtió su implícita amenaza en un consejo simulado. Pero las palabras de Maloney venían envueltas en una intimidación hostil. De haberse tratado de otra persona, habrían parecido un débil intento por salir ileso. El informe psiquiátrico que estaba bajo las manos entrelazadas de Heat le decía que estaban hablando de algo más. De algo personal.

Llegó la abogada de Maloney con aspecto de haber salido de una clase de *spinning* y tomó asiento junto a su cliente.

—El señor Maloney no va a responder a más preguntas —empezó diciendo como si hubiese sacado sus palabras del manual de abogados de presos.

—Por supuesto, está en su derecho —contestó Heat—. Pero mi deber es seguir preguntándole. Haga lo que quiera.

—Gracias, comisaria. Ahora, una pregunta para usted: ¿existe algún cargo contra él?

—De momento, no. Es un posible sospechoso en la investigación de un homicidio.

—¿Se ha resistido a ser arrestado?

—No. Pero salió huyendo.

La abogada examinó el documento de su arresto.

—Mi cliente declara que salió corriendo porque tenía miedo y no sabía que eran policías.

—Oh, venga ya...

—Y el arma de su tobillo que le han confiscado estaba registrada y tenía permiso para llevarla oculta.

—Correcto. Pero, aun así, quiero saber dónde estaba a la hora del asesinato. Quiero que me hable del mensaje de texto amenazante que le envió a su psicólogo. Y lo que de verdad quiero saber es dónde están todas sus armas.

Maloney miró de reojo a su abogada.

—Díselo.

—Mi cliente ha respondido ya a todas esas preguntas.

—¿Cómo dice?

—Los de asuntos internos han estado esta mañana en el apartamento del señor Maloney, le han confiscado todas las pistolas y le han llevado a la central para hacerle un largo interrogatorio, incluida una prueba de parafina. —Se dio cuenta de la expresión en el rostro de Nikki—. ¿No lo sabía?

—Yo... No.

—Organícense bien entre ustedes —dijo la abogada poniéndose de pie—. Los de asuntos internos no tenían nada a lo que aferrarse para retener a mi cliente y lo han soltado. A menos que usted tenga algo que ellos no tienen, deberá hacer lo mismo.

Heat trató de no mirar a Maloney. No necesitaba hacerlo. Sabía que su sonrisa estaría dirigida hacia ella. Y que sus ojos le estarían recordando que se iba a arrepentir de todo aquello.

Ya estaba arrepentida.

Nikki caminaba adelante y atrás furiosa con el auricular del teléfono fijo en la oreja, paseaba a lo largo de la pared de cristal de su despacho como un animal atrapado en la jaula de un zoo. Tras una serie de clics y transferencias de llamada, oyó sonidos de fondo de traqueteo de cubiertos y conversaciones de bar en tono alto mientras una voz familiar respondía:

—Aquí Lovell.

—Detective Lovell, no estoy segura de si se acuerda de mí. Soy...

—Sé exactamente quién es. La detective y, desde ayer, la comisaria Heat. Ha conseguido su insignia dorada. Bien hecho.

—Puede que usted no lo haya hecho tan bien, detective Lovell.

Había conocido a aquel hombre de asuntos internos tres años antes, en el mismo despacho donde ella se encontraba en ese momento. Y, al igual que en su primer encuentro, apenas podía controlar su rabia hacia él.

Un resoplido, su versión de una risa entre dientes, se oyó al otro lado de la línea.

—Bueno, eso ya lo veremos.

Nikki podía imaginárselo. De una delgadez esquelética, un rostro arrugado y angular que pertenecía a un dinosaurio volador del periodo Triásico y tan alto que debía haberse agachado para cumplir con *los* requisitos de altura del departamento. Y como la mayoría de sus compañeros de asuntos internos, no era un simple bravucón, sino un bravucón que daba tortazos de verdad. No le extrañaba que pareciera tan tranquilo.

Desde la silla de las visitas, Rook hizo un gesto con el puño cerrado en plan «dale fuerte». Ella lo soltó todo: que estaba trabajando en un homicidio con información insuficiente que le habían ocultado los de asuntos internos; que Lovell se había metido en su jurisdicción al haber ido a por su principal sospechoso sin habérselo contado antes o, al menos, haberla informado de su entrometimiento tras haberlo hecho; que habían confiscado las armas de Maloney sin decírselo a nadie, provocando una pérdida de tiempo y de esfuerzo; que habían soltado al expolicía sin consultar.

—Básicamente, detective, usted y su división han hecho que mi brigada y yo hayamos malgastado esfuerzos para nada y hayamos tirado a la basura un día de investigación.

—¿Y qué es lo que quiere, Heat?

—Para empezar, una disculpa.

—¿Y qué más? —preguntó él tras otro resoplido de aquella nariz de reptil.

—Todo lo que han descubierto.

—¿La verdad? Más o menos, lo mismo que ustedes. De lo contrario, no me estaría llamando tan cabreada. —Tapó el auricular de su teléfono, aunque Heat pudo oír cómo pedía ketchup. Cuando volvió a hablar, añadió—: Mire, hacemos lo que hacemos y a nuestro modo. No voy a disculparme ni ante usted ni ante nadie por utilizar tácticas que funcionan.

—Entonces, ¿esa es su disculpa?

—No nos salgamos del tema. Nos hemos precipitado con la esperanza de pillarlo con el culo al aire, pero es un tipo escurridizo. Por ejemplo, el mensaje de texto con la amenaza. No se le puede imputar y, si lee con atención, no amenaza con nada específico. —Heat asintió al recordar lo bien procesada que había sido la amenaza que le había hecho a ella unos minutos antes durante el interrogatorio—. No tiene armas. De las pistolas que le hemos requisado, todas están registradas. Los de balística las están analizando ahora.

—¿A qué se refiere al decir «de las pistolas»?

—Falta una.

—Deje que adivine —dijo Heat—. Un fusil largo de calibre 22 con visor láser.

—Ha asegurado que lo perdió en una cacería.

—Sí, durante la temporada de terapias —replicó ella.

—Enfádese todo lo que quiera, comisaria. Mi gente ha hecho su trabajo. Hemos sacado a una manzana podrida de la policía. Para una condena por homicidio en un tribunal de justicia va a hacer falta mucho más.

—Pues entonces ayúdenos. Dejen de ponernos las cosas más difíciles en nuestra investigación.

—¿Hemos terminado? —fue lo único que respondió.

—Una cosa más. ¿Hay algo más que yo no sepa? ¿Algún otro policía trastornado que haya acudido a la consulta de Lon King?

—¿Quiere decir aparte de usted? —En ese momento ella oyó una risa de verdad antes de que él colgara.

Cuando soltó el auricular con un golpe, Rook cruzó los dedos y chasqueó la lengua.

—Asuntos internos. ¿Qué ha pasado con eso de que la mano izquierda sepa lo que hace la derecha? ¿Una mano lava a la otra? ¿Dónde está el espíritu de colaboración? ¿Y el interés común? ¿Y qué significa esa mirada siniestra que me estás lanzando?

—¿Te estás escuchando? Voy a tener que pasar la fregona por aquí, se te está derramando la ironía.

—¿Qué? —Frunció el ceño con una expresión de incredulidad—. No puedes estar equiparando las tácticas obstruccionistas de esos trepas de asuntos internos con mi búsqueda sin trabas de la verdad.

—Te estás ocultando tras tus privilegios como periodista.

—Está en la Constitución...

—Como si eso te proporcionara una capa invisible, si es que existe algo parecido.

—Desde luego que existe.

—Rook, no estoy hablando de Harry Potter.

—No hablemos con desdén de lo que es un icono cultural y, también, mi *alter ego*.

—¿O es simplemente ego?

—¿Sabes cuál es tu problema, Nikki? Tu problema es que no tomas suficientemente en consideración las teorías conspirativas. Podrías sacar provecho de una pizca de la paranoia que hay dentro de tu mente de navaja de Ockham. Quizá no sea mala idea que tú y Tim Maloney salgáis por ahí. Que paséis un día juntos. Ver qué pasa. De repente, proyectos secretos como los viajes en el tiempo, las armas acústicas y las capas que proporcionan invisibilidad no parecen quedar tan lejos. —Sonó el iPhone indicándole que había recibido un correo electrónico y se puso de pie mientras lo leía.

—Deja que adivine. ¿El mago Dumbledore te convoca a una reunión? —Pero tras el discurso bromista y tonto de Rook, Nikki pudo ver que su expresión se volvía seria y meditativa—. ¿Va todo bien?

—¿Eh? Ah, sí. Claro. —Se metió el iPhone en el bolsillo, le dio un beso y le dijo que la vería luego, en casa de él.

Heat se apoyó en un mueble archivador de la central de los Roach e informó a Raley y a Ochoa de su conversación con asuntos internos.

—¿Crees que ha servido de algo? —preguntó Raley.

—Como rascarte tras haberte rozado con hiedra venenosa, Rales. Hace que te sientas bien, pero va a peor.

—Quiero poner un coche en la puerta del apartamento de Maloney. Ha sido policía. Lo verá. Nos vio a nosotros. Hagámosle saber que sigue estando bajo nuestro radar.

—Solo quieres gastarte mi presupuesto —bromeó ella.

—Ahí lo tienes..., así hablan los comisarios —dijo Raley—. Aún no has terminado tu primer día al frente de la comisaría y ya nos estás tocando las pelotas con el presupuesto.

—Adelante. Pedid el coche. —A continuación, añadió—: Más hiedra venenosa, pero ¿por qué no?

Miguel levantó los ojos hacia el reloj.

—Nos queda todavía otra hora aquí. Pero tú deberías marcharte.

Nikki estuvo a punto de darles las buenas noches, pero después se sentó.

—Tengo que hablaros de una cosa.

—Lo que sea —dijeron ellos al unísono de forma inconsciente.

—Lon King. —Se aclaró la garganta—. Quizá os he hecho pensar que solo tuve con él una visita preliminar. Lo cierto es que he asistido a unas diez sesiones con él durante los últimos años. No sé por qué lo he ocultado. Es algo personal, ya sabéis. No es el tipo de cosas que vas publicando. —Lo que quería decir era que no se trataba del tipo de *vulnerabilidad* que uno va publicando. Y los gestos de asentimiento de los Roach indicaban que lo entendían—. Pero nos estamos enfrentando a un homicidio y no quiero secretos con vosotros.

—Ya hemos tenido suficientes —dijo Ochoa. Se lo pensó mejor y dio marcha atrás—: Me refiero a los de asuntos internos.

Heat le facilitó las cosas:

—Y a Rook. Todos lo sabemos.

Hubo un momento de silencio entre los tres en la sala vacía.

—Debe ser duro —dijo Raley por fin—. Tú y Rook. Los dos tenéis trabajos importantes. Estresantes. A veces competitivos. Como ahora. Supongo que es inevitable, ¿no? Lo que tú necesitas choca de lleno con lo que él oculta. Supongo que tiene suerte de que sea contigo y no con asuntos internos.

Y en ese instante Nikki lo vio claro. Aquella situación era muy complicada, pero también sencilla, si lo miraba con objetividad.

—Chicos —dijo—. Él sabe algo sobre este asesinato y va a adelantarse.

—Con su pase de prensa —bromeó Ochoa.

Pero Nikki no oyó la broma, sino que siguió el hilo de sus pensamientos:

—Seamos sinceros. No es solo porque sea periodista, sino por nuestra relación. Si

no fuera mi prometido, sé exactamente lo que haría yo. Como es mi obligación en este caso. Y con la víctima. —Apoyó las palmas de las manos sobre sus piernas para apaciguarse. A continuación, pronunció las palabras antes de que su reciente clarividencia quedara enterrada por la emoción—: Pide otro coche más. Quiero que sigan a Rook.

Culpa, dudas, remordimientos, más culpa. Como si pasaran por allí, todos aquellos demonios desagradables fueron a visitar a Nikki tras ordenar que siguieran a Rook. Le fastidiaba tanto que, en dos ocasiones durante la noche, incluso cogió el teléfono para enviar un correo a los Roach para cancelarlo. Lo comprenderían. O no, pero tendrían que aguantarse. Los comisarios toman decisiones discutibles y dan marcha atrás todo el tiempo. Sin embargo, Heat no conocía las estadísticas al respecto en su primer día al mando.

Pero cada vez que se ablandaba, algo le devolvía de nuevo la determinación. Como ver a Rook contestar a escondidas un mensaje durante la cena sin ningún reparo hacia ella y, tras enviarlo, retomar sin esfuerzo su teoría sobre el tiempo que le quedaba a A-Rod como jugador de béisbol. O cuando se excusó para ir al baño y, en lugar de hacerlo, salió al vestíbulo del restaurante para realizar una llamada corta pero intensa de la que no habló cuando volvió a la mesa. Pero, sobre todo, lo que hacía que no retirara la orden era la imagen imborrable de Rook en aquel vídeo de seguridad entrando impunemente en la consulta de Lon King, el lugar seguro donde ella había aprendido poco a poco a bajar la guardia y desnudar su alma ante un extraño con una confianza que no era propia de Nikki Heat. Así que se mantuvo firme.

Pero con esa decisión no terminaba todo. Para ella, aquello era más como una goma elástica carcomida que se tensaba sobre la tapa de la caja de Pandora.

Al final de la tarde, mientras se enterraba en el papeleo de la comisaría en lugar de en la cama de los dos, se dijo a sí misma que no lo hacía por evitar a Rook. Ser la comisaria Heat conllevaba tener que mantener el ritmo de sus nuevas obligaciones —circulars, correos electrónicos e informes—. Un beso rápido y volver a sumergirse en aquellas hojas de cálculo sobre hurto mayor para ella; un viaje por el pasillo con el nuevo título de Le Carré para él. Pero el lejano zumbido del cepillo de dientes eléctrico de Rook desencadenó un ataque de melancolía que la llevó a enfrentarse a la verdad, que era que no se estaba separando de Rook, sino de sí misma. Y que albergaba recelos con respecto a su propia duplicidad. La forma que ambos tenían de hacer el amor incluía mirarse a los ojos. Nikki tenía miedo de lo que él pudiera ver en los suyos esa noche.

Heat necesitaba realizar algún cambio en positivo o, al menos, intentarlo. Apartó su ordenador portátil, se levantó de la mesa del comedor y encontró en el frigorífico la botella de Sancerre de la noche anterior. Tras servirse una copa generosa, se dejó caer sobre el sofá de la biblioteca, un acogedor rincón que Rook había delimitado con librerías independientes, y miró hacia los tejados de Tribeca. Entre ella y Battery Park, casi tan cerca que podía tocarlos, los pisos superiores del nuevo One World Trade Center iluminaban una nube envolvente haciendo que pareciera el halo de un ángel.

Nikki dejó la copa sin probarla y admiró aquel chapitel de acero y luz, una declaración resplandeciente y necesaria de resistencia, valentía y orgullo. La pausa espontánea de Nikki para pensar en la importancia de aquello no resolvía sus problemas, pero sí los ponía en perspectiva. Decidió que, al menos, no terminaría su primer día al frente de la comisaría Veinte en medio de una tristeza que ella misma se había creado. Con una nueva visión de la carga que habían soportado los hombros de los comisarios para los que ella había trabajado, Wally Irons y su mentor, el capitán Charles Montrose, Nikki levantó su copa. Su brindis silencioso la llevó hasta un tiempo en el que Montrose había sacado una botella de Cutty del cajón de su mesa y habían brindado con sus tazas de café al final de una jornada. Recordó sus palabras como si él mismo estuviese allí para recordárselas ahora: «Este trabajo no tiene ningún misterio, Heat. Acepta cada uno de los problemas. Porque estos son tu trabajo».

O dicho de una forma más fácil... Las presiones del mando esculpían de forma inexorable trozos *del alma* de su querido capitán y a Heat no se le escapaba que estaba calzando los zapatos de dos hombres que habían muerto realizando dicho trabajo. Así que ahí tenía algo que debía evitar.

Quizá Nikki no aceptara el problema de Rook, pero tendría que vivir con ello. Raley había dado en el clavo: sus trabajos estaban destinados a chocar a veces. Y eso hacía que Heat tuviera que elegir. Vivir en un constante infierno interior o aceptar el hecho de una vida de conflictos ocasionales.

«Vale, está bien —pensó—. Pero ¿por qué hoy, en mi primer día?».

Con una sensación de equilibrio renovado, si no de optimismo, se bebió el vino de pie junto al ventanal, dedicando un momento de silencio a observar cómo las calles reflejaban colores de golosinas de neón mientras una suave lluvia pasaba por el Bajo Manhattan. Nikki levantó la copa para dejarla vacía y, cuando la bajó, vio a un hombre con una gorra de béisbol en la esquina de al lado que levantaba la vista hacia ella. No pudo distinguir sus rasgos, pues solo se veía su silueta contra el brillo de las calles mojadas. Se preguntó si el detective Feller habría empezado ya con su misión de seguir a Rook desde temprano. Pero Heat no estaba segura de que esa figura tuviera la complexión de Randall, pese a que veía en él algo familiar.

¿Maloney?

Heat dio un paso atrás para quedar en sombra y observó a aquel hombre. Bajo aquella luz, no podía estar segura, pero parecía que seguía mirándola. Nikki cogió su BlackBerry de la mesa de centro y envió un mensaje a los Roach para preguntarles si tenían vigilado a Maloney. Raley y Ochoa le respondieron al grupo de inmediato y dijeron que no había vuelto a su apartamento. Al parecer, se había escabullido. Cuando Heat levantó la vista de la pantalla, el hombre se había ido.

A la mañana siguiente, Rook estaba ya en la cocina cuando Nikki salió de la ducha,

vestida para ir a trabajar.

—No me engañas, ¿sabes? —dijo él mientras se apoyaba por encima de la barra y servía una taza de torrefacto francés en la taza que estaba al lado de la suya.

Nikki se puso algo tensa al preguntarse si habría oído su llamada a Feller para avisarle de que ella y Rook saldrían por separado y que, probablemente, Rook tomaría un taxi o un coche de transporte privado. Pero se giró hacia ella luciendo una sonrisa de satisfacción.

—Presto atención. Hoy no llevas uniforme. ¿A que soy bueno?

—Matrícula de honor para ti, Rook. —Heat se metió la Sig por la cintura de sus vaqueros y dio un tirón a la funda para asegurarla.

—¿Qué pasa? ¿No te gustó que los niños se mofaran de ti ayer en el cole?

—¡Oh, por favor!

—¿Un mafioso dice que pareces salida de un desfile de San Patricio y lo cambias todo? Creía que usted estaba hecha de una pasta más fuerte, señorita Heat. ¿O sigue siendo la comisaria Heat? Con tanta ropa vaquera y de cachemira que llevas, la verdad es que se me han frito unos cuantos circuitos.

—Es una decisión que he tomado yo.

—¿Y se te permite hacerlo sin más? ¿No existen normas sobre lo que debéis llevar?

—Sí, pero dan libertad para elegir. —Ella le añadió edulcorante al café; él lo removió—. No voy a pasar otro día realizando tareas de detective con ropa formal.

—Así que sí es por lo que dijo el Gordo Tommy.

—El Gordo Tommy me puede lamer el culo.

Rook movió las cejas al estilo de Groucho y se inclinó para echar un vistazo lascivo.

—Con esos vaqueros, ¿quién no querría?

—Rook.

—El Gordo Tommy tendría que hacer cola. ¿Y quién sería primero? Yo. Imitando el baile típico del jugador Ickey Woods en el anuncio de seguros: «¡Bien! Soy el siguiente que va a lamer el culo de Nikki».

Heat se rio tanto que tuvo que dejar su taza. Y mientras recuperaba el aliento, volvió a pensar en suspender la orden de seguimiento. Una vacilación que resultó breve.

—Oye —dijo él—. Hoy voy a tener que separarme de ti. No me preguntes por qué, ¿vale? No voy a responderte.

—¿Vas a ir a buscar un lugar donde celebrar la boda?

—No. —Se dio en la frente con el talón de la mano—. Vaya, me has pillado. Te he dicho que no iba a responder. —Pero la expresión traviesa de Rook se desvaneció cuando vio la mirada profesional de ella.

—Haz lo que tengas que hacer, Rook. Y yo haré lo mismo.

—Eh, qué frialdad.

—Solo te estoy avisando. Esto es un arma de doble filo. Tú guardas información y yo la busco. Alguien le ha metido una bala a un miembro de la familia de la policía. Mi loquero. ¿Y tú...? —Dejó la frase a medias para darle la oportunidad de que él escogiera la palabra. Pero no lo hizo, así que ella sacó una taza para llevar del armario y se echó café.

—¿No te quedas a desayunar? —preguntó él.

—Tengo un desayuno con un jefe sindical de la comisaría. —Se puso la chaqueta y le dio un beso—. Supongo que nos veremos cuando podamos.

—Me gusta más cuando hacemos esto juntos.

—A mí también —respondió ella. Y lo decía de verdad.

Cuando salía por la puerta, sonó su BlackBerry con un mensaje. Lo leyó y volvió a asomar la cabeza hacia dentro.

—Por si te interesa, la pareja de Lon King acaba de llegar a casa después de salir a correr y se ha encontrado a una persona en su apartamento.

—Me interesa —respondió él mientras sacaba otra taza para llevar.

Las aceras olían a limpio y seguían mojadas tras la lluvia de la noche cuando salían del edificio de él, ambos con sus móviles. Él estaba aplazando su reunión misteriosa; ella, cancelando su desayuno y disponiéndose a enviar un mensaje a Randy Feller para avisarle del cambio de planes.

—Nada como una lluvia de abril para hacer desaparecer ese perfume a orina, ¿eh? —dijo él mientras se metía el móvil en el bolsillo. Pero, a continuación, Rook se detuvo en seco. Nikki se paró junto a él. Ambos estupefactos por lo que habían visto.

A la vuelta de la esquina con Reade, donde lo habían dejado aparcado después de la cena, alguien había rallado con una llave la pintura del nuevo Chevrolet Malibu de Heat y le había pinchado las cuatro ruedas. Ella reaccionó de inmediato y fue a comprobar las puertas, que seguían cerradas, y vio que dentro no había pasado nada. Heat se dio la vuelta, primero para ver si habían destrozado algún otro coche —ninguno— y, segundo, para ver si el que lo había hecho se había quedado por allí para disfrutar del impacto de su obra —nadie hizo caso, salvo los peatones que pasaban.

Heat tenía interés sobre todo en una persona. Y más tarde hablaría personalmente sobre ello con el exdetective Timothy James Maloney.

—¿Quieres que llame a un coche de transporte privado? —preguntó Rook.

—Sí, quizá deberías. O simplemente cogemos un taxi.

—No hace falta. Mira —dijo él antes de ponerse a silbar y levantar los dos brazos en el aire—. Allí está Randall Feller. ¡Qué puñetera casualidad!

Heat trató de mostrarse sorprendida mientras el detective Feller respondía al saludo y se detenía junto a ellos en su Taurus camuflado. Jameson Rook, el mayor teórico de conspiraciones sobre teorías de conspiraciones, dijo que debía ser cosa del

destino mientras se montaba delante.

El único que parecía estar disfrutando del trayecto era Rook. Nikki se ocultaba de su vista en el asiento de atrás y ahí le resultaba más fácil enmascarar la verdad, evitar revelar involuntariamente con su expresión que, en realidad, no era una coincidencia que, con ochocientos kilómetros lineales de carretera en Manhattan, uno de sus detectives pasara por casualidad por el punto donde ellos estaban. Feller apretaba los músculos de la mandíbula tras el volante, sin duda calculando durante cuánto tiempo podría librarse de ser descubierto en su tarea de vigilancia por el periodista al que todos sabían que él había tachado de fanfarrón aficionado.

Cuando Rook preguntó qué era lo que había llevado a Randy hasta Tribeca, Nikki intervino como un payaso de rodeo:

—Voy a tener que denunciar un diez-treinta-y-nueve por mi vehículo.

—Sí. ¿Y quién se atreve a joder un coche de policía? —preguntó Feller continuando con el giro de la conversación.

—Quizá él o ella no supiera que se trataba de un coche de policía —conjeturó Rook.

—Amigo, en primer lugar, permíteme que te explique una cosa —dijo Feller—. Dicen que estos coches son camuflados. Pero seamos realistas. Cualquier malhechor de la calle sabe lo que son a una manzana de distancia.

—Además, había dejado una tarjeta en el salpicadero —añadió Heat—. Creo que sé quién ha sido.

Los dos que iban delante escucharon atentamente mientras Heat les contaba lo que había visto desde la ventana la noche anterior.

—Deberías haber avisado —dijo Feller.

—Lo hice. Al menos sé que los Roach lo hicieron después de enviarles un mensaje para que me dijeran si Maloney estaba bajo vigilancia o no. Antes de acostarme vi tres coches de la central peinando la zona.

—Debió hacer lo de tu coche antes de eso —dijo Rook.

—O después —replicó Feller—. Maloney es un enfermo, pero sabe lo que hace. Los Canuto me han contado cómo os esquivó en el parque. Un tipo con una mente así es probable que viera el coche de policía y pensara en dejar su marca para joderte.

—¿Los Canuto? —preguntó Rook.

—Los Roach —explicó el detective en tono despectivo.

—Ah..., un apodo para un apodo. —Rook asintió y sonrió. Sin embargo, a continuación se giró hacia un lado de su reposacabezas para dirigirse a Nikki—: Pero ¿por qué querría hacerte eso?

—Creo que tiene que ver con su diagnóstico —contestó ella—. Trastorno de personalidad paranoide.

—Pero espera un segundo. Era en la puerta de mi *loft* donde estaba en medio de la

noche. No pensarás que tiene alguna fijación conmigo por haberle arrestado, ¿verdad? —Feller soltó una carcajada y Rook le replicó—: Así es, Randall, le arresté yo. Y ahora me ha incluido en su lista demencial de personas de las que quiere vengarse.

—Pero ¡si ha sido el coche de ella!

—Vamos a dejarlo claro: no estoy segura de que fuera Maloney a quien vi. Y si nos quiere molestar a mí, a Rook o a los dos, os digo que habrá que demostrarlo.

Resulta algo difícil llegar a Roosevelt Island y eso forma parte de su atractivo. La lengua de tierra en medio del río East tiene una parada de la línea F de metro y un teleférico que lleva pasajeros al otro lado del río desde la Segunda Avenida. Pero si se quiere ir en coche, la única opción es cruzar el río desde la Avenida 36 que sale de Long Island. El Taurus del detective Feller salió de ahí e hizo el giro en Main para seguir el trayecto de medio kilómetro hasta Blackwell's Landing, un edificio de apartamentos de lujo en el extremo norte.

Encontraron un sitio junto a los dos coches patrulla en el aparcamiento y recorrieron a pie un camino de adoquines flanqueados por narcisos y tulipanes en dirección al vestíbulo.

—Está claro que para vivir en este edificio hacen falta dos sueldos —dijo Feller al ver el césped bien cortado, los árboles en flor y los tranquilos alrededores que rodeaban el rascacielos de cristal tintado y paneles de cemento modulares. Como la mayor parte de los complejos residenciales de la isla, este tenía el aspecto de un campus universitario de las afueras o de una villa olímpica.

El conserje miró sus placas con gesto serio cuando entraron y los acompañó por las baldosas de terrazo de color pergamino hasta el ascensor.

—Décima planta —fue lo único que dijo con un tono de profunda tristeza que solo podía venir de alguien con estudios en tareas de recepción.

Cuando Heat y Rook entraron en el ascensor, Feller mantuvo la puerta abierta con la mano desde fuera.

—Oye, encargaos vosotros a partir de ahora. —Subrayó sus palabras con una mirada hacia Heat y añadió—: Yo tengo que hacer una cosa.

—Sí, esa cosa —respondió ella—. Ve. Nosotros ya nos buscaremos el modo de volver a la comisaría.

—Ah, pero yo no voy a ir a la comisaría después —dijo Rook—. También tengo que hacer una cosa. —Empezó a sonar el timbre del ascensor protestando por la puerta abierta—. No te preocupes, me las arreglaré. Hasta luego, Randy.

Cuando se cerró la puerta, oyeron que Feller murmuraba:

—Puede que sí. Puede que no.

Un sargento del Departamento de Seguridad Ciudadana les abrió la puerta del apartamento. Como la ciudad había arrendado Roosevelt Island al estado de Nueva

York, el escenario del crimen quedaba bajo su jurisdicción y Heat estaba allí en calidad de invitada. Después de identificarse y de registrarse, un detective del Departamento de Seguridad Ciudadana de Roosevelt Island les acompañó a ella y a Rook desde la entrada hasta la sala de estar, donde vieron a Sampson Stallings encorvado hacia delante sobre el sofá de espaldas a ellos. La habitación era un lugar espacioso y luminoso con un techo alto abovedado y ventanales que ofrecían una vista impresionante del río y del Upper East Side hacia el oeste y del emblemático Octágono al norte. Ambas vistas se perdían sobre la pareja de Lon King, que tenía la cabeza caída por la pena.

Stallings se levantó para estrecharles la mano y les invitó a sentarse. Heat, que sabía por experiencia propia lo que era sufrir una pérdida de forma violenta, expresó sus condolencias, lo cual hizo que los ojos inyectados en sangre de Stallings relucieran de nuevo. Sonrió valerosamente, pero sus labios, enmarcados por los rizos entrecanos de la perilla, temblaron mientras dejaban ver la triste huella de la congoja.

Rook se mantuvo al margen de la conversación, dejando que Nikki animara a Stallings a contar recuerdos de su vida en pareja durante una década. Después llegaría el momento del trabajo. Nikki comprendía que detrás de cada investigación hay también un corazón.

—Gracias por escucharme —dijo él mientras sacaba un pañuelo de la caja que había en la mesita de centro, lo cual llevó a Nikki a notar que Lon King había dispuesto su sala de estar de una forma muy parecida a su consulta, hasta en la colocación de los pañuelos de papel—. Hablar me sienta bien.

—Eso lo ha sacado del manual de Lon King.

Él se quedó mirándola.

—¿Le conocía?

—Probablemente, lo más exacto es decir que él me conocía a mí —respondió ella con una sonrisa—. El doctor King no hablaba mucho.

—Debería haber probado a vivir con él. —Stallings dejó escapar una carcajada y, después, la interrumpió como si sintiera vergüenza.

—Entonces, ¿nunca le habló de mí? —Cuando él negó con la cabeza, ella continuó—: ¿Y de otros pacientes, clientes...?

—No. Como le dije ayer a la detective...

—¿La detective Aguinaldo?

—Sí, una mujer agradable. Como le dije, Lonnie era muy discreto. Bueno, de vez en cuando contaba algo... Él los llamaba en broma sus tipos extraordinarios, pero nunca daba ningún nombre. De todos modos, para mí no habría significado nada.

—¿Nunca hablaba de ellos? ¿Ni siquiera si le amenazaban?

—Lon lo mantenía todo bien tapado, ¿sabe? —Hizo un gesto de estar apisonando algo con sus finas manos de artista.

Rook intervino con una pregunta que a Heat le pareció más que estrambótica:

—Sampson, ¿alguna vez mencionó Lon que alguien le hubiera ofrecido dinero

por hablar sobre sus clientes o sus casos?

—Bueno, él tenía graves problemas de deudas, eso ya lo sabemos. Por el juego. Pero nunca, jamás cruzaría el límite de lo ético vendiendo a sus pacientes.

—Eso creo yo —dijo Rook—. Pero mi pregunta es si alguien trató de inducirlo a que lo hiciera.

—No que yo sepa.

Rook hizo una señal con la cabeza a Heat indicándole que eso era todo lo que quería saber. Su pregunta hizo que ella se detuviera. ¿Por qué narices estaba preguntando por un posible soborno? ¿Estaba eso relacionado con algún dato importante que él se estuviese guardando? La rabia de Heat empezó a reavivarse, pero la dejó a un lado. Más tarde se ocuparía de ello. Nikki llevó la conversación de nuevo a su propio orden del día.

—¿Le importa que repasemos de nuevo lo que ocurrió esa mañana? —Stallings negó con la cabeza y dio un sorbo de agua de una cantimplora. Heat señaló hacia el hombre del Departamento de Policía de Roosevelt Island—. Sé que ya se lo ha contado al detective.

—No pasa nada. Lo entiendo.

—El informe que he recibido dice que usted se ha encontrado aquí a un intruso.

Stallings asintió y señaló la ropa de deporte que llevaba puesta.

—Esta mañana me levanté y me puse mis New Balance. —Como si pidiera perdón por su autocomplacencia, se explicó—: Todos nos ocupamos de nuestras cosas de una forma distinta. Cuando se estresaba, Lonnie se iba a remar. Yo salgo a correr. Él solía decir que era mi carrera de limpieza. Así que salí, hice mi ruta... Bueno, todo lo que pude. —Le volvió a temblar el labio. Stallings llamó su atención para que miraran al río—. Hago un circuito desde aquí hasta el teleférico para calentar y, después, a lo largo del paseo del río East que hay allí, justo después de la mansión Gracie, y vuelta. Me vine abajo en el teleférico y no podía parar de llorar. Me bajé y esperé al siguiente. Cuando metí la llave en la puerta, estaba entreabierta. —Midió un centímetro con el dedo pulgar y el índice—. Pensé que quizá me había distraído por el dolor y todo eso y me había descuidado, pero cuando empujé la puerta vi a un tipo justo ahí. Me empujó, me tiró al suelo y bajó por las escaleras. Yo soy bastante rápido, pero cuando me puse de pie para salir detrás de él, ya se había ido.

—¿Y no falta nada? —preguntó ella.

Stallings negó con la cabeza.

—Antes de que usted llegara, el detective y yo hemos revisado todo el piso. No veo nada fuera de su sitio y el ladrón no llevaba nada en las manos.

Nikki le preguntó a qué hora había salido y había vuelto de correr y, tras tomar nota, le preguntó:

—Ha hablado de su circuito. ¿Es esa su rutina de todos los días?

—Sí, cinco días a la semana. Soy un poco obsesivo con ese tema.

—Entonces, es posible que alguien estuviese vigilando la casa, de modo que conociera sus costumbres y pensara que tenía tiempo para entrar y salir —intervino Rook—. Pero usted lo ha sorprendido al terminar antes y él no ha tenido tiempo de coger lo que quería.

—O lo ha cogido y se lo ha guardado en el bolsillo —añadió Heat—. ¿Sabe dónde guardaba Lon sus memorias USB?

Stallings los acompañó hasta el segundo dormitorio, que incluía el despacho de King en un lado y el estudio de pintura de Stallings en el otro y que tenía un agradable olor a barniz y óleo. En la mesa, extendió el brazo para abrir una caja de madera Levenger, pero Heat le detuvo e hizo una señal al detective de Roosevelt Island, que ya tenía puestos los guantes. Él levantó la tapa. La caja estaba vacía.

—Guardaba ahí dentro una docena o más de memorias USB —observó Stallings. Inspeccionó la mesa—. Falta su iPad Mini también, ahora que me fijo.

—Nuestra policía científica buscará huellas en cuanto llegue —dijo el detective—. Y pedirán que el señor Stallings escriba un cuidadoso inventario.

Stallings frunció el ceño mientras trataba de comprender.

—¿Por qué iba a haber nadie vigilando esta casa y nuestras costumbres, y entrar aquí? Era el hombre que ha matado a Lonnie, ¿verdad?

—Señor Stallings, ¿es este el hombre que estaba en su apartamento?

Heat sacó la fotografía de Maloney en su BlackBerry y la levantó para que él la viera. El detective de la policía de Roosevelt Island se acercó para mirarla desde atrás.

—No, decididamente no es él. —Pero cuando Nikki se disponía a apartar su teléfono, él añadió—: Espere, espere. —Volvió a examinar la foto y se la devolvió—. Pero le he visto. Lonnie y yo fuimos la semana pasada al Le Colonial; ya sabe, el restaurante de la calle Cincuenta y Siete Este. Nos dieron una mesa junto a la ventana y vi a un tipo que pasaba, este, y empezaba a mirarnos desde la acera. Cuando Lon lo vio, el tipo hizo ese movimiento de llevarse la punta de dos dedos a los ojos y se fue.

—¿Le dijo Lon quién era? —preguntó Heat.

—Lo único que dijo es que era un antiguo paciente. —Se rio—. El doctor Taciturno. Yo solía decirle que, si fuera algo más frío, podría usar su rostro como lienzo.

—Se llama Timothy Maloney. ¿El doctor King mencionó alguna vez ese nombre?

—No, que yo recuerde.

Heat miró al detective de Roosevelt Island.

—Es un antiguo policía de Nueva York. Le enviaré por correo electrónico su fotografía y su expediente. Mientras tanto, deberíamos sacar una descripción del intruso.

—Vamos a necesitar alguna colaboración del Departamento de Policía de Nueva York, comisaria. Si no le importa. Las cámaras del edificio están apagadas, porque las están mejorando, y no tenemos ningún dibujante.

Nikki miró a Sampson Stallings.

—Lo cierto es que creo que sí lo tenemos.

Sonriendo de verdad por primera vez en todo un día, una sonrisa alimentada por una finalidad, el conocido retratista se sentó en su mesa de dibujo, abrió su cuaderno Strathmore por una página en blanco y empezó a realizar la que podría ser su mejor obra, la que podría conducir hasta el asesino de su pareja.

Sampson Stallings trabajó en un intenso silencio realizando trazos fluidos y seguros. Heat tuvo que combatir la misma impaciencia a la que se enfrentaba cada vez que pasaba junto a los caricaturistas callejeros del lado este de Central Park. El abrumador deseo de colocarse tras él y mirar por encima del hombro. Pero respetó la soledad del artista y, en pocos minutos, Stallings hubo terminado. Arrancó con cuidado la hoja de su cuaderno y se la entregó a los detectives. Cuando Rook apareció detrás de Heat para mirar, ambos reaccionaron de inmediato.

—Es él —dijo Rook—. El tipo al que sorprendimos en el sótano de York Avenue.

Cuando regresaron al vestíbulo, Rook admiraba en su iPhone la fotografía que Heat acababa de enviar con el dibujo que Stallings había hecho del intruso.

—¿Sabes? —dijo—. Si no hubiese sido por su tristeza, le habría pedido a Sampson que me regalara el original. Firmado, claro.

—Qué bonito. Al día siguiente de que asesinen a su pareja.

—He respetado su dolor, ¿recuerdas? Lo he dicho claramente. ¿Por qué te picas tanto conmigo?

—Porque estás... entorpeciendo mucho.

—¿Cómo? ¿Qué he hecho?

Nikki apretó los dientes y, después, pensó... No, lo dijo:

—Tu pregunta sobre si habían ofrecido a King algún soborno.

—Era una pregunta de lo más adecuada.

—No estás trabajando conmigo, Rook. No, peor aún. Estás trabajando contra mí. Si sabes algo, dílo. ¿Qué es más importante, tu artículo o encontrar al asesino?

Mientras sopesaba la respuesta, dudando de tal forma que eso hizo que Nikki se enfadara, sonó su teléfono. Miró la pantalla y sonrió.

—Está llegando mi coche privado. —Miraron a la calle, donde podía verse un gigantesco dedo pulgar acercándose flotando por encima de los enrejados del jardín de la comunidad—. Pulso un botón y aparece un coche. Puede que para esto sea para lo que sirve internet.

—Entonces, ¿no vas a ayudar? ¿No vas a responder?

—Nikki, esto va a salir bien para los dos, ya lo verás. Ahora, si me perdonas, tengo que hacer algunos preparativos. —Y se fue sin más.

—¿Qué sabemos, Miguel? —gritó Heat desde la puerta mientras entraba a la sala de la brigada de homicidios.

El detective Ochoa cogió el café de su mesa y se reunió con ella ante el panel con la información del asesinato, donde ella miraba las novedades.

—Bueno, como puedes ver, tenemos el dibujo que ha hecho Sampson Stallings y has enviado a todas las unidades y medios de comunicación.

—Eso ya lo sabía desde el momento en que lo envié —dijo ella, tomando nota mentalmente para que su enfado con Rook no afectara a los demás. Sobre todo a Ochoa. Con algo más de suavidad, Nikki le preguntó si él también pensaba que se trataba del tipo que había salido corriendo cuando se lo encontraron el día anterior saliendo del edificio de consultas médicas de Lon King.

—Está clarísimo. Ah, y como querías oír algo que no supieras ya... —Se formaron hoyuelos en sus mejillas, dejando claro que le causaba cierta diversión este contraataque y, después, continuó—: Un testigo de York Avenue nos ha dado una parte de la matrícula de aquel MKZ en el que salió huyendo. Lo hemos rastreado y nos ha llevado hasta un taxi sin licencia cuyo robo en el este de Harlem denunciaron ayer por la mañana. Los de tráfico lo han encontrado abandonado bloqueando una boca de incendios en el barrio de Alphabet City.

—¿Alguna huella?

—Los de la científica las están buscando ahora. Van a tardar un poco en diferenciar todas las huellas. Han dicho que tiene muchísimas.

—Bueno, ahora tenemos un rostro que puede corresponder a esas manos. Quizá tengamos un resultado positivo. ¿Y Tim Maloney?

—Todavía nada, comisaria —respondió refiriéndose por primera vez a su rango—. Aún hay unidades vigilando su casa, pero no ha habido actividad. Incluso he enviado a un falso cartero de correos para que llame a su puerta. Nada. Puede que esté ahí dentro intentando engañarnos, pero no podemos pedir una orden de registro.

—No, si no es un sospechoso probable —convino ella—. ¿Qué despliegue has hecho?

—Como sabes, nos falta uno, porque mi detective callejero más capaz está siguiendo a Rook. Eso significa que el despliegue es menor. —Señaló hacia las iniciales de Rhymer, que estaban en un círculo junto a la nota de «Spuyten Duyvil / Río Harlem» del panel—. Raley ha enviado a Opie con la Unidad Portuaria para que busquen testigos o cualquier avistamiento del kayak de King durante la noche de su asesinato.

Heat vio algo oscuro en la expresión de Ochoa.

—¿Pasa algo, detective?

—No es nada. Solo cierto desacuerdo con mi compañero.

—¿Por haber enviado a Rhymer a investigar en el río?

—Por no haber hablado antes conmigo. Sean se lo ha encargado sin consultármelo antes de que yo llegara. Llego aquí, Opie se ha ido y mi supuesto jefe adjunto de la brigada ha encargado también a la detective Aguinaldo que busque matrículas de coches en la cámara del puente de Roosevelt Island. —Ochoa negó con la cabeza ligeramente y dijo—: Tú me has preguntado.

Nikki sintió el peso de una piedra más apilándose sobre sus hombros junto a la carga de todas las demás: problemas con Rook; presión del jefe de detectives; líos con asuntos internos; un expolicía loco que podría haber matado a su psicólogo y que parecía haber desaparecido del mapa; y ahora una batalla territorial entre los dos jefes de su brigada. El segundo día parecía que iba a ser una extensión del primero.

—¿Es un problema en el que tenga que intervenir?

Él negó con la cabeza.

—Lo solucionaremos. Me has pillado cuando aún estaba cabreado. Haz como que no has oído nada.

—¿Dónde está ahora tu compañero?

—En sus aposentos reales. —El detective inclinó la cabeza para señalar hacia el armario que Raley utilizaba para ver los vídeos—. Está buscando en la línea F del metro de esta mañana y en las cámaras del teleférico al tipo del dibujo.

—¿Y tú? ¿Estás libre para una misión?

Heat no podía olvidarse de la pregunta de Rook a Stallings sobre si a Lon King le habían ofrecido un soborno a cambio de información sobre un paciente. Por muy fastidioso e indisciplinado que fuera, Jameson Rook era un periodista de investigación con talento y con dos Pulitzers, ambos merecidos. Cualquiera que fuese el artículo que estaba escribiendo, la antena investigadora de Nikki le decía que su pregunta había sido reveladora y que el punto de vista sobre el que él estaba trabajando implicaba dinero y corrupción. Así que, si Rook se estaba beneficiando de la información sobre el caso que conseguía a través de ella, también era justo que ocurriera al revés.

—Miguel, quiero que realices una comprobación financiera completa de Lon King.

Él asintió con cierta vacilación, pero abrió su cuaderno.

—Claro. ¿Qué debo buscar?

—¿Qué va a ser? El calcetín desaparejado. Algo que no cuadre. Sobre todo, grandes ingresos de efectivo. Imagino que le quedaría poco por sus pérdidas en el juego. Si hay un pico de ingresos, sabremos algo. —Y como no podía descartarse nada ni a nadie, añadió—: E investiga también las cuentas de su pareja, Sampson Stallings. Es pintor, así que sus ingresos pueden ser más irregulares, pero hazle una buena radiografía.

Feller llamó más tarde y no estaba contento.

—Comisaria Heat, voy a dejar que adivines hasta dónde me ha llevado el seguimiento de Jameson Rook.

—No sé, detective. ¿Te ha comprado un cucurucho de helado y te ha vuelto a engañar? —Nikki dijo aquello en tono de broma, pero solo para disimular su verdadera preocupación y curiosidad por lo que Rook estaba haciendo.

—No, no me ha visto. Mi sujeto está demasiado concentrado en su misión.

—Dilo ya. ¿Dónde está?

—En Warren Street, cerca del Ayuntamiento. —Mientras Nikki repasaba mentalmente la zona para tratar de hacerse una idea de cuál era aquella misión, Feller le rellenó los espacios en blanco—: Está en una tienda de bolígrafos.

—Estás de broma.

—Ahora mismo estoy junto al escaparate.

—El Fountain Pen Hospital —dijo ella. Heat podía imaginarse lo que Feller estaba viendo, porque había estado muchas veces en la meca de Rook a la hora de buscar plumas estilográficas antiguas y coleccionables—. Está en el mostrador de las reparaciones, ¿verdad?

—No me necesitas. ¿Qué tienes? ¿Poderes?

—Ojalá. La semana pasada Rook estaba limpiando su Hemingway Montblanc de edición limitada, se le cayó de la mesa y aterrizó en el suelo de punta. Rook va a dejar su preciada pluma para que le pongan una punta nueva.

—No quiero cuestionarte, pero ¿de verdad es en esto en lo que mejor puedo emplear mi tiempo mientras investigamos un homicidio? —preguntó el detective tras una larga pausa en la que se oía el sonido de un camión que avisaba que estaba retrocediendo—. O sea, tu novio está... buscando una punta nueva para su pluma.

—En primer lugar, sí que estás cuestionándome. Y, además, no es mi novio, sino mi prometido. Sigue con él.

—De acuerdo. —No parecía encantado.

—Y, Randy, aléjate de ese escaparate. No quiero que te descubra ni nada de eso.

Alrededor de una hora después, una llamada desde la central sacó a Heat de una visita a la sala de la brigada antirrobo, donde estaban poniendo al día a la nueva comisaria sobre lo que estaban haciendo. Entró en su despacho y esperó con un nudo en el estómago a que la operadora le transfiriera la llamada. Cuando por fin sonó, Nikki apoyó la mano sobre el auricular y repasó las repercusiones de no atender al asistente administrativo del subcomisionado del Departamento de la Policía de Nueva York en asuntos legales. Había sido él quien la había metido en el sistema para que se convirtiera en la comisaria que capitaneaba el distrito policial. Quizá solo la estuviese llamando para desearle suerte, ahora que el ascenso ya era oficial. Una llamada antes de que saltara el contestador, levantó el auricular.

—Aquí, comisaria Heat.

—Veo que has tenido un comienzo movidito —dijo Zach Hamner.

Nada de «hola» ni «buenas tardes» ni «¿te interrumpo?». Nada de eso. Zach, *el Martillo*, estaba a la altura de su apodo de instrumento despuntado desde la descarga inicial. Heat se imaginó que el sexo con él debía consistir sobre todo en terminar pronto. No podía creerse que estuviera pensando en sexo con alguien que equivalía a un reptil con traje.

—Gracias, Zachary. No hay nada más estimulante que una llamada tuya.

—Si quieres a alguien empalagoso, prueba con los de Relaciones con los Medios de Comunicación. Aquí, en Asuntos Legales, somos de amor duro. —Se lo imaginó en su mesa en la central de la policía disfrutando con suficiencia de su estatus autoimpuesto de tocapelotas del departamento, el tipo al que mandan cuando quieren que las cosas se hagan rápido. No ocuparía nunca un puesto en primera línea, pero Hamner siempre sería el Merlin, uno de esos hombres escurridizos y macilentos con expresión pasiva y gruesos maletines que se inclinan hacia delante para susurrar respuestas estratégicas a los oídos de los que están al frente—. Me están llegando informes negativos y, como siento cierta responsabilidad personal por haber conseguido que te designaran para ese puesto, estoy realizando una pequeña intervención.

—Qué afortunada soy.

—¿Por dónde empiezo? ¿Por la falta de respeto a los de asuntos internos? No. ¿Qué tal por haber violentado al jefe de detectives?

Nikki pensó que debería haber dejado que la llamada pasara al buzón de voz.

—El jefe y yo ya hablamos de eso ayer, Zach. Es agua pasada.

—Más bien una escapada por los pelos. Piensa. Anticípate. En este nivel, la responsabilidad es más importante y la moneda que se usa es la de la información.

—Deberías hacer que te bordaran esa frase.

—Heat, ¿te parece que estoy divirtiéndome? —Ella echó la cabeza hacia atrás sobre su sillón de ejecutivo mientras el Martillo lanzaba su reprimenda departamental por haber montado un lío con el detective de asuntos internos Lovell. No tenía sentido discutir, así que Nikki se puso a firmar documentos mientras él seguía hablando—. ¿Y cómo se te ocurre dejarte ver con uniforme confraternizando con un conocido mafioso?

Ella dejó de firmar y se puso de pie.

—No estaba confraternizando, estaba interrogándole como posible sospechoso del asesinato de Lon King.

—¿No podías haberlo arrastrado a la comisaría? Te han visto entrar en su salón de apuestas ilegales a plena luz del día.

—Ahí era donde estaba él.

—Heat, eres la comisaria de un distrito. Los comisarios no pueden mezclarse con mañosos. No es propio de tu trabajo. —Al igual que ocurría con muchos administradores y grises burócratas, el Martillo no tenía ni idea de en qué consistía el

trabajo de la policía.

Pensó en darle una charla sobre el tema cuando Ochoa apareció en la puerta con una mirada de urgencia.

—Oye, Zach, acabamos de descubrir algo sobre el caso. Tengo que irme. —Y, tras pensárselo mejor, añadió justo antes de colgar—: Gracias por tus buenos consejos.

—Tenemos otra víctima —anunció el detective Ochoa.

Nikki rodeó la mesa mientras metía un brazo por la manga de su chaqueta.

—¿Dónde?

—En Staten Island.

Eso hizo que Heat se detuviera.

—No es nuestro distrito, ¿por qué es una víctima nuestra?

—Porque Feller ha dado el aviso.

El rostro de Heat perdió parte de su color mientras pensaba en las posibles conexiones sin que le gustara adónde llevaban.

—¿Feller...?

—Estaba siguiendo a Rook. Ha sido Rook quien ha encontrado el cadáver.

Heat dejó que condujera Ochoa, lo cual le proporcionaba un tiempo valioso para enviar correos de administración y consultar su teléfono durante la hora muerta que se tarda en llegar desde Manhattan a Staten Island.

—Llegamos en dos minutos —dijo el detective cuando dejaba la autopista de Staten Island y se adentraba en los inhóspitos alrededores de Goethals Bridge. Nikki dejó a un lado lo que estaba haciendo, miró el *collage* de marismas cubiertas de arbustos y el área industrial que bordeaban las orillas del río Elizabeth y se preguntó qué narices estaría haciendo Rook allí.

Si Staten Island era una ciudad dormitorio, aquel era su porche cubierto de barro. A la derecha se extendía un enorme almacén de contenedores. A la izquierda, los cilindros corroídos de una planta de depósitos de gas se levantaban al borde de los humedales provocados por las mareas que estaban marcados por hectáreas de espartina y totorales, fuertes supervivientes de la era química. Al otro lado del río una refinería y plantas con aún más tanques que eran todavía más grandes rodeaban la autopista de Nueva Jersey.

—Si vivieras aquí, ya estarías en casa —dijo Heat.

Tal como había calculado Ochoa, unos dos minutos después el coche de los Roach se detenía en la puerta de una planta industrial apartada rodeada por una valla metálica entre la marisma y un cementerio de antiguos autobuses escolares. En los años veinte, aquel lugar había sido una pista de aterrizaje. Llano y con bastante terreno alejado de las casas, Edda Field se había convertido en el lugar preferido de pilotos de aviones privados y de aficionados hasta que cerró durante la Segunda Guerra Mundial, cuando quedaron prohibidos los vuelos sobre la Costa Este. Cuando levantaron la prohibición, se habían abierto nuevas pistas de aterrizaje más cercanas a la ciudad hechas de asfalto en lugar de gravilla y hierba. En pocos años, aquella pista había quedado obsoleta. Finalmente, se vendió a una productora de cine, que utilizó su enorme hangar para rodar películas de cine negro hasta que el dueño del estudio se metió en un lío y se fue a Río de Janeiro con los beneficios de la compañía y acompañado de un especialista de cine. La propiedad estaba desocupada, un imán para malas hierbas, vertidos ilegales y robos hasta mediados de los años noventa, cuando la vasta superficie y el enorme hangar llegaron a oídos de una empresa consultora forense, que compró el terreno y convirtió el lugar en un campo de pruebas de seguridad de vehículos.

Tras pasar junto a la caseta del guardia, Ochoa pudo atajar por unas líneas pintadas de plazas de aparcamiento vacías para ir directamente hacia la media docena de coches de la policía de Nueva York y camuflados que rodeaban el hangar. El detective Feller estaba dentro del semicírculo de coches de la policía haciendo bromas con el equipo de homicidios de la comisaría 121. Vio a Nikki salir del coche de los Roach y enseguida se separó del grupo, se dirigió hacia ella y adoptó un tono

más sobrio a medida que se acercaba a su comisaria.

—Ayúdame, detective —dijo Nikki cuando el espacio entre ellos fue lo suficientemente pequeño como para que solo él pudiera oírle—. Quiero saber qué hay de gracioso en el cuerpo de un muerto. Con el día que estoy teniendo, me vendría bien echar unas risas.

Avergonzado, Feller trató de quitar importancia a su falta de decoro en el escenario de un asesinato, algo de lo que Heat le había advertido muchas veces en el pasado.

—¿Esto? No ha sido nada. Solo estaba fomentando una buena relación con estos amigos, ya sabes, por eso de estar de visita en su territorio.

—Entiendo. Interacción profesional —dijo ella. Pero él pudo oír muy claro el significado oculto de «no me vengas con tonterías». Una vez aclarado eso, Nikki dejó pasar el asunto, sobre todo porque Ochoa se estaba acercando—. ¿Qué tenemos?

—El cadáver está en el hangar. —Hizo una señal hacia la enorme puerta que había a un lado del gran almacén gris. La furgoneta de la oficina del forense de Staten Island estaba al lado, justo bajo el logo de la empresa Forenetics.

—Eso sí que tiene una foto —dijo Ochoa—. Pero, desde luego, a nadie le gustaría que apareciera en la página web de su empresa.

—¿Y Rook? ¿Dónde está? —preguntó Nikki, en parte preocupada y en parte molesta. No necesariamente en ese orden.

Feller inclinó la cabeza hacia su coche, que estaba a veinte metros, donde Rook estaba sentado junto a la puerta abierta del pasajero con la cabeza entre las rodillas.

—Como habrás adivinado, ha sido él quien ha encontrado a la víctima. Y ni siquiera yo le culpo de haber vomitado. Uno de los ayudantes del forense casi echa la papilla cuando ha entrado ahí dentro.

Rook levantó la mirada hacia arriba cuando oyó que Nikki se acercaba y, después, dejó caer la cabeza sobre sus manos.

—¿Estás bien? —preguntó ella mientras apoyaba la mano sobre uno de sus hombros para darle un suave apretón.

—Sí. —Cuando se puso de pie para demostrarlo, su cara palideció y los ojos se le movieron bajo los párpados a medio cerrar—. Estoy bien. De verdad.

No del todo orgullosa de sí misma por hacer algo así, Nikki decidió aprovechar el momento de vulnerabilidad de Rook.

—Cuéntame cómo ha pasado. ¿Qué habías venido a hacer aquí? ¿Foren... —alzó la vista hacia el cartel—, Forenetics?

Pero incluso con la guardia baja, el instinto de periodista de investigación de Rook seguía en pie.

—Nada fuera de lo normal, la verdad. Tenía una especie de cita. —Cogió la botella de agua que Ochoa le tendía y la abrió.

—¿Con la víctima?

Dio un sorbo y asintió. Cuando Rook vio que no iba a servir un simple

movimiento de cabeza, se explicó:

—Sí, tenía una cita. Con Fred Lobbrecht. Trabaja aquí. —Volvió a palidecer al recordar y rectificó—: Trabajaba aquí.

Sin saber entonces si Rook estaba tratando de confundirla o si estaba traumatizado, Nikki lo dejó ahí. Le dijo que continuarían más tarde. Se identificó para entrar en el escenario del crimen y llevó a su grupo al interior del edificio pasando junto a la furgoneta vacía del forense.

Heat no había entrado nunca en una instalación de simulación de accidentes, pero la escena le pareció de inmediato similar a las investigaciones que salen en el programa de noticias *20/20* y a los anuncios de coches que había visto, y también a los vídeos espantosos que le habían obligado a presenciar en las clases de conducción. A su derecha, dentro del cavernoso laboratorio de impactos de dos mil metros cuadrados, había una estructura modular de dos niveles junto a la pared. La primera planta de la cabina de cristal parecía ser un centro de mando lleno de equipos electrónicos dispuestos en consolas y compartimentos. En la parte de arriba, accesible a través de una escalera de acero, unos trípodes de cámaras formaban una cerca a lo largo de la ventana de un puesto de observación que se inclinaba hacia fuera. En ninguna de las dos cabinas había nadie, al igual que en el resto de las instalaciones, aparte de los servicios de emergencia.

Incrustado en el suelo de cemento, delante de la sala de control, estaba el mecanismo del sistema de propulsión del vehículo que se utilizaba para catapultar coches y camiones del mismo modo que se lanzaban los reactores de caza desde los portaaviones. Al disparar, el nitrógeno comprimido lanzaba el vehículo de prueba a lo largo del hangar a más de ciento veinte kilómetros por hora. Para mejorar la imagen del vídeo, la planta estaba pintada de blanco níveo salpicado a intervalos estratégicos por franjas de cuadros amarillos y negros y marcadores de referencia. A la izquierda de Heat, en el extremo opuesto de la pista, casi tan lejos como lo que mide un campo de fútbol, un pequeño coche japonés importado había chocado contra ciento treinta y seis toneladas de hormigón y acero a toda velocidad. Incluso a cien metros de distancia, podía ver por dónde se había esparcido la nube herrumbrosa de masa encefálica y sangre seca como un cuadro de Jackson Pollock. No le extrañaba que Rook estuviese tan afectado.

—¿Alguien me trae una espátula? —preguntó el médico forense levantándose de su postura arrodillada en el extremo frontal del coche aplastado. Nikki no había visto a Stu Linkletter, ni había oído su risa áspera, en los cuatro años que habían pasado desde que se lo habían llevado de la oficina del forense de Manhattan. Para ella, cada uno de esos años había sido una bendición.

Era obvio que los detectives Ochoa y Feller compartían la misma opinión y murmuraron el «jooder» que Heat estaba pensando cuando aquel imbécil vestido con el traje anticontaminación se levantó como una ardilla.

—Por cierto, ¿a alguien le apetece almorzar después? No sé por qué, pero estoy

pensando en *pizza*.

Tras lo cual, Nikki se olvidó de su voz interior.

—Joooder.

—Te he oído —dijo Linkletter, distraído—. No es como en los dibujos del Correcaminos, ¿verdad? No atraviesas la pared dejando una silueta perfecta de tu cuerpo. Ni siquiera a ciento veinte kilómetros por hora. —Se giró hacia la pared manchada y, a continuación, de nuevo hacia sus compañeros con una sonrisa—. ¿Tengo razón?

—¿Y si te limitas a informarnos? —preguntó Heat.

—¿Qué tiene eso de divertido?

Incluso Randall Feller, que tenía un humor muy ácido, pensó que aquello ya era suficiente.

—Linkletter, ahórrate eso para los monólogos cómicos.

Hicieron falta las serias miradas de tres policías y un periodista de investigación para que Linkletter adoptara un tono profesional.

—La víctima no llevaba ninguna contención y se convirtió en un proyectil que salió volando del asiento delantero del vehículo e impactó a gran velocidad con la barrera de hormigón. La causa preliminar de la muerte: heridas por impacto directo de la cabeza y el torso. La temperatura, la lividez y el grado de coagulación y sequedad del borde de las manchas de sangre conducen a una estimación del intervalo *postmortem* de entre veinticuatro y veintiocho horas.

—¿Esto pasó ayer? —preguntó Heat.

—Entre veinticuatro y veintiocho horas. ¿No he sido claro?

—¿Has conseguido identificar a la víctima? —preguntó Ochoa.

—No hemos podido confirmar nada aparte de la raza y el género. —El forense señaló hacia la maraña de ropa y carne que se habían fusionado con el capó abollado—. La parte inferior del cuerpo se sigue distinguiendo en gran parte. Por tanto, es un hombre.

—¿Carnet de conducir? ¿Cartera? —preguntó Heat.

Él dejó escapar un suspiro de irritación.

—Primero rechazas mis bromas y me pides que te informe. Ahora me interrumpes con preguntas fastidiosas. —Un fotógrafo de su equipo hizo una fotografía a la víctima. Linkletter se giró para mirarle—. Señor Roe, deje las fotografías.

—Continúa —le instó Nikki con tono educado, pero jurando no volver a acudir nunca más a un escenario del crimen en la jurisdicción de aquel forense.

—En su cartera, un carnet de conducir a nombre de Lobbrecht, Frederick van; varón; blanco; ojos castaños, treinta y ocho años. La fotografía del carnet y el nombre concuerdan con la chapa identificativa de Forenetics que se ha retirado del tejido de la víctima, en la que pone que es «experto en reconstrucción de colisiones». ¿Soy el único que piensa: «No me jodas»? —Linkletter soltó de nuevo su carcajada de ganso

estrangulado, pero cuando vio los rostros serios como las esculturas de la Isla de Pascua que le devolvían la mirada, continuó—: Dado el traumatismo tan desastroso de la cabeza y la parte superior del cuerpo, serán necesarias las huellas digitales para conseguir una verdadera identificación. En caso de que eso falle, lo haremos con los registros dentales o las radiografías del pecho, suponiendo que tenga alguna en sus expedientes médicos. Por supuesto, está el ADN, pero no hay que malgastar tiempo ni la pasta de los contribuyentes.

—Por ahora, me sirve —dijo Heat, deseosa de poner algo de espacio entre ella y aquel desagradable forense.

—Claro —gritó él cuando se alejaban—, ahora que eres comisaria, no debes mezclarte con la plebe.

—Envíame tu informe por correo electrónico —fue lo único que ella contestó sin mirarle siquiera mientras se alejaba.

—Qué gilipollas —dijo Feller.

—Tratar con muertos es el trabajo perfecto para ese tío —añadió Ochoa.

—Ni siquiera eso —dijo Rook—. Ni los muertos le aguantan.

—Vuelves a ser tú —dijo Heat apretándole el brazo con una cálida sonrisa—. Bienvenido.

—Te he dicho que estaba bien.

—Sí, eso parecía —intervino Ochoa—. ¿Te has manchado los zapatos?

Heat y su equipo se reunieron en el otro extremo del hangar con sus colegas de la 121 para poner en común lo que pudieran contar sobre el impacto.

—Existen ya un par de cosas que no entiendo —dijo ella antes que nadie—. Además de preguntarme cómo puede ocurrir algo así, para empezar. En primer lugar, ¿cómo ha pasado inadvertido durante todo un día? —Nikki examinó el enorme espacio y añadió—: Es decir, ¿dónde está todo el mundo?

—Estas instalaciones son como una especie de estadio de fútbol —contestó uno de los detectives de Staten Island—. No viene nadie a menos que haya un partido.

—Es un sitio un poco caro como para tenerlo desocupado —dijo Ochoa.

—Ganan dinero, creedme —intervino el compañero del policía de Staten Island—. Los fabricantes de coches y las compañías de seguros pagan mucho por estas pruebas. Y cuando hacen alguna, hay mucha gente. Hacen unas cuarenta al año. A veces, venimos a mirar. ¿No lo haríais vosotros? Ahora esto está vacío, pero los días que hacen pruebas apenas se encuentra aparcamiento.

—He llamado a la central de Forenetics de Stamford mientras esperaba a que salierais tú y Ochoa —dijo Feller—. Su presidente me ha contado que tenían una prueba de impacto programada para ese coche de importación para mañana. Lobbrecht era el jefe del proyecto y llegó ayer para preparar los cables sensores del vehículo para Rickles.

—¿Rickles?

Feller señaló hacia el rincón junto a la catapulta, donde había un muñeco para las simulaciones de accidentes sujeto a una muñeca.

—Rickles es el muñeco.

—Todo eso forma parte del calendario que siguen. Como una especie de lanzamiento de la NASA.

—Tienen un guardia de seguridad en la caseta de la puerta. ¿No le pareció extraño que el señor Lobbrecht entrara pero no saliera? —preguntó Heat.

El detective jefe de la 121 negó con la cabeza.

—El guardia dice justo lo contrario. Que Lobbrecht empezó a venir aquí hace seis semanas, pero que, en esa época, pasaba aquí las veinticuatro horas todos los días cada vez que había un lanzamiento. Trabajaba a todas horas, se traía la comida, siempre trasnochaba. No era raro que llegara y no saliera en dos días. Y este lugar está insonorizado, así que ahí fuera no saben lo que pasa al otro lado, sobre todo si tienen encendida la radio o la televisión.

Todos miraron hacia el lugar del impacto, donde Linkletter y su equipo estaban recogiendo los dientes que encontraban.

—¿Y qué opináis? ¿Ha sido un fallo? —preguntó Ochoa—. ¿Este tal Lobbrecht pulsó el botón equivocado o conectó el cable que no era en el enchufe equivocado mientras lo estaba preparando?

—Podría ser —contestó Feller—. Los sistemas fallan.

Pero Nikki tenía su atención puesta sobre Rook y pudo ver que él no se creía lo del accidente. En la vida hay coincidencias, pero, según la experiencia de Heat, existen muy pocas en las investigaciones de asesinatos. La relación de Rook con dos cadáveres en el mismo número de días hizo que se encendieran unas potentes luces estroboscópicas en su mente.

—¿Vas a decirme por qué habías venido hasta aquí para ver a Lobbrecht?

Rook desvió lentamente la mirada de la colisión, pero no pudo mirarla a los ojos. Fijó la vista en el brillante suelo sin decir nada. Nikki se quedó pensando un momento. Pero no tardó mucho en tomar una decisión, por muy dolorosa que fuera. En realidad, la había tomado ya la noche anterior, cuando ordenó que le siguieran. Esto no era más que una prolongación de aquella orden.

—Detective Feller, quiero que lleve al señor Rook de vuelta a la comisaría Veinte.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Rook—. Ni siquiera pediré ir de copiloto.

Pero Heat no sonrió.

—No es que vayas a ir a la comisaría. Te llevan. —Miró a Feller—. Irá en el asiento de atrás. Y cuando llegues, llévalo a la sala de interrogatorios número 1. —Nikki lanzó a Rook una mirada profesional y salió con Ochoa dejando atrás a su prometido

Dr. Lon King

Transcripción de terapia

Sesión del día 26 de febrero de 2013 con Heat, N., detective de primer grado, Departamento de Policía de Nueva York

NH: Gracias por poder atenderme de nuevo. Siento lo de la última vez.

LK: Me di cuenta de que te pasaba algo. ¿Estás lista para hablar ahora?

NH: [Pausa larga]. La verdad es que no hay mucho de qué hablar. [Pausa más larga]. Así que me va a obligar a hablar de ello, ¿no?

LK: ¿Sirve de algo si volvemos adonde lo dejamos? Veo en mis notas que estabas empezando a hablar de lo difícil que te resultaba renunciar al apartamento de tu madre, es decir, tu apartamento, para mudarte al de Rook. ¿Tengo razón?

NH: ¿No parece una tontería? O sea, nos vamos a casar.

LK: Las cosas que sentimos no son nunca una tontería. Simplemente son lo que sentimos. Lo que estamos tratando de hacer aquí es averiguar por qué las sientes. Si tus sentimientos te impiden avanzar en la vida o te molestan, es constructivo explorarlos. ¿Quieres hacerlo?

NH: Sí, sí que quiero. Pero no sé por dónde empezar.

LK: ¿Por qué no comenzamos por esos sentimientos?

NH: Dios mío...

LK: ¿Qué es lo que esto provoca en ti? ¿Puedes decirlo?

NH: Sé que lo lógico es que debería mudarme sin más a casa de Rook. Quizá debería hacerlo y ya está.

LK: Nikki, estás volviendo a la lógica, el terreno donde te sientes segura. Vamos a regresar a las emociones para explorarlas.

NH: Solo trato de imaginarme el día de la mudanza. Mirar hacia atrás antes de cerrar la puerta de esa casa vacía donde he pasado gran parte de mi vida.

LK: Y donde asesinaron a tu madre.

NH: Sí. Y donde asesinaron a mi madre.

LK: Existen muchas razones por las que nos sentimos ligados a los lugares o a las cosas. ¿Es por eso por lo que esa casa es tan importante? ¿Por tu pérdida? Y si es así, ¿por qué sientes la necesidad de aferrarte a la pérdida?

NH: Siento como si fuera a... no sé. Siento como si fuera a... rendirme.

LK: Ayúdame a entender qué es eso de «rendirte». Encontraste al asesino. Honraste su memoria. Hiciste tu trabajo. Ella estaría orgullosa, ¿no lo crees?

NH: [Asiente].

LK: ¿Sigues con algún dilema?

NH: [Sin respuesta. Pausa larga].

LK: A veces, atarse a algo no es lo que parece.

NH: Yo creo que sé lo que es.

LK: Bueno, a veces hay algo más.

NH: Yo estoy entregada por completo a Rook.

LK: Interesante.

NH: ¿Qué?

LK: Yo no he mencionado a Rook.

Heat sintió el familiar tirón de sus tímpanos cuando se abrió la cerradura de la puerta hermética que separaba la sala de observación de la sala de interrogatorios número 1. Sin embargo, le resultaba de lo más extraño ver a Jameson Rook esperándola en el asiento del interrogado, con los codos sobre la superficie de metal de la mesa, esperando su prometido tercer grado. Ella dejó caer un cuaderno en blanco y un bolígrafo en su sitio y se sentó enfrente de él, en el lugar habitual donde se examinaba a los sospechosos, conspiradores y presuntos implicados. Él empezó a hablar, pero con ninguna información, sino solamente para confirmar lo que era obvio:

—Esto es una locura.

—¿Tú crees?

—Normalmente, cuando nos sentamos en una mesa, hay muchas menos luces fluorescentes y un tipo de bebida distinto. —Golpeó con los nudillos la botella que tenía delante, haciendo que se moviera el agua del interior.

—Estamos aquí porque esto no es ningún juego, Rook. Y he elegido un lugar más formal para asegurarme de que eres consciente de ello.

—Créeme, lo soy —contestó—. ¿Cómo iba a olvidarlo? Por Dios, mi prometida ha hecho que me siga un detective camuflado. Por cierto, cómo molo, ¿no? Desde luego, voy a usarlo para el brindis de nuestro banquete de bodas. A propósito, hablando de eso: he estado charlando con mi amigo Alton Brown, del canal de televisión Food Network. Para la fiesta me va a enviar su receta secreta del ponche de *whisky* Jameson. Dice que sigue el paradigma clásico de una parte de amargo, dos de dulce, tres de fuerte y cuatro de suave. Creo que eso mismo sirve para describir al equipo de baloncesto los Knicks esta temporada.

—Rook, ¿vas a callarte ya? Joder. Cállate. Ya.

Mientras Nikki veía cómo la expresión se le iba poniendo más seria al ir abandonando su pose, se reprendió a sí misma. De camino por el pasillo hacia la sala 1, se había dicho a sí misma que no iba a permitir que aquello traspasara el límite de lo emocional, que no iba a ceder. Que iba a utilizar aquel lugar como una llamada de atención para que él entendiera lo que estaba pasando. Que le iba a dar la oportunidad de decir: «Esto es la realidad. Debo dejar mi actitud petulante». Y allí, tras treinta segundos de interrogatorio, había mordido el anzuelo de lo emocional e incluso había soltado una palabrota por segunda vez ese día. Nikki juró recomponerse y mantener su autoridad moral. Si existía alguna esperanza de que Rook se abriera sin que sufriera su relación con él, tenía que ser ella la adulta.

—¿Puedo comer algo? —preguntó él.

—No —contestó ella y siguió con un tono más medido y uniforme—: Rook, hagamos un corto resumen de la situación que tenemos delante: En un periodo de veinticuatro horas hemos encontrado a una víctima de homicidio y una muerte muy sospechosa con un común denominador. Tú.

—¿Debería pedir un abogado? —preguntó él riéndose entre dientes. Después, se interrumpió al ver el par de rayos láser que ella le lanzaba.

—Vamos a ser claros —dijo ella—. En este momento, nadie piensa que hayas tenido nada que ver con esas muertes. Pero repasémoslas. Ayer por la mañana encontramos un cadáver con un agujero de bala en la frente. Y es mi loquero. Que trabaja para el Departamento de Policía. Tú no dices nada. Vamos a la consulta de la víctima y tú estás presente en toda nuestra investigación. No dices nada. Apareces en el vídeo de una cámara de seguridad, demostrando que recientemente has estado en ese lugar, la consulta de mi loquero, la víctima del disparo. No dices nada. Hoy, te seguimos hasta las instalaciones de pruebas de seguridad de vehículos de Staten

Island. Allí nos encontramos con la muerte sospechosa de la persona con la que te habías citado. No dices nada. Dos muertes en dos días. Rook, ha llegado la hora de que digas algo.

Él hizo una pausa para reflexionar y, a continuación, se encogió de hombros.

—¿Tengo que repetirlo? Soy un periodista que está trabajando, un reportero de investigación. Sí, estoy trabajando en un artículo. Y sí, conocía a las dos víctimas. Pero, Nikki, ¿tú no ocultas cosas cuando estás con algún caso? Pues yo estoy con un artículo. Aún no he juntado todas las piezas del rompecabezas. Siguen siendo un montón de fichas esparcidas por toda la sala de juegos. He visto piezas y formas, pero aún no han tomado cuerpo. Necesito continuar con mi investigación a mi modo y para eso necesito seguir siendo independiente.

—¿Cómo puedes decir que necesitas ser independiente cuando te estás aprovechando de toda la información que mi brigada y yo estamos obteniendo? Y tú no nos cuentas nada.

—Bueno, eso es un poco fuerte. Yo os he llevado hasta la segunda víctima. ¿Eso no es ayudar?

—¡No, eso no ha sido ayudar! —gritó ella con la voz que se había prometido que no levantaría—. Con eso he conseguido otro cadáver. Y menos pistas que seguir. Eso es todo.

—Oye, ¿sabes qué se me acaba de ocurrir? ¿Y si me hago detective privado? Jameson Rook, detective privado. —A continuación, desechó la idea con un «bah» y se levantó para marcharse—. Bueno, mantenme informado si hacéis más avances. Y si por mi parte surge algo... que yo pueda contar..., ten por seguro que te lo diré.

—Siéntate. —Heat dejó que se sentara en su silla y, después, rompió el silencio—: Creo que será mejor que llames a un abogado.

—¿Por qué? Hace un minuto me has dicho que me descartabais como sospechoso.

Entonces ella cayó en la cuenta. Nikki Heat había encontrado su punto de equilibrio. Algo que llegaría de verdad al corazón de Jameson Rook, el periodista de investigación dos veces ganador del premio Pulitzer.

—Puede que ahora no esté tan segura.

Él se rio.

—Nikki, venga ya. No hagamos tonterías. ¿Qué vas a hacer? ¿Amenazarme con la bodega del zoo? —preguntó Rook, refiriéndose a la técnica que ella utilizaba en los interrogatorios para asustar a los sospechosos ingenuos y novatos que no tienen experiencia en el sistema judicial criminal; les hacía creer que, si no colaboraban, serían encerrados en alguna jaula subterránea con los delincuentes más violentos, bárbaros y sucios de la sociedad.

—Sé muy bien que la bodega del zoo no te asustaría, Rook. De hecho, es probable que te parezca llena de color y que hagas muchos amigos... Quizá incluso puedas elaborar ahí nuevos artículos para tu revista. —Heat levantó una ceja y le

sonrió—. No, yo creo que te pondría en una celda para ti solo. Un lugar muy tranquilo. Lejos de los demás. Lejos de las conversaciones. Lejos de tu teléfono móvil. Lejos de internet. Lejos de la posibilidad de salir a entrevistar a otras personas. —Pudo ver cómo los ojos de él se iban abriendo.

—No harías eso.

Ella volvió a sonreír.

—Deja que te pregunte una cosa. ¿Cómo va a avanzar tu reportaje de investigación cuando te tenga alejado de la calle durante setenta y dos horas, apartado de lo que está pasando, privado de información?

Nikki pudo ver cómo giraban las ruedecillas de su maquinaria. Parecía que lo había conseguido. Pero entonces habló él.

—Muy buen farol.

—¿Quieres ponerme a prueba?

—Mi abogado me sacaría.

—Si es que puede encontrarte. ¿Te gustan los juegos? El mío se llama *esconde al cliente*. Ya se ha hecho. El sistema de cárceles de Nueva York es tremendamente burocrático.

Se aguantaron la mirada un momento. Antes de que ninguno de los dos parpadeara, el detective Raley abrió la puerta y se quedó con medio cuerpo dentro de la cabina de sonido. Tenía una expresión de excitación y le hizo a Heat una señal para que se acercara. Cuando ella se acercó, él le habló en voz baja:

—He pensado que querrías saberlo de inmediato. He encontrado una correspondencia en el análisis de los andares que le hemos hecho al tipo del vídeo de seguridad *del* edificio de consultas médicas de Lon King.

Tras ella, Heat pudo oír una silla que rozaba el suelo de baldosas. Cuando lanzó una rápida mirada al espejo mágico vio que Rook se inclinaba por encima de la mesa para oír lo que decían. No solo parecía que Raley fuera su rey de las cámaras de seguridad, sino que su sentido de la oportunidad no podía haber sido mejor, en caso de que su interrupción hubiese estado planeada.

—¿Quién es nuestro hombre? —preguntó ella antes de girarse sin disimulo para mirar a Rook—. Espera. Vamos a salir para tener un poco de intimidad.

Dentro de la sala de observación, Raley le enseñó a Nikki la foto policial del hombre que se correspondía con el análisis. Decepcionada, su primer pensamiento fue que Joseph Barsotti no era el mismo hombre que había entrado en el apartamento de Lon King y Sampson Stallings esa mañana, pero al menos tenía un nombre para uno de los dos desconocidos que rodeaban el caso.

—¿Esto es fiable? —preguntó.

—Mucho. Lo tenían en varios vídeos de cámaras de vigilancia, tanto de la Unidad contra Asociaciones Delictivas como la de Delincuencia Organizada de la Policía de Nueva York, dirigiéndose con los mismos andares a unas reuniones en Howard Beach, el circuito de Belmont Park e incluso a un funeral de la mafia. Se le han

encontrado múltiples correspondencias por el balanceo en su forma de andar y por un signo revelador... Deja que lo mire bien... —Sean se detuvo para mirar sus notas—. Aquí está: una «reveladora circunducción de su pierna derecha». Quiere decir que la saca ligeramente hacia fuera cada vez que da un paso.

—¿Tienes su dirección?

El detective negó con la cabeza.

—Su último domicilio ahora está vacío. Estamos siguiendo otras pistas. Incluidos sus socios conocidos. ¿Estás lista para escuchar quién es uno de ellos? Tomasso Nicolosi.

—¿El Gordo Tommy? —Heat levantó los ojos hacia el cristal y vio a Rook moviéndose inquieto mientras miraba hacia la puerta—. Buen trabajo, Rales. Cuando sepas algo, házmelo saber enseguida.

Heat volvió a entrar en la sala y vio que Rook trataba de mostrarse despreocupado, pero sin conseguirlo.

—¿Quién era el tío de los andares raros? Yo sigo apostando por el actor John Cleese —dijo con esa sonrisa que normalmente la derretía a media manzana de distancia.

Pero hasta ahí podían llegar. Nikki permaneció circunspecta. Recogió el cuaderno y el bolígrafo que había dejado.

—El sargento encargado de la recepción entrará en un rato para tramitar tu caso.

—Espera. ¿Hablas en serio?

—Si te sirve de algo, te esperará buen sexo cuando salgas. Aún sigo queriendo a mi chico malo.

—¡Espera! —gritó cuando la mano de Heat estaba a pocos centímetros del pomo de la puerta. Dejó caer la cabeza—. Está bien.

Nikki volvió a sentarse frente a él.

—Creo que tu colaboración con mi investigación será considerada como una muestra oportuna de buena fe.

—Estás apretando demasiado las tuercas.

—Lo sé. —Le quitó el tapón al bolígrafo—. Cuando se quiere participar en el juego, no hay que subestimar al otro equipo.

Rook, pensativo, asintió levemente.

—Solo para que lo sepas, he estado ocultando información porque mi fuente es una persona nerviosa. Me ha costado muchísimo conseguir su colaboración y no quería poner en peligro mi acceso a la información cuando ya se encontraba en un estado tan frágil.

—Deja que te haga una pregunta, Rook. ¿Cuántas veces te has sentado en esta misma sala a verme realizar interrogatorios?

—Muchas.

—Entonces, me comprenderás cuando te digo que vayas al grano.

Y así lo hizo:

—Quizá no pueda resumirlo en ciento cuarenta caracteres, pero haré lo que pueda. Hace unas semanas, recibí un soplo sobre algo grande. Es decir, tan grande como un tercer Pulitzer. Una tapadera en la industria automovilística. Algo que ha costado vidas. Muchas vidas.

Tal y como Nikki apuntaba en la primera línea de su cuaderno, la visita de Rook a las instalaciones de pruebas de seguridad de coches cobraba sentido. Quería hacer más preguntas, pero sabía que era mejor no interrumpir, así que se limitó a escribir: «¿Forenetics?» y dejó que continuara.

—En los últimos años, los coches han estado volcando de forma esporádica. Nik, imagina que vas conduciendo por la carretera... la, la, la... y, sin razón alguna, el volante da una sacudida y se te suelta de las manos, la suspensión de un lado da un enorme brinco mientras la otra cae y lo siguiente es que empiezas a dar más vueltas que un tiovivo. Eso es lo que ha estado pasando. Provocando accidentes. Muchos heridos y muchas muertes.

—¿Por qué no he sabido nada antes de esta noticia?

—Exacto —dijo él—. Pues yo soy la noticia. Y con esto estoy haciendo una revelación. O eso es lo que intento. Y cuando te digo que es una gran historia, es por esto: el defecto no se limita solamente a un fabricante de coches, sino que sucede con distintas marcas. Pero de forma aleatoria. Es una ruleta para la mayoría de las marcas y modelos, y afecta a coches de diferentes precios, tanto extranjeros como de aquí. Mis primeras investigaciones sugieren que no se trata del coche en sí. El indicativo más potente es que se trata del resultado de un misterioso fallo técnico en el *software*, en la aplicación que le dice al mecanismo de control de la estabilidad cuándo activarse o no. Es una larga historia del quién y el cómo, pero hay una alegación muy creíble de un experto en seguridad de la industria que dice que se está ocultando información relativa a este defecto. Hay una cortina de humo. —Hizo una pausa para dar un trago a su botella de agua.

Heat estaba deseando preguntarle qué tenía que ver todo aquello con su psicólogo, pero decidió una vez más dejarlo con una nota, un recuerdo de que tenía que hacerlo más adelante. Escribió las iniciales «LK» en la misma línea que «Forenetics» y dibujó un doble arco entre ambas anotaciones, un arcoíris sobre un signo de interrogación. Sin embargo, sí que hizo una pregunta:

—¿Ese experto tuyo era el mismo que hemos encontrado hoy en Staten Island?

—Ahora voy a ello —contestó—. El infiltrado en la industria del que te estoy hablando es el hombre clave de un equipo de investigación de seguridad de coches y, ahora que ha conseguido tener todas las pruebas científicas que necesita, está dispuesto a denunciar esa cortina de humo. Todo muy jugoso. Con todos los elementos de un artículo de portada de Jameson Rook para *First Press* que da lugar a cosas como retiradas masivas del mercado y comparecencias en el Congreso. —Rook mostró una sonrisa—. Pero, a pesar de tu creencia de que nunca ha habido una teoría conspirativa que no me encantara... y sí que me encanta..., como periodista de

investigación es responsabilidad mía verificar todos los ángulos. No solamente las triquiñuelas de la historia, sino sus personajes. Las historias como esta no consisten nunca en el *hardware* o el *software*. Las historias son sobre las personas. Y sus motivaciones. Así que he estado actuando con diligencia. Y mi investigación me ha llevado hasta un miembro del equipo de seguridad de mi delator: Fred Lobbrecht.

—El experto en reconstrucción de impactos fallecido —aclaró Heat dibujando un círculo alrededor del nombre de la empresa, Forenetics.

—Fred ha sido un hueso duro de roer. Se mostraba extremadamente reticente a hablar conmigo. Incluso de forma confidencial. Como periodista, estoy acostumbrado a eso, pero era asustadizo y estaba muy nervioso, con muchas inseguridades. Me decía que iba a hablar, pero luego cancelaba. Ese tipo de cosas. Hace dos semanas me llamó con una propuesta. Que si accedía a sentarme con su loquero y le permitía hacer una especie de terapia de pareja con nosotros para ayudarlo en el proceso de hacer que se sintiera bien en lo referente a contarle sus secretos a un periodista.

Mientras una sorprendente pieza del rompecabezas se colocaba en su sitio, la conexión entre Rook y las dos víctimas, Nikki sintió una diminuta chispa de euforia. Aquel fue el primer momento desde el comienzo del caso en que tenía una sensación de avance, aunque aún estaba muy lejos de la solución. Entonces se lo pensó mejor.

—Acabo de encontrar mi primer bache. ¿Por qué un experto en seguridad de automóviles va a ver a un loquero de policías?

—Porque Fred Lobbrecht era un expolicía. Se jubiló hace un par de meses de la Policía Estatal de Nueva York, donde estaba en la Unidad de Reconstrucción de Colisiones, ya sabes, la URC, la brigada de la policía científica que investiga los accidentes. Y supongo que no sabías..., ¿por qué ibas a saberlo?, que Lon King había firmado contratos para proporcionar servicios de terapia al Departamento de Policía de Nueva York, la Policía de la Autoridad Portuaria y la Policía Estatal de Nueva York, además de en los condados de Westchester y Nassau.

»Al principio me preocupaba que Lobbrecht no fuese más que un tipo excéntrico y que este fuera el fin de mi historia. Pero cuando empecé a asistir a las sesiones con él y con Lon King quedó claro que decía la verdad y supe qué le pasaba. Estaba asustado porque tenía un código. Y contarme sus secretos equivalía a romper ese código.

—Entiendo —dijo ella—. Incluso aunque sea para bien. Es una decisión difícil.

—Estoy de acuerdo —convino Rook.

Pero Heat pensó que estaba claro que Rook solamente comprendía ese código del mismo modo que lo hacen los que no son policías.

—En nuestra segunda sesión me gané su confianza —continuó Rook—. Estábamos a punto de lograr algún avance. Entonces, Lon King murió en su kayak.

—Y robaron sus expedientes. De la A a la M, entre los que se incluye...

—El de Lobbrecht —dijo Rook—. Notas y transcripciones de nuestras sesiones, además de cualquier otra cosa que le hubiese contado a Lon King antes de que yo

entrara en el juego. —Hizo una mueca—. El día anterior, me dijo que fuera a las instalaciones de las pruebas de seguridad de Staten Island y que llevara mi grabadora digital.

Nikki pensó en la cronología de los hechos y en que era posible, dada la franja horaria de la muerte, que a Lobbrecht lo hubieran matado antes que a su loquero.

—¿Llamaste a Fred para confirmar tu reunión después de que encontráramos el cadáver de Lon King?

—Lo pensé. Después decidí que no, que así le daba la oportunidad de que cancelara la reunión. Así que fui sin más. —La miró con gesto conciliador—. Y ahora ya lo sabes.

Heat le corrigió:

—Y ahora acabamos de empezar. Quiero que te reúnas con tu informante. Ahora.

—Oye, venga ya. Es mi fuente secreta.

—Cuya vida puede estar en peligro. ¿Se te ha ocurrido pensarlo? —Ella se puso de pie y se disponía a marcharse—. Además, quiero interrogarle en persona. Y como has tenido el buen juicio de colaborar, podrás acompañarme, Rook.

Fueron en coche a reunirse con el delator en el nuevo vehículo que le habían dado a Nikki.

—¿Y cómo es esto? ¿Te dan un coche nuevo cada día de por vida? —preguntó Rook después de que ella ajustara los espejos y el asiento—. ¿Es como ganar a la lotería?

—Ah, sí. Y el departamento está encantado con que yo me esté cargando todo el presupuesto para transporte.

Cuando ella firmó el recibo de retirada, el sargento encargado de la asignación de vehículos le había dicho que no había problema en cambiarle las ruedas pinchadas, pero que no podían dejar que una comisaria fuera por la ciudad en un vehículo con las palabras «Zorra soplona» grabadas en sus cuatro puertas.

Heat giró su coche de sustitución para subirlo por la rampa que llevaba a la autopista del West Side, pero no sin estirar el cuello para mirar por encima del muro de seguridad de hormigón de la rotonda y ver las lomas del Greenway, la vía peatonal, donde no se veía ningún resto del cierre de la mañana anterior por ser escenario de un crimen.

—Es curioso —dijo Rook, que también miraba el borde del Hudson—. Apenas un poco más de brisa del norte o un poquito más de marea baja y ese kayak habría tocado tierra río abajo, en el distrito dieciocho o puede que en el diez y no habría sido nunca un caso tuyo.

—Qué suerte tengo. —Nikki se quedó pensativa antes de añadir—: De ser así, nunca habría sabido que me estabas ocultando todo esto.

—¡Un momento! He confesado. ¿No me convierte eso en un buen ciudadano?

La miró con aquella maldita expresión encantadora que hizo que ella fijara la vista en el tráfico que se dirigía hacia el sur para que él no pudiera ver lo vulnerable que se sentía en ese momento. Se concentró en pensar en los nuevos datos que habían apuntado en el panel del asesinato justo antes de salir de comisaría.

Randall Feller acababa de llegar de las instalaciones de pruebas de Staten Island, donde el presidente de Forenetics y su equipo de operaciones le habían informado del posible escenario que había conducido a la muerte de Fred Lobbrecht. La preparación del vehículo era un ritual que él siempre había insistido en llevar a cabo en persona. Lobbrecht llegaba el día anterior a cada prueba para asegurarse de que el coche estaba en la posición correcta para ser enganchado a la catapulta y ajustaba el asiento del conductor para colocar al muñeco, al que metía al final.

—Todos coinciden en que realizaba esta tarea en solitario —explicó Feller—. Principalmente, consiste en enchufar un grupo de cables que atraviesan el asiento de atrás desde las cajas negras del maletero y, después, conectar esos cables de colores a los enchufes con los colores correspondientes. Azul, al salpicadero; rojo, a las cámaras de dentro; y por último, amarillo, al muñeco. Claramente, no llegó a conectar el amarillo.

—Vaya... Menuda forma de morir —dijo Ochoa mientras sentía el pavor que todos los demás también notaban en su estómago.

—Randy, ¿han dicho por qué se disparó el mecanismo de lanzamiento? —preguntó Heat.

—No tienen ni idea. Nuestra unidad de criminalística está allí y no dejan que nadie de Forenetics toque nada, por la razón obvia de que uno de ellos podría ser el responsable, ya sea por error o... lo que sea. —Mientras el resto del equipo asimilaba aquello, añadió—: Es un poco irónico: una empresa consultora forense es investigada por la policía forense de Nueva York.

Como todos los demás miembros de la brigada habían tenido experiencias en el pasado con Stu Linkletter, a la nueva detective le había tocado colaborar con el médico forense de Staten Island.

—Un poco gilipollas —empezó a decir Inez Aguinaldo—. ¿Se me permite decirlo? —Tras una confirmación unánime, informó de los puntos más destacados del informe del forense—: Después de echar un vistazo a las abrasiones, contusiones, fracturas de mandíbula, maxilar y nariz, así como a las laceraciones del cuero cabelludo y múltiples fracturas del cráneo, la conclusión de la causa de la muerte es que la víctima sufrió lesiones mortales en el cerebro, hemorragias subgaleales, subdurales y subaracnoideas, daños en los vasos sanguíneos en la base del cerebro y dislocación de las vértebras C1 y C2 con lesión en la subyacente médula espinal.

—Apenas has mirado tus notas —observó Raley, impresionado.

—Recibí formación médica cuando fui policía militar —contestó Aguinaldo—.

El doctor Linkletter quería que dejara claro que todo esto sigue siendo un análisis preliminar, pues aún no ha realizado pruebas de sangre ni toxicológicas. También quiere mirar el historial de la víctima por si hay indicios de depresión que pudieran sugerir un posible suicidio.

—¿Le has dicho que esos historiales se los han robado a su loquero asesinado? —preguntó Rhymer.

La detective Aguinaldo asintió.

—También le he dicho que el suicidio parecía poco probable, debido a uno de sus hallazgos. —En ese momento, contaba con la atención de toda la sala, incluida Nikki, que en ese mismo instante se felicitaba por haber reclutado a Inez de la policía de los Hamptons—. El señor Lobbrecht tenía fracturas abiertas en la tibia distal y peroné derechos: los huesos del tobillo.

—Lo que indica que intentó frenar —aclaró Rook—. Con todas sus fuerzas. —El silencio cayó sobre la brigada mientras todos imaginaban ese momento, los últimos segundos de aquel hombre, llenos de pánico y acciones inútiles, a la vez que era lanzado como un cohete hacia el muro de la muerte...

—¡Nikki, Nikki! —gritó Rook.

Heat pisó el freno y vio cómo le levantaba el dedo el conductor del taxi pirata al que casi golpea por detrás en un semáforo en rojo cerca de Chelsea Piers.

—Lo siento —dijo en tono de broma—. Lo último que necesito es tener que pedir otro coche.

Nikki continuó conduciendo con mucho más cuidado, pero aún distraída. Las piezas del puzzle —«el rompecabezas», como lo había llamado Rook— seguían sin tener sentido para ella. Todo parecía como si estuviese en los prolegómenos de la investigación en lugar de en la recta final, pero la paciencia siempre venía bien. Buscar pruebas para sustentar una teoría siempre conducía a callejones sin salida y a perder el tiempo, en lugar de ahorrarlo. Como en la mayor parte de los casos de asesinato, en este tendría que aflojar las riendas y seguir cabalgando para ver hasta dónde llegaba. El reto estaba en llegar de una sola pieza.

El hombre con los pantalones cortos con bolsillos a los lados y una barba que podría describirse en los círculos extravagantes de Brooklyn como irónica-hipster atravesó la puerta de cristal del edificio anexo de la Facultad de Ciencias e Ingeniería Prácticas de la Universidad de Hudson en Thompson Street y pasó junto a Heat y Rook sin mirarlos a la vez que decía:

—Sígueme cuatro pasos por detrás, no menos.

Caminaba con rapidez y su pelo largo y negro le rozaba los hombros mientras los hacía pasar junto a un aparcamiento subterráneo abierto veinticuatro horas, dos

restaurantes tailandeses, una tienda de discos y películas clásicas y El Pequeño Lebowski, una tienda de camisetas y parafernalia dedicada a El Nota, adornada con una silueta en la acera a tamaño natural de Jeff Bridges. Se dirigió hacia el norte con paso enérgico, atravesando rápidamente la manzana y media hasta el parque de Washington Square, donde eligió un lugar de la curva convexa de un banco de piedra sinuoso que le dejaba mirando hacia la fuente. Cruzó sus piernas desnudas y adoptó una pose impaciente mientras sacaba algo de entre el dedo gordo del pie y la suela de la sandalia.

—Nikki Heat, te presento a Wilton Backhouse —dijo Rook.

Ella ofreció una mano, pero él no se la estrechó. En lugar de eso, permaneció con la mirada fija en Rook.

—La última vez te dije que no quería que vinieras a mi despacho.

Después, pareció darse cuenta de la presencia de Heat. Dejó caer el trozo de material sin identificar de la sandalia que estaba retorciendo entre el dedo pulgar e índice y le estrechó la mano. Nikki tuvo que resistirse después a limpiarse la humedad de la palma. No fue fácil. Notó que la frente de Backhouse relucía en las entradas y que tenía marcas de sudor bajo los brazos de su camiseta roja de la Escuela de Ingeniería de Cornell. Puede que, para él, no hiciera tanto frío como para no llevar pantalón corto. La miró brevemente y anunció su conclusión:

—Sí. Una poli.

Como él no la iba a invitar a que lo hiciera, Heat se sentó en el banco junto a aquel hombre. Pero no demasiado cerca. No le costó adivinar el perfil de Wilton Backhouse: un ratón de laboratorio con pocas dotes para socializar.

—Encantada de conocerle, doctor Backhouse. Y en cuanto a lo de habernos presentado así en su territorio, ha sido cosa mía, no de Rook.

Él la escuchaba *estudioso*. Esa sería la palabra correcta, pensó Heat. Pero, a pesar de su absorta atención, no mostró ninguna reacción interpersonal, ningún indicio de cuál sería la dirección de su respuesta.

—Debería dejar esa mierda del «señor Rook». Ya sé que se acuesta con él. Y para que lo sepa, no me importa. Simplemente, no me gustan los artificios. Es insultante.

—Bueno, parece que nos estamos conociendo todos con bastante rapidez, ¿verdad? —dijo Rook riéndose entre dientes.

—¿Por qué? —preguntó el hombre.

—No sé si está enterado de esto, pero, al parecer, uno de sus compañeros...

—¿Fred Lobbrecht? —la interrumpió—. ¿Creen que no sé que lo han matado? Su noticia llega con cuatro horas de retraso. —Se tanteó con la palma de la mano el teléfono móvil que tenía en el bolsillo del pantalón—. ¿En qué siglo piensa usted que vivimos, comisaria?

Unos coros y unos megáfonos hicieron que se giraran a mirar al otro extremo de la plaza. Al otro lado del icónico arco de mármol diseñado por Stanford White se habían reunido varias docenas de manifestantes que gritaban: «¡Libertad para

Mehmoud! ¡Libertad para Mehmoud!» y portaban pancartas con inscripciones en árabe. La suya era parte de la creciente reacción de rabia después de que la Unidad contra el Crimen Organizado del Departamento de Policía de Nueva York hubiese arrestado a una banda que se estaba aprovechando de las relaciones diplomáticas para introducir dinero falso en Estados Unidos a través de Siria. Mehmoud Algafari, el hijo de un empleado sirio de una misión de las Naciones Unidas, había sido arrestado como miembro de la banda y la polémica estaba en si, como familiar de un diplomático, gozaba de inmunidad diplomática o si su arresto constituía un puñetazo de Estados Unidos en los dientes del régimen de Al-Asad utilizando a Mehmoud como chivo expiatorio.

—Los estudiantes de la Universidad de Nueva York han organizado una bonita manifestación hasta las Naciones Unidas por ese hijo de diplomático que han arrestado o algo así —explicó Backhouse negando con la cabeza—. Joder, como si eso fuese a servir de algo. —Sin cambiar aparentemente de tema, añadió en tono despreocupado—: Freddy Lobbrecht ha sido asesinado. Por favor, dígame que sabe que no ha sido un accidente.

Heat miró a Rook y, después, de nuevo al ingeniero.

—Nosotros... pensamos que esa es una posibilidad.

—¿Una posibilidad? Mi respeto por usted está a punto de saltar por los aires. —Levantó la cabeza hacia Rook, que seguía de pie—. ¿Ha prestado atención a algo de lo que hemos hablado? ¿Tiene idea de lo que van a hacer para mantener ocultas estas pruebas?

—Por eso necesitaba verle —dijo Heat. Había decidido entrar en el juego de la obsesión que había visto en Backhouse por saberlo todo, por saber más que nadie, poniéndose ella misma en un plano inferior—. Rook ha mantenido la boca cerrada. Sabe guardar sus secretos. Necesito pedirle que me dé información. Ayúdeme a entender...

Nikki se detuvo porque había perdido su atención y no solo un poco. Su aplicado oyente había dejado de mirarla a los ojos y tenía la vista fija detrás de ella, en la misma dirección que Rook, cuya atención se había dirigido aparentemente hacia allí en primer lugar. Heat se giró para ver qué narices miraban con tanto interés. Lo oyó antes de verlo.

Podría haber sido un enjambre de abejas, pero a medida que se acercaba le recordó al zumbido de un cortacésped, aunque no había ningún jardinero arreglando los bordes de la hierba ese día. Además, el zumbido procedía de arriba.

—A las once —dijo Rook.

Backhouse se puso de pie primero, Nikki hizo lo mismo después y los dos se pusieron a mirar al otro extremo del parque. Un pequeño punto apareció en el luminoso cielo planeando suavemente entre la torre de la iglesia Judson Memorial y el edificio de apartamentos con fachada de ladrillo de McDougal.

—¡Qué chulo es! —Backhouse, más atento que antes, miraba sorprendido—.

Nunca había visto uno de esos en el área urbana.

—¿Es un dron? —preguntó Heat.

—Mi respeto vuelve a aumentar, comisaria Heat —dijo el ingeniero.

Rook se colocó la mano como visera para protegerse los ojos del sol.

—He visto drones en el Oriente Medio y en el Cáucaso, pero eran militares. Más grandes, ya sabe.

—Sí, como torpedos voladores —convino Backhouse, que era aún más friki por dentro de lo que parecía por fuera—. Este es de aficionado. Debería verlos en YouTube. Son como robots aspiradores volando.

—Yo sé manejar un helicóptero teledirigido —dijo Rook con cierto orgullo.

—¿Ah, sí, abuelo?

Backhouse se rio con un resoplido. La expresión de Rook perdió toda su alegría.

—Viene hacia nosotros —dijo Nikki.

Poco a poco, despacio, el dron perdía altitud y flotaba elegantemente, pasando por encima de la plaza de pavimento hexagonal que rodeaba la fuente hasta que, a unos diez metros de distancia de ellos, se detuvo, mantuvo su posición y, después, siguió adelante. Rook canturreó las cinco notas típicas de *Encuentros en la tercera fase* y provocó una carcajada de Backhouse. Los cuatro pequeños rotores del dron crepitaban en el aire, manteniendo una trayectoria firme y controlada a la vez que avanzaba hacia ellos.

—Le gusta —observó Rook.

De hecho, el entusiasmo de Wilton Backhouse por el dron no solo era contagioso, sino magnético. El aparato se colocó al nivel de sus ojos y se acercó unos centímetros hacia él. A continuación, se quedó allí flotando.

Fue entonces cuando la fascinación de Heat se convirtió en alarma. Junto a la lente de una cámara, vio lo que parecía el cañón de un arma de pequeño calibre colocada en la parte inferior del dron que se dirigía directamente hacia la frente del delator.

—¡Un arma! —gritó Nikki.

Rook movió instintivamente la cabeza a un lado y a otro mientras buscaba a un tirador en el parque. Backhouse, aún hipnotizado, mantenía la mirada fija en el dron. Heat interrumpió su trance obsesivo con un fuerte empujón y un movimiento de pierna hacia la parte posterior de sus rodillas. Él dio un grito de alarma mientras caía. Este grito fue interrumpido por el agudo chasquido de un calibre 22 disparado desde el aparato de cuatro hélices y el inconfundible sonido de una bala que rebotaba en la valla de hierro forjado que tenían detrás.

Cayeron al suelo enredados. Sorprendido y desorientado, Backhouse empezó a maldecir y empujó a Heat para apartarla de su lado. Mientras tanto, ella trataba de coger su pistola, pero los brazos de él agitándose en el aire se interponían. Rook, aún de pie, trataba de darle sentido a la escena.

—¡El dron! —gritó Heat—. Lleva un arma. Está disparando.

Nikki empujó a Backhouse y se apartó de él rodando para levantarse después con su Sig Sauer en la mano, pero el dron había retrocedido y estaba a veinte metros. El disparo de Heat habría ido en la misma dirección del grupo de manifestantes. Si fallaba o incluso si acertaba con un disparo que lo atravesase, podría fácilmente herir a algún transeúnte. Se guardó el arma, agarró con un puño la camiseta de Wilton Backhouse y tiró de él arrastrándolo a su lado.

—¡Corra!

Pero cuando Heat y Rook comenzaron a correr hacia la derecha, él trató de ir a la izquierda, pues su instinto primario le decía que volviese a su cueva. En este caso, su despacho en la universidad.

—Wilton, ¡no! —gritó ella—. ¡Demasiado descubierto!

Backhouse se detuvo, miró el espacio abierto que había entre él y Thompson Street, oyó el zumbido del aparato de cuatro hélices, que volvía para otra ronda, y siguió a Nikki.

—Podemos cubrirnos bajo aquellos árboles —dijo Rook sin esperar mientras giraba rápidamente hacia el este, alejándose de la fuente. Los otros dos fueron con él a toda velocidad por el sendero, los tres mirando con pánico hacia atrás en dirección al dron, que seguía detrás de ellos como una inquietante amenaza.

—Moveos en zigzag para ser un blanco móvil —dijo Heat.

Serpentearon de lado a lado rodeando a un estudiante, probablemente un alumno de música de la Universidad de Nueva York, con chaqueta de esmoquin, vaqueros y zapatillas Converse que tocaba el *Concierto para piano número 2* de Rajmáninov en un piano vertical que había colocado en el centro del sendero para peatones. El muchacho estaba tan concentrado en su música que no se dio cuenta de la trayectoria descendente del aparato, que agitó los billetes de dólar del bote de propinas mientras seguía implacablemente a su presa.

Rook tenía razón. Las ramas colgantes del sicomoro dificultaban la capacidad voladora del dron y, cuando llegaron a la estatua de Garibaldi, el artilugio volador había aminorado su marcha mientras, vacilante, trataba de bajar de altitud. Al menos tenía razón de momento.

Heat seguía pensando que estaban demasiado expuestos. Apuntó hacia un puesto de comida que había cerca y que proporcionaba la protección del acero inoxidable y un amplio toldo verde y blanco donde camuflarse.

—El vendedor ambulante —dijo.

Se agacharon acuclillados en el lado opuesto del carro y obligaron al vendedor de comida a que hiciera lo mismo.

—Policía de Nueva York —dijo Heat.

El anciano con bigote asintió con la ecuanimidad de un inmigrante experimentado que se toma con calma la vida en las calles de Nueva York.

—¿Va a durar mucho esto? —fue lo único que preguntó con marcado acento.

Heat dirigía su atención a Backhouse. Quizá tuviera tan solo treinta y cinco años, pero no le parecía que fuese un hombre que hiciera mucho ejercicio. Respiraba con dificultad. Además, aquellas manchas de sudor se habían vuelto más grandes, pasando de luna creciente a llena.

—¿Está bien, Wilton?

Él no respondió. Se limitó a lanzarle una mirada a medio camino entre el enfado y las lágrimas.

—Qué curioso —dijo Rook imitando un acento rural—. Ese avión va fumigando cosechas cuando por aquí no hay ninguna.

Pero solo recibió miradas inexpresivas de Nikki y Backhouse. A continuación, el vendedor de comidas sonrió.

—*Con la muerte en los talones.*

—Mi hombre —dijo Rook. Miró a Heat—. Por cierto, yo hago de Cary Grant. Es obvio.

Backhouse se había recompuesto lo suficiente como para hablar.

—¿Se ha ido?

Nikki ladeó la cabeza para intentar escuchar el zumbido.

—No lo oigo con el piano. —Levantó la cabeza por si podía ver algo por encima de las humeantes patatas masala y las lentejas—. Parece que no hay nada.

Con cuidado, se levantaron todos y miraron el cielo por encima de la plaza.

—Se ha ido —confirmó Rook.

Empezaron a andar de nuevo con pasos cautelosos, aliviados al ver que no había indicios del dron y que solamente se oía el *Concierto número 2* de Rajmáninov y los gritos lejanos de los manifestantes, que se dirigían hacia el norte de la ciudad, hacia las Naciones Unidas, alzando pancartas y banderas sirias.

—Perdone, ¿eso es suyo? —preguntó una amable voz.

Se dieron la vuelta. El vendedor del puesto de comidas señalaba el punto

creciente que se cernía sobre ellos desde atrás. Aún estaba a media manzana en dirección este, pero el dron se acercaba rápido a baja altura, al nivel de la cabeza.

—¡Por aquí! —gritó Rook. Parecía saber lo que hacía y Heat y Backhouse lo siguieron, zigzagueando de nuevo a la vez que corrían, tratando de conseguir que resultara más difícil apuntarles.

Heat protestó cuando Rook los llevó hasta la fuente y giró hacia el norte.

—¿Qué haces? Nos estás llevando hacia el claro.

—Confía en mí. Sigue adelante.

Pero la sandalia del delator se enganchó en una baldosa saliente y se cayó. Cuando llegó al suelo, el dron volvió a disparar. La bala dio en uno de los ladrillos hexagonales aproximadamente un metro por delante de él con una pequeña explosión de trozos de piedra y polvo. Tras su vuelo de reconocimiento, el aparato se inclinó para hacer otra pasada. Nikki tiró de Backhouse hasta levantarlo y echaron a correr detrás de Rook en dirección a la Quinta Avenida, con la esperanza de que el periodista tuviera en mente algo más que una de sus ideas teóricas.

El zumbido de los cuatro rotores se volvió más fuerte.

—No se pare a mirar —dijo Heat a Backhouse—. Siga adelante. —Él hizo lo que se le ordenaba y enseguida se juntaron con Rook en el pilar occidental del arco de mármol—. Rook, ¿qué haces?

—Ojalá tuviera una moneda. —A continuación, le hizo una señal a Nikki para que se acercara—. Apuesto a que no sabías que existe una puerta secreta para entrar en el arco. Lo he visto en el canal PBS, de la televisión pública.

—Gracias por la clase de cultura general, pero está cerrada con llave.

—¡Aquí viene! —gritó Backhouse.

Heat tiró de él y de Rook hacia el otro lado del pie del arco mientras el aparato pasaba con su zumbido. En cuanto lo hizo, Rook volvió a la puerta.

—Dispara a la cerradura —le dijo Rook a Nikki cuando esta se acercó.

—No puedo disparar sin más en medio de un parque.

—¿Por qué no? Esa cosa sí que puede.

—Rook, hay gente por aquí. —Señaló a una niñera que estaba dejando su carrito y se sentaba en un banco con una caja de *pizza*.

—Se acerca otra vez —anunció Backhouse.

El dron, pese a ser tan letal, hizo un elegante giro justo encima de los chorros de la fuente y se alineó para atacar de nuevo. Rook dio tres pasos atrás y pegó una patada al cierre, un fuerte cerrojo de seguridad metido dentro de una caja de acero. Hizo un ruido tremendo, pero no se movió. Rook maldijo.

Backhouse continuó haciendo de comentarista:

—Treinta metros, creo.

Rook se acercó corriendo a la niñera.

—Perdone. Se lo pagaré. Lo prometo.

Le quitó la caja y sacó la *pizza* pequeña que había dentro. Mientras el dron se

acercaba disminuyendo su velocidad para colocarse cerca de Backhouse, quien se fue retirando hasta darse con la parte frontal del arco, Rook lanzó la *pizza* hacia el aparato como si fuese un *frisbee* y rozó uno de sus lados, haciendo que se sacudiera y girara bruscamente antes de recuperar el equilibrio. Mientras Rook celebraba en silencio la hazaña viendo cómo el aparato se alejaba para volver a colocarse, un fuerte restallido hizo que se girara.

Heat estaba empujando con los pies la puerta hacia dentro. Bueno, no la puerta en sí. Incrustada en la gruesa madera había una pantalla de ventilación de láminas que quedó destrozada tras tres hábiles golpes de la suela del zapato de Heat, que dejó un agujero por el que los tres podrían entrar gateando.

—Oye, esto es como las puertas para los perros —comentó Rook admirado.

Heat le contestó mientras hacía una señal a Backhouse para que entrara a cuatro patas por la abertura:

—Regla número uno: nunca atacar la parte más fuerte de tu objetivo. —Y antes de que Rook entrara detrás de Backhouse, añadió—: Apuesto a que eso no te lo enseñaron en el canal de la televisión pública.

Quince minutos después, Heat subía al furgón de la policía aparcado junto a la valla del callejón privado Washington Mews y se sentaba junto a Rook. Pasó un brazo sobre el respaldo del asiento para hablarle a Wilton Backhouse, sentado en el asiento de en medio.

—No se ve el dron por ninguna parte, así que puede tranquilizarse un poco.

—Sí, eso hace que me sienta de puta madre. —Giró la cabeza para mirar por la ventanilla trasera, por encima de la pareja de agentes que estaban colocados junto al furgón, para ver el parque, donde otros policías del distrito seis buscaban testigos por la plaza—. ¿Qué pasa cuando todos estos se vayan a comprar donuts?

—Le daremos protección policial si quiere. Le aconsejo que la pida.

—¿Y qué es entonces lo que he tenido hasta ahora?

—Oye, Wilton —dijo Rook—. Estás vivo, ¿no?

Como Nikki quería terminar el interrogatorio que el ataque había interrumpido, trató de entablar conversación de Backhouse. Sabía que no sería fácil. Más que poco colaborador, era asocial, lo suficiente como para que ella se preguntara si aquel profesor de Ingeniería sufriría algún tipo de autismo. Posiblemente, síndrome de Asperger.

—Para que conste, eso de que los policías comen donuts está muy anticuado. Ahora son cronuts —dijo ella. Esto provocó un atisbo de sonrisa que apareció y desapareció con la rapidez de una mueca—. Una testigo, la niñera a la que le he comprado otra *pizza*, por lo que Rook me debe quince dólares, dice que ha visto al dron elevarse y salir a toda velocidad del parque en dirección oeste.

—Ese cabrón venía a por mí.

Rook dijo:

—Yo sé un par de cosas sobre esos aparatos. He estado pensando en comprarme uno. —Lo dijo como si fuera una noticia para que Nikki la digiriera—. El alcance de los controladores de las últimas versiones llega hasta un kilómetro y medio.

—Pero era demasiado preciso —contestó Heat—. Yo creo que debía estar controlado por alguien que estuviese en esos edificios altos que rodean el parque. O la Facultad de Derecho de la Universidad de Nueva York o esos apartamentos que hay alrededor de la plaza.

Rook movió la cabeza.

—No es necesario. Esa cosa estaba equipada con una cámara de alta definición. Esa es la única retroalimentación visual en tiempo real que necesita un controlador. Si trazas un radio de kilómetro y medio alrededor de la fuente, podría haber sido cualquiera con un iPad desde el interior de un coche aparcado, una tienda de Canal Street o una mesa de un puesto de comida como Shake Shack.

—Eso no hace que me sienta nada mejor —dijo Backhouse—. Sobre todo después de lo de Fred. Joder... —Dejó caer la cabeza y su rostro quedó oculto tras una cortina de pelo largo. Justo cuando Heat pensaba que se había precipitado diagnosticando Asperger, se dio cuenta de que Wilton no se estaba lamentando, sino enviando un mensaje—. Voy a cancelar una clase. No voy a ir hoy.

—Wilton, ¿puede decirme de qué conocía a Fred Lobbrecht? —preguntó Nikki.

—Ya lo sabe. —Señaló con la cabeza a Rook—. Ya se lo ha contado él. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque quiero que me lo cuente usted.

—Tendré que tirar de memoria.

—Tengo tiempo.

Soltó un suspiro.

—A mí me gusta la mecánica. Sorpresa —empezó a decir, como si repitiera un texto ya memorizado—. Hice Ingeniería, me licencié. Estudié más Ingeniería, me saqué el doctorado. Pero, por favor, no me llame doctor Backhouse. Soy profesor en la Facultad de Hudson, bajo la larga sombra de la Universidad de Nueva York; doy clases sobre ciencias forenses de sistemas de camiones y coches a chicos inadaptados que llevan camisetas de las convenciones de cómics, además de impartir un seminario los sábados sobre análisis de fallos metalúrgicos. Sí, la leche. El contrato de mi universidad me permite pluriemplearme y tengo una lucrativa vida paralela como consultor forense de análisis de factores que causan accidentes (léase «perito») en todo tipo de asuntos relativos al funcionamiento de vehículos, sobre todo en demandas judiciales relacionadas con accidentes.

—Entonces, ¿es asesor de Forenetics?

Él respondió levantando un pulgar.

—Premio. Soy un odioso asesor experto, envíeme su cheque. Fred Lobbrecht, antiguo policía del estado de la Unidad de Reconstrucción de Accidentes, eso ya lo

sabe, estaba contratado en Forenetics. Empezó en febrero. Un buen hombre.

—Mis más sinceras condolencias —dijo Heat. Tras un pequeño intervalo, continuó—: Hábleme de ese asunto del chivatazo.

El profesor lanzó una mirada de odio a Rook.

—Habías asegurado que esto sería confidencial hasta la publicación de tu artículo. ¿Quién más lo sabe además de ella?

—Eso dímelo tú —replicó Rook.

—Señor Backhouse, esto es un asunto de la policía —intervino Nikki—. Han asesinado a dos personas.

—¿Dos? —Dio una sacudida hacia atrás como si fuese un caballo que hubiese notado olor a humo en su establo—. ¿Qué cojones está pasando? —A continuación, miró por las ventanillas del furgón buscando nuevos peligros. Aunque Heat todavía no había tenido intención de interrogarle sobre lo que pudiera saber respecto al primer asesinato, ahora que estaba sobre la mesa siguió por ese camino—: Ha habido una muerte sospechosa que podría estar, o no, relacionada con la de Fred Lobbrecht. ¿Ha oído alguna vez el nombre de Lon King? —Observó cómo procesaba aquel nombre con indiferencia, pero vio que los extremos de la boca se elevaban ligeramente—. ¿Qué?

—L-O-N-K-I-N-G. Es un anagrama de klingon, la raza de humanoides de *Star Trek*. Lo siento, son cosas que hago. No puedo evitarlo. Juegos de palabras. —Se golpeó la sien con un dedo—. Esto de aquí funciona a toda velocidad.

—¿Ha oído hablar de él?

—No.

—¿Lo mencionó alguna vez Fred Lobbrecht?

—Si lo hubiese hecho, yo habría oído hablar de él. Ergo no.

Heat decidió dejar ese tema de momento.

—Quiero que me hable del asunto que quiere destapar.

—A un equipo se nos encargó que investigáramos un supuesto homicidio por negligencia debido a un defecto del sistema del control de estabilización de un automóvil. La empresa a la que asesoro, Forenetics, fue contratada por el abogado que representaba a la familia de la víctima. Justo cuando empezamos a hacer algunos avances, realizando incluso nuestra propia autopsia del coche, la familia llegó a un acuerdo fuera de los tribunales. Fin del caso, fin de la investigación. —Backhouse se irguió en su asiento mientras se iba animando—. Pero, ya ve, a mí aquello me picó la curiosidad. Así que hice que mi equipo siguiera investigando. Vimos dos patrones. El primero, un pequeño incremento en la escala de accidentes denunciados a la Administración Nacional de Seguridad de Tráfico en Carreteras en los que había vuelcos espontáneos de vehículos. Y el segundo, el correspondiente patrón de acuerdos para retirar los cargos.

Nikki vio por fin la relación con Wilton Backhouse. Su proceso de investigación consistía en observar patrones y lo que a ella le interesaba eran las rupturas de esos

patrones.

—Entonces, muchos coches volcaban sin motivo alguno, causando la pérdida de mucho dinero.

—Eso es solo una parte —dijo Rook—. He investigado esto. Cuando hay acuerdos como esos, las partes firman un contrato de confidencialidad. Llamémoslos por su nombre: secretos de sumario. Así que las compañías, mediante el pago de esos acuerdos, están básicamente comprando su silencio. Ocultan el defecto.

—Así es exactamente —convino el informante—. Lo que ocurre con este sistema antivuelco es esto: el ordenador que lleva el coche está programado con un *software* que percibe cuándo está a punto de volcar al dar una curva y, básicamente, lo que hace es volver a bajar el coche con una sacudida. Pero cuando estos sistemas de control de la estabilidad no funcionan, por ejemplo si los sensores antivuelco ponen en funcionamiento de forma espontánea la suspensión y la dirección del vehículo a gran velocidad cuando no está en una curva, pasan cosas malas. Ha muerto gente. Mucha gente.

»Así que mi grupo de peritos estudió otros accidentes a nivel nacional durante un año y presentamos los resultados a nuestros jefes, la dirección de Forenetics. Les demostramos caso por caso que había un peligro de seguridad pública debido a un defecto en el *software* de los sistemas de estabilidad.

—¿En qué coches? —preguntó Heat.

—Solamente alrededor de tres cuartas partes de los nuevos coches, camiones y todoterrenos de alto nivel. Nada más.

El alcance de la gravedad de aquello causó su efecto.

—¿Y Forenetics no dijo nada? —preguntó Heat.

—Sí que dijeron algo —contestó él—. Nos dijeron que no era responsabilidad suya. No había comisión de investigación, ningún cliente. Por tanto, no lo autorizaban.

—¿Eso es política de la empresa o crees que les habían comprado? —preguntó Rook.

—Hay bastante dinero, de eso no cabe duda. Así que nos dijimos unos a otros que le echáramos coraje y nos reunimos en secreto con la Administración Nacional de Seguridad de Tráfico en Carretera. Ya no se les considera lacayos de Detroit, pero no llegamos a ningún sitio. Son de pensamiento concreto. Querían más pruebas. Pero todos esos registros judiciales estaban sellados porque eran secreto de sumario. ¿Me rindo? No. Lo llevé hasta el siguiente nivel. Directo al responsable de ese defecto dentro de la compañía. Sus ingenieros y programadores del *software* vieron nuestro informe, hicieron preguntas, se quedaron con copias de nuestros hallazgos y nos dijeron que se pondrían en contacto con nosotros. —Hizo una pausa efectista y, a continuación, siguió—: Al día siguiente, todo mi equipo fue convocado a la sala de juntas de Forenetics. El presidente de nuestra empresa nos dijo que los programadores del *software* defectuoso estaban amenazando con una grave denuncia.

Mi jefe nos llamó «grupo de disidentes sin autorización» y nos advirtió que si no dejábamos aquello nos despedirían. Así que lo dejamos. Durante casi un día.

»Alquilé una cabaña en Rhinebeck para un fin de semana y convoqué allí a mi equipo para celebrar lo que llamé la «Cumbre de Disidentes». Fue un fin de semana difícil, tíos. Les insistí. Les dije que se trataba de vidas perdidas por culpa de una falta de acción, que si éramos profesionales y hombres de verdad teníamos que ser valientes y seguir adelante. Les dije: «Puede que los coches estén volcando, pero nosotros no». El domingo por la noche, gracias al vodka, votamos por unanimidad que permaneceríamos juntos y que tiraríamos de la manta. —Se apoyó en el respaldo del asiento satisfecho. Miró a Rook.

—Deberías haber tomado notas, tío.

Pero Nikki sí lo había hecho. Levantó la mirada de su cuaderno.

—Tengo que hacerle una pregunta. ¿Por qué no lo denunciaron entonces?

—Vale, es una buena pregunta —contestó—. En primer lugar, redacté el informe con cuidado para que fuera completamente irrefutable. Y lo puse en manos de mi abogado. Si pongo mis pelotas sobre la mesa, no quiero que nadie tenga un hacha. En segundo lugar, ahora tengo un problema. Como hoy se ha sabido lo de Fred, el resto de miembros del Grupo de Disidentes se han asustado. Todos se están echando atrás. Tienen miedo. Una cosa es perder el trabajo... Ya sabe. —Miró de nuevo hacia la Quinta Avenida y añadió—: ¿Y qué se supone que van a hacer cuando se enteren de que han venido a por mí otra vez?

—Explique eso de «otra vez». ¿No ha sido este el primer intento de acabar con usted?

—No. Una noche salgo del bar The NoMad y el puto director ejecutivo de esa empresa de *software* a la que investigué trató de atropellarme con su coche. Lo denuncié a la policía. ¿No hace los deberes?

—Gracias, profesor —contestó Heat—. Llevaré a cabo una investigación independiente. Cuente con ello.

La discordia tiene un sonido: un tenso susurro. La comisaria Heat pudo oírlo en el momento en que entró en la sala de la brigada de homicidios de su comisaría. «Cada lugar de trabajo infeliz lo es a su manera», pensó Nikki, adaptando la máxima de *Ana Karenina*, una de sus novelas preferidas, mientras paseaba la mirada por la sala.

El lenguaje corporal de su equipo le decía todo lo que nadie explicaba en voz alta. Los detectives Feller, Rhymer y Aguinaldo levantaron la vista cuando ella entró. Pero Raley y Ochoa no solo mantuvieron la mirada baja, habían apartado sus sillas de la posición que normalmente tenían uno al lado del otro cuando había reunión de la brigada. Ahí estaba: problema con los Roach. El Canuto se había roto.

De momento, Heat decidió no hacer caso al problema que tenían Miguel y Sean, cualquiera que fuera.

—Menudo día en la calle —dijo ella cuando se acercó al panel con la información del asesinato.

—Sí, me han dicho que ahora tienes un nuevo pasatiempo —contestó Feller.

—Esquivar drones —añadió Rook mientras se desplazaba en su silla huérfana con la rueda rota.

En medio de las risas, Heat se giró para escribir «Dron» en la pizarra bajo el titular «Forma de morir de Lon King», pero vio que ya estaba escrito con la letra de Ochoa. Examinó rápidamente la pizarra y vio que Miguel había actualizado varios puntos. No se apreciaba la letra del detective Raley, su jefe adjunto de la brigada. Golpeteó con el dedo el titular «Forma de morir» y dijo:

—Como es habitual, veo que los Roach se me han adelantado. Bien hecho, chicos. —Los dos asintieron sin mucho placer—. Por supuesto, aún no es definitivo, pero un disparo desde el dron ocupa lógicamente el número uno de la lista.

—Además, eso explica el misterioso lubricante de la cubierta del kayak —intervino la detective Aguinaldo—. He llamado a la policía científica y me han dicho que coincide totalmente en peso y viscosidad con el aceite que se usa en los aparatos de cuatro hélices para lubricar los ejes del motor y la transmisión.

—Hum... Lubricante —dijo Rook.

Heat le lanzó una mirada admonitoria.

—Rook.

—Estaba pensando en lubricantes.

—Para poder ahondar —dijeron al unísono Feller y Rhymer.

La risa de todos se convirtió en un ruido de fondo para Nikki, cuyo recuerdo de su propio encuentro con el dron ese día le hacía pensar en los últimos minutos en la vida de Lon King. Se lo imaginó solo, disfrutando de una tarde espléndida en el agua, buscando aquel escurridizo equilibrio, el estado en el que un entorno tranquilo al aire libre se corresponde con una sensación de paz interior. Luego, el zumbido silencioso del dron. Al principio, una visión extraña. Después, conociendo como conocía a Lon King, no habría sentido miedo, sino una rara fascinación al ver aquel aparato acercarse cada vez más hacia él y levitar a pocos metros de su cara. Heat vio en su imaginación el pequeño cañón junto a la cámara y se preguntó si él habría llegado a oír el disparo que le mató.

Nikki informó a su equipo de lo acontecido en Washington Square y de su charla con Wilton Backhouse, que había aceptado que una patrulla vigilara su apartamento y su lugar de trabajo.

—Detectives Raley y Ochoa —dijo aparentemente sobresaltando a los dos—, ¿habéis contactado con el resto de miembros del conocido como Grupo de Disidentes de Backhouse, cuyos nombres os he enviado en un mensaje?

—Estamos en ello —contestó Raley.

—Daos prisa. Es probable que estén amenazados, así que ofrecedles protección. También me gustaría que los entrevistaraís y pronto. Haced además las

comprobaciones habituales de ventas de drones y de asociaciones locales de aparatos de cuatro hélices. Ved si aparece algún nombre familiar.

—Nos ponemos a ello —dijo Ochoa adelantándose a su compañero, como si estuviesen en una especie de competición por conseguir la atención de Heat.

Raley bajó la cabeza y la movió con aspecto de exasperado.

—¿Y qué opinas? —preguntó el detective Rhymer—. ¿Te parece que puede estar detrás la empresa programadora del *software* para evitar que se dé el soplo o qué?

—Desde luego, es una posibilidad clara —respondió ella—. Una cosa sí es segura: quiero una entrevista con el director ejecutivo de esa empresa.

—No lo vas a conseguir —dijo Rook con tono burlón—. Yo he estado todo el mes pasado llamando a esa puerta. Tangier Swift tiene más muros de piedra a su alrededor que Fortunato. —Cuando vio las miradas inexpresivas, añadió—: *El barril de amontillado*. ¿Edgar Allan Poe? ¿Nadie lo conoce?

—Últimas noticias.

Nikki se dio la vuelta en medio de su labor de introducir expedientes en un bolso y vio a Randall Feller entrando en su despacho mientras leía algo en su teléfono móvil.

—¿Es mal momento? —preguntó el detective.

—No para las últimas noticias. —Metió su ordenador portátil en la bolsa de neopreno—. Voy a la central en unos minutos para mi primera sesión de control estadístico.

—Y no vas de uniforme. Muy atrevida, comisaria Heat.

Esa mañana, cuando se vestía, Nikki se había quitado de la mente la preocupación de asistir a su primera sesión de control de estadísticas vestida con ropa de paisano. Decidió que su trabajo de ese día y no una reunión administrativa, por muy venerada que fuera en el cuerpo, debía ser lo que determinara su atuendo. Además, había oído lo estresantes que eran esas reuniones y quería estar cómoda. Consistían en algo más que dar cifras: había que defenderlas como un criterio de responsabilidad de la actuación. Existía el rumor de que un comisario se había desmayado el año anterior mientras le sermoneaba el comisionado por la escasa actividad en alguna de sus categorías de arrestos. Tras cuarenta y ocho horas en el mando, Heat no contaba todavía con las cifras de las actuaciones en su comisaría y, por tanto, no estaba tan estresada como para desmayarse. Pero si iba a hacerlo, prefería sufrir la vergüenza de que tuvieran que despertarla vestida con vaqueros y un jersey antes que con un uniforme.

—Si me despiden, habrán sido dos días estupendos. ¿Qué me cuentas?

—Nuestro equipo de la policía científica de las instalaciones de pruebas de Staten Island dice que el fallo de la prueba del coche parece estar causado por un acto de sabotaje. —Mientras leía, los dedos de Feller iban subiendo uno tras otro al enumerar

cada punto—. Uno: metieron los asientos en el coche y lo acoplaron en los resortes de la catapulta sin seguir las normas del procedimiento. Dos: el monitor de la catapulta muestra una lectura falsa del *modo seguro* en el panel de control principal. Tres: los cables de colores estaban, al parecer, cambiados e invertidos. Cuando Fred Lobbrecht conectó el azul, prendió el nitro y puso en marcha el vehículo, convirtiéndolo en un muñeco de pruebas de choque.

Heat golpeó su ventana con los nudillos. Todas las cabezas de la sala se giraron, pero les hizo una señal solamente a Raley y a Ochoa para que entraran.

—Quiero que designéis a alguien para que vaya de inmediato a la casa de Fred Lobbrecht —dijo cuando los dos se unieron a la reunión—. Que busque cualquier cosa relacionada con esta investigación de los vuelcos de los coches.

—Hecho —respondió Raley—. Ve tú, Feller.

Heat señaló la puerta para que Feller saliera rápidamente a su misión.

—Y yo tengo al fiscal del distrito bloqueando una orden de registro de su despacho y del laboratorio de Forenetics —dijo Ochoa con un tono que a Heat le pareció más de competición que de trabajo en equipo.

—Parece que los dos lo tenéis todo calculado. —Hizo una pausa mientras miraba a la pareja—. ¿Por qué no calculáis qué más necesitáis para seguir? —Dicho lo cual, se colgó el bolso al hombro y salió pasando a su lado.

La detective Aguinaldo llamó a Heat cuando todavía no había salido del vestíbulo de la comisaría, de camino al centro.

—Estoy un poco ocupada, Inez.

—Esto vas a querer escucharlo, comisaria. He tenido una idea con respecto a Tangier Swift. No quería hablar de ella hasta obtener algo. —El peso de todos los expedientes para la reunión se estaba clavando en el hombro de Heat, así que dejó el bolso en una de las sillas de plástico baratas que había junto a la máquina de refrescos para prestar toda su atención a la detective.

—Tenía una finca enorme en Southampton —continuó Aguinaldo—. Mi viejo territorio. Una de esas casas gigantescas junto al mar cerca de Beckett's Neck al salir de Gin Lane.

Nikki recordó sus visitas allí antes del huracán Sandy. Desde entonces, se había preguntado quién tenía dinero para permitirse esas versiones americanas de Downton Abbey.

—Pues una amiga mía trabaja en una inmobiliaria de allí y el año pasado gestionó la venta de la propiedad de Tangier Swift. Durante el proceso, tuvieron una pequeña aventura. Cosas que pasan. A mí nunca, pero pasan. Una de esas historias que se terminan, luego no... Ya te haces una idea. En fin, que siguen manteniendo el contacto y yo la acabo de llamar.

—Cuéntame. ¿Tienes una forma de llegar hasta Tangier Swift?

Inez Aguinaldo se limitó a sonreír.

Treinta minutos después, a la sombra de la mansión Gracie, sobre un bloque de hormigón de dos metros y medio por seis que sobresalía en el río East a la altura de la calle Diecinueve, Nikki miraba con preocupación río arriba. Rook se inclinó hacia delante entorpecidiéndole la visión.

—Una vez más antes de que sea demasiado tarde —dijo él—. ¿Estás segura de que es inteligente saltarte tu sesión de control estadístico?

—Por supuesto que no es inteligente. Pero yo sí lo soy. Se llama seguir la pista más importante.

—Pero ¿no podrías haber enviado a los Roach?

—Rook, ¿quieres dejarlo ya?

—Es lo de divide y vencerás. Tú te ocupas de tus obligaciones como jefa de la comisaría. Ellos hacen el trabajo de campo para volver a establecer un vínculo y superar los problemas de su relación. Si quieres saber mi opinión, esos dos necesitan dedicarse un tiempo para ellos.

—Sabes bien que si encargara a Raley y Ochoa que hicieran esto no podrías ir con ellos.

Eso detuvo a Rook. Se giró y estiró el cuello para mirar río arriba también.

—Decisión de mando. Te apoyo por completo. —Pero a continuación pareció pensárselo mejor—. ¿Piensas siquiera ir a trabajar? Podría suponer mucho riesgo en la central y ninguna recompensa para ti.

—Dice el hombre que ha levantado la bandera blanca para venir a ver a Tangier Swift.

—No me he rendido. Simplemente he dejado claro que nuestro esquivo ejecutivo multimillonario cuenta con mucha protección. No me he rendido.

—Yo tampoco me voy a rendir. Y como los gerentes del señor Swift han bloqueado todos mis intentos de acercamiento, ha llegado la hora de innovar. —Hizo un gesto con la cabeza hacia el norte.

Rook volvió a girarse. Esta vez, vio el barco patrullero y de rescate de la Policía de Nueva York que pasaba bajo el puente de Wards Islands y se dirigía hacia ellos.

El barco aminoró la marcha hasta detenerse, se quedó quieto en el agua y fue dejándose llevar hasta el borde del pequeño muelle, donde dos agentes de la Unidad Portuaria ayudaron primero a Heat y, después, a Rook a subir a bordo antes de que el capitán volviera a poner en marcha los motores de diez cilindros y la embarcación continuara río abajo.

Heat y Rook se pusieron sus chalecos salvavidas y se acercaron al pasamanos, admirando aquel barco Gladding-Hearn de dieciocho metros, uno de los más grandes de la flota de la Unidad Portuaria.

—¿No tenían algo más pequeño? —preguntó Rook—. Esta barca es grande.

—Es un buque —le corrigió Heat—. Una barca cabe en un buque. Los buques pueden llevar barcas.

—Me estás dando la razón. Si aparecemos con algo de este tamaño, ¿no va a ser

excesivo?

Ella no respondió. Simplemente sonrió con algún pensamiento y vio cómo pasaba la autopista FDR. Un corredor solitario que iba por el sendero del East Side levantó una mano hasta la altura de la cintura para saludar y Nikki hizo lo mismo. Después, se puso más seria al pensar en Sampson Stallings haciendo ese mismo recorrido lleno de tristeza al pasar junto al edificio de consultas médicas de su pareja asesinada.

—¿Sabes lo mucho que me ha fastidiado que me ocultaras información? —preguntó cuando pasaron junto a las Naciones Unidas, donde unos manifestantes, probablemente los mismos de Washington Square, gritaban y levantaban banderas sirias con rayas rojas, blancas y negras y dos estrellas verdes.

Él se acarició el mentón.

—Creo que tengo un vago recuerdo.

—Bien. Puedes compensármelo hablándome de Tangier Swift.

—¿Y con eso te compensaré? —preguntó él con una sonrisa de suficiencia.

—Considéralo un comienzo. Si no te conozco mal, chico escritor, estoy segura de que habrás realizado alguna investigación sobre él.

—Así es. Pero voy a hablarte sin mirar mis notas, así que te pido perdón por adelantado si me disperso un poco. —Se cruzó de brazos y se apoyó en una puerta mientras hacía memoria.

»Veamos, Tangier Swift. Sus padres lo llamaron así como homenaje a uno de los primeros colonos de Nueva Ámsterdam, es decir, Manhattan. Al parecer era un antepasado. Niño prodigio de Harvard. Una extraña mezcla entre juerguista obsesionado con las apuestas y estudiante sobresaliente. Ganó sus primeros mil millones, has oído bien, a los veintidós años al desarrollar una aplicación que se llamó SwiftMoji, que transformaba las fotos de los usuarios en caricaturas que podían usar como emoticonos.

»En la treintena, amplió su empresa, SwiftRageous, pasando de los juegos al diseño de *software* industrial y consiguió otro gran éxito con la aplicación del control de estabilidad para automóviles que desarrolló su empresa.

»Ahora tiene cuarenta años y está obsesionado con traspasar los límites. Está decidido a ser el nuevo Bill Gates o Paul Allen y le obsesiona convertir a Steve Jobs en un don nadie. Discípulo del culto a la gestión con carteles estimulantes, así es como yo llamo a los que hacen máster de administración de empresas, les encanta que les den sermones y se dejan guiar de forma obsesiva por esas citas estimulantes e inspiradoras que aparecen en los pósteres donde normalmente se ven águilas que levantan el vuelo y cimas de montañas. Es seguidor de Malcolm Gladwell, Franklin Covey y de todo lo que tenga buena imagen en Google.

Heat cerró su cuaderno.

—Ya veo claramente quién es Tangier Swift.

—Vaya, gracias. En la ceremonia de mi segundo Pulitzer, el presentador dijo que se me conocía por dar en mi prosa brochazos certeros de luces y sombras con la

visión de un pintor.

—No, Rook. Tu resumen ha estado bien. A lo que me refiero es a que puedo ver de verdad quién es. —Rook se giró hacia donde ella miraba. No se quedó exactamente con la boca abierta, pero, desde luego, sí que hizo algún movimiento involuntario cuando reaccionó y miró adonde ella le señalaba.

Delante de ellos, a estribor, justo después de los muelles de Circle Line y el Museo Intrepid, estaba atracado uno de los yates privados más grandes que Rook había visto nunca en la terminal de cruceros de Manhattan. El *SwiftRageous*, que Rook calculó que sería de más de noventa metros de eslora, estaba atracado en el muelle 90, que normalmente se reservaba para cruceros. Mientras el capitán aminoraba la marcha para acercarse al muelle, Heat y Rook inclinaron la cabeza hacia atrás para levantar la vista hacia la pareja de helicópteros MD600N que se cernían cuatro plantas por encima de ellos desde los helipuertos de la popa del *SwiftRageous*. Rook se frotó la tortícolis que notó en la nuca y miró a Nikki.

—Vas a necesitar un barco más grande.

Levantando un remolino de espuma salobre, el capitán del barco de la Policía de Nueva York hizo retroceder la popa rápidamente y con seguridad hasta el mamparo del *SwiftRageous* que estaba a nivel del agua. Cuando Heat saltó al otro barco y, después, se echó a un lado para que Rook pasara, esperaba que la recibieran los guardas de seguridad y así fue. Cuatro hombres de complexión muy atlética con pantalones caqui y polos verdes a juego formando una impresionante fila de músculos entre ellos y el río Hudson. Lo que no esperaba era que la saludara Tangier Swift en persona. Aunque no se puede decir que fuera exactamente un saludo.

—¿Se puede saber qué hace? —preguntó el director ejecutivo mientras bajaba las escaleras desde la cubierta superior.

—¿Tangier Swift? —Levantó una mano para apartarse la chaqueta y enseñarle la placa que llevaba en la cintura. Al hacerlo, los cuatro guardas de seguridad colocaron de inmediato una mano sobre sus riñoneras—. Comisaria Nikki Heat, del Departamento de Policía de Nueva York. —Incluso después de enseñar la placa, ninguna mano se alejó de su arma.

—Heat... Es la que ha estado llamando a mi despacho. —Dos de sus matones se apartaron para dejar que él se acercara y se levantó las gafas de sol para mirarla bien—. ¿Trae alguna orden de registro?

—No la necesito, señor Swift. Se trata de una inspección de seguridad de la Unidad Portuaria en su barco. —Señaló hacia la Zodiac y la Sea-Doo GTX que estaban amarradas a babor de la cubierta—. Por ejemplo, ¿el extintor de incendios está cargado?

Swift se colocó con expresión avinagrada las gafas Maybach de madera y titanio sobre la cabeza afeitada.

—Está de coña.

—Señor, le aseguro que es todo legal. Tenemos la potestad de subir a bordo y realizar nuestra inspección. —Hizo una señal a los tres agentes de la Unidad Portuaria que esperaban para subir desde el Gladding-Hearn al yate—. Le sugiero que sus hombres aparten las manos de las armas. Esto no es para tomárselo a la ligera.

—Comisaria Heat, esto es excesivo.

—Y del todo evitable si hubiese respondido a mi petición de reunirme con usted.

El multimillonario parecía más sorprendido por la audacia de Heat que molesto por la intrusión e hizo una señal a sus hombres para que se retiraran.

—¿Cómo ha sabido que estaba aquí?

Rook extendió los brazos para señalar el barco.

—Obvio. La barca del malo de las películas de James Bond con su nombre en la cubierta es una buena pista.

—Es un buque.

—No hace falta que me lo diga. Aquí dentro caben los yates de Mick, Bono y Madge y aun así habría sitio para el *jacuzzi* de David Geffen.

—¿Quién narices es usted? No es policía.

—Es Jameson Rook —intervino Heat—. Tiene autorización para acompañarme como ciudadano.

—¿El escritor? De puta madre. Esto se está poniendo mejor.

—Señor Swift, solo quiero hacerle unas preguntas —dijo Nikki—. Si nos hubiéramos ceñido a ellas, ya me habría ido de aquí.

Al ver que alguien con las agallas de conseguir subir a su barco no estaba dispuesta a irse sin más, volvió a ponerse las gafas de sol de espejo sobre la nariz.

—¿Quieren tomar un refresco?

Resultó que Rook había subestimado la longitud del *SwiftRageous* en más de cuatro metros. Aquel yate de lujo medía noventa y cinco metros, con cinco cubiertas, incluida una *suite* principal y camarotes en el nivel superior, y un salón, también conocido como sala de estar, equipado con una chimenea de leña de piedra caliza francesa que lo separaba del comedor formal. En la zona delantera de la cubierta que estaba por debajo, al otro lado del pasillo que salía del cine de veinte asientos, una moderna sala de juegos con iluminación de efecto noche equipada con grandes pantallas, mesas de juegos electrónicos, con conexión tanto a internet como vía satélite para juegos a distancia y lo último en plataformas de voz interactiva y sensores de movimiento. Rook se asomó anhelante desde la puerta y no pudo resistirse.

—Por favor, dígame que tiene Dance Dance Revolution. —Swift no hizo caso a la pregunta y les animó a seguir andando—. Es adictivo —dijo Rook—. Yo casi he llegado al nivel maníaco.

Cuando giraban por una esquina, Swift estuvo a punto de chocar con cuatro hombres asiáticos vestidos con trajes oscuros, a uno de los cuales, que parecía tener unos sesenta y tantos años, se le iluminó la cara y habló con marcado acento:

—Señor Swift, estamos listos para reunirnos cuando quiera.

La sonrisa que Swift le devolvió era poco convincente y pareció ponerse nervioso.

—Necesito unos minutos más. —A continuación señaló con la cabeza hacia el pasillo. Un trío de sus encargados vestidos con polo entraron, acompañaron a los hombres de traje de nuevo a la sala de juntas y cerraron las puertas correderas—. Empresarios chinos —explicó sin que le preguntaran—. Más dinero que juicio. Quieren comprarme el yate. —Tras hacer una indicación hacia la popa, siguió a Heat y a Rook hacia la cubierta superior.

Unos camareros les sirvieron agua con gas Saratoga y crujientes de col rizada mientras se sentaban en unas tumbonas junto a la piscina.

—Debo decir que todo esto es muy abrumador, señor Swift —dijo Heat. Como él ya había relajado su expresión, ella había tratado de relajarse también con la esperanza de conseguir más información si adoptaba una actitud más conciliadora.

—Dejarse sorprender cada día. Esa es una máxima en mi vida.

—Eso tiene un precio —dijo Rook—. Solo para hacer funcionar esta cosa necesita un equipo de... ¿cuántas personas?

—Treinta y cinco.

—Eso son muchos polos. Y no debe resultar barato amarrar su modesto *piéd à l'eau* a este muelle de transatlánticos de lujo.

—Si de verdad quiere saberlo, no es para tanto. Dos mil al día. Mejor que un hotel y merece la pena por lo cómodo de su situación. —Swift añadió un poco más de agua de la botella azul a la copa de Nikki—. Excepto cuando eso implica ser asaltado por policías entusiastas que recrean una escena de *Capitán Phillips*.

—No lo habría hecho de no ser importante, señor Swift.

—Debería llamarme Tangier. Y no porque yo sea un buen hombre. Esos tipos que fundaron Google hicieron muy bien en crear una atmósfera de ideas imposibles y yo no descarto imitar a quienes rompen los moldes.

Nikki recordó el resumen que Rook le había hecho sobre Swift, sobre su fanatismo por las motivaciones.

—Ah, y yo le he dado mi propio toque. A mi estructura jerárquica le he puesto el nombre de Pirámide Plana, busco lo imposible. Nada de corbatas; despachos desordenados, solo nombres de pila (incluido el director ejecutivo), transparencia y acceso directo (incluyendo al director ejecutivo).

—¿Por eso es por lo que me ha resultado tan fácil verle, Tangier? —preguntó Nikki volviendo al tema que la ocupaba e impidiendo que él acabara convirtiendo su reunión en un seminario de motivación junto al embarcadero.

—Nikki, ¿se llama así? —Dejó su copa sobre la superficie de la mesa de piedra,

volvió a levantarse las gafas de sol de diseño y la miró fijamente con ojos acerados —. Nikki, será mejor que me haga esas preguntas para que así pueda marcharse. ¿Le parece lo suficientemente transparente?

Heat no se inmutó.

—Encantada. En primer lugar, me gustaría preguntarle si sabe quién es Lon King. —Swift levantó los ojos al cielo y, después, negó con la cabeza. Ella abrió su cuaderno y quitó la capucha a su bolígrafo de un dólar con veintiocho—. ¿Cuánto tiempo lleva amarrado aquí? —A su lado, Rook se giró para mirar río arriba, donde pudo ver el puente George Washington cruzando el Hudson, justo donde el kayak de Lon King habría quedado a la deriva la noche anterior.

—Diez días, ¿por qué?

Una forma de mantener el control de un interrogatorio, según había aprendido Nikki a lo largo de los años, era la de no responder a preguntas. Sobre todo con un personaje inteligente y fuerte que estaba acostumbrado a salirse con la suya, era muy fácil que se apoderara de la reunión si permitía que aquello se convirtiera en una conversación.

—¿Cuándo fue la última vez que utilizó esos juguetes de su mamparo, la Zodiac y el Sea-Doo?

—Eh... Desde las Bermudas. Antes de atracar aquí. ¿Qué tiene que ver eso?

—¿Alguien más ha hecho uso de ellas aquí, en Nueva York? ¿Alguien de su tripulación, quizá?

—No.

—Y también tiene esos dos helicópteros.

—Son MD660N.

—¿Los pilota usted mismo?

—Solo tengo permiso para ala fija. Aunque estoy aprendiendo. Paso mucho tiempo en el simulador de vuelos en el salón de juegos.

—Esas cosas son estupendas —intervino Rook—. Yo piloto helicópteros teledirigidos. ¿Lo ha probado usted?

Swift le miró con los ojos entrecerrados, como si creyera que Rook estaba colocado.

—No.

—¿Alguna vez ha pilotado algún dron? —preguntó Rook—. Ya sabe, esos aparatos de cuatro hélices.

Rook miró a Nikki a los ojos y, en un microsegundo, ella se maravilló al ver lo bien sintonizados que estaban sin decirse nada. Y lo hábil que había sido él al interpretar durante un momento el papel de exasperante bufón de la corte para después entrar de refilón en el asunto al que ella se dirigía.

—No —se apresuró a responder—. ¿Ahora escribe sobre los putos pasatiempos?

Heat aprovechó el enfado de Swift para llevar la conversación en otra dirección.

—Hay otro nombre sobre el que quiero preguntarle. Fred Lobbrecht. Puede que lo

conozca también como Frederick o Freddy.

—Lo siento, no caigo. ¿Quiénes son esas personas sobre las que no para de preguntarme?

—¿Y Wilton Backhouse? —Swift estuvo a punto de hablar, pero enseguida se contuvo. Le aparecieron unas manchas rojas en el cuello que se fueron extendiendo hacia la mandíbula—. Wilton Backhouse —repitió ella.

—Un agitador de mierda. —Extendió el brazo y golpeteó el cuaderno de ella con el dedo índice—. Puede escribirlo literalmente. Un agitador de mierda. Y neurótico. Ah, y narcisista —dijo el hombre del yate de noventa y cinco metros que llevaba su propio nombre.

—Entonces le conoce —dijo Rook.

Swift no captó la ironía. El rubor le había inundado ya las mejillas.

—¿Sabe lo que es en realidad ese tipo? Un moscardón. No, peor que un moscardón. Un moscardón puede ser molesto, pero, al menos, actúa desde un sentido consciente. Wilton Backhouse solo se preocupa de Wilton Backhouse. Fama, hacerse rico con la extorsión. No crea nada. No ofrece ningún valor. Es una sanguijuela vanidosa que estaría mejor... —Se interrumpió a sí mismo—. Joder, no estará muerto, ¿verdad? Usted es detective de homicidios y yo estoy despotricando sobre... ¿Está muerto?

—No. Pero ha jurado que una vez usted trató de atropellarle con su Mercedes en la puerta del NoMad.

—No le vi. Hasta que di un volantazo para no atropellarle.

—He leído el informe de la policía. Unos testigos dijeron que usted se estaba riendo después y que le dijo al señor Backhouse que la próxima vez no fallaría.

—A veces puedo comportarme de forma inmadura. No hubo ningún cargo, ¿verdad? Y a él no le pasó nada. Y, desde luego, no está muerto.

—No. Pero las dos personas de las que le he hablado antes sí que lo están. ¿Y sigue diciendo que no tiene relación con ellas?

Heat le enseñó la fotografía de Lon King en su teléfono móvil. Él negó con la cabeza. Después, pasó a la de Lobbrecht. Esa vez Swift hizo una pausa y se quedó pensando. O fingió que pensaba. Nikki no estaba segura. Por fin dijo también que no a esa foto.

Heat se guardó el teléfono.

—La segunda imagen es de Fred Lobbrecht. Trabajaba en Forenetics con el profesor Backhouse en un estudio especial sobre su *software*.

—Esa puta comisión. De eso es de lo que le hablaba. Backhouse ha tratado de hacerse famoso tocándome las pelotas con una falsa denuncia sobre un fallo en el sistema de control de la estabilidad.

—¿Y usted asegura que la denuncia es falsa? —intervino el periodista de investigación.

—Por completo. Me gustaría decirles más, pero ha habido un litigio y estoy

obligado por la misma declaración de secreto de sumario que cumplen los denunciantes en lo que se refiere a los procesos de los vuelcos. Ninguna de las partes puede hablar de ello. Es un camino de doble sentido.

—Y si nosotros nos encontramos en ese camino, ¿corremos peligro en caso de que nuestro coche lleve su aplicación? —preguntó Rook.

—Oiga, váyase a la mierda.

Nikki le habló desde el otro lado.

—Tangier, ¿usted mantiene que no ha tenido ningún contacto, directo o indirecto, con ninguno de estos tres hombres?

—Si me está acusando de algo, más vale que lo diga. —Swift se puso de pie—. Pero tendrá que decírselo a mis abogados. —A continuación, subió corriendo las escaleras a la cubierta superior y desapareció.

—Te lo digo en serio. Ese nuevo amigo tuyo, Tangier, está mintiendo con respecto a haber salido al río —dijo Rook mientras entraban por la puerta de la comisaría Veinte—. Parece un poco gallina como para salir con el Sea-Doo en primavera, aunque probablemente pueda permitirse un traje de buzo de visón. Pero fácilmente podría haber subido hasta Spuyten Duyvil cómodamente y sin mojarse en esa Zodiac, cargarse a Lon King y estar de vuelta para ver a Matt Damon sujetando a Jimmy Kimmel a su silla con cinta aislante.

El agente de recepción saludó a la comisaria llevándose dos dedos a la sien cuando esta pasó junto al cristal blindado y a continuación le abrió la puerta de seguridad.

—Rook, estás suponiendo que lo hizo Swift en persona. O que tenía que estar cerca. Yo apuesto por el dron como causa de la muerte y que se podría haber dirigido desde la costa.

—O desde una Zodiac —insistió Rook a la vez que se apresuraba para seguir el paso de Heat, que avanzaba rápidamente por el vestíbulo hacia su despacho.

Heat continuó con la conversación mientras veía el montón de mensajes que había sobre su mesa.

—También. Como es habitual, en este caso estás pasando de cero a sesenta.

—¿No crees que Tangier Swift tiene el móvil perfecto?

—Estoy segura de que asignar al extravagante y malvado director ejecutivo el papel de doble asesino quedaría genial en tu artículo...

—Eso es un golpe bajo.

—E impulsaría tu siguiente Pulitzer. Pero, por ahora, Swift no es más que el primer posible sospechoso de mi lista, no sospechoso del todo. —Para ser sincera con él, tuvo que añadir—: Todavía.

Pero había algo extraño en ese caso. Pocas investigaciones de homicidios viajaban en un tren de alta velocidad desde el momento del descubrimiento de la

víctima hasta la condena del asesino, pero había algo en este caso en particular que le causaba desazón. Heat tenía la fuerte sensación de que algo incongruente intentaba mostrarse entre el ruido que rodeaba a su investigación. Deseaba poder oír lo que trataba de decirle entre las interferencias.

Sometiéndose a sus obligaciones administrativas, Heat pasó la siguiente media hora poniéndose al día con el papeleo mientras Rook se sentaba cerca en silencio para repasar sus notas. Ella se esmeró todo lo que pudo, pero aquello no dejaba de parecerle una lata. Y una distracción del caso que le preocupaba.

Sin embargo, no todo fue trabajo mecánico. Una notificación prioritaria del comandante McMains del Cuerpo Especial Antiterrorista apareció en la intranet del Departamento de Policía de Nueva York alertando a todos los comisarios de distrito de una creíble amenaza de represalias sin especificar provocada por el conflicto diplomático surgido tras el arresto de Mehmoud Algafari, el falsificador sirio. La comisaria Heat envió una circular por correo electrónico a todos los jefes de departamento de la Veinte para que informaran de inmediato a su personal de la amenaza y de las actividades relacionadas con ella.

Sin embargo, la otra cara de la moneda la representaban las peticiones rutinarias de horas extra y días libres, las habituales quejas de ciudadanos por el ruido nocturno que provocaba la recogida de basuras en Columbus Avenue y la bronca que le echó un empresario al que Heat llamó para aplazar el desayuno que ya había pospuesto esa mañana. El propietario de dos restaurantes indios de su distrito insistía en reunirse con ella porque quería pedirle que hiciera algo con respecto a la racha de robos de bicicletas de su servicio de reparto. Nikki volvió a darle cita para la mañana siguiente, esperando en el fondo que surgiera otro asunto.

El detective Rhymer se asomó para ponerla al día de los demás delatores de Forenetics, empezando por Abigail Plunkitt, la ingeniera biomecánica.

—Según el departamento de recursos humanos de Forenetics, la señorita Plunkitt renunció a su puesto de consultora y les dijo que se mudaba a Naples (Florida) para trabajar con un grupo de conservacionistas para salvar a los manatíes —empezó explicando Rhymer—. He intentado llamarla, pero puede que esté aún de viaje. Mientras tanto, voy a intentar conseguir un número de contacto de ella allí.

—¿Y qué hay del otro, el piloto de las pruebas?

—Exacto, Nathan Levy. También ha salido de la ciudad. Pero no por mucho tiempo. Está en el norte del estado, en un centro turístico privado que tiene su propio hipódromo, ¿te lo puedes creer? Le hemos enviado un mensaje y vamos a concertar una cita cuando regrese.

Nada más irse Rhymer, Ochoa la llamó con un urgente movimiento de mano para que saliera a la sala.

—Me acaba de llamar el detective Feller desde Staten Island.

Heat apostó en silencio con ella misma qué era lo que había dicho. No se equivocó.

—La casa de Fred Lobbrecht en Dongan Hills. Completamente revuelta. Alguien ha llegado antes y la han saqueado entera. Faltan expedientes, el ordenador e incluso el teléfono. Lo de siempre.

Rook se acercó a ellos.

—Tangier Swift estaba con una comisaria de policía en ese momento. Supongo que su coartada es indiscutible.

—Quizá no —dijo Ochoa—. Un vecino ha visto una furgoneta de carga saliendo a las... —consultó sus notas— once y media de la noche.

—Cuando Lobbrecht ya estaba muerto —añadió Heat—. ¿Alguna descripción del conductor o los pasajeros? —Ganó de nuevo una apuesta consigo misma cuando Ochoa negó con la cabeza—. ¿Dónde está tu compañero? —preguntó.

—Aquí mismo. —Todos se giraron y vieron a Raley ocupando una mesa vacía en lugar de la suya habitual en la central de los Roach.

—A ver, vosotros dos —dijo Rook—. ¿Voy a tener que someteros a una terapia de pareja o simplemente nos vamos a Central Park para que os batáis en duelo?

Su intento de frivolidad cayó en saco roto con ellos, al igual que con Nikki, que sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarse a esa desavenencia. Pero no en ese momento.

—Rales, ¿cómo va lo del análisis de la forma de andar del sospechoso?

—Joseph Barsotti. Aún lo siguen buscando. Rhymer y Aguinaldo están sondeando a sus conocidos para que les den una dirección o algún lugar donde encontrarlo.

—¿Y qué hay del tipo que entró en el apartamento de Lon King? —preguntó Ochoa.

Heat notó el enfado de Raley al sentirse presionado por su propio compañero, algo que iba más allá de una simple petición de información y afectaba a la evolución de la relación entre ambos. Esto hizo que Nikki se preguntara si había sido sensato pedirles a los dos que compartieran la jefatura de la brigada.

Como punto a su favor, el detective Raley mantuvo una actitud profesional, se tragó su rabia y se giró hacia su ordenador.

—En el Centro de Información de Delitos en Tiempo Real han dicho que nos ayudarían realizando un reconocimiento facial en las cámaras del metro de la línea F y del teleférico. Ya deberían haberme contestado. No es normal en ellos. —Trató de conectar la intranet, pero lo único que consiguió fue que el icono de la aplicación rebotara sin que se cargara la página—. Qué raro. Normalmente se abre enseguida.

—A lo mejor la has cagado cuando has movido tu ordenador —comentó Ochoa. Se acercó al ordenador de su mesa mientras Raley apretaba la mandíbula y miraba el reloj de arena que daba vueltas en su pantalla—. Eh... Aquí tampoco se abre —dijo Ochoa.

Annette Caesar, la encargada de la centralita, entró en la sala con paso vacilante.

—Perdone, comisaria Heat. Hay un problema con los ordenadores.

—Aquí también —contestó Nikki—. ¿Puedes hacer una llamada de urgencia a la División de Gestión de Sistemas Informáticos? —Como dependían tanto de la tecnología, la División de Gestión de Sistemas Informáticos, como se conocía en la policía al departamento informático, era normalmente de primera categoría. Cualquiera que fuese el fallo técnico, lo arreglarían.

—Ya lo he hecho. Han dicho que todo el departamento de policía está sufriendo el fallo. No están seguros del motivo, pero han dicho que podría tratarse de un ataque informático. Sea lo que sea, todo el Departamento de Policía de Nueva York está desconectado, en toda la ciudad.

—¡ *H*a vuelto la intranet! —gritó Raley desde el vestíbulo.

Nikki estaba en su despacho, tratando en vano de ponerse en contacto por teléfono con el comandante de su distrito. Volvió corriendo a la sala de la brigada, donde un inquieto grupo de detectives y Rook rodeaban la pantalla de un ordenador como si estuviesen presenciando la primera emisión en la historia de la televisión en color.

Cuando Heat se unió al semicírculo, algo pasó en la pantalla. La franja superior en azul oscuro de la página principal de la intranet del Departamento de Policía de Nueva York empezó a pixelarse y las letras blancas y doradas de su eslogan, «La principal institución nacional en la lucha contra el crimen», se fundió digitalmente y empezó a caer por la mitad derecha del monitor como si fuese cera. La pantalla quedó en negro y después aparecieron imágenes trepidantes de puños levantados, llamas luminosas y el primer plano de un ojo humano. Resonó una música de Oriente Medio y Raley levantó la mano para bajar el volumen atronador de los altavoces.

Ochoa hizo una señal hacia toda la sala. En todas las pantallas sonaba la misma música a la vez.

—¿Qué mierda es esta?

La música distorsionada seguía retumbando, pero el vídeo con el ojo humano en primer plano fue desapareciendo poco a poco hasta que apareció el rostro de un hombre joven atrapado tras los barrotes negros de una cárcel hechos con Photoshop y con unas palabras en negrita escritas tanto en inglés como en árabe que centelleaban en la parte superior: ¡¡¡LIBERTAD PARA MEHMOUD!!!

El detective Raley, el eterno rey de las cámaras de seguridad, recorrió la sala apagando el sonido metálico del ataque musical, aunque dejando las pantallas encendidas para que se pudieran ver. Todos sabían lo que estaban presenciando, aunque apenas creían lo que veían sus ojos. El Departamento de Policía de Nueva York había sufrido un ataque informático.

Como comandante de la comisaría Veinte, Heat empezó de inmediato a evaluar el impacto sobre la infraestructura tecnológica de la ciudad de Nueva York. No fue fácil. El intento de ponerse en contacto con la central de la policía no dio otro resultado que fallos en las llamadas y señales de líneas ocupadas en los teléfonos fijos. En esos primeros momentos de una crisis, aunque no estaba segura de su gravedad, hubo algo de lo que Heat estaba segura. Ninguna fuerza policial del mundo estaría mejor preparada ni reaccionaría de una forma más rápida ante un incidente que la de Nueva York. Era para cosas así para las que se habían estado preparando durante innumerables horas, planeando distintas situaciones, elaborando planes de

emergencia, realizando simulacros. Se sacarían bases de operaciones móviles, desplegarían efectivos y entrarían en acción equipos de respuesta inmediata.

En ese momento, Nikki solo deseaba que alguien contestara al teléfono.

Cuando por fin se organizó la logística de contingencia del departamento ante la crisis —traducción: cuando se consiguió conectar los anticuados teléfonos fijos del centro—, el informe oficial telefónico que recibió Heat desde la jefatura de respuesta ante incidentes no hizo más que confirmar lo que todos sabían desde el momento en que empezó a sonar el *Habibi Bass* en la segura intranet de la policía: la ciudad de Nueva York estaba sufriendo un ataque cibernético organizado, en cumplimiento de la promesa de que habría represalias tras el arresto de Mehmoud Algafari.

Aún se estaba valorando el impacto, pero las primeras noticias eran pasmosas: la intranet del Departamento de Policía de Nueva York, la plataforma oficial que utilizaban los cincuenta y tres mil miembros del cuerpo para comunicarse, enviar correos del departamento, emitir comunicados, alertas y estadísticas de delitos, realizar comprobaciones de vehículos y mandar informes, había quedado completamente inhabilitada. La División de Gestión de Sistemas Informáticos había señalado también que todos los aparatos personales entregados por el departamento, incluidas las BlackBerry, las tabletas y los ordenadores portátiles, habían dejado de estar operativos. La central de la policía era un caos. Aunque el cuartel general había podido por fin recibir y realizar llamadas por la red de telefonía fija, funcionaba de forma esporádica debido a la sobrecarga. Lo peor de todo quizá era que las bases de datos del Centro de Información de Delitos en Tiempo Real, el Sistema de Gestión de Casos y el Almacén de Datos sobre Delitos habían quedado bloqueados. También el ShotSpotter, una red de sensores de audio que detectaba y localizaba disparos en tiempo real en toda la ciudad. Como no se había hecho un cálculo completo de las repercusiones del problema, era demasiado pronto como para saber si se había puesto en peligro la información que contenían los expedientes de material delicado. Eso se sabría después.

El departamento de policía no había sido la única víctima. La alcaldía, el Ayuntamiento, el fiscal del distrito y los juzgados también se habían visto perjudicados, lo mismo que todas las cámaras de vigilancia y de tráfico. Pero no todos los servicios estaban afectados: el teléfono de emergencias, los bomberos, los servicios médicos de urgencias, los hospitales de la ciudad, el metro y los semáforos funcionaban a la perfección. De momento, internet y los teléfonos móviles de los consumidores seguían funcionando. Lo mismo que los sistemas informáticos de los mercados financieros. En la sede central del flujo digital del dinero, Wall Street seguía comprando y vendiendo en un abrir y cerrar de ojos por todo el mundo.

—Bienvenidos a 1965 —dijo Heat en la sala de la brigada de homicidios en un intento por parecer despreocupada y verlo todo en perspectiva, pero en su interior consciente de que, cualquiera que fuese la causa, este apagón de los recursos tecnológicos no podía llegar en peor momento. A Nikki no le importaba que en el

sistema del Departamento de Policía de Nueva York se hicieran más de cuatro millones de operaciones y registros al año. En ese momento, lo único que quería era que nada se interpusiera en su búsqueda de un asesino que había matado a dos personas y podría estar en la primera fase de un plan para asesinar a más aún—. Hasta que esto se arregle, vamos a tener que intentar atrapar a nuestro hombre malo con tecnología propia de la Guerra Fría —añadió.

—La verdad es que mola. —Todas las cabezas se giraron hacia Rook, que entraba con aire desenfadado en la sala de descanso con la mano metida en una bolsa de palomitas dulces—. Es como si nos hubiésemos metido en un vídeo antiguo de YouTube y nos convirtiéramos en un grupo de esos detectives tan chulos de las series antiguas. O en ese policía de los años sesenta que tanto tuvo que ver con mi futuro como investigador.

—¿Barney Fife? —preguntó Raley.

—¡Qué va! Del que hablo no es otro que aquel fortachón solitario, Peter Gunn.

—Yo prefiero los setenta. Siempre me vi en la serie *Starsky y Hutch* —intervino Ochoa.

—Salvo que tú querrías ser los dos —murmuró Raley, que claramente albergaba aún un serio resentimiento hacia la otra mitad de los Roach.

Rook dejó a un lado las palomitas dulces y se puso serio.

—Esto tenía que pasar. Vivimos gracias a la tecnología y ahora la tecnología es el nuevo frente de batalla en un sabotaje al Estado. China hackeó las redes de las agencias externas del Pentágono, los rusos traspasaron dos sistemas de la Casa Blanca..., de la Casa Blanca, por Dios santo, y consiguieron acceder a los ordenadores del Departamento de Estado. Los iraníes acaban de *hackear* un casino de Las Vegas. Así que Clooney ya tiene su historia para *Ocean's 21*. Los iraníes son muy buenos hackeando sistemas informáticos y ¿de quién son aliados? De los sirios. Así estamos. Todo porque han detenido al joven Mehmoud por falsificar dinero. Así que coged vuestro papel de calco y oled vuestro ciclostil. Puede que esto sea duro.

En sus más de diez años en la comisaría Veinte nunca había habido una reunión general hasta que la comisaria Heat ordenó una esa tarde. La primera, decían, desde el 11 de septiembre. Durante la hora que pasó tras el apagón cibernético, no solo había llegado más información sino que la seguridad pública y la de sus agentes, detectives y personal hacían que para Nikki fuera importante proporcionarles información, darles indicaciones, escuchar sus preocupaciones y responder a sus preguntas. Dicho de otro modo, ejercer de capitana.

Celebró la reunión en el vestíbulo de la comisaría porque era el único lugar bajo techo lo suficientemente grande como para que cupiera todo el personal. Eso también permitía a Annette Caesar estar en la centralita tras el cristal y obtener la misma información que los agentes de patrulla, los detectives de las distintas brigadas, las

unidades de tráfico, los empleados de oficina, los ayudantes administrativos, los carceleros y el personal en prácticas.

—Permitidme que empiece diciendo que existen dos prioridades: seguridad y comunicación. Voy a pedirlos a todos que, sobre todo, tengáis presente que no se puede tener una sin la otra.

Para tratarse de una sala llena de gente, el silencio era sepulcral. Estaba claro que el grupo quería escuchar todo lo que fuera posible sobre aquel suceso tan disparatado. Había también un ambiente de evaluación y Heat pudo notar que sus palabras y su comportamiento estaban siendo juzgados, aunque en silencio.

—En lo que respecta a la seguridad, hasta nuevo aviso quiero que todas las patrullas se compongan de tres agentes uniformados. Nada de parejas ni lobos solitarios por ahí. Quien sea que os esté protegiendo va a estar protegido también. Todos los días libres y las vacaciones quedan cancelados hasta nuevo aviso. Necesitamos que todo el personal esté disponible. La central ha confirmado el estado de alerta máxima. Y de acuerdo con la notificación enviada por la división de antiterrorismo, estad especialmente atentos a cualquier posible acción terrorista ahora que somos vulnerables.

Por supuesto Nikki, como casi todos los que se habían juntado allí, tenía sus propias sospechas de que ese incidente de ataque informático constituía ya un acto terrorista.

—Obviamente, este suceso nos ha dejado tocados en las comunicaciones. Ya sabéis qué es lo que no funciona. Estos van a ser los ajustes que quiero que hagamos. Creo que vais a ver que son de bastante sentido común. —Se refería a los temas que había apuntado en una hoja de su cuaderno—. Todos tenemos que usar de inmediato el correo electrónico personal. En cuanto termine esta reunión, haced el favor de enviaros correos unos a otros, de forma que no tengáis más que darle a «Responder» para estar conectados. Haced lo mismo con los teléfonos móviles. Os ordeno a todos que empecéis a usar de inmediato vuestros móviles y de igual modo enviéis correos electrónicos y mensajes para que la comunicación sea continua. Por favor, en vuestras brigadas y unidades cread grupos de mensajes de texto ahora mismo para que todos puedan ser avisados de inmediato y en todo momento.

Un sargento de patrulla levantó la mano.

—¿Qué pasa si esto crece y deja fuera de combate nuestros aparatos electrónicos personales?

—Siempre hay un aguafiestas —respondió Heat provocando algunas risas de alivio en el grupo—. No sabemos qué rumbo va a tomar todo esto. Y vivimos en una época y en una ciudad que no está preparada para esto. ¿Puede alguno de vosotros recordar la última cabina de teléfonos que ha visto? —Nikki levantó en el aire el *walkie-talkie* que había colocado a su lado—. Mientras tanto, sargento, respondiendo a su pregunta, las radios de los coches y los *walkies* siguen sirviendo. Pero eso va a traducirse en un excesivo tráfico de ondas, así que sed conscientes de lo que hacéis y

sed breves. En cuanto a este edificio, hemos encontrado más teléfonos fijos en el sótano y los van a subir. Esperemos que haya suficientes enchufes. —Eché un vistazo a sus anotaciones—. Ah, para los que estábamos aquí en 2009 y nos burlábamos del departamento por obligarnos a seguir usando máquinas de escribir para rellenar nuestros formularios de seguimiento de las denuncias... —Hizo una pausa mientras un murmullo de bromas sobre los antiguos DD5 Pink circulaba entre los policías—. Os alegrará saber que hay alrededor de una docena de máquinas de escribir con algunas de vuestras huellas digitales en el teclado que van a traer de los almacenes para que las usemos al escribir los informes. ¿Qué puedo decir? Ni siquiera un apagón informático puede vencer a nuestra burocracia. —Después de que el coro de gemidos se difuminara, añadió—: Por ahora, vamos a volver a las costumbres de los policías de antaño.

—¿A las mordidas? —preguntó el detective Feller.

—Vamos a tener que recurrir a algunos procedimientos antiguos —les dijo Heat a Raley y Ochoa cuando los llamó para que fueran a su despacho tras la reunión—. Menos cotejos instantáneos y más patear las calles para empezar. Lo siento, alteza —le dijo a Rales—. Al no haber cámaras de vigilancia, te conviertes en un campesino como el resto de nosotros.

—Buscaremos otras alternativas, como has dicho.

—¿Y qué pasa con vosotros dos? —Por muy separados que se sintieran, los dos viejos compañeros seguían compartiendo gestos corporales. Por ejemplo, en ese momento los dos cruzaron la otra pierna a la vez—. ¿Y bien?

—No tienes por qué preocuparte por nosotros —contestó Ochoa.

—Estamos completamente concentrados en el trabajo —añadió Raley.

Nikki conocía la diferencia entre una expresión y una máscara, pero antes de que pudiera ahondar los dos se zambulleron en la explicación de su plan de despliegue de la brigada, reajustándolo para el apagón. La detective Aguinaldo iría al Centro de Información de Delitos en Tiempo Real para recoger el vídeo sin editar de las matrículas de la cámara en el puente de Roosevelt Island, revisaría todas las placas grabadas esa mañana y haría una búsqueda en el Departamento de Vehículos Motorizados. De momento, la estructura informática estatal seguía sin estar afectada. Como todas las bases de datos policiales estaban bloqueadas, Rhymer acudiría a los libros de fotografías policiales armado con el dibujo de Sampson Stallings para buscar al intruso del apartamento de Lon King. Como Joseph Barsotti estaba desaparecido en combate, Randall Feller prepararía un termo de café y un jarro de leche vacío para pasar la noche vigilando La Rueda de la Fortuna, por si el soldado de la mafia iba a hablar con su jefe, el Gordo Tommy. La misión de los Roach sería continuar poniéndose en contacto con los demás miembros del grupo de delatores de Wilton Backhouse. Cuando Raley y Ochoa terminaron, en lugar de hurgar en la

herida, Heat se limitó a decir: «Los Roach sois un equipo» y los dejó marchar.

—¿Qué opinas de Tangier Swift? —preguntó Rook tras comprobar en la recepción su reserva a las diez en el ABC Cocina.

—Y... ¡ya salió! —exclamó Nikki con una sonrisa.

—¿Qué?

—¿Qué qué? Es muy típico de ti —explicó Nikki mientras la recepcionista los acompañaba entre la animada clientela del restaurante—. Quieres que salga corriendo a detenerle sin pruebas. —Cuando llegaron a su mesa, ella ocupó el lado del banco con la espalda contra la pared de ladrillo viejo, no por el asiento, sino para seguir su costumbre de policía de mantener siempre una visión completa del entorno. Cogieron sus menús y, después, Nikki esperó a que la recepcionista se marchara antes de continuar—. No puedo ir por ahí arrestando a gente por asesinato solo porque Wilton Backhouse lo haya señalado con el dedo y Swift te recuerde al personaje de Largo en *Operación Trueno*.

—¿Ves? Por eso es por lo que estoy loco por ti. Bonito recuerdo del malo de James Bond.

—No puedo evitarlo. Es contagioso. —Apoyó una mano en el centro de la mesa con la palma hacia arriba. Cuando Rook bajó suavemente la suya para completar el bocadillo, Nikki sintió el calor de él fluyendo hacia su interior—. ¿Estás tratando de distraerme de lo que estaba diciendo? —Él se encogió de hombros con picardía—. Bueno, puedo sujetar tu mano y al mismo tiempo ejercer de defensora.

—El sueño de un hombre hecho realidad.

—Las alegaciones sin fundamento y presumir de yate no son motivo suficiente para ponerle las esposas. Eso es un lujo del que tú gozas como escritor, pero yo no. Necesito pruebas. —Heat se quedó mirándolo—. A menos que sepas algo que sigas ocultándome.

—Creo que eso ya lo hemos dejado atrás, ¿no?

—¿De verdad?

—Oye, Nik, siento haberte ocultado un secreto. Pero no lo lamento tanto. Desde luego, no pretendía hacerte daño ni quería poner trabas a tu investigación. Pero, vamos, todos guardamos secretos, ¿no? De hecho, ¿a qué nos dedicamos los dos? Buscamos la verdad que hay tras los secretos de las personas. Sacamos a la luz lo que ocultan por una razón u otra.

—Pues permíteme que te deje algo claro. No quiero tener que buscar los tuyos.

—Ah, eso ya lo has dejado muy claro. Creo que me amenazaste con la cárcel a la vez que negabas mi derecho constitucional a un juicio justo.

Nikki cogió la carta del restaurante para estudiarla y sonrió.

—Tengo mis momentos.

Los dos pidieron margaritas y Rook, como siempre, declaró que era el mejor al

sur del Cesca y al este del Zuni Café. La cocina de Jean-Georges resultó ser de tipo latinoamericana chic y, aunque los dos habían dicho que pedirían un poco de todo, se decidieron por lo de siempre: él, los tacos de costillitas glaseadas con salsa de habanero y ella, el pulpo asado con vinagreta de guajillo.

—¿Sigues habiendo libros de fotografías policiales? —preguntó Rook mientras compartían un bocado.

—Más vale, porque el detective Rhymer va a pasar toda la noche buscando en ellos. —Le explicó a Rook que, por mucha alta tecnología que hubiera en el departamento de policía, habían tenido la suficiente previsión y, quizá, tenacidad para conservar copias en papel de todo—. Esa es la buena noticia. La mala es tener que buscar los datos. Nos hemos acostumbrado a conseguir información al instante con solo deslizar un dedo. Un *hacker* extranjero resentido decide darle una lección a la ciudad de Nueva York y, de repente, estamos de nuevo en la era del papel.

—Lo cual hace que anhele aún más mi Montblanc.

—Rook, nada te impide escribir con tu ordenador.

—Cierto, pero cuando nos falle toda la tecnología, cosa que algún día sucederá, yo tendré mis plumas. Mi madre me regaló aquella Hemingway cuando estaba en el colegio para animarme a escribir.

—¿Y cómo ha acabado la cosa, chico de los dos Pulitzers?

—¿Sabes? Por aquel entonces mi madre pagó seiscientos dólares. En eBay ahora se ofrece la Hemingway Edición Limitada a partir de tres mil quinientos. Aunque yo nunca la vendería.

Nikki se inclinó hacia él.

—Yo ofrecería tres mil seiscientos más el favor sexual que tú eligieras.

—Vendida.

Se rieron y cogieron su copa de margarita.

—Antes, otro más de estos.

Él se rio entre dientes.

—Te ha salido el tiro por la culata. Esa pluma va a ser propiedad de los dos muy pronto.

Pero la sonrisa había desaparecido del rostro de Nikki y, a la luz de la vela que había entre los dos, su tez se había vuelto del color de una lápida de mármol blanca.

—Maloney —fue todo lo que dijo Heat antes de salir corriendo hacia la puerta.

Una mesa llena de gestores de fondos de inversión se levantó y le bloquearon el paso mientras miraban sus teléfonos, ajenos al camarero que esperaba con la bandeja para poder pasar y a la comisaria de policía a la que tenían acorralada. Buscó otro camino apretándose entre los respaldos de las sillas de otros comensales y, a continuación, pasó rápidamente junto a la atestada barra y atravesó la recepción en dirección a la calle.

Heat miró al este, después al oeste, examinando la calle 19 para buscarlo. Al este, la acera estaba vacía, salvo por un viejo recolector de basura reciclada que sacaba

envases vacíos de un montón de bolsas que había junto al bordillo. Un taxi giró desde Park Avenue South, pero tenía encendida la señal de libre y Nikki pudo ver que no llevaba ningún pasajero en el interior cuando se acercó. En la otra dirección, cuatro mujeres se reían mientras caminaban en fila hacia ella. Heat no podía ver detrás de ellas. Volvió a mirar a ambos lados y después preguntó a una pareja que desafiaba al frío de la noche sentada en una de las mesas de fuera del restaurante si habían visto a un hombre mirando por la ventana un minuto antes. Los dos respondieron con la típica mirada neoyorquina de «¿estás de broma?» y retomaron su conversación sobre alguien a quien habían golpeado con su propio palo para selfis.

Nikki oyó que Rook la llamaba cuando ella corría hacia el oeste esquivando a las chicas salidas de la serie *Sexo en Nueva York*, pero siguió adelante, tras haberse decidido por esa dirección por no haber podido ver nada. Heat examinó unas escaleras de entrada que había tras una tienda de alfombras y un hueco que estaba al otro lado de la calle. Aparte de eso, no había más recovecos ni escondites donde ocultarse. Cuando llegó a la esquina con Broadway, los cinéfilos acababan de empezar a salir por docenas del AMC Loews. Si Maloney estaba por allí, podría fácilmente haberse fundido con ellos. Y así habría sido. Ya había sufrido de primera mano una lección de su habilidad para huir la noche anterior en el parque.

Heat se abrió paso entre la multitud, buscando, mirando a su alrededor. ¿Qué más podía hacer? Cuando el semáforo se puso en rojo, cruzó a Broadway para mirar arriba y abajo, pero allí tampoco vio nada. Cuando cambió a verde, un taxista estuvo a punto de atropellarla. Tocó el claxon con una mano mientras con la otra le hacía una peineta al pasar por su lado.

Rook la estaba esperando en la esquina con su *walkie-talkie* cuando ella volvió a la acera.

—¿Estás segura de que era él?

La imagen de Timothy Maloney en el exterior del restaurante con los brazos cruzados en actitud desafiante esperando a que ella lo viese era tan clara como inquietante.

—No podía ser otro.

Él levantó en el aire la radio.

—¿Crees que debes informar?

Los efectos del apagón cibernético hicieron que le preocupara ocupar el sistema con su avistamiento cuando podría haber asuntos policiales más urgentes. Nikki volvió a examinar la zona, consciente de que lo hacía por costumbre.

—Ya se ha ido.

Una pequeña llovizna empezó a caer mientras caminaban hacia el apartamento de Nikki, pues estaban a solo dos manzanas de Gramercy Park. En medio de la neblina, la gente empezó a mover las manos para parar taxis y a correr con los hombros

encogidos o sosteniendo ejemplares del *Post* sobre sus cabezas.

—Respóndeme a esto —dijo Rook mientras avanzaban con paso tranquilo—. ¿Cuándo empezó el clima a ser algo que nos ocurre a nosotros en lugar de simplemente ser algo que pasa?

—El huracán Sandy no fue algo que pasara sin más —contestó ella.

—Estoy de acuerdo. Una vez por cada generación.

—¿Y qué me dices del Irene el año anterior?

—Vale, si vas a recurrir a hechos probados, no le veo futuro a esta conversación.

—Rook pasó un brazo alrededor del cuerpo de Nikki en la esquina y los dos se abrazaron con un ensamblaje perfecto. Mientras esperaban al semáforo, él vio que Heat miraba a un lado y otro de Park Avenue South—. Quizá deberías informar. Al menos, que los Roach estén al tanto.

—Hacer eso sería desperdiciar recursos, cuando Maloney tendría un coche esperándolo o habrá entrado en el metro de Union Square.

—Con el historial de paranoia y acoso de este tipo, creo que deberías ser más consciente de lo que has dicho en la reunión de hoy. Seguridad y comunicación.

Lo que Rook decía ya estaba siendo objeto de reflexión por parte de Heat. Era cierto que Maloney había descendido puestos en su lista de posibles asesinos, pero seguía formando parte de ella. Y ahora Nikki tenía lo que consideraba su segundo avistamiento de él, nada menos que mirando a través de la ventana de un restaurante, el mismo *modus operandi* que Maloney había utilizado cuando interrumpió la cena de Lon King con Sampson Stallings en aquel restaurante vietnamita.

—Quizá lo haga —contestó ella—. En cuanto llegemos a mi casa para poder secarnos.

—¿Sabes una cosa? —preguntó Rook subiendo en el ascensor al apartamento de Nikki—. Este fin de semana deberíamos hacer de tripas corazón y llevar todas tus cosas a mi *loft*. Tener unas aquí y otras allí es como tenerlas desperdigadas.

—O quizá debería comprar un cargador de repuesto y dejarlo allí. —Este trayecto hasta su casa lo había provocado el ataque informático, que había transformado su BlackBerry del departamento de policía en un pisapapeles de diseño. Ahora que el iPhone era su móvil principal, necesitaba recoger el cargador de la batería. Cuando Nikki abrió la puerta de su casa, le provocó—: Si sientes que tienes tus cosas demasiado desperdigadas, quizá deberíamos pasar aquí la noche. Tengo vino en la nevera, tú tienes ropa limpia y yo pensamientos sucios.

—Comisaria Heat, está usted tratando de seducirme, ¿verdad?

—¿Es eso lo que quieres, Jameson? —Dejó que pasara y le besó en la entrada. Heat empujó la puerta con la espalda para cerrarla mientras él apretaba su cuerpo contra ella. Cuando se separaron, Heat le susurró al oído—: Supongo que sí es lo que quieres.

—No he contestado.

Ella tiró de la parte delantera de sus vaqueros.

—No tienes por qué.

Nikki encendió las luces de la cocina y se dispuso a descorchar una botella de Gavi que quería probar.

—Ahora veo cuál era el verdadero motivo por el que querías traerme aquí esta noche.

—No sé a qué te refieres.

—¿Qué me has comprado? Deja que adivine. —Apareció en el mostrador de la cocina con una caja de Godiva atada con un lazo—. ¿Bombones?

—Yo no te he comprado nada. —Un torrente de adrenalina se disparó en su interior—. Rook, ¡no lo abras! —Heat dejó caer la botella de vino, que se rompió en añicos por el suelo, y rodeó la barra hacia él mientras Rook permanecía inmóvil en su sitio. Hablándole con más calma, aunque con las manos temblorosas, dijo—: Despacio, con cuidado, deja la caja.

Él entornó los ojos, preparándose para algo terrible, dejó la caja sobre la encimera y, después, poco a poco, fue retirando las manos.

Esta vez Heat no dudó en coger su *walkie-talkie*. Lo usó para llamar a la brigada de explosivos.

La Unidad de Servicios de Emergencia había evacuado a los inquilinos del edificio de Nikki y los apartamentos de alrededor para convertir en una zona de seguridad la esquina del lado oeste de Gramercy Park. La neblina se había levantado, pero todos seguían arremolinándose en la puerta de la emblemática casa de piedra rojiza de mitad del siglo XIX propiedad del alcalde James Harper con los cuerpos encorvados y los brazos cruzados como si aún estuviese lloviendo. No había duda de que aquellas personas, a muchas de las cuales les asomaban los pantalones del pijama por debajo de los abrigos, no solo sentían el frío de la noche, sino también preocupación. Desde luego, Nikki sentía escalofríos.

Entre las conversaciones de la gente afloraba el rumor de que aquel suceso era un acto terrorista cometido por el mismo grupo que había provocado el apagón tecnológico en la ciudad. Por muy loca y desinformada que fuera aquella conjetura, Heat tenía que admitir que nada provocaba más especulaciones que estar en medio de la calle mojada durante media hora por la noche en pijama y con un vehículo blindado de la Unidad de Servicios de Emergencia antiexplosivos aparcado delante de tu casa.

Los que ya sabían que su vecina era policía o al menos le habían visto la placa se acercaron desde el otro lado de la cinta para preguntarle qué estaba pasando. Ella recordó a un detective de cuello corto al que conocía de la Unidad Antiterrorista que tenía por costumbre responder a ese tipo de preguntas diciendo que alguien había llamado al teléfono de emergencias para avisar de que había visto un caimán y que lo estaban comprobando. «Se tragan cualquier cosa si actúas como si fuese cierto». Consciente de que le debía a su comunidad algo más que pragmatismo irónico, Nikki respondió con sinceridad, pero contó lo menos que pudo.

—Un paquete sospechoso —repitió por decimonovena vez—. Solo es una medida preventiva.

El paquete, más que sospechoso, era descarado, y Heat tenía idea de cuál sería su procedencia. También Rook. Sin decir nada, él empezó a buscar el rostro del sospechoso en medio de la noche, igual que ella. Los dos sabían que no lo iban a encontrar. Más probable era que vieran un cocodrilo.

Dos palabras —un preciso «vía libre» del comandante de la Unidad de Emergencias por radio— hicieron que Heat volviera corriendo a la escalera de entrada seguida por Rook. Pasaron junto a la furgoneta de los Servicios de Emergencias con su compartimento para la desactivación de bombas amarrado a la trasera y que siempre le recordaba a Heat a una pequeña hormigonera a remolque. Los agentes que estaban al otro lado del vehículo se dispusieron a dejar paso a los evacuados. En su vestíbulo, Heat y Rook se hicieron a un lado para que pasara un perro rastreador que salía con su adiestrador. Arriba, la policía científica había

empezado ya a equiparse en la entrada de la casa de Nikki.

—Bonitos culos —murmuró Rook cuando se acercaban a algunos técnicos que se estaban colocando fundas de papel en los zapatos. Ni siquiera él se rio de su propio chiste.

El sargento antiexplosivos tenía el gorro protector quitado cuando entraron. Su pelo corto estaba aplastado por el sudor.

—Gracias —fue lo primero que dijo Heat. No podía ni imaginarse lo valiente que ese hombre tenía que ser para levantarse cada mañana y enfrentarse a situaciones impensables, sobre todo, en estos tiempos. Esta unidad se hacía llamar «la punta de la lanza», y lo era.

El sargento la miró con media sonrisa y saludó con la mano bien enguantada.

—Siento lo de su botella de vino. —Pero Heat tenía su atención puesta en el interior de la caja blindada en la que el experto en antiexplosivos había colocado el paquete sospechoso—. Hemos confirmado con bastante rapidez que no se trataba de ningún explosivo —explicó él mientras se sacaba las manos de sus manoplas Kevlar—. Lo hemos mirado por rayos X y no hemos visto ningún cable, temporizador, tornillo, etcétera. El examen del exterior ha sido negativo. El del perro rastreador también, igual que con el resto del apartamento, por cierto.

—No se imagina lo mucho que me he asustado —dijo Rook—. No dejo de pensar: «Forrest no estuvo acertado. La muerte es también como una caja de bombones».

—¿Podemos echar un vistazo? —preguntó ella.

—Claro. —El contenedor estaba en el suelo debajo del saliente de la encimera de la cocina. La madera de debajo de la alfombra crujía bajo el peso del traje del sargento mientras la acompañaba a verlo. Nikki sintió que las piernas le flaqueaban cuando miró en su interior.

Para Heat, bien podría tratarse de una bomba.

Rook, que había empatizado de inmediato con el impacto de lo que ella había visto, le pasó una mano por encima del hombro que Nikki ni siquiera sintió. Estaba demasiado paralizada por el contenido de la caja de Godiva. Habían sacado todos los bombones para hacer sitio a dos cosas: un bote de especias lleno de canela en rama y un cuchillo de cocina.

—Cuando lo he visto, he pensado que alguien le estaba gastando una inocentada —dijo el sargento de la unidad antiexplosivos—. No sería la primera vez que nos hemos desplegado por una broma.

Después, se quedó mirándola y, al ver su reacción, la dejó tranquila. Él no conocía el simbolismo de aquellos artículos tan cotidianos. En las vacaciones de Acción de Gracias, Nikki estaba ayudando a su madre a cocinar y salió del apartamento para comprar canela en rama en el supermercado de Morton Williams manzana arriba. Él no sabía que mientras ella había salido a hacer su recado, alguien había atacado a su madre con su propio cuchillo de cocina y la había dejado allí para

que Nikki la encontrara agonizando en el suelo de aquella misma cocina. No sabía nada de eso. Pero la persona que había preparado aquel paquete había entrado después en su apartamento y lo había dejado en su sala de estar, sí.

Poner fin a aquello era algo más que una realidad esquiva, era una ilusión. Pero durante los años que habían pasado desde el asesinato de su madre, gracias a la cicatrización del tiempo y a la resolución final del caso, Heat había alcanzado una tenue paz con la tragedia que había marcado su vida. Ahora, en un solo instante, la acción de una mente enferma había acabado con esa tregua.

—Comisaria Heat —la llamó una técnica de la policía científica que asomaba por la esquina del vestíbulo—, tiene que ver una cosa. —Nikki y Rook fueron con ella a la entrada, donde la especialista señaló un papel doblado del pasillo—. Esto ha caído sobre su alfombra cuando he abierto la puerta del armario para buscar huellas en los pomos. Lo han debido calzar en el hueco superior de la puerta.

—Alguien que sabía que buscarían ahí —dijo Rook. Todos estuvieron de acuerdo.

Heat se puso los dos guantes azules que le ofreció la técnica, quien después le dio el papel doblado. Nikki lo desdobló con cuidado, aunque sabía que no habría ninguna huella en él que pudiese estropear.

La hoja de papel corriente contenía un breve mensaje escrito con impresora de tinta o láser. No contenía ningún saludo ni destinatario. El autor iba directo al grano:

Así que ha ido a Blackwell's Landing esta mañana, ¿eh? Sí, la he visto. ¿Han llorado usted y el novio de King y se han sonado la nariz con sus sábanas? Tenía una corazonada sobre usted y King. Y ahora cree que puede continuar por donde él lo había dejado. Mandándome a la mierda. Piénselo bien. No sabe a quién está tratando de joder. Pero lo sabrá.

Nikki sintió una sacudida en su interior, como si estuviese siendo lanzada hacia arriba en la montaña rusa de Coney Island. Pero su preocupación y su angustia se convirtieron rápidamente en rabia hacia Timothy Maloney. Aquella rabia le vino bien a Heat. Le proporcionaba algo que hacer en lugar de algo que sentir.

Mientras la técnica de la policía científica continuaba con su trabajo, Heat buscó alguna salida para su energía, que aún no sabía hacia dónde dirigir. Se puso a limpiar los cristales rotos y el Gavi derramado en el suelo de la cocina mientras Rook se sentaba en la barra para escuchar la descarga de los pensamientos de Nikki.

—¿Quieres saber cuál es el gran mensaje de todo esto? —preguntó ella.

—¿Te refieres a lo que hay detrás del mensaje de Maloney de «Puedo ir a por ti cuando quiera»?

El recogedor lleno de esquiras de cristal sonó dentro del cubo de basura. Heat golpeó la cabeza de la escoba contra el borde para sacudir cualquier resto que hubiese quedado entre las cerdas.

—Va a encontrarse con un obstáculo, créeme. —Se agachó y recogió el vino y los trozos de cristal que aún quedaban con un montón de papel de cocina—. No, mi gran conclusión de todo esto es que veo a Maloney bajo un foco distinto en este caso.

—¿Te refieres a que ha asesinado a Lon King? Creía que lo habías descartado.

—Y así era. Sobre todo, después de que tú introdujeras en esto toda la conspiración de la seguridad automovilística. —Lanzó el montón de papel a la basura y una lluvia de esquirlas de cristal sonó al chocar contra los trozos de la botella rota como un granizo. Cogió otro puñado de papel de cocina—. Ahora he recobrado mi interés por él.

—Ya me conoces, me encanta tener una buena porción de grandes, extrañas y jugosas especulaciones —contestó Rook—. Pero ¿quieres saber mi opinión sobre ese tipo? A mí no me parece que un disparo desde un dron sea propio de Maloney. Demasiado sutil. ¿Estás de acuerdo?

Nikki no contestó. Se había detenido con la mirada ausente en dirección a las tres baldosas que estaba limpiando..., el lugar donde había limpiado la sangre seca de su madre hacía casi quince años. Le parecía que hubiese sido ayer. Después, continuó con la limpieza. Y se alejó de aquel maldito lugar.

—No sé de lo que es capaz, aunque esta noche me he hecho una idea.

—¿Te refieres a haberte asustado con la caja de bombones?

—Me refiero a que sabía qué meter en ella. —Se puso de pie, arrojó los papeles a la basura y cerró la tapa de golpe. Bajó la voz para que no la escucharan los de la policía científica—. Rook, yo creo que él sí robó los expedientes de King. Esos detalles, la canela en rama, el cuchillo..., joder, incluso el asesinato de mi madre, para empezar. Yo hablé de todas esas cosas en mis sesiones de terapia y debían figurar en las notas de King.

—¿Me permites decir que esos datos aparecían también en el artículo de portada que escribí sobre ti en el *First Press*? La canela en rama, el cuchillo y docenas más de detalles del caso estaban en ese artículo y en la investigación posterior. Y ambas cosas no solamente estaban disponibles en cualquier quiosco de prensa, sino que siguen estando en internet. Excepto, claro está, en la mayoría de los despachos del Departamento de Policía de Nueva York esta noche. Así que ahora me toca a mí decirte que no saques conclusiones ni especules a lo loco. ¿Qué tiene de malo esto que digo? Es darle la vuelta a la tortilla, pero me gusta.

Nikki inclinó la cabeza a un lado y otro mientras pensaba en ello.

—Puede que sí o puede que no. —Era lo único que diría de momento.

—Por cierto, gracias por confiar en mí lo suficiente como para contarme tu conversación con el loquero. Significa mucho para mí. —Pero a continuación no pudo resistirse—: ¿De qué más hablasteis?

Ella sonrió.

—Creo que es mejor que lo dejemos ahí. Hay cosas que solo debo saber yo.

—Bien, desde luego. —Pero no pudo evitarlo—: ¿Hablaste de mí?

Antes de que la policía científica se fuera, Rook les dio sus huellas para que las

eliminaran de las que habían recogido. También pidieron las de Heat. Aunque las de Nikki estaban en los archivos, nadie sabía si el apagón informático afectaría a la búsqueda de huellas, así que tener las tuyas a mano les ahorraría tiempo. La verdad es que no importaba. Todos sabían que el intruso no había dejado ninguna huella ni fibra.

—No olvides traerte el cargador del iPhone —dijo Rook mientras cogía su chaqueta—. Si te lo olvidas es como echar sal en la herida.

—Lo llevaré por la mañana. Esta noche quiero quedarme aquí.

—¿En serio? ¿Después de lo que ha ocurrido? ¿No te asusta ni te hace sentirte insegura?

—¿Por qué? ¿Tú estás inseguro? —Sacó una toallita de alcohol y la usó para limpiarse la mancha de tinta del pulgar—. Porque yo estoy bien. De hecho, creo que quedarme aquí esta noche es una pequeña declaración de intenciones.

Rook vaciló y, a continuación, dio un giro por la habitación.

—¿Cómo se supone que ha entrado sin llave?

—Oye, si estás asustado...

—No estoy asustado. Para nada.

—Desconfiado, entonces. El comandante del distrito ha puesto un coche en la puerta esta noche.

—¿Para detener a un expolicía loco que tiene las agallas y la habilidad de entrar en tu casa sin ser visto y amenazarte?

—Sí, más o menos.

Volvió a dejar la chaqueta en una silla de la mesa del comedor.

—Esa pequeña declaración de intenciones que quieres hacer al quedarte aquí va dirigida a Maloney, ¿verdad?

—¿A quién si no?

—Solo me lo preguntaba en voz alta. Mentiría si no te dijera que estoy teniendo una clara sensación de que estás retrasando lo de vivir juntos.

—No entremos en eso. Esta noche no.

—Nunca te parece un buen momento para hablar de esto. Por tanto, lo estás retrasando. —Ella no le hizo caso y sacó la bolsa del cubo de la basura. Pero él insistió—: Por cierto, ¿y este apartamento? No sé si hay estadísticas oficiales, pero debéis tener el récord en allanamientos en este edificio.

—Bonito, muy bonito. —Ató las tiras de la bolsa y le hizo otro nudo encima—. ¿Cómo puedes actuar con tanto desparpajo en un momento así?

—Ya veo que pasamos de la táctica del retraso a la de la distracción.

Heat apoyó una cadera contra la cocina y se cruzó de brazos.

—De acuerdo. ¿Quieres que hablemos? Mira a tu alrededor. Para mí, esto no es simplemente un apartamento.

—Nik, por lo que a mí respecta, puedo ser feliz donde sea que nos instalemos. Joder, incluso podríamos tener bañeras juntas al lado de un lago como las que salen

en ese anuncio. —Sonrió, pero cuando vio lo atrincherada que estaba Nikki, dio la vuelta a la barra para acercarse a ella—. Si se trata de tu libertad, tu independencia es algo de lo que nunca tendrás que preocuparte. No conmigo. Lo sabes, ¿verdad?

—Claro. Por supuesto. Oye, ¿podemos dejar este asunto? Todo esto ha sido un poco agotador, sobre todo con la paranoia de Maloney de que voy a por él.

—Lo cual es verdad.

—Ahora sí.

A las seis menos cuarto de la mañana siguiente, Heat salió de su edificio con dos dedos alrededor del gancho de una percha de ropa que llevaba su uniforme de comisaria dentro de un plástico de tintorería. Ese atuendo no iba hacia el *loft* de Rook, sino al norte de la ciudad, a la comisaría Veinte, porque debía tenerlo a mano en su despacho con el resto de ropa de muda que tenía allí guardada. Pero era ropa de paisano, igual que la que volvía a llevar ese día, preparada por si le caía la inevitable mancha de café o de sangre. Tenía sentido tener su uniforme a mano por si sus obligaciones lo requerían de forma inesperada. Ella y los demás detectives solían criticar al difunto Wally Irons, el comisario preparado para las cámaras, por guardar siempre un uniforme limpio en su perchero a la espera de la oportunidad de que hubiera una conferencia de prensa o de hacerse una foto. Ahora, aquí estaba Nikki haciendo lo mismo.

—Todos nos convertimos en lo que odiamos —citó Rook mientras bajaban en el ascensor.

—¿Nietzsche? —preguntó ella.

—Screeching Weasel, una banda punk de Chicago.

Los dos se mantenían alerta tras la incursión de la noche anterior y cuando cruzaron la calle en dirección al coche de ella, Rook vio un coche negro aparcado delante.

—Estás empezando a ser valorada, Nikki Heat. Parece que no solo tienes un coche de vigilancia, es un servicio camuflado.

Pero Heat desconfió y se detuvo.

—Algo no marcha bien. —Las cuatro puertas del Ranger Rover HSE se abrieron a la vez. Se giró para buscar protección por la zona y se llevó la mano libre a la pistolera—. No te separes.

Nikki llevó a Rook entre el maletero de un coche y el motor de otro, pensando que, al menos, podrían poner algo de metal entre ellos y los hombres de traje que salían del todoterreno. Pero entonces reconoció a uno de ellos. También Rook.

—Kuzbari —murmuró él al identificar al agregado de seguridad de la misión siria en las Naciones Unidas. Heat no sabía si sentirse aliviada o más preocupada.

—Comisaria Heat, ¡espere, por favor! —gritó Kuzbari con una mano en el aire.

Justo entonces, el coche de policía que estaba aparcado en su manzana se acercó

con un rugido. La sirena sonó, el coche se detuvo con un frenazo y los agentes salieron y sacaron sus armas por encima de las puertas abiertas.

—¡Alto! —gritaron—. ¡Que nadie se mueva! —Pero los musculosos guardaespaldas que protegían al agregado de seguridad se tomaron también muy en serio su papel: el de seguridad. Los tres sacaron sus armas.

En pleno torbellino de gritos y amenazas de ambos lados en distintos idiomas, Nikki le lanzó su uniforme a Rook y se colocó en medio del tumulto.

—¡Bajad el arma! —gritó primero a los agentes de policía. Y después, mirando al servicio de protección extranjera, añadió—: Ustedes también. Retírense todos. Ahora.

Fariq Kuzbari dijo unas palabras en voz baja en árabe y sus hombres, aunque vacilantes, enfundaron las armas. Heat miró a los ojos del líder sirio y lo que vio en ellos hizo que se girara hacia sus propios hombres.

—Chicos, gracias, pero no pasa nada. Todo está bien.

Unos minutos después, Heat estaba sentada a solas con él en la tranquilidad de su todoterreno. Fuera, sus hombres permanecían en fila con las manos en la cintura de cara a los agentes de policía, que estaban igualmente listos para responder a cualquier problema. Rook, excluido de la reunión, se mantenía ocupado con la cámara de su iPhone intentando capturar aquella situación en tablas.

Fariq Kuzbari había cambiado muy poco desde la última vez que Nikki se reunió con él. Unos años antes, ella se enteró de que su madre había sido espía y se infiltraba en las casas de diplomáticos y agentes extranjeros con la excusa de dar clases de piano; uno de estos clientes había sido la familia Kuzbari, así que había aparecido en el radar de Heat como posible sospechoso del asesinato de su madre. Al final no era sospechoso, pero él y Nikki habían establecido un vínculo de respeto mutuo revestido de sana desconfianza.

—No quería alarmarla ni provocar un incidente internacional, comisaria —empezó diciendo Kuzbari.

Su entonación era excelente, tal y como ella lo recordaba, con cierto toque de acento británico que, junto con su aspecto, le recordaba a Ben Kingsley. También notó que hacía referencia a su nuevo rango cuando se dirigía a ella. O bien había visto el par de rayas doradas del cuello de su ropa de la lavandería o es que tenía verdadero acceso a los servicios de inteligencia. Heat se encargaría de ello más tarde.

—Hay aquí muchas cosas en juego y es posible que usted no lo sepa.

—Algo que yo no sé. Qué interesante.

Parecía decirlo en serio. Con todo lo que salía en las noticias sobre la guerra civil de su país, atrocidades incluidas, Nikki apenas podía imaginar qué información tenía él en su cabeza. Se preguntó en qué situación se encontraría. ¿Había tomado partido y participaba de esos abusos o era un hombre que se encontraba en una situación espantosa y mantenía el tipo hasta que pudiera desaparecer de aquella pesadilla con unas maletas de Louis Vuitton llenas de lingotes de oro? ¿Era este lado amable el que estaba viendo el verdadero Fariq o se trataba simplemente de otro matón vestido con

un traje a medida?

—Entonces seré breve, pues los dos tenemos muchas cosas que hacer —continuó él—. En el mundo de la diplomacia, esto es lo que se llama comunicación encubierta. Como ya debe saber muy bien, hay un problema de tremenda importancia y enorme sensibilidad entre nuestros gobiernos.

—El falsificador al que hemos arrestado.

Él hizo una pausa como si tuviera una respuesta para aquello, pero siguió adelante. Al parecer, tratar de semántica con la policía de Nueva York no estaba en su orden del día.

—La tensión en torno a Mehmoud Algafari es a lo que me refiero, sí.

—Perdone, señor Kuzbari, pero ¿qué tiene que ver eso conmigo, aparte del hecho de que la seguridad de mi ciudad ha quedado afectada por este ataque informático de su campaña Libertad para Mehmoud?

—Va directa al grano, ¿eh?

—Como usted ha dicho, los dos tenemos muchas cosas que hacer.

—He acudido a usted por nuestra relación especial. Aunque nuestros encuentros ocasionales durante los últimos años han tenido cierto grado de fricción saludable, siempre la he considerado sincera y digna de confianza. Además, confieso que le tengo afecto por la amabilidad con la que su madre trató a mis hijos cuando fue su profesora de música.

Nikki quiso añadir: «Aunque mi madre le estaba espiando». Pero se guardó este pensamiento.

—Así que lo que pienso, o quizá debería decir «mi mensaje», es que me gustaría que usted oyera directamente de mi boca que el gobierno sirio no tiene ningún tipo de relación oficial con el trastorno en la infraestructura tecnológica de esta ciudad.

—Y me está diciendo esto porque...

—Porque sé que me va a creer y porque tengo fe en que informe de esto a otras personas de su gobierno metropolitano, con la esperanza de que lo haga mostrándonos cierto apoyo.

—Si no es oficialmente con el gobierno sirio, entonces ¿con quién? ¿Insurgentes rebeldes? ¿Disidentes? ¿La ONG Human Rights Watch? ¿Anonymous? ¿Los falsificadores de Mehmoud?

Fariq abrió la puerta del coche.

—¿Lo ve? Es probable que me haya puesto en contacto con la persona adecuada.

—El sirio te la está jugando, comisaria. —El detective Ochoa sacó su bolsita de Earl Gray de su vieja taza desconchada y observó cómo daba vueltas mientras esperaba a que las gotas dejaran de caer—. Se está burlando de ti.

—Yo le he dicho lo mismo. —Rook pisó el pedal del cubo de basura de la sala de descanso. La tapa se abrió hacía atrás para convertirse en pista de aterrizaje de la

bolsita de té de Ochoa. Miró a Nikki—: ¿Cuáles han sido mis palabras exactamente? Deja que te refresque la memoria: «Ese matón de seguridad sirio quiere que creamos lo que dice de que no son ellos, sino algún bromista con una máscara de Guy Fawkes. Yo no lo creo así».

—Tranquilo, amigo —dijo ella—. Nunca he visto a nadie tan necesitado de llevar la razón.

—¡Ajá! ¿Así que tengo razón?

—Solo en el sentido de que aún no tengo pruebas de lo contrario. —Lanzó a Rook una breve sonrisa y cogió su taza de café—. Hay tiempo.

Heat se movió por la sala para recomponerse y dirigirse al panel con la información del asesinato. En el poco tiempo que había pasado desde que había regresado a la comisaría, ya había llamado al director de los servicios de inteligencia de la central de policía para informarle de su encuentro con Fariq Kuzbari y transmitirle su mensaje. El jefe pareció más interesado por el motivo por el que Fariq había elegido a una comisaria de policía como interlocutora que por el contenido de la conversación con Heat. Ella colgó el teléfono sintiéndose como si su llamada no hubiese sido más que otro giro de la rueda burocrática. Un par de llamadas recibidas desde el mismo edificio fueron más descaradamente perturbadoras. En la primera, su superintendente del distrito le echó una reprimenda por haberse saltado la reunión de control estadístico. La defensa de Heat de que estaba siguiendo una pista importante de dos asesinatos solo condujo a que de nuevo le reprochara que no sabía mantener el equilibrio de sus obligaciones. Por supuesto, cuando el jefe de detectives la llamó unos minutos después, la bronca que le echó fue que exigía más resultados en la investigación de ese doble homicidio. Y pronto. Mientras le llenaba la cabeza con amenazas no muy veladas de intervenir él en persona, la mirada de Nikki iba desde su abarrotada mesa hasta el perchero que sostenía su uniforme envuelto en plástico. Mientras miraba las insignias doradas del cuello, Heat pensó que resumían a la perfección su trabajo: heavy metal.

Raley se acercó a ella para mirar el panel. Debería ser un mapa de carreteras que llevaran hasta el asesino de Lon King y Fred Lobbrecht. En lugar de eso, eran *más* bien carreteras en obras.

—Quien sea que esté detrás de este gran ataque informático, nos está matando —afirmó Raley—. Estamos dedicando horas de trabajo a trámites en los que antes tardábamos segundos. Feller ha estado soportando su propio olor personal durante toda la noche en su puesto de vigilancia con la esperanza de echar el guante a Barsotti. Y Rhymer está sufriendo el síndrome del túnel carpiano de tanto pasar páginas de fotografías policiales. Opie dice que tendría más posibilidades de encontrar al tipo que entró en el apartamento de King si recorriera a pie la Quinta Avenida mirando a los peatones a la cara uno a uno.

—Dile que lo intente cuando acabe con los libros de fotografías —contestó ella—. Cualquier cosa que sirva.

—Lo que deberíamos hacer con nuestra mano de obra —dijo el detective— es que alguno de nosotros esté contigo para asegurarnos de que Maloney no te arruina el día.

—Es un expolicía, se daría cuenta de que te estamos escoltando —intervino la detective Aguinaldo desde su mesa.

Heat hizo un gesto de asentimiento.

—Por eso quiero cambiar algunas cosas. Poniéndome un escolta no vamos a localizarlo, sobre todo cuando nuestras cámaras de las calles están bloqueadas. E Inez tiene razón, es demasiado listo como para que le pillen siguiéndome.

—Y arrogante —añadió Rook—. Estoy seguro de que anoche nos siguió hasta el restaurante y, cuando nos vio pedir la cena en lugar de solamente bebidas, se fue, caminó cinco minutos hasta el apartamento de Nikki a dejar su regalo y después regresó para asegurarse de que ella le veía en la ventana solo con el fin de ponerla nerviosa.

—Ahora soy yo la que quiere ponerle nervioso —dijo Heat—. Basta ya de esperar a que se le vea en algún sitio sin hacer nada. Hagamos algunas averiguaciones por nuestra cuenta que nos lleven hasta él. Roach, quiero que miréis qué más podemos saber sobre la vida de Maloney que pudiera señalar alguna pista de dónde está o adonde suele ir. Sus costumbres, sus gustos, quizá algún conocido..., eso estaría bien. ¿Tiene amigos en la policía? ¿Algún compañero del colegio o de la escuela militar?

—Servicio militar en Nevada, según esto. —Ochoa, que ya había abierto el expediente personal de Maloney, puso su dedo sobre una página—. Un destino en la Base Aérea de Creech.

—Conozco Creech. Está a las afueras de Las Vegas. Cuando fui policía militar hice un ciclo de formación allí —explicó Inez Aguinaldo lanzando a Heat una mirada cómplice—. Es en Creech donde la Fuerza Aérea hace volar sus drones.

Maloney y drones. Podría seguir siendo un panel del asesinato lleno de carreteras en obras, pero la posible y tentadora conexión entre el pasado militar del expolicía paranoide y el aparente *modus operandi* del asesino provocó una repentina explosión de energía en la sala. Para Heat, que aún escuchaba una irritante voz que ponía en duda que Maloney fuera el asesino de Lon King, esta información lo colocaba ahora en el primer puesto de la lista de sospechosos, tal y como diría Rook. Sus instintivos celos se habían basado en los medios del asesino más que en su móvil. Simplemente añadiendo la palabra «¿Dron?» bajo el nombre de Maloney en la pizarra, las probabilidades de que él fuera el culpable parecían aumentar. El descubrimiento de este nexo también aliviaba otras dudas de Heat, el miedo a que la búsqueda de Maloney estuviese motivada por su *vendetta* personal y que estuviese alejando las mentes y el talento del principal suceso: el doble asesinato. Aunque esto

resultara ser una pista falsa, la experimentada policía que había en Heat sabía que había que seguir todas las pistas hasta dar con la correcta.

La detective Aguinaldo dejó a un lado su anterior misión de buscar matrículas en la cámara del puente de Roosevelt Island y empezó a hacer llamadas a Nevada para averiguar lo que pudiera sobre el servicio de Timothy Maloney en el Laboratorio de Vehículos Aéreos No Tripulados de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos, donde el personal de los depósitos de tecnología avanzada utilizaba grandes pantallas y sofisticados aparatos electrónicos para controlar drones americanos en Irak y Afganistán, a doce mil kilómetros de distancia. Además de sus obligaciones en el servicio, la detective también debía recopilar tanta información como pudiera sobre el propio Maloney, sobre todo las amistades o relaciones amorosas que pudiera haber tenido desde sus años en el desierto hasta la actualidad en la ciudad de Nueva York, una idea no menos probable que la de disparar un misil con un aparato no tripulado desde el extremo opuesto del mundo con lo que, en esencia, era un poderoso mando de video-juego.

Raley y Ochoa, que a los ojos de Nikki seguían sin parecer el habitual equipo de los Roach, se dispusieron a buscar conexiones similares dentro de las anteriores comisarías de Maloney desde sus mesas de nuevo separadas.

Ochoa interrumpió sus llamadas a las estaciones de policía de Nueva York y a asuntos internos y su sillón fue rodando hasta dar un golpe contra la pared, entonces pegó un salto y fue rápidamente hasta la puerta de Heat.

—Comisaria, acabo de recibir una llamada. Se han oído disparos en la casa de Nathan Levy. Es uno de los delatores del Grupo de Disidentes.

Rook acompañó a Heat en su coche hasta el límite del Bronx con el río en una avenida residencial y limpia llena de dúplex independientes, casas unifamiliares de dos plantas, garajes para uno o dos coches, jardines pulcros, abundantes vallas de forja pintadas de blanco, banderas americanas y una canasta de baloncesto portátil en el canalón en mitad de cada manzana, como si se tratara de una ordenanza municipal.

—Ya hemos llegado —dijo Rook, como si Nikki no pudiera ver los tres coches patrulla y la furgoneta de la policía científica delante de la casa de listones de color crema y beis rodeada por una cinta que impedía el paso.

Aparcaron en el espacio que dejó la ambulancia que se marchaba sin poner en marcha las luces ni la sirena. Un agente de tráfico hacía señales a los grupos de vecinos curiosos para que dejaran espacio en la calle y la ambulancia pudiera salir. En el camino que conducía a la puerta, Nikki tomó aire y notó el sabor del mar. Un día más cálido, con menos asesinatos y menos burocracia a sus espaldas, podría haber salido con su tabla de surf. Al dejar escapar el aire, Nikki se reconoció a sí misma que el hecho de no tener ni un solo segundo para considerar esa idea era precisamente la razón por la que debería irse y hacerlo. «Algún día —pensó—. Pero no hoy».

Cuando Heat y Rook hubieron atravesado la cinta de vinilo y se acercaban al camino de entrada vieron a Nathan Levy sentado con las piernas por fuera en la plataforma trasera de su camioneta F-450 plateada balanceando una botella de cerveza. Saludó a Rook con la cabeza con un movimiento que daba a entender que esa era toda la relación que quería tener con él. Heat le enseñó su placa y se identificó.

—Es una cerveza, pero en mi propiedad; así que tranquila, ¿vale?

—No hemos venido a imponerle calidad de vida, señor Levy.

—Bien, porque necesito algo que me calme los nervios, joder.

A primera vista, a Heat no le pareció que necesitara una excusa. Pudo ver una prueba de su costumbre de beber en sus párpados hinchados y en su tez rolliza, que no correspondían a aquel cuerpo de crossfit. Los collares típicos de la celebración del Mardi Gras en Nueva Orleans que colgaban del espejo retrovisor de su camioneta también indicaban un estilo de vida fiestero.

—¿Le han golpeado? Me habían dicho que no.

Negó con la cabeza.

—La ambulancia ha sido solo por precaución, supongo. O para lo que suelen hacer, yo qué sé. Ya ni siquiera estoy seguro de lo que sé.

Nikki esperó a que diera otro sorbo a la cerveza. Incluso con esa camiseta holgada, la solidez de su torso era evidente. Era difícil estar segura por el modo en que estaba sentado en la plataforma trasera, pero Nikki adivinó que era un hombre bajito, aunque ese tipo de baja estatura que suelen tener atletas como los buceadores, los jugadores de fútbol y, sí, los conductores de coches de carreras: compactos, esbeltos y ágiles. Se imaginó sus manos sobre un volante comprobando los giros cerrados en la pista de pruebas, flexionándose en contra de la fuerza de gravedad y saliendo victoriosas.

—¿Le importa contarme qué ha pasado?

Él soltó una carcajada y ella notó el fuerte olor a lúpulo.

—Me han disparado, joder. Eso es lo que ha pasado. —La conmoción provocaba comportamientos extraños, así que Heat esperó. Él dejó la botella de cerveza en la cubierta de la camioneta junto a él y continuó—: Yo salía para ir a ver a mis colegas para un ensayo. De pronto he oído un disparo... ¡Pum! Algo me ha pasado rozando. Una bala. Ha impactado contra el garaje, ahí detrás.

Tanto Heat como Rook miraron detrás de él. En el hueco que había entre su camioneta y el M3 blanco, se veía un agujero de bala en el marco de la puerta del garaje, justo por encima del estuche de su saxofón, que estaba de lado sobre la zona donde la policía científica estaba montando su carpa.

—Ha estado cerca —comentó Rook—. ¿Ha visto de dónde venía?

—Estaba un poco ocupado intentando no mearme en los pantalones. —Y de nuevo rebajando el tono estúpido, se explicó—: No he prestado mucha atención. He estado un poco distraído desde que Fred Lobbrecht la ha palmado. Me ha

impresionado de verdad.

—Tanto que se disponía a ir a tocar con sus amigos —dijo Rook, sin ocultar su desagrado ante el sarcasmo de Levy.

Levy lo miró frunciendo el ceño. A continuación, dio otro sorbo y siguió con su relato:

—Así que me he agachado. Y aquí viene lo raro. Me levanto y veo un platillo volante, ya sabe, un dron de esos, alejándose por el final del camino de entrada.

—¿En qué dirección? —preguntaron Heat y Rook a la vez.

Levy señaló por encima del tejado de su casa.

—¿Podemos mirar? —preguntó Nikki.

Las casas de aquel barrio eran estrechas pero profundas, como cajas de zapatos. Con una ligera cojera, Nathan Levy los condujo por el pasillo techado que había entre su casa y la de sus vecinos. Cuando llegaron al jardín trasero, subieron a la terraza de madera de cedro que daba a la bahía que formaba la desembocadura del río East.

—Se ha ido por ahí. Cualquiera sabe adónde se dirigía o de dónde venía.

Justo a la izquierda y a la derecha había más terrazas y más patios traseros, nada especial. Mirando más hacia el norte, Heat y Rook podían ver el puente de Throggs Neck hacia Queens, que cruzaba el agua por encima del Instituto Marítimo de la Universidad Estatal de Nueva York. Al sur estaba el campo de golf Trump en Ferry Point y más allá el puente Whitestone. Mucho campo abierto, mucha agua y ningún indicio del dron ni de su controlador.

—Con un alcance de un kilómetro y medio, esa cosa podría haber ido a cualquier sitio.

—Y haber desaparecido hace rato —confirmó Heat.

—Es pronto todavía para ir en barca. —Rook tenía la vista puesta en una lancha motora roja y blanca que estaba amarrada al muelle de Levy.

—Solo si no te gusta el agua fría.

Heat trató de adivinar si aquel antagonismo era síntoma de la testosterona de un conductor de pruebas, de la cerveza y de la conmoción o si trataba de ocultar algo.

—¿Está seguro de que no ha sufrido ningún daño esta mañana?

—No, ¿por qué?

—Veo que apoya con cuidado la pierna derecha.

El hombre puso el cuerpo algo más derecho.

—No es nada. Solo está un poco cargada. Jugando al balonmano. Juego los sábados con un grupo de mi gimnasio y uno de ellos hizo una estupidez.

«Demasiadas explicaciones —pensó Nikki—. Normalmente, síntoma de una mentira compensada con una tapadera». Tomó nota de aquello y le preguntó a Levy si había recibido alguna amenaza, aunque fuese indirecta. Contestó que no. También dijo que no había visto a ningún extraño ni ningún coche desconocido por allí. Por aquella manzana había un bajo índice de delincuencia y, con tantos niños por ahí, la gente solía alertar a los demás si veía algo fuera de lo normal. Heat recordó a los

grupos de personas que estaban tras el cordón policial y se hizo una idea.

—Solo una cosa más. ¿Reconoce a alguno de estos hombres?

Le enseñó la fotografía de Timothy Maloney. Levy negó con la cabeza. Lo mismo hizo con Joseph Barsotti. Cuando le mostró el dibujo que había hecho Sampson Stallings del intruso de su apartamento, preguntó:

—¿Una caricatura? ¿Qué pasa, que los sirios también le han *hackeado* la memoria de la cámara?

—Solo basta con que diga un sí o un no. ¿Le suena?

—No.

Para terminar, le enseñó la captura de pantalla de la página web de la empresa de Tangier Swift.

—Está de broma, ¿no? Ese es Swift, el cabrón que está matando a todo el mundo con su *software* de mierda. —Levy lanzó a Rook una mirada de odio, como si debiera haberlo sabido, pero no dijo nada más.

—¿Se ha puesto en contacto con usted, de forma directa o indirecta, con alguna amenaza o intimidación?

—Ese gilipollas respira intimidación. No sería nada nuevo.

—¿Y alguna amenaza? —insistió Nikki—. Sabemos lo de su Grupo de Disidentes de Forenetics.

La cabeza de Levy volvió a girarse hacia Rook con una sacudida.

—Ya entiendo. Usted me entrevista y luego va a la policía. Váyase a la mierda.

—Ahora se trata de un caso de asesinato —respondió Rook.

—Váyase a tomar por culo.

Heat trató de atraer la atención de Levy con más preguntas:

—¿Cree que el ataque de hoy puede estar relacionado con su denuncia?

Levy parecía estar a punto de contestar, pero apartó la mirada con desdén.

—Nunca debí meterme en esto.

—¿Por qué no?

—No voy a hablar más, ¿vale?

—Le están temblando las manos —dijo Rook.

—¿Es que a usted no le temblarían? Mire lo que está pasando. Mire lo que le han hecho a Fred Lobbrecht. Y Abigail me ha contado que también han intentado cargarse a Backhouse. Con un maldito dron. —Le devolvió a Heat su móvil—. Hoy he tenido suerte. Pero el tipo de coches que conduzco me ha enseñado que la suerte solo puede ayudarte hasta cierto punto.

—Señor Levy, hay algo que no me está contando —dijo Heat—. Si hay algo que le preocupa de verdad, le aconsejo que empiece a hacerlo para que pueda ayudarle.

Levy no dijo nada. Se limitó a mirar hacia un punto por encima del agua que resultó ser una gaviota, no un dron. Heat no estaba segura de si aquella actitud esquiva era una reacción motivada por el pánico a recibir un tiro, cosa completamente comprensible, o si había algo más que estaba tratando de ocultar, algo más grande

que pudiera haberse cobrado una vida. Por ahora, lo único que podía hacer era quedarse con la duda y seguir insistiendo para obtener respuestas. Nikki le entregó a Levy su tarjeta personal.

—Cuando esté dispuesto a hablar, aquí es donde puede ponerse en contacto conmigo.

En el momento en que se disponían a marcharse, vieron un reflejo blanco cuando Levy lanzó al suelo la tarjeta.

—Un tipo agradable —dijo Rook haciendo que Heat soltara una carcajada.

Los coches patrulla se habían ido, los vecinos habían vuelto a sus casas para llamarse y poder chismorrear y Heat se alejó dejando a la taciturna víctima que había escapado por poco mirándola desde el camino de entrada.

—Me sorprende que vosotros dos no estéis más unidos. ¿No eres de los que toman cerveza para desayunar?

—Claro, si me despierto a las cinco de la tarde en los trópicos. Pero en los trópicos tendría que tomar zumo de naranja recién exprimido, así que creo que la película protagonizada por Jameson Rook y Nathan Levy en plan amigos nunca se... ¡Da la vuelta!

Ella miró rápidamente hacia atrás.

—Tú no —dijo él—. El coche. Para el coche y da la vuelta, deprisa. —Heat frenó y, mientras esperaba para dar media vuelta en mitad de Tremont Avenue, Rook añadió—: Ese coche que ha pasado por nuestro lado en sentido contrario, hacia la casa de Levy... El tipo del dibujo va al volante.

Entonces, Nikki hizo el giro completo montando la rueda delantera en el bordillo antes de salir a toda velocidad detrás de él.

La parte este de Tremont Avenue es una agradable, ancha y vieja calle de cuatro carriles que permitió a Heat avanzar rápidamente. Adelantó a buena velocidad a un conductor lento que iba enviando un mensaje con el móvil y a la furgoneta de un fontanero, y llegó en nada de tiempo a la calle de Nathan Levy, en la encrucijada en forma de T. Por desgracia, una furgoneta estaba parada en la señal de *Stop*.

—¿Qué narices hace? —preguntó Rook.

Nikki vio cómo empezaba a abrirse la persiana de la tienda de alimentación que había al otro lado del cruce.

—Está bloqueando la calle mientras espera para entrar allí. Un mentecato.

—¿Eres consciente de que casi somos los ancianos del palco de ópera de *Los Teleñecos*? —preguntó él.

Heat encendió las luces y la sirena con un corto sonido gutural. El brazo del conductor asomó por la ventanilla delantera de la furgoneta y la movió en círculo para indicarle que podía adelantarle. Ella se detuvo a su lado y giró hacia la casa de Levy.

Rook señaló hacia el Impala que estaba dos manzanas por delante.

—El Chevy azul oscuro.

—Lo veo. —Heat cogió el micrófono—. Uno Lincoln Cuarenta persiguiendo un viejo sedán Chevrolet de color azul, dirección sur en Schurz Avenue con Tremont Este. —Respondieron para preguntar por la matrícula. Ella estaba lo suficientemente cerca como para verla y decírsela—. Persigo al conductor por posible diez, treinta y uno, solicito refuerzos.

—Diez, cuatro. Uno Lincoln Cuarenta.

Dejó caer el micrófono en su regazo.

—Atención con los fisgones. No quiero salir en las noticias de sucesos por haber acribillado a algún civil —dijo Heat. Entonces, vio algo raro delante de ella. Al Impala se le encendieron las luces de los frenos. Ahora le tocaba a ella preguntar—: ¿Qué narices hace?

El coche aminoró la marcha, encendió el intermitente derecho y la presa se detuvo junto a la acera, aparcó y paró el motor.

—Diciéndolo claramente, es el peor seguimiento de un coche de la historia —dijo Rook.

Heat estaba demasiado concentrada en la tarea que tenía por delante como para oír siquiera lo que Rook había dicho. Avisó de su situación y abrió la puerta. Se acercó al vehículo desde el ángulo muerto del conductor con una mano sobre la funda de su pistola y vigilando si había algún movimiento repentino. Pero lo primero que vio fue que las dos manos del hombre sujetaban el volante en la clásica posición de las diez y diez, donde ella podía verlas. Nikki inspeccionó el asiento de atrás para asegurarse de que estaba solo y también vio que no había ningún arma a su alrededor.

No vio ningún dron tampoco. Cuando Heat le miró a la cara, estaba sonriendo. Le sorprendió lo mucho que se parecía al dibujo.

Eric Vreeland parecía bastante tranquilo con las manos entrelazadas sobre la mesa de la sala de interrogatorios número 1. Llevaba un traje bien confeccionado y una de esas camisas azules que aún se veían por ahí, pero que habían sido más habituales entre los estudiantes de máster de administración de empresas que te podías cruzar por el bajo Manhattan unos diez años atrás. Su pelo era también la sombra de otra época y, por lo que Heat veía, imaginó que llevaba un año sin cortárselo ni afeitarse, con una posible parada intermedia en un flequillo a lo Julio César antes de que una fase de negociación le obligara a tomar la gran decisión.

—¿Nos vamos a quedar aquí sentados? —preguntó él por fin—. Voy a hacerme viejo.

«Como si me estuviera leyendo la mente», pensó Nikki al ver la línea horizontal por encima de su barriga, una marca que le hacía la faja masculina que había notado cuando le había cacheado antes en Throggs Neck.

—Le toca a usted mover ficha, señor Vreeland. Lo único que tiene que hacer es empezar a responder a alguna de mis preguntas y podremos avanzar.

La reacción de él fue observar brevemente el espejo mágico y, después, mirarse las manos. Nikki adivinó la marca de un anillo de bodas que ya no estaba, completando así la evaluación de un Eric Vreeland de mediana edad.

Al otro lado del espejo, en la sala de observación, Rook entró y vio a Raley y a Ochoa mirando el interrogatorio a través del cristal.

—Vaya, ha empezado sin mí.

—Has roncado. Tú pierdes, amigo —dijo Ochoa.

—Para tu información, pequeño, no estaba roncando para nada. He llamado a uno de mis contactos para ver qué puedo averiguar de Timothy Maloney.

—¿Qué te ha dicho?

—El tiempo dirá. Solo estoy con los preliminares. —La tranquilidad que había en la sala de interrogatorios se correspondía con el silencio incómodo entre los dos compañeros de la sala de observación. Rook movía la cabeza una y otra vez de Raley a Ochoa, que habían dejado entre los dos un abismo al colocarse en extremos opuestos de la ventana.

—¿Os puedo ayudar en algo, chicos?

—Sigue probando con tus contactos como estás haciendo —respondió Ochoa—. Quizá consigas resultados con alguno.

—No me refiero al caso, sino a ayudaros con esto. —Levantó las manos separadas como si midiera la distancia entre ellos—. ¿Creéis que nadie nota esta tensión? Quizá lo que necesitáis es salir a emborracharos. O al cine. O a emborracharos en el cine. Yo lo he hecho, aunque fue en un cine porno, pero solo

para investigar para un artículo. Es decir, ¿por qué si no iba a pagar yo para ver *El Señor de los Anillos en el Pene*? Ni siquiera es nada sutil, ¿verdad? —Hizo una pausa—. Creo que ya no me escucháis.

—No es que no te escuche —contestó Raley—. Es que no quiero hablar de ello. Hay cosas que no deben hablarse. Por ejemplo, tú no ves que nosotros digamos nada sobre lo que pasa entre Heat y tú.

Aquello pilló desprevenido a Rook.

—No sé de qué hablas.

Raley hizo una mueca.

—Ahí lo tienes. Así es como evitas que la gente se meta en tu mierda. Lo niegas y cierras el pico.

La voz de Eric Vreeland se escuchó por los altavoces y volvieron a fijar su atención en la sala. Sin embargo, aunque Rook también lo hizo, de repente su atención había quedado dividida por culpa del comentario de Raley.

—Mi abogada viene de camino. ¿Cree que voy a decir algo sin que ella esté aquí?

De hecho, por muy paciente que se estuviera mostrando mientras esperaba a que aquel hombre se sintiera incómodo con sus silencios, Heat era muy consciente del sonido del reloj de la pared y de la necesidad de avanzar antes de que la abogada se presentara. Se volvió impaciente.

—Así es como funcionáis, escoria. Hacéis lo que os da la gana, os creáis vuestra propia moralidad e incluso violáis la ley porque tenéis algo más fuerte de vuestro lado: dinero y abogados que se compran con él.

—¿Qué coño dice? —Por fin una reacción. Se puso las manos en el regazo y se secó las palmas en los muslos—. Soy un investigador privado con licencia.

—Nos consta que está al servicio de la empresa SwiftRageous.

—¿Y qué? No es más que uno de mis muchos clientes. ¿Y qué es eso de «escoria»? Yo no tengo ningún problema con mi trabajo.

—Hablemos de su trabajo.

—Eso no va a pasar.

—Ya lo veremos. ¿Qué interés tiene por Lon King?

—¿Quién?

—¿Y por Sampson Stallings?

—¿Quién?

—¿Nathan Levy?

—No entiendo nada.

—Nathan Levy. Acabo de seguirle a usted por su calle.

El rostro de Vreeland era pura inocencia.

—Y yo qué sé. Estaba dando una vuelta en mi coche. Hace un bonito día y he ido a probar ese nuevo campo de golf Jack Nicklaus que está construyendo el gran Donald. He visto que me seguía... una policía que se deja ver, por cierto. Así que he parado. Y ahora, por algún motivo que no entiendo, aquí estoy, esperando a mi

buenísima abogada.

La conversación no iba hacia donde ella quería, pero al menos estaba hablando. Heat siguió insistiendo:

—¿Qué ha hecho usted con el material que robó en ese apartamento de Roosevelt Island?

—¿Qué apartamento? ¿Qué material?

Antes de que ella pudiera insistir más, la puerta se abrió y entró Helen Miksit. No se molestó en sentarse. La abogada de complexión fuerte acompañaba a su traje St. John con un ceño fruncido. Miraba solamente a Nikki.

—Heat, creía que ya se lo había dicho. Hola, Eric. No te pongas demasiado cómodo. —La antigua fiscal agresiva ahora se había convertido en una de las abogadas criminalistas más importantes de la ciudad. Miksit era un fastidio en los juzgados y, según la triste experiencia de Nikki, una luchadora a puño limpio en la comisaría—. Este interrogatorio ha terminado.

—No es su turno, abogada. —Heat permaneció sentada enfrente de Vreeland mostrando que estaba en medio de una situación delicada que no se podía interrumpir. Nadie se lo había dicho a la abogada.

—Tonterías. ¿Tiene algún cargo?

—Aún no. Pero hay un hombre que se encontró a su cliente en su apartamento y está viniendo de camino para identificarle.

Miksit sacó su vulgar sarcasmo:

—Ah, así que ya le ha juzgado y condenado. ¿Por qué no lo atamos a la silla eléctrica y lo freímos por el secuestro del hijo de Lindbergh?

Esta vez, Heat se levantó y se giró para mirar de frente a aquella mujer dura de pelar.

—No va a irse a ningún lado, Helen. No hasta que pase por una rueda de identificación para que lo vea mi testigo.

—Está bien. —Miksit dejó caer con un golpe su maletín sobre la mesa y tomó asiento—. Esperaremos a su pequeño proceso para poder pagar la fianza.

Heat volvió a sentarse.

—Primero, quiero hablar con él.

—Ya lo ha hecho. Gracias por su interés.

La abogada se reclinó en su silla con una sonrisa petulante que hacía que Heat odiara a todos los abogados. Por ahora, esta le servía.

Heat les dijo a Raley y a Ochoa que organizaran una rueda de identificación para Sampson Stallings en la que incluyeran al investigador privado Eric Vreeland y, a continuación, fue a su despacho para realizar una llamada que no podía esperar.

—¿Quiere que le diga al señor Swift el motivo de su llamada, comisaria? —preguntó la asistente.

—¿Quiere tomar nota?

—Adelante.

—Dígale al señor Swift que acabo de arrestar a su investigador privado por haber entrado en la casa de una víctima de homicidio y que quiero saber por qué le envié allí. —Hubo un instante en que se cortó la línea y a Heat le pareció escuchar un chasquido—. ¿Hola? ¿Me ha oído? —Heat supuso que la ayudante había colgado, pero a continuación se oyó una ráfaga de ajeteo callejero seguido por la voz de Tangier Swift:

—Nikki Heat, debería trabajar en mi departamento de ventas. Desde luego, sabe cómo conseguir que no le cierren las puertas.

—También Eric Vreeland —dijo ella, sin sentirse halagada ni encantada—. Y puesto que él sí trabaja para usted, tenemos que volver a vernos. Y pronto.

Durante el trayecto en coche de Heat hasta Tribeca para asistir a su segunda reunión con Tangier Swift, le dio vueltas a la idea de ver a Eric Vreeland como un posible asesino. En cierto modo, tenía sentido. Los hombres de alto nivel como Swift dependían de cucarachas de los bajos fondos como Vreeland para ascender. Así, el investigador privado —o asalariado o facilitador, o cualquiera que sea la designación correcta para el ruin arte de «conseguir que las cosas se hagan»— se había convertido al instante en la distancia más corta entre el combativo magnate del *software* y los incómodos delatores que estaban amenazando con destruirlo.

Pero lo que en un principio parecía una buena forma de encajar los hechos cuando era examinado de cerca planteaba dudas. Eric Vreeland estaba desarmado en el momento de su arresto. Sus manos y su ropa dieron negativo en el análisis de residuos de pólvora. Aseguraba que no sabía nada de drones, aparte de haber visto en televisión que algún día podrían repartir *pizza* a domicilio. Fuera mentira o no, no había ningún dron ni controlador de dron en su coche. Además, fue arrestado mientras se dirigía hacia la casa de Levy después del ataque. ¿Vreeland iba a terminar la tarea, simplemente estaba supervisando o iba a entrar en la casa en nombre de su jefe?

Heat no recordaba ningún caso con tantas piezas en movimiento, tantos elementos girando a su alrededor en busca de una conexión sin mostrar indicios de su aparente relación. Lo de que los delatores iban tras Swift —el presunto infractor de la seguridad de los automóviles— estaba bastante claro, por supuesto. Pero ¿por qué se iba a molestar un multimillonario de alto estrato social en matar a sus acusadores cuando tenía abogados que podían encargarse de oficio de esos problemas? ¿Y cómo encajaba en todo esto un mafioso como Tomasso Nicolosi? Era bastante letal, desde luego. Pero su propia lógica le haría descartar el asesinato para cobrarse una deuda de juego. Incluso si lo hubiese contratado Swift u otra persona como asesino a sueldo, tanto el dron como las instalaciones de pruebas de colisiones de vehículos parecían estar muy por encima del nivel de sofisticación de pedos cerveceros del Gordo Tommy. Lo que sí sabía Heat era que el único modo de encontrar los vínculos que

buscaba era seguir haciendo preguntas y continuar observando. Y mantener la cabeza pendiente del torbellino de todo lo demás que estaba ocurriendo durante la primera semana en su nuevo puesto.

Se preguntó qué tendría antes su final, el caso o ella.

Heat se saltó el servicio aparcacoches, colocó su distintivo de la policía de Nueva York bajo el parabrisas y dejó el coche junto a la acera de The Greenwich. El hotel de lujo de Robert de Niro estaba a un paseo a pie desde el *loft* de Rook y, durante el último año, los dos habían engordado comiendo *pappardelle* con ragú de cordero en el restaurante anexo, Locanda Verde.

El Salón Principal de The Greenwich hacía honor a su nombre: tranquilo, elegante y solo para invitados. Tangier Swift debía tener una habitación allí o haberla reservado para ese día para poder celebrar la reunión donde se le antojara. El conserje acompañó a Heat y ella encontró al magnate en el rincón junto a la chimenea pasando de una pantalla a otra de su iPad. Lo dejó a un lado cuando Heat se acercó.

—No es por echárselo en cara. Al contrario que la de la ciudad de Nueva York, mi tecnología sigue funcionando. Dígame si necesita que le busque algo en Google.

Nikki no se alteró.

—Claro. ¿Por qué no busca investigadores privados que entran en casas en nombre de multimillonarios punto com? A ver si sale usted en alguno.

—No hay quien la desanime, ¿verdad?

Ella se sentó y le miró con expresión serena.

—Me sorprende que haya venido sola. ¿Es que Jameson Rook está por ahí buscando bajo los arbustos y/o las cloacas nuevos objetivos de su «periodismo»? —Swift hizo el signo de las comillas con los dedos al pronunciar aquella palabra. Heat no quería pasar la entrevista defendiendo a su prometido, así que no se desvió del tema.

—La próxima vez que nos reunamos, señor Swift, puede que no sea en un lugar tan agradable. Tal y como veo que van las cosas, puede que ni siquiera lleve usted cinturón ni cordones en los zapatos.

—Vaya, eso sí que es gracioso. ¿De verdad está tratando de intimidarme? ¿En serio? —Descruzó las piernas y se inclinó hacia delante—. ¿En qué mundo vive usted, comisaria? —No hizo el signo de las comillas al aludir al rango de ella, pero, desde luego, sonó como si lo hubiese hecho—. ¿Acaso cree que esta reunión es cosa suya? ¿Que yo estoy deseando sentarme aquí para dejar que me amenace con sus pruebas fantasiosas y sus teorías conspiratorias?

Esto hizo que Nikki se preguntara por qué Swift había aceptado reunirse con ella. Se giró para ver si le habían tendido alguna trampa. Tenían aquella sala para ellos solos... ¿Una agresión en The Greenwich? Era poco probable.

—Le voy a explicar algo. Cuando alguien se atreve a entrar en la escena mundial

como yo... Sí, empecé haciéndome multimillonario con una empresa punto com. ¿Qué le voy a hacer? La creas, otros vienen y pagan por ella. Madre mía, y vaya si pagan. En fin, cuando alguien tiene un perfil como el mío, se convierte en el constante objetivo de parásitos implacables que quieren succionarte una parte de la fortuna que tanto te ha costado ganar. Aparecen de muchas formas y continuamente. Buscadores de patentes, robos de derechos de propiedad intelectual, demandas colectivas y, sí, falsas denuncias sobre daños y homicidios por negligencia causados por uno de mis muchísimos productos. La palabra clave es esa: «falsas». ¿Y qué hago yo? Firmar muchos cheques. Mis abogados lo llaman «dinero para que te largues», para que los parásitos hagan eso: largarse.

»Pero algunas demandas son tan graves que tengo que tomar medidas adicionales para protegerme y lo hago de múltiples maneras. Una de ellas es contratando los servicios de lo que se conoce como un facilitador. Quizá usted lo llame «asalariado». O «detective privado». Yo lo llamo «cautela». Así que dejémoslo ahí, en el entendimiento de que no voy a ceder ante usted ni, desde luego, ante los buscadores de pleitos y tampoco voy a disculparme por haber tomado medidas cautelosas contra ataques espurios contratando a un intervencionista.

—¿Me está diciendo que eso es lo que ha hecho? ¿Que usted... ha «intervenido»
—Heat también hizo el gesto de las comillas con las manos— para acabar con las investigaciones sobre su defectuoso sistema de *software*?

—Eso es mentira. Mi sistema no es defectuoso.

—Eso suena a que usted admite que da libertad a su facilitador para que arregle el problema. ¿Era Fred Lobbrecht un problema? ¿Y Lon King?

—No me está escuchando.

—¿Y Wilton Backhouse?

Swift lanzó una mirada a alguien que estaba detrás de ella. Esta vez, cuando Nikki se giró había una persona que se acercaba a ella. Pero no era un matón musculoso. Al menos no en el sentido físico. El hombre de pelo canoso que agarraba su bastón con tanta fuerza que tenía los nudillos emblanquecidos y caminaba con dificultad era el congresista de Estados Unidos Kent Duer.

Recelosa, pero incapaz de controlar sus instintos, Heat se puso de pie como muestra de respeto cuando el representante septuagenario llegó adonde ellos y, sin más saludo que un tajante gesto con la cabeza hacia ella, se dejó caer con una fuerte exhalación en el sillón de cuero rojo junto a Tangier Swift.

—Demasiado guapa para ser policía —dijo Duer en un aparte a su anfitrión. Aquel pícaro guiño parecía de todo menos un cumplido.

Heat había crecido en Nueva York viendo a este congresista en los periódicos, en las noticias de la televisión y, últimamente, en los programas de los domingos con bustos parlantes del entorno de la Casa Blanca cuando el asunto a tratar era el de los presupuestos militares y el poderoso jefe de la subcomisión de defensa de la cámara era la gran atracción. El congresista Duer la miró a los ojos por primera vez.

—Vengo desde muy lejos para asistir a lo que va a ser una reunión muy corta —afirmó—. No me parece mal, siempre que usted reciba el mensaje alto y claro. Esto se termina ya.

En el sillón de cuero rojo que había a su lado, el rostro de Tangier Swift estaba marcado por una sonrisa. Al verse de repente superada, en lugar de ceder, Heat reaccionó como lo haría en una pelea callejera: ganando tiempo para evaluar la situación y buscar la táctica óptima.

—No estoy segura de qué quiere decir, señor.

—Yo creo que sabe exactamente a qué me refiero. ¿Es necesario que se lo deletree?

Tangier Swift apoyó una mano en la rodilla de Duer. Esta relajada muestra de familiaridad no pasó inadvertida para Nikki.

—Kent, no es necesario.

—No, no pasa nada. Quiero asegurarme de que la señora lo entiende. —El representante se aclaró la garganta y continuó hablando con tono tranquilo, pero decidido—: No solo está usted equivocada al seguir el camino por el que va, por razones que no puede conocer, sino que además está provocando una posible amenaza contra la seguridad nacional. —Dejó que asimilara aquello y después añadió—: ¿Le queda claro ahora?

—Así que debo dejarlo sin más.

Él se rio y miró a Swift.

—También es lista.

Pero Heat no había terminado de calibrar a qué se enfrentaba. La mención de la seguridad nacional le parecía una exageración en el contexto de un doble homicidio y una investigación sobre la seguridad de los automóviles.

—Congresista Duer, me temo que voy a necesitar algo más que eso para convencerme.

—Quizá no sea tan lista como parece. Así que deje que se lo explique de otro modo. Usted cree que sabe lo que hace, pero si sigue husmeando a ciegas, como ahora, lo único que va a conseguir es meter la mano en un saco de serpientes de cascabel. —Satisfecho con la imagen que acababa de dibujar, Duer se quedó mirando la bruñida cabeza de águila de su bastón, el que le habían regalado el día que salió del Hospital Naval de Bethesda tras perder un pie en la batalla de Quang Tri—. ¿Es eso suficiente para que lo deje?

Heat consideró todo aquello.

—Congresista, siento un profundo respeto por usted, por su cargo y por su comisión.

El legislador negó con la cabeza.

—Y ahora viene el «pero».

—Sin embargo, cuando dirijo la investigación de un asesinato no recibo órdenes de nadie más que el Departamento de Policía de Nueva York. Seguro que lo entiende.

—Por desgracia, sí. Lo único que voy a decirle es que le sugiero que piense bien en todo esto. —Miró a Swift para indicarle con una señal que había terminado y, después, de nuevo a Heat—. Y ahora, ya que he terminado con mi explicación, ¿por qué no pone en funcionamiento esas bonitas piernas y se va?

Cuando salió a Greenwich Street, Nikki estaba demasiado ocupada reflexionando sobre las consecuencias de esta conversación como para sentirse mujer objeto. O como para que le importara. Este había sido uno de esos momentos que aparecen en un caso en los que no estaba segura de si estaba saliendo de una reunión con información o con desinformación. Lo que sí sabía seguro era que aquello era algo más que un simple asesinato. O dos. Ahora, uno de los miembros más poderosos de Washington trataba de conseguir que abandonara su investigación añadiendo una nueva capa de complejidad. Pero de ese modo había provocado algo más: había alimentado su determinación de buscar la verdad con más ahínco.

La no sorprendente noticia en la sala de la brigada de homicidios de la comisaría Veinte era que el facilitador de Tangier Swift se había ido.

—No solo han soltado a Eric Vreeland —informó Ochoa—. Ha sido sin fianza ni cargos.

—¿Qué ha pasado con la rueda de reconocimiento? —preguntó Heat—. ¿Stallings no ha podido identificar a Vreeland?

—Sí que lo ha identificado. Enseguida. Pero el bulldog que el investigador privado tiene como abogada se ha llevado a un aparte a Stallings y ha hecho que se sintiera inseguro sobre si Vreeland estaba en el vestíbulo de las escaleras o en el propio apartamento.

—Pero Stallings nos contó que se había encontrado a ese hombre dentro, en el recibidor.

—Ya sabes cómo va esto —dijo Ochoa—. La confusión, el fragor del momento, la semilla de la duda. Escoge lo que quieras.

De hecho, Nikki había visto eso mismo a menudo, al igual que cualquier policía. Testigos fiables mezclan y confunden detalles que parecen indelebles para aquellos que no sufren el impacto del incidente. Los abogados criminalistas también lo han presenciado y Helen Miksit se aprovechó de la oportunidad que ella misma había provocado.

—Además, con todo el trabajo pendiente por el ataque informático, la oficina del fiscal del distrito no quiere malgastar esfuerzos en demandantes indecisos. —El detective habló para todos cuando añadió—: Una mierda.

—Como siempre —dijo Heat.

Pero Rhymer se lo estaba tomando casi como algo personal.

—No me parece justo. Me paso toda la noche buscando en libros de fotografías y ese tipo sale de aquí antes de que yo pueda venir siquiera a ver cómo es su cara.

—Más o menos así. —Ochoa levantó el dibujo a partir del cual había estado trabajando Rhymer y todos soltaron una carcajada.

Cuando Heat informó a la brigada de su encuentro en Tribeca, aquella sala llena de escépticos natos no se creía ya más que Nikki lo de la zona de exclusión aérea por cuestiones de seguridad nacional.

—Si existe una amenaza contra la seguridad, es por un imbécil que tiene a un político en el bolsillo —comentó Rhymer—. Es decir, yo no puedo asegurar que Kent Duer sea un corrupto, pero por lo menos, con lo que cuestan ahora las campañas, apuesto a que el congresista está consiguiendo importantes fondos de una sola empresa.

—¿Y qué es lo que consigue Tangier Swift? —preguntó Raley.

—Exactamente lo que ha conseguido hoy —respondió Ochoa—. Que el pez gordo acuda a su llamada.

Heat se acercó al panel con la información del asesinato.

—Pues creamos o no lo de la seguridad nacional, tenemos que mantener esa puerta abierta hasta que consigamos una información mejor —dijo mientras escribía el nombre del congresista Duer con letras mayúsculas y claras.

—Quizá yo pueda ayudaros con eso —dijo Rook detrás de ella.

Nikki, que no le había visto desde que había salido para su reunión en The Greenwich, siguió escribiendo mientras hablaba.

—Deja que adivine. ¿Una de tus fuentes del Área 51? —Se giró hacia la sala con una sonrisa que se le congeló cuando vio quién estaba demasiado cerca de Rook en la puerta.

—No estoy seguro —dijo él mientras se volvía hacia la mujer vestida con traje formal—. ¿Con qué agencia de operaciones secretas estás ahora? ¿La CIA, la Agencia de Seguridad Nacional, la Oficina Nacional de Reconocimiento, el Programa de Inteligencia de Defensa General?

—Quedémonos con el Área 51 —contestó Yardley Bell levantando un dedo sobre su perfecta sonrisa para pedir discreción. Después, la antigua novia de Rook se acercó extendiendo una mano con las uñas bien arregladas—. Hola, Nikki. Encantada de volver a verte. Jamie dice que te han nombrado comisaria. ¡Bravo!

—Y mira, tu propio despacho —dijo la agente Bell después de que Heat sacara a Rook y a su ex de aquella sala demasiado pública.

Yardley tenía lo que Nikki llamaba una sonrisa de agente inmobiliario. Podía ser auténtica, podía ser falsa, podía estar ocultando mil pensamientos desagradables o rebosar de alegría. Cuando sus caminos se cruzaron en un caso unos años atrás, Nikki había visto el lado oscuro de aquella alegría y sabía que con un simple chasquido podía aparecer una buena dosis de dureza y severidad. Finalmente, las dos mujeres habían conseguido una especie de paz tras un comienzo lleno de baches.

Intercambiaron palabras amables, almorzaron una vez (¿o había sido un *brunch*?) y se prometieron permanecer en contacto, promesas que representaban una falsedad y una cordialidad vacías. La última vez que habían hablado fue por teléfono, justo después del huracán Sandy, cuando Yardley le había hecho un favor a Nikki ayudándola en la confesión de un mercenario extranjero para resolver un caso.

Cuando Yardley se sentó en la mesa enfrente de Heat, mientras ella soplaba el café americano que Rook le había preparado, Nikki trataba de que no se le notara demasiado que estaba examinando a la mujer con la que su prometido había tenido una relación seria. Su pelo había cambiado de morena a un elegante caramelo claro con reflejos oscuros. Su cuerpo esbelto parecía tan en forma como antes, quizá por combinar yoga con un fuerte entrenamiento, a juzgar por su pose de bailarina, a menos que simplemente quisiera presumir de pecho ante Rook. Siempre cabía esa posibilidad.

Yardley se cruzó de piernas y apoyó la taza de café sobre la rodilla.

—Creo que os debo una felicitación.

—Sí, así es —respondió Nikki—. Gracias... Vendrás..., esperamos.

—Claro. ¿Cuándo es el gran día?

—Agosto...

—Un día de agosto —aclaró Rook—. Resérvate la fecha. Algún día de agosto.

—Aún lo estamos decidiendo —añadió Nikki rápidamente.

Bell solo la miraba a ella, calibrándola. Los ojos de Yardley eran impresionantes, tan bonitos como los de una modelo. Pero lo miraban todo y expresaban poco. Heat se preguntó si Rook habría visto algo más en ellos. Y en qué circunstancias. Pero después Heat se alejó de estos pensamientos. Si seguía, solo iba a torturarse y volverse loca. Llevó la conversación a un terreno menos peligroso.

—Solo cinco minutos de conversación sobre la seguridad nacional y aparesces. Los espías sois mejores de lo que creía.

—Yo también tengo algo que ver —dijo Rook—. Me he puesto en contacto con la agente Bell esta mañana.

Nikki sintió un pequeño retortijón por debajo del esternón.

—¿Tú la has llamado?

—Así es. He lanzado mi señal de Batman sobre una nube.

—Y aquí estoy.

Bell se rio y levantó un puño para chocarlo con Rook. Él correspondió complacido. El impacto del golpe lo acusó Heat en su estómago.

—En nuestra reunión informativa de esta mañana, cuando nos hemos enterado de que Timothy Maloney había estado destinado en una base de drones, he pensado que podía buscar un atajo en el proceso si le pedía a Yards que accediera a su expediente militar.

—¿No lo sabías? —preguntó Bell.

Como no quería parecer tan alejada de los movimientos de Rook, algo que cada

vez resultaba más difícil de conseguir, Nikki se encogió de hombros.

—Aquí seguimos eso de divide y vencerás.

—Nikki es comisaria ahora —añadió Rook—. No puede estar en todas las conversaciones, así que hay que tener iniciativa. —Annette, la operadora de la centralita, entró y le entregó a Heat una hoja de papel doblada con un mensaje—. ¿Ves? —dijo él—. Apenas tiene un momento para ella sola. —Nikki desdobló la nota. Decía: «Zachary Hamner, de la central. Tercera llamada. Insiste». Cuando Annette estuvo segura de que Nikki lo había leído, se marchó.

—Ya veo que estás liada, así que te informo y me voy —dijo Bell. Sin consultar notas y sin vacilar, la agente Bell continuó— Timothy James Maloney, formación militar básica, base aérea de Lackland en San Antonio. Tras su formación militar básica, fue destinado a Sheppard, también en Texas, para recibir seis semanas de formación profesional y, después, fue transferido a la base aérea de Creech, en Nevada.

—Y tenemos entendido que Creech es una base de drones —dijo Heat.

—Sí. Esa información no es clasificada. La base aérea de Creech es un centro de aeronaves pilotadas por control remoto. Los MQ-1 Predators y los MQ-9 Reapers realizan vuelos de reconocimiento y tácticos en Oriente Medio y..., en fin, en Oriente Medio.

Rook soltó un gemido exagerado.

—¡Oh, maldición! Casi se te escapa. Ibas a contarnos adónde más vuelan esos drones.

—Ah, ¿sí? —dijo ella con un guiño.

Nikki interrumpió las bromas.

—A mí no me interesan tanto los detalles de nuestras operaciones encubiertas. ¿Maloney recibió formación para pilotar drones?

—No. Maloney era un especialista reclutado para los sistemas de munición. Quizá haya instalado algún misil Hellfire en drones, pero no tenía formación para acceder a lo que los pilotos de esos aparatos llaman la sala de juegos.

La anterior emoción de Heat ante la posibilidad de relacionar a Maloney con los drones se desmoronó. Pero también sabía que cualquier información era buena, aunque no fuera la que se esperaba.

Rook debió sentir lo mismo.

—Pero es posible que se empezara a interesar por los drones.

—Todo es posible, Jamie. Eso lo sabemos.

Brindó con él con su café y le dio un trago.

—Ya que estás aquí, ¿te importa que te pregunte qué sabes de Kent Duer y un hombre llamado Tangier Swift? —intervino Nikki para después resumirle los puntos importantes de la información y los hechos del doble homicidio en el que estaban trabajando, y acabó contando a la agente la intervención del congresista una hora antes.

—Interesante —dijo Bell, pero de un modo que, a los ojos de Heat, demostraba que estaba ocultando algo. ¿Se le estaba dando mejor a Nikki interpretar las palabras de la agente o no era más que una ilusión?—. SwiftRageous —repitió Bell con los ojos cerrados, como si estuviese memorizando el nombre de la empresa—. Lo comprobaré.

Una vez más, a Heat aquello le pareció fingido, pero de momento tendría que contentarse con eso... y con el hecho de que «Yards» estuviese preparándose para marcharse.

—Agradezco tu ayuda —dijo Nikki estrechando la mano a Yardley en la acera delante de la comisaría—. Supongo que has venido por lo del ataque informático. ¿Qué puedes decirme al respecto?

—No es mi especialidad, pero tenemos un ejército de personas en Langley y en Fort Meade que andan detrás de ello. Si me entero de algo, ten por seguro que te informaré.

Heat se rio.

—A estas alturas ya tendría que saber que no debo suponer nada. Creía que estabas en la ciudad por el ataque *hacker*.

—Ah, no estaba en la ciudad. Estaba en Washington DC cuando Jamie me ha llamado. —Heat pudo notar cómo el color desaparecía de su cara sin poder hacer nada al respecto. Yardley apretó el brazo de Rook—. Ya sabes lo que pasa con este hombre. Por él, lo que sea. También ayudaba que la agencia tuviese un G-Four en Andrews lleno de combustible sin ninguna misión.

Rook la despidió con la mano, pero la agente Bell tenía la cabeza agachada en la clásica postura de estar escribiendo un mensaje sentada en su Yukon mientras el conductor se incorporaba al tráfico de la Ochenta y Dos Oeste.

—Ha sido un bonito gesto que acompañaras a Yardley a la puerta —dijo él. Pero cuando se dio la vuelta vio la expresión fría de Nikki Heat mirándole. Él frunció el ceño—. ¿Qué?

—He salido porque no quiero tener esta conversación en una pecera.

Ahora era él quien se quedaba pálido.

—¿Vamos a tener una... conversación?

Ella giró la cabeza hacia el este y echó a andar en dirección a Columbus Avenue. Después de que Nikki diera tres largas y rabiosas zancadas, Rook se puso a su lado avanzando al mismo ritmo.

—¿Qué pasa contigo? —preguntó ella.

—Vale, no va a ser tanto una conversación como una evaluación de mis defectos. ¿Tengo razón?

—Tú sabrás. Al fin y al cabo, tienes un radar social.

—Sobra decir que ahora hemos pasado al modo previo a la discusión.

Heat se detuvo en la esquina.

—¿Quieres parar ya? Deja esa estúpida guasa un segundo y háblame.

Él se quedó pensando un momento.

—Creo que lo mejor será que escuche.

—Buena idea. —Nikki esperó a que pasara un carrito para gemelos con un niño de un año durmiendo a un lado y otro sonriente de nariz chata al otro—. No sé qué pasa. Durante los últimos días has estado poniendo a prueba mi paciencia en todo momento. Me ocultas cosas, te molestas por pasar una noche en mi apartamento. ¿Y qué haces ahora? Saltas con una visita sorpresa de tu antiguo amor.

—¿De dónde estás sacando todo eso?

—Exactamente de mis sentimientos. Rook apretó un poco la mandíbula.

—¿Puedo responder?

—Me encantaría oírlo.

—Esa idea que tienes de que te oculto cosas es..., en fin, agua pasada. Tenía mis motivos, pero ¿no te lo conté?

—Porque te amenacé con la cárcel.

—Eso nunca ha sido síntoma de una relación sana, es obvio. Pero lo importante es que me abrí. —Movié los ojos hacia el cielo mientras buscaba otro argumento—. Ah, y lo del apartamento. ¿No cedí y me quedé?

—No es solo por esa noche.

—Para mí sí. Tenía motivos lógicos para temer por nuestra seguridad después de que entrara ese acosador al que arrestaste. —Hizo una mueca—. Ah, espera, eso salió mal.

—¿De verdad estás sugiriendo que yo elegí que Maloney me siguiera?

—No, no, no. Por supuesto que no. Simplemente pasó, lo entiendo. Si vas al circo, te encontrarás con unas cuantas mujeres barbudas.

Nikki echó la cabeza hacia atrás.

—¿Qué narices significa eso?

—Es una analogía. —Rook levantó una mano—. Esta es la consulta de Lon King, también conocida como el circo. —Levantó la otra mano a la misma altura—. Este es Maloney, la mujer barbuda.

—Con eso, no solo calificas injustamente la psicoterapia, sino que es una crueldad hacia mí.

—Quizá deberíamos pasar a hablar de la agente Bell —dijo él al ver que no conseguía más que cavar más hondo su propio agujero.

—Yards.

El apelativo se había estado removiendo en la parte posterior de su garganta y lo escupió. Una maldad, pero a veces las maldades son tremendamente buenas.

—Utilizaré mi defensa más fácil —contestó él—. Estamos faltos de hombres y rebasados por el ataque informático y, además, tú estás hasta arriba con tus nuevas responsabilidades administrativas. No me pareció mal mostrar iniciativa y consultar con un importante miembro del servicio de inteligencia. Así es como yo preparo mis artículos.

—La elección de tus palabras es reveladora. «Tu artículo» en lugar de «nuestro caso».

—Semántica. Estamos juntos en esto.

—¿Sí? A mí me parece más bien un juego en paralelo.

Nikki podría haberlo dejado ahí. El instinto le decía que estaba estresada y que debía calmarse sin más y desconectar. Se sentía igual que la noche en la que bautizó a Rook en la azotea con un chupito de Patrón.

—Sé qué es esto —replicó él—. Estás celosa de mi antigua novia. —Y unas brasas ardientes se encendieron dentro de Nikki mientras él continuaba—: Algo que estaba más que seguro de que ya habrías superado. Y deberías hacerlo. Puede que Yardley te parezca una mujer atractiva, dinámica y divertida. Yo veo una desconexión emocional que no pude soportar. Yards y yo hemos terminado.

—No estoy celosa de ella.

—Vale. Entonces, ¿por qué esta tensión? ¿El ascenso?

—¿Lo dices en serio?

—He visto cómo la presión del nuevo puesto te está afectando.

—No hagas eso. No me subestimes ahora diciendo que no estoy a la altura de mi nuevo trabajo.

—Es humano. Pesada es la cabeza que lleva la corona y todo eso. Tiene que afectar en algo. Lo entiendo.

Y de esa forma llegó la ignición:

—Vaya, aquí está el noble mártir. Rook, esto no es por celos de una estúpida ni por estrés laboral. ¿Sabes lo que es? Yo, que estoy harta de que actúes como un príncipe inmaduro que no siente ninguna responsabilidad ni acepta ninguna obligación. Como es habitual, todo es por ti.

Él levantó la mano.

—Oye...

—¿Qué? ¿He puesto el dedo en la llaga? —Nikki podría haber parado, pero el campo seco estaba siendo consumido por las llamas y ella había cruzado el cortafuegos—. Si toda esta mierda que te traes son los estertores de tu soltería, no quiero estar cerca para verlo. Avísame cuando hayas terminado o preguntémonos adónde va de verdad esta relación.

Heat dejó a Rook en la esquina con la boca abierta y sin palabras mientras ella volvía a toda prisa hacia la comisaría con el escozor del arrepentimiento extendiéndose ya dentro de su corazón. A mitad de camino, aminoró el paso y casi se giró hacia atrás. Pensó en correr hasta él para reiniciar la conversación, para comenzarla de nuevo y solucionar aquello. Pero Nikki no podía soportar que él la viera llorando.

Cuando Heat salió del servicio de señoras tras lavarse la cara y recomponerse, unas

risas escandalosas la llevaron a la sala de homicidios. Parecía como si el detective Feller estuviese recibiendo las burlas de la brigada. Pero cuando entró, era precisamente él quien se reía más fuerte mientras Ochoa se pellizcaba la nariz de forma exagerada y Raley y Rhymer ventilaban a Randall con carpetas de cartón a la vez que le llamaban «monstruo» y «simio apestoso» y sofocaban sus risas como universitarios en una fiesta cervecera.

Encantada al ver que se aliviaba un poco la tensión, Nikki entró lentamente en la sala para no reprimir la diversión con la sombra de su autoridad. Pero ver que los compañeros de Feller se burlaban de él por su barba sucia, su ropa maloliente y su pelo grasiento tras haber estado tanto tiempo de vigilancia no hizo más que aumentar el peso de la tristeza de Nikki por su estallido con Rook. Todo se calmó, bien porque todos habían terminado de reírse o porque habían visto a la comisaria.

—No dejéis que interrumpa vuestras payasadas —dijo ella.

—¡Desde luego que son payasadas! —gritó el detective Rhymer—. ¿Has conseguido algo de la secretaría general?

Esto provocó otra ráfaga de apodos y carcajadas. Cuando se tranquilizaron, Feller le dijo a Heat que su falta de higiene había tenido recompensa.

—He dado con mi hombre —dijo con cierto orgullo—. El que persuadió al Gordo Tommy.

—¿Has pillado a Joseph Barsotti? Bien hecho —respondió ella—. ¿Apareció por fin en La rueda de la Fortuna?

—Me fui de allí después de no ver nada la primera noche. Supuse que probablemente el Gordo Tommy le habría dicho que vigilaríamos después del asesinato de Lon King. —Hizo una pausa—. Apesto de verdad, ¿no?

Heat dio medio paso hacia atrás.

—Estás... bien.

—Con el circuito cerrado de televisión y las demás bases de datos fuera de servicio, no podía buscar denuncias por acoso, así que hice uso de los métodos clásicos y empecé a hacer un circuito de vigilancia de algunos de los clubes con los que el Gordo Tommy tiene algo que ver. Esta tarde, a plena luz del día, durante lo que generosamente se conoce como *El almuerzo de moda de los caballeros* en uno de los bares de *top-less* de East Harlem, he visto a Barsotti en el aparcamiento dando una paliza a una bailarina que estaba en albornoz. A la bailarina la han llevado al Metropolitan para que le den unos puntos. Barsotti está en la sala de interrogatorios número 2.

A través del cristal de la sala de observación, Joseph Barsotti proyectaba la calma que solamente se ve en quienes no tienen conciencia. Ojos muertos, una mirada muerta y una mente que había dejado su cuerpo y estaba en cualquier otro sitio, porque lo que fuera que iba a soportar tendría que hacerlo cumpliendo el trato con la vida y con el capo.

—¿Qué te parecería que te enviaran a este tipo para cobrar tus deudas? —

preguntó Feller. No era probable que el sicario pudiera oírle a través del espejo, pero Barsotti giró el mentón hacia ellos y, con aquella mirada vacía, parecía como si viera con rayos X a través del cristal para añadir más objetivos a su lista. Randall se estremeció—. Es escalofriante.

Heat notó que el iPhone le vibraba. Para alivio suyo, Rook había contestado a su anterior mensaje de texto sugiriendo que se vieran para cenar. «Para continuar con la conversación», tal y como Nikki había escrito. Con su tormento ligeramente calmado, dejó a un lado el móvil.

—Randy, quiero que hagas tú los honores.

—¿De verdad?

—Tú lo cazas, tú lo preparas.

Este gesto de la comisaria echándose a un lado para dejar que el detective realizara su propio interrogatorio hizo que Feller se creciera un par de centímetros más.

—Gracias. Va a mantener la boca cerrada, ya lo sabes.

—Nunca se sabe. Quizá se rinda ante tu olor.

Nikki salió hacia su despacho para devolver llamadas y encargarse de una parte de la montaña de formularios que tenía que rellenar con la máquina de escribir que habían recuperado del sótano. Al menos, era eléctrica.

Como cortesía profesional, el policía del servicio postal que vigilaba el garaje de camiones de correos de la parte norte de Roosevelt Station hizo una señal a la comisaria Heat para que entrara por el camino y le indicó un lugar seguro donde aparcar junto a uno de los muelles de carga desocupados. A Nikki no le gustaba pedir favores a policías, pero el incesante trabajo administrativo la había interrumpido cuando salía de la comisaría y no quería que Rook la estuviese esperando mientras buscaba un aparcamiento público. O, para ser más sinceros, quería reorganizar su mezcla de sentimientos, como si la pena y el arrepentimiento por su estallido no fuesen suficientes.

Una fría niebla se había instalado sobre Manhattan y Nikki esperó a que el rayo cónico de los faros pasara antes de cruzar en rojo desde la oficina de correos del centro este de la ciudad que se encontraba al otro lado de la calle Cincuenta y Cinco hasta el restaurante. P. J. Clarke's, un emblemático *pub* irlandés frecuentado a lo largo de los años por todo el mundo, desde Sinatra hasta Hedy Lamarr, pasando por Buddy Holly, que ocupaba la planta baja de un edificio de dos plantas con fachada de ladrillo achaparrado entre dos edificios altos y modernos de la Tercera Avenida. Menos conocido y para Heat mejor gracias a ello, su restaurante hermano, una parrilla cálida y exclusiva llamada Sidecar, estaba en la segunda planta del P. J. Clarke's. Parte de su misterio estaba en la entrada de bar clandestino desde la acera, cerca de la parte posterior marcada por un cartel pequeño y modesto que sobresalía por encima de una

puerta negra. Aquello hacía que Nikki pensara en *Gotham* cada vez que se acercaba a la anodina entrada, pulsaba el silencioso timbre de la puerta y mostraba su rostro a la pequeña cámara hasta que la recepcionista de arriba la dejaba pasar.

Nikki subió los dos tramos de escalera pasando junto a los organizados recuerdos que adornaban las paredes al lado de fotografías de antiguos equipos de los Yankees y páginas de periódico enmarcadas del alcalde La Guardia, cantantes de grandes orquestas y pugilistas profesionales del último siglo. Nikki abrió la puerta desde la escalera para entrar en el tenue bullicio alegre del restaurante. La recepcionista la saludó con simpatía, pero Heat miró detrás de ella, examinando la barra de madera oscura y los taburetes en busca de Rook. Tan decepcionada como aliviada, Heat dijo que esperaría a que la sentaran hasta que llegara la otra persona. La mujer se retiró para ir a recoger abrigos y Nikki miró su reloj pensativa. Se las había arreglado para llegar con tres minutos de adelanto. Oyó el casi inaudible zumbido del timbre de la puerta y asomó la cabeza por encima del podio para ver la pantalla de vigilancia. Ahí estaba él, Jameson Rook, sonriendo a la cámara y, desde la perspectiva de Heat, directamente a ella. Aquello acabó con la mirada que había recibido de Barsotti a través del cristal. Acabó con muchas cosas.

Entonces, todo cambió. Muy deprisa.

En la pantalla, Rook se giró despreocupado para mirar hacia atrás, como si dejara sitio a otros comensales que quedaban fuera del encuadre. Pero, al girarse hacia atrás, dos pares de manos entraron en la imagen y lo agarraron. Aquello sobrecogió a Nikki un instante, como si la pantalla del bar hubiese cambiado la imagen a la de una serie de horario de máxima audiencia. Pero la imagen era real y en directo. Mientras Rook se resistía y era arrastrado fuera de la imagen, Heat gritó:

—¡Policía, llame al 112! —Y abrió la puerta con un golpe.

Nikki bajó las escaleras de dos en dos por el primer tramo, pero tropezó en el giro y cayó al suelo del rellano. Sin molestarse en levantarse, dejó que el impulso de la caída la llevara rodando por el tramo inferior, recobró el equilibrio a medio camino y salió rápidamente por la puerta a la acera.

Miró primero a la izquierda, en la dirección hacia donde había visto que arrastraban a Rook. Pero no había señal de él allí ni motivos para pensar que era la dirección en la que debía ir, a menos que hubiesen metido a Rook en el vestíbulo del edificio de oficinas de al lado, algo que parecía poco probable. Cuando miró hacia la derecha, oyó unos gritos de una mujer justo cuando veía las espaldas de dos hombres grandes que se esforzaban por arrastrar a Rook al otro lado de la esquina de la Tercera Avenida.

Salió corriendo tras ellos mientras gritaba: «¡Policía! ¡Agente necesita ayuda!», con la esperanza de que el policía de correos la oyera y respondiera. Pero había autobuses urbanos aparcados a lo largo de aquella manzana y no pudo contar con que la oyeran ni la vieran por encima de ellos.

Heat llegó hasta los dos hombres, que se empleaban en meter a un resistente Rook

en la parte trasera de una furgoneta familiar. Estaba teniendo el buen juicio de abrir los brazos y las piernas para ponerles más difícil que le metieran dentro, aunque seguramente aquellos dos hombres lo conseguirían por fin. Heat sacó su Sig Sauer y, justo cuando iba a darles el alto, un tipo de la estatura de un luchador profesional que estaba junto a ella, al que no había visto, se giró y realizó una llave que la tiró al suelo, haciendo que la pistola cayera al interior de una alcantarilla. En lugar de ir a por su arma, se lanzó a por la pierna del hombre, pero tenía un mal ángulo para hacer palanca. Sintió como si se golpeará contra el tronco de un árbol. Él se soltó y volvió a mover la pierna hacia atrás para darle una patada, pero ella rodó hacia un lado y el zapato solo le rozó el antebrazo.

Un lío de pies y pantalones a nivel del suelo le dijo a Nikki que habían metido a Rook en el interior del vehículo. Se abalanzó en busca de su pistola y recibió una patada tras la oreja. La visión de Heat se borró. La cabeza cayó sobre el hormigón y, en medio de un torbellino de náuseas y ceguera, lo único que pudo oír fue unos pasos que se alejaban corriendo, una puerta que se deslizaba y se cerraba con un golpe y el chirrido de unos neumáticos que desaparecían por la Tercera Avenida con Rook dentro digiriéndose Dios sabía adónde.

Nikki Heat entró en la sala de homicidios a toda máquina, dando órdenes antes incluso de haber atravesado la puerta. Aunque habían pasado las diez de la noche, Raley y Ochoa habían congregado a todo el equipo y la brigada estaba funcionando a pleno rendimiento. Rhymer y Aguinaldo habían cancelado sus planes nocturnos para reunirse con la comisaria. Incluso el detective Feller, adormilado, sin afeitarse, pero con ropa limpia, había entrado como un zombi y ya estaba haciendo llamadas telefónicas. Nikki lo había pillado en su peor día. En este caso, el de ella.

—Roach. La búsqueda de nuestra furgoneta plateada no ha dado resultados. Pedid un turno extra de patrullas para que salgan a ayudar a las que están ahora. A la mierda las horas extra, quiero ojos en las calles. Ya. —Raley fue corriendo a su mesa para hacer la llamada. Heat miró a Ochoa—. Miguel, ayuda aérea. Comprueba cuántos helicópteros están en esto. Si hay un solo helicóptero en tierra, dímelo y llamaré al jefe yo misma. Ya tenemos dos cadáveres y no vamos a permitir que este hombre sea el tercero.

Mientras Heat seguía dando órdenes, todos se ponían en acción. A nadie le molestaba el tono duro que estaba empleando en la comisaría. Se habían llevado a Rook con violencia. Rook. Uno de los suyos. Amigo de todos. Su maldito prometido. Todos los detectives sabían que no era momento de andarse con formalidades. Era el momento crítico de rebuscar bajo los arbustos en busca de pistas. Todo lo demás era malgastar energías y a Rook podía costarle la vida.

—Comisaria, la llaman del FBI —dijo la operadora de la centralita del turno de noche desde el vestíbulo—. Se lo paso a su despacho.

Se abalanzó al otro lado de su mesa para coger el teléfono.

—Soy Heat. ¿Quién es?

—Comisaria, soy el agente especial Jordan Delaney, del FBI.

—Les he llamado dos veces.

—Voy ahora en mi coche en dirección a la central del FBI para reunirme con mi cuerpo especial. Me acaban de asignar el caso. Y estoy con usted. No queremos perder tiempo.

—Pues no lo hagamos. —Nikki iba a toda velocidad y no iba a parar por nadie, ni siquiera por el FBI. Informó a Delaney de los puntos principales del suceso de forma cronológica, contándole el antes, el durante y el después del secuestro en la Tercera Avenida junto con todas las descripciones que tenía, incluida la de dos de los secuestradores y la parte de matrícula que había podido ver desde la alcantarilla—. El detective Raley de mi comisaría va de camino al restaurante en este mismo momento para hacerse con el vídeo de su cámara de seguridad.

—Yo también lo quiero —dijo el agente.

—Hecho. Tendrá una copia en menos de una hora. —A continuación, informó a Delaney de las medidas que habían tomado hasta ese momento: las patrullas, la

búsqueda de testigos cerca del cruce donde había sucedido el secuestro, el personal extra en la calle y las continuas llamadas que no dejaban de hacer al teléfono móvil de Rook—. He ordenado a un detective que vaya a su casa para coger su ordenador portátil y así poder activar la aplicación de búsqueda del iPhone.

—Ahórrele el viaje. Ya hemos buscado el número de Jameson Rook y hemos realizado la búsqueda a través del Sting-Ray —respondió el agente del FBI—. Nada. Al parecer, su tarjeta SIM ha sido inhabilitada o la han sacado del aparato. —Las implicaciones de esto hicieron que saltara un relámpago de pánico en el interior de Nikki. Casi tuvo que sentarse, pero se controló y se recompuso—. Comisaria, ¿está ahí?

—¿Y las cámaras de la calle? —Lo dijo con un tono más fuerte de lo que debía mientras trataba de ver la imagen mental de aquellos matones tratando de quitarle el móvil a Rook—. El ataque informático ha dejado nuestras cámaras fuera de servicio. ¿Los federales tienen alguna forma de conseguir seguimiento visual?

—No.

—¿O no le permiten decírmelo?

—Entiendo su frustración.

—Y una mierda.

O ese tal Delaney era un agente experimentado o no tenía sangre en las venas. El agente del FBI hizo una pausa para amortiguar su reprimenda y después continuó hablando con tono calmado:

—A nosotros también nos han metido en el mismo saco. Tengo entendido que tiene usted una relación cercana con el señor Rook, ¿es cierto?

—Es mi prometido.

—Mierda. Entonces, le aseguro una cosa, comisaria Heat. Tiene mi palabra... Se trata de un familiar... No voy a ocultarle nada.

—Gracias, agente Delaney. —El tono conciliador de Nikki apenas disimulaba las llamas de la urgencia que ardían por debajo.

—No hay de qué. —Hizo una pausa y pudo oír su intermitente antes de que continuara—: Su prometido es bastante conocido y, por desgracia, los periodistas son hoy en día un objetivo importante y no solo en territorio extranjero.

La paciencia de Heat para un baile de posibilidades en distintos escenarios era nula, así que le interrumpió:

—Vamos a ahorrarnos un poco de tiempo en esto y vayamos al grano. No se trata de un secuestro simbólico de un periodista por parte de unos yihadistas. Sé exactamente qué es lo que ha provocado esta situación.

—Adelante.

Nikki le habló del caso en el que su equipo estaba trabajando y animó especialmente al agente a que investigara bien a Tangier Swift, que ocupaba el primer lugar en la lista tanto por móvil como por medios. Como más improbable número dos incluyó a Timothy Maloney, que la había estado acosando a ella y tenía motivos para

hacer daño a Rook como venganza personal, por muy loco que aquello pareciera.

—Deje que haga un pequeño examen previo del perfil —dijo Delaney—. Me está hablando de un lobo solitario que ha sido policía con problemas psicológicos. Paranoia, nada menos.

Heat asintió en silencio.

—Coincido con usted. No veo a Maloney con capacidad organizativa para preparar una operación como la que he presenciado.

—Pero es creíble como número dos. Entendido. —Nikki volvió a escuchar el sonido del intermitente—. Oiga, estoy a punto de llegar al aparcamiento del centro de la ciudad. Envíeme ese vídeo del bar. Mi equipo está especializado en personas desaparecidas y secuestros y vamos a monitorizar sus teléfonos por si acaso se ponen en contacto. Esperemos que sea el mismo señor Rook. O, si no, cualquier otro que pida un rescate. Ah, ¿necesita un dibujante para que haga un retrato de los secuestradores?

—El nuestro acaba de llegar.

—Envíeme las imágenes. Y, Heat, tenga cuidado.

Al poco rato de colgar, volvió a sonar su teléfono fijo y, como siempre cuando se trataba del número de Zachary Hamner desde la central, vaciló antes de responder. Pero, le gustara o no, aquel superviviente político-guion-verdugo tenía un puesto importante en el departamento, así que Heat respondió. Y al hacerlo, Nikki oyó lo que no había oído nunca de boca del Martillo: compasión.

—Llamo para decirte que siento mucho lo de Rook. Pero, aparte de eso, quiero prometerte que todos estamos ocupándonos de esto. He llamado al FBI, pero me han dicho que ya lo habías hecho tú. Bien. Sigue con lo que estás haciendo. Nosotros haremos lo mismo. Si me entero de cualquier cosa sobre él, serás tú la primera persona a la que llame. Y si te encuentras con algún obstáculo en el departamento, el que sea, llámame a mí primero.

Ella le dio las gracias y, mientras dejaba el teléfono sobre su base, pensó que Zach le había parecido casi humano.

Sentarse con el dibujante de la policía supuso para Heat una tortura con una doble dosis de agonía. En primer lugar, la obligaba a estar sentada sin hacer nada durante veinte minutos. Insoportable, aunque sabía lo importante que era tener los rostros de aquellos secuestradores. Pero aquel rato también le proporcionaba demasiado tiempo para enfrentarse a los pensamientos que había podido evitar mientras estaba ocupada. ¿Seguía con vida? ¿Estaba sufriendo? ¿Volvería a verlo alguna vez? Y en medio de todo aquello estaba la angustia que sentía porque su última conversación con Rook había sido una amarga discusión. En la calle, entre Columbus y la Ochenta y Dos, Nikki había explotado y lo había pagado con Rook. Perderlo ya sería bastante insoportable. Vivir con la dura pelea que habían sido las últimas palabras de ambos

sería un peso aplastante con el que tendría que cargar eternamente.

Tenía que asegurarse de que eso no pasaría.

En cuanto estuvieron terminados los retratos, Nikki fue corriendo a la sala de la brigada y se encontró con una sorpresa. Raley había vuelto de hacer el recado del vídeo de P. J. Clarke's y él y Ochoa habían transformado la sala en el centro de operaciones del secuestro de Rook. Habían convocado a más detectives de la brigada antirrobo además de a un turno extra de agentes uniformados y auxiliares administrativos para que les ayudaran en la logística, hicieran llamadas y actuaran como mensajeros. A la vez, los Roach pusieron al día rápidamente a Heat en cuanto al estado de la situación y los nuevos encargos.

—Nos estamos enfrentando a esto con una estrategia dual —empezó a explicar el detective Ochoa.

El detective Raley tomó el relevo:

—Hemos decidido que lo mejor que podemos hacer para terminar con esto es derribarlo. Así que vamos a operar en dos frentes: primero está la búsqueda inmediata de Rook. En eso estamos aquí. —Le señaló una lista que habían colocado en una nueva pizarra que habían llevado—. Una ayudante está llamando a su móvil cada diez minutos. Aunque has dicho que su tarjeta SIM está inactiva, si fuera un campo de béisbol, sería una base fácil de cubrir, así que ¿por qué no hacerlo? Después, hemos contactado con las compañías de sus tarjetas de crédito para tener controlado cualquier uso y que nos informen al instante del lugar y el momento.

—¿Lo mismo con sus tarjetas bancarias? —preguntó Heat.

—Afirmativo —contestó Rales—. Si Rook o cualquier otro utiliza un cajero para sacar dinero, lo sabremos en segundos y enviaremos patrullas y un helicóptero para que acudan. Hemos enviado a un detective de la comisaría Uno a que vaya a mirar en el *loft* de Rook por si han entrado por la fuerza o si ve algún indicio de que lo hayan registrado.

Los circuitos giraban a tanta velocidad dentro de la cabeza de Nikki que, en medio de su impaciencia, empezó a leer los siguientes puntos de la pizarra para poder valorar la cobertura sin esperar a que Raley se lo explicara. La lista le parecía extensa. Buscar la furgoneta plateada en el Departamento de Vehículos a Motor. Comprobar si había denuncias de robo de furgonetas familiares, empezando por las últimas veinticuatro horas (algo demasiado meticuloso si no podían acceder a la base de datos, pero encargarían al personal que buscara a mano). Asignar a un auxiliar administrativo para que llamara cada media hora al teléfono de información anónima de denuncias de delitos. Ponerse en contacto con el despacho del teléfono de emergencias por si había alguna llamada denunciando peleas o... disparos.

Con esto, la lista de tareas había dado un giro a aspectos más corrosivos. A Nikki se le secó la boca y se cruzó de brazos para poder meterse las manos en las axilas y

ocultar lo mucho que le temblaban.

—Ese es uno de nuestros frentes —concluyó Raley al final de su resumen.

—Pero nos estamos encargando de un segundo frente con la misma intensidad —continuó Ochoa—. Y es el de avanzar y presionar más en los asesinatos de Lon King y Fred Lobbrecht. —Debió ver la reacción de Heat y se dispuso a explicarle—: Nuestra teoría es...

—El caso de los asesinatos está vinculado a su secuestro —le interrumpió Heat—. Resolver ese caso equivale a salvar a Rook.

—Exacto. No sabemos cómo...

—Pero sabemos que están relacionados —dijo Raley—. Así que lo último que podemos permitirnos es dejar el asunto ahí.

Heat asintió.

—Estoy de acuerdo. El reloj sigue avanzando.

El detective Ochoa señaló la concurrida sala de la brigada.

—Por eso hemos llamado a más investigadores de la brigada antirrobo. Así, nuestra brigada puede seguir avanzando en los homicidios. Mientras tanto, todos han dejado sus tareas para dedicarse a esto. Vamos a encontrarle, comisaria.

—Y si no tenemos pistas sólidas... —añadió Raley.

—Seguiremos cualquier otra más débil por muy tangencial que parezca hasta que tengamos a Rook de vuelta sano y salvo —concluyó Ochoa.

La alternativa repugnaba a Heat, así que se dijo a sí misma por enésima vez que no había ninguna alternativa.

—Seguid en ello, traedlo a casa —dijo.

El agradecimiento se sobreentendía. Hacerlo explícito no haría más que entretenerlos en aquella rápida carrera. Pero de camino a su despacho, Nikki se detuvo durante un brevísimo segundo para valorar que los dos jefes de su brigada habían dejado a un lado las diferencias que tuvieran por el bien de la misión. El hecho de que estuvieran trabajando de nuevo juntos como el motor de los Roach le daba a su corazón esperanzas de que de verdad podrían encontrar a Rook.

Heat cerró la puerta de su despacho para hacer una llamada que, por orgullo, había estado aplazando. Pero el orgullo no iba a servir para encontrar a Rook. Marcó el prefijo 703 y la operadora del gran edificio de cristal en medio de los bosques que Nikki se había imaginado a las afueras de Washington DC respondió al primer toque. Tras un corto intervalo, afortunadamente sin música de *jazz*, se oyó un doble chasquido y un zumbido electrónico. «Este es el contestador automático de la agente superior Bell. Puede dejar un mensaje».

Suponiendo que aquella línea encriptada era suficientemente segura, Heat dejó un largo mensaje en el que le contaba a Yardley el secuestro de Rook y le pedía que la llamara para poder hablar más sobre Tangier Swift.

—Es la una y diez de la noche, pero llámame en cualquier momento si hay algo —dijo tratando de ocultar el tono de desesperación. Antes de colgar, insistió—: En

cualquier momento.

Hasta ahí había llegado lo de ocultar su desesperación.

Dr. Lon King

Transcripción de terapia

Sesión del día 21 de marzo de 2013 con Heat, N., detective de primer grado, Departamento de Policía de Nueva York

LK: Hace tiempo que no venías.

NH: No tanto.

LK: Cancelaste tu última sesión. Y también la de reconciliación.

NH: Tenía intención de venir, pero la vida real se interpuso. El trabajo de un caso, lo de siempre. Ya sabe.

LK: ¿No te sentías incómoda por nuestra anterior conversación?

NH: Por supuesto que no. Solo estaba ocupada.

LK: Entonces, no te importará que volvamos adonde lo dejamos. En mis notas veo que estabas a punto de hablar de tu compromiso con Rook. [Nota: NH evita el contacto visual. Inquieta]. Noto que este puede ser un asunto delicado para ti, Nikki. ¿Lo es?

NH: No. Es decir, estamos prometidos. Eso es compromiso, ¿no?

LK: ¿Lo es?

NH: Sí. Absolutamente. Vamos a hacerlo.

LK: Muy concreto. Con lo extremadamente competente que eres, no me cabe duda de que te sientes comprometida ante ese hecho. Mi pregunta es cómo te hace sentirte eso.

NH: Que estoy en el mejor momento de mi vida. [Pausa larga]. Mierda. Lo siento. Acabo de recibir un mensaje de la comisaría. Tengo que irme. Lo siento.

LK: El deber ya no llama. Envía mensajes. Pero ahí hay algo que debes explorar. Tu zona de confort cuando las cosas se vuelven demasiado emocionales es tu trabajo.

NH: Es un trabajo importante y estoy entregada a él.

LK: Sí, tienes mucho empuje. Lo que me gustaría preguntarte es si ese empuje va hacia algún sitio o te aleja de algo.

Justo antes del amanecer tras una noche sin dormir, Nikki esperaba sentada a que respondiera el supervisor del turno de noche del Departamento de Vehículos a Motor con el que había dado en Albany para que se colara en el registro y elaborara para ella una lista de furgonetas plateadas. Mientras apuntaba la información despacio — demasiado despacio—, Heat trataba de abrir el frasco de analgésicos que había encontrado en el botiquín de la sala de descanso para aliviar el nudo punzante que sentía tras la oreja, donde el matón le había dado la patada. Los dedos temblorosos de Nikki consiguieron abrir el tapón, pero la fuerza de la acción hizo que las pastillas se desparramaran por encima de la mesa hasta caer al suelo. Mierda. Heat cogió dos del secante del escritorio y se las tragó sin agua.

Mientras ponía fin a su llamada al Departamento de Vehículos a Motor, oyó que alguien caminaba sobre gravilla y se giró. Pero no era gravilla. Se trataba del detective Ochoa, que estaba pisando las pastillas. En su rostro vio algo que ella no había visto en toda la noche: esperanza. A continuación, él pronunció una palabra a modo de saludo:

—Informante.

—Cuéntame —dijo ella poniéndose de pie llena de adrenalina. Siguiendo un acto reflejo de policía, miró la hora: 5:42 de la mañana.

—Acaba de entrar. Un tipo que salía de cenar anoche de Port Chester vio cómo cogían a Rook. Ha dicho que no le pareció que tuviera buena pinta y siguió a la furgoneta plateada todo lo que pudo.

—¿Es fiable?

—Ha dado el número completo de la matrícula y coincide con la parte que tú habías visto.

—¿Por qué ha esperado tanto?

—Ha dicho que estaba con alguien con quien se suponía que no debía estar y no quería que le descubrieran. Supongo que le ha dado cargo de conciencia.

—Bravo por las personas infieles —dijo Heat mientras se ponía la chaqueta—. Tráemelo.

Para asegurarse de que no se le escapaba, el detective Feller recogió a Alvin Speyer en la puerta de su hotel de Times Square y llevó al fontanero donjuán adonde había visto por última vez la furgoneta del secuestro. Siguieron por Montgomery Street bajo la autopista FDR hasta el aparcamiento del Muelle 36, donde la detective Heat esperaba entre el almacén de carga y el gran complejo de baloncesto de Parks & Rec. Raley y Ochoa querían estar allí también, pero había ido sola, pues no quería abrumar a un testigo ya bastante aprensivo con una concurrida asistencia de detectives.

Heat cruzó el asfalto hasta el informante después de que él saliera del asiento del coche y lo recibió con su más cálida sonrisa y un agradable apretón de manos. Se había echado más atrás la placa del cinturón para que él no la viera y se quedara bloqueado. Calculó que Speyer tendría entre cuarenta y seis y cuarenta y ocho años, una cara de chico malo y alegre que algunas mujeres encontraban irresistible y un cuerpo que dejaba ver que antiguamente había estado en forma, como los entrenadores de los equipos de provincias. Nikki se preguntó si la fiesta de pijamas de la noche anterior habría sido con la madre de algún jugador de fútbol o con alguna cliente afortunada y, a continuación, apartó todos aquellos pensamientos para no distraerse.

—Quiero darle las gracias por su colaboración y le aseguro, de entrada, que su ayuda quedará entre nosotros.

—Bien. Porque voy a terminar ante un juez si se sabe que yo estaba allí. Según mi esposa, se supone que yo estaba toda esta semana en East Meadow, haciendo un trabajo en un piso.

—Su secreto está a salvo conmigo. —Con el fin de alejarse del tema del adulterio antes de que él se arrepintiera, añadió—: ¿Por qué no nos describe exactamente lo que ha visto?

Speyer se masajeó su gruesa nuca.

—Claro. Íbamos a cenar al Neary's, ya sabe, ese sitio irlandés, cuando un gilipollas con una furgoneta plateada me corta el paso y frena justo delante de mí. Le toco el claxon, pero entonces veo que vienen tres tipos grandes y pienso que es mejor tranquilizarme. A continuación, veo que están forcejeando con un tipo que de ningún modo quiere ir con ellos. La señora que va conmigo dice que debemos irnos de ahí, pero mi padre era bombero, ¿sabe? Llevamos en la sangre lo de ayudar. Le digo que los vamos a seguir a ver qué pasa, nunca se sabe. Después, cuando veo que tiran a una mujer junto a la alcantarilla, digo: «Está claro, vamos a seguir a estos tíos».

Speyer describió la ruta que tomaron y Heat se alegró al ver que Randall Feller tomaba notas detrás de él, sin que le viera. Desde el East Side habían tomado la FDR en dirección sur pasando por el puente Williamsburg, entraron en South Street y, después, al sitio donde estaban ahora.

—No queríamos acercarnos demasiado. ¡Quién sabe qué cojones se disponían a hacer! O qué llevaban. Así que me detuve allí detrás, junto a la calle, para vigilar. Subieron a esa rampa de ahí. —Puso una mano plana señalando hacia una pendiente que llevaba al río East—. Después, sacaron a rastras al mismo tipo y lo bajaron a una lancha motora que les esperaba. Lo metieron dentro y se fueron.

—¿Y el hombre? —preguntó Nikki con el corazón azotándole la caja torácica—. ¿Parecía que estaba bien? ¿Herido? ¿Forcejeaba?

—No. No peleaba en absoluto. Parecía como ido. Erguido, pero esos tíos eran grandes y, prácticamente, lo llevaban de los hombros.

—¿Lo arrastraban?

—Yo diría que sí. O le habían dejado inconsciente. Tenía mucha sangre en la camisa.

Nikki sintió que perdía la sensibilidad en las manos y los pies.

Feller se dio cuenta e intervino para distraerla:

—Háblenos de la lancha.

—No hay mucho que decir. No nos acercamos, eso desde luego.

Todo detective sabe que cuando un testigo dice que no hay mucho que decir es solamente porque aún no se le ha hecho la pregunta adecuada. Randall tenía varias:

—¿Tenía algún número? ¿Quizá un nombre o marca?

—Estoy seguro de que tenía números y cosas así, pero estaba demasiado lejos como para verlos.

—¿Pudo ver de qué color era?

—Era de noche, mucho más oscuro que ahora. —Miraron hacia el este. El sol aún no había salido y había nubes bajas.

Heat había recuperado el equilibrio y entró en la conversación:

—Pero veo algunas farolas en el muelle. Siguen encendidas.

—Eh... Creo que azul. La lancha era azul.

—Bien —dijo Feller—. ¿Qué tipo de azul, Alvin? ¿Marino, celeste, claro, oscuro?

—Claro y luminoso. Como el del cielo, diría yo.

—Azul cielo.

—Sí, sin duda diría que era azul cielo. Sin techo, además. Como un esquife. Un fueraborda grande. Esa cosa se arrastraba.

—Entonces, ¿vio cómo se marchaba? —preguntó Nikki—. ¿Vio adónde iba?

—Estaba nublado, así que no la vi. Pero la dirección era como por ahí. —Estiró un brazo hacia Brooklyn.

Nada definitivo, pero más de lo que tenían cinco minutos antes.

El detective ni siquiera necesitó que se lo pidieran. Había hecho algunos buenos contactos en la Unidad Portuaria y en la Guardia Costera a principios de semana cuando seguía las pistas del kayak de Lon King y se ofreció voluntario para hablar con ellos enseguida para comprobar si había registros de lanchas y pedir a las patrullas del puerto que buscaran un esquife azul cielo concentrándose, sobre todo, en la zona desde Williamsburg hasta Red Hook.

Heat llamó para darle la descripción a Ochoa, de modo que los helicópteros pudieran cubrir el puerto, las calles y los patios traseros, por si habían remolcado la lancha y la habían guardado. El detective dijo que alertaría a las patrullas para que estuviesen especialmente alerta en su búsqueda de la furgoneta plateada en Brooklyn, por si ese había sido también su destino.

Durante el trayecto de vuelta a la comisaría, el pánico de Nikki se batía en duelo con la esperanza. Pero no había nada como una pista para recuperar la fe y agarrarse a ella. Desesperadamente.

El rey de las cámaras de seguridad había vivido días mejores. Heat entró en el cuarto de visionado desde la sala de la brigada, donde él observaba meticulosamente su copia de la grabación de la cámara del restaurante Sidecar, que de momento no había dado como resultado ninguna buena imagen de los secuestradores. La imagen congelada de su pantalla era de Rook, reaccionando con una mueca mientras las manos le agarraban por detrás. Nikki tuvo que apartar la vista de la imagen y salió apresuradamente.

Acababa de entrar en su despacho cuando el detective Rhymer le hizo una señal a través del cristal para que fuera a la sala de la brigada.

Opie estaba de pie junto a su mesa y señalaba cuatro carpetas marrones llenas de documentos marcados con etiquetas adhesivas de colores.

—Los Roach me han encargado que investigue más las finanzas de nuestros difuntos. Lon King ha dado como resultado más o menos lo que era de esperar. Grandes bajadas para cubrir las deudas de juego hasta que no había nada más. Estoy seguro de que estaba viviendo de las comisiones de su pareja, el dibujante. Con el caos informático, he tenido que recurrir a los métodos antiguos para investigar a Fred Lobbtrecht. Eso implica que tenía que ser a través de la documentación. Copias en

papel para que nada se desvaneciera en el éter. —Dio una palmada a los archivos—. Acabo de llegar de la sucursal de su banco. Muy interesante. Se trata de un tipo que ha seguido siempre con su salario de policía estatal. Sin picos hacia arriba ni hacia abajo. Nada fuera de lo normal... hasta que... —Sacó un papel de una de las carpetas y se lo mostró a Heat—. Hasta hace un mes, cuando los últimos diez años de su hipoteca son liquidados de repente.

—Eso sí que es un pico —observó Heat.

—El calcetín desaparejado, comisaria —dijo Opie, devolviéndole a Heat su propio léxico—. ¿Y de dónde se supone que saca el dinero un tipo cuya carrera ha sido la de policía del estado sin haber comprado lotería?

—No lo sé. ¿Un familiar rico? ¿Quizá de la industria del automóvil?

Por supuesto, una enorme cantidad de dinero caída del cielo nunca olía a nada bueno en la investigación de un asesinato. Pero ¿qué significaba aquello? Un gran pago único podía apuntar a varias cosas: un soborno, la compra de su silencio, una compensación para un topo entre los guardianes de seguridad o incluso una extorsión de Lobbrecht a Swift. Lo que Rhymer había sacado de aquel movimiento en la cuenta bancaria podría incluso replantear los actos de unos delatores que, de repente, habían cambiado de trabajo: una largándose a los Everglades para dedicarse a salvar a los manatíes, el otro pilotando coches rápidos y viviendo una fantasía del tipo del músico Clarence Clemons en bares de *rock* y *blues* de Brooklyn. Heat sabía que ese tipo de independencia venía o bien de un cambio de vida o bien de una entrada de dinero. Había llegado el momento de volver a investigar a los delatores para hacerles unas cuantas preguntas más incisivas sobre su compañero muerto. Y para ver si aprobaban el test del olor.

El detective Rhymer salió hacia Throggs Neck para interrogar de nuevo a Nathan Levy. La detective Aguinaldo se encargó de Abigail Plunkitt, que aún no había dado noticias desde Florida. Heat llamó al centro de la ciudad para pedir que hicieran una auditoría forense tanto de Tangier Swift como de su corporación, SwiftRageous, con la esperanza de encontrar algún pago delator que coincidiera con el dinero que a Lobbrecht le había caído del cielo. Iban a tardar un poco, le dijeron. La intrusión informática había hecho que la oficina estuviese sobrepasada, pero harían todo lo posible. Aquella respuesta burocrática le sentó a Nikki como una patada en el estómago. La vida de Rook estaba en juego. Necesitaba mucho más que una abeja trabajadora haciendo todo lo posible. Colgó y marcó el teléfono de la central de la policía para cobrarse la oferta de Zach Hamner de dar una patada en el culo de algún funcionario.

Después de eso, Nikki se dirigió al NoHo para ver qué se sabía de Fred Lobbrecht en la Universidad Hudson.

Los agentes del coche patrulla que se encargaba de la vigilancia de Wilton Backhouse

le confirmaron a Heat que el profesor estaba en el interior del edificio anexo de la Facultad de Ciencias e Ingeniería Práctica. Antes de salir, el conductor levantó un puño.

—Aguante, comisaria.

Ella le devolvió el gesto.

—Siempre.

Mientras cruzaba Thompson Street, Nikki se sorprendió de cómo había corrido la noticia, incluso cuando la intranet del departamento no funcionaba. Aquel pequeño gesto también le dio más esperanzas de que en aquella ciudad había más ojos que estaban alerta en la búsqueda de Rook de lo que ella se imaginaba.

Heat sobresaltó a Backhouse, que estaba en su despacho con la puerta abierta al pasillo mientras recogía su material para un seminario de esa mañana.

—Qué vergüenza —dijo él cuando recobró la compostura—. Me sobresalto con todo. Los ruidos y hasta una puerta que se cierra de golpe me asustan.

Heat entendía que tuviera los nervios crispados y trató de tranquilizarle.

—No pasa nada.

—¿Está de coña? ¿Habla en serio? ¿Cree que no sé lo de Nate Levy? Me llama Levy y me cuenta que un maldito dron le ha disparado ¿y usted me dice que no pasa nada? Ni siquiera les funcionan los ordenadores ¿y se supone que me debo sentir a salvo y tranquilo porque hay dos policías haciendo sudokus en un coche a la puerta?

—Estamos haciendo, todo lo que podemos para acabar con esto. —Aquel hombre tenía que calmarse para que ella pudiera intentar reclutarlo—. Ayúdeme a hacerlo. ¿Tiene tiempo para una breve charla?

Él miró de reojo su reloj de pulsera Pebble.

—Diez minutos. Tengo una clase sobre la elasticidad en los impactos y los coeficientes de compensación.

Parecía molesto cuando Heat se dio la vuelta para cerrar la puerta, pero dejó su portátil y sus archivos y se sentó en la pelota de yoga que utilizaba como silla de despacho.

El resto de la estancia parecía acogedora, pero más funcional que hogareña. La ventana que tenía detrás de él daba a un oscuro pozo de ventilación entre edificios a través de la persiana veneciana. Los tubos fluorescentes del techo iluminaban bien, pero eran demasiado brillantes para el dolor de cabeza de Nikki. Había libros técnicos llenos de papeles abarrotando las estanterías gris metálico de dos de las paredes y el estante sobre su mesa contenía los DVD de *Blade Runner*, *El Señor de los Anillos*, *Matrix* y la serie *Firefly* con un par de miniaturas de cabinas telefónicas británicas azules que hacían las veces de sujetalibros y que ella reconoció de *Dr. Who*, la serie de televisión que Rook veía de forma obsesiva. Todo ello hacía juego con su camiseta, donde podía leerse: «Los daleks lo hacen con energía dirigida». Se fijó en los carteles sin enmarcar que tenía detrás. Unos posters puestos juntos de Benedict Cumberbatch: uno como Khan en *Star Trek: en la oscuridad*; el otro como Julian

Assange, el famoso delator de WikiLeaks, un personaje que Cumberbatch había interpretado en *El quinto poder*.

—¿Dónde está su compañero, Jameson Rook? —preguntó el delator que estaba frente a Heat. Aquella pregunta la golpeó como una descarga eléctrica—. No se habrá desanimado con lo de mi artículo, ¿no? Esto tiene que salir. Hay vidas en juego, ¿lo entiende?

Heat se controló mientras escuchaba las quejas de Backhouse y pensaba quién era más consciente que ella en ese momento de que había vidas en juego. Rook estaba en algún lugar y ella ni siquiera sabía si estaba vivo. Pero tras haber visto el nerviosismo del profesor, pensó que era mejor no inquietarle con la verdadera razón por la que el periodista no estaba allí y respondió con una verdad a medias:

—No, confíe en mí. Rook sigue completamente inmerso en este artículo. —Heat quería conocer las impresiones de Backhouse con respecto a la repentina riqueza de Fred Lobbrecht, pero decidió posponer ese asunto y pasar primero a la principal preocupación de Backhouse—. ¿Puede ayudarme a profundizar más en Tangier Swift?

—¿Bromea? Hagamos un poco de perforación.

—¿Qué sabe de su relación con el congresista Kent Duer?

—¿El partidario de la industria armamentística? No mucho. ¿Por qué?

Empezó a rebotar ligeramente sobre el balón de yoga mientras Nikki le hablaba de su encuentro en The Greenwich. Cuando terminó, él vio una goma elástica que colgaba de un bolígrafo de su lapicero y la usó para hacerse una cola de caballo en el pelo mientras hablaba.

—No conozco los detalles, pero esto es todo lo que necesita saber: Tangier Swift es un arribista. Su única razón para levantarse por las mañanas es superar el legado de Steve Jobs. Está empalmado con la idea de expandir su impacto tecnológico en todas las plataformas posibles, así que estoy seguro de que está haciendo contribuciones a la campaña con ambos puños para conseguirlo. Con Tangier, todo tiene que ver con su ego.

La mirada de Heat pasó de Wilton Backhouse a su póster de Julian Assange. Concluyó que el director ejecutivo de SwiftRageous no tenía el monopolio del narcisismo.

—Puede que esto sea algo delicado, pero necesito hacerle unas preguntas sobre Fred Lobbrecht —dijo ella.

Él dejó de tocarse el pelo y la miró con expresión cautelosa.

—¿Sí...?

—Hemos revisado sus cuentas y hay pruebas de que el señor Lobbrecht de repente ingresó dinero el mes pasado. Mucho dinero.

La expresión de Backhouse pasó de la cautela a la de sorpresa por la revelación.

—Joder... —susurró.

—¿Qué sabe usted de esto?

—Dios, es justo lo que Nate sospechaba. Levy creía que habían untado a Fred Lobbrecht.

Mientras ciertos recuerdos revividos parecían cruzar por el rostro del joven profesor, Nikki abrió su cuaderno de espiral.

—Explíqueme por qué Levy creía eso.

Su pregunta le paró en seco y Backhouse sacudió ligeramente la cabeza.

—No quiero entrar en eso. No es nada. Olvide lo que he dicho.

—Wilton, míreme. ¿De verdad cree que voy a olvidar lo que ha dicho?

Esperó y dejó claro que seguiría esperando lo que hiciera falta mientras él se balanceaba arriba y abajo en su elástico asiento.

Por fin, parpadeó.

—No quería meterme en eso, pero entre Lobbrecht y Levy hay algo sucio —dijo con un suspiro de resignación.

—¿Cómo de sucio?

—Muy sucio. Fue por un tema de solidaridad, sobre si el Grupo de Disidentes debíamos seguir con nuestra denuncia. Fred se había mostrado de lo más entusiasta y después, de repente, dijo que echáramos el freno. Nathan se enfadó muchísimo y acusó a Lobbrecht de estar en el ajo. Freddy le dio un puñetazo y Levy le amenazó con matarle, después de todo lo que habían pasado y habérsela jugado juntos.

—¿De verdad que Nathan Levy amenazó con matarlo?

—Palabras textuales.

—¿Alguien más presenció aquello?

—Lobbrecht. Pero está muerto. Levy, por supuesto. Y Abigail Plunkitt. Abby tuvo que ayudarme a separarlos. Pregúntele. No creo que lo haya olvidado.

—¿Y dónde fue? ¿En Forenetics?

—¿En el trabajo? No, joder.

Heat recordó su entrevista con Backhouse después del ataque del dron en Washington Square.

—Suenan a que usted, Lobbrecht, Levy y Plunkitt estuviesen juntos en un mismo lugar. ¿Fue durante su Cumbre de Disidentes en Rhinebeck? Usted dijo que las cosas se pusieron difíciles ese fin de semana.

Asintió.

—Tiene buena memoria.

—Es la de usted la que me interesa. ¿Me puede repetir cuándo fue eso?

Backhouse entrecerró los ojos y miró los paneles acústicos del techo.

—Hace seis... o siete semanas.

—¿Fue en esa pelea cuando Nathan Levy se hirió en la pierna?

—Ya se lo he dicho, fue una pelea seria. —Backhouse dio unos golpecitos en su reloj con el dedo y se levantó para ir a su seminario.

—Una cosa más antes de que se vaya. —Nikki sacó su iPhone—. Mire estas fotos y dígame si reconoce a estos tres hombres.

Echó un rápido vistazo a cada uno de los rostros que ella le enseñaba: Timothy Maloney, no. Joseph Barsotti, no. Eric Vreeland, no.

—¿Está seguro? ¿Necesita más tiempo?

—La verdad es que no. No me suenan.

—Me interesa especialmente este —dijo ella levantando el retrato de Eric Vreeland. Nikki se guardó lo de su vinculación como facilitador de Tangier Swift, pero sí le contó otra cosa—: Han visto a este hombre en los alrededores de la casa de Nathan Levy tras el ataque del dron.

Una mirada de preocupación nubló el rostro de Backhouse.

—¿Y este cabrón anda por ahí? ¿Por qué no le arresta?

—Le interrogamos. Su..., eh..., abogada consiguió que le soltaran.

—Son ustedes unos ineptos. —Volvió a coger su portátil y sus papeles y abrió la puerta—. No está consiguiendo que me sienta más seguro, ¿lo sabe?

A continuación, miró el pasillo y se fue antes de que Nikki pudiera darle una respuesta. También porque no tenía ninguna que fuera realmente buena.

Lo primero que hizo antes de entrar en el ascensor fue mirar sus correos electrónicos y mensajes por si había algo sobre Rook. El paso del tiempo hacía que sintiera una nueva punzada de preocupación a cada hora. Saber que se estaba haciendo todo lo que se podía no era suficiente. Durante el trayecto de vuelta, Nikki cerró los ojos en busca de tranquilidad, recordándose a sí misma lo que ella y los Roach habían dicho en la sala de la brigada, que seguir investigando los homicidios era lo mismo que buscar a Rook, porque estaba convencida de que estaban relacionados, aunque no sabía seguro en qué sentido.

Armada con la nueva información de la amenaza de muerte de Levy, Heat marcó el teléfono de Inez Aguinaldo para que le preguntara a Abigail Plunkitt sobre el incidente de Rhinebeck. Mientras sonaba el teléfono, la comisaria decidió que, tuviera o no presupuesto de la comisaría para ello, metería a la detective en un avión hacia Florida esa misma tarde si la testigo seguía sin dar señales desde los Everglades.

Cuando la detective Aguinaldo respondió, había en su voz un tono de urgencia.

—Justo estaba sacando el teléfono para llamarte, comisaria. Abigail Plunkitt no está en Florida. Está aquí, en Nueva York. Muerta.

El agente de tráfico reconoció el coche camuflado de Heat cuando se detuvo, así que, sin tener que identificarse, señaló a Nikki un sitio delante de la furgoneta del forense en la calle Tres Este, en el barrio de los Alphabets. Una policía custodiaba tranquilamente la entrada del edificio de apartamentos, una estructura de ladrillos normal y corriente insertada entre una lavandería y un gimnasio de crossfit que anunciaba su gran inauguración. La agente saludó a Heat con un movimiento de cabeza cuando la comisaria entró en el escenario del crimen. Tras subir cinco plantas del viejo edificio sin ascensor, Heat salió por una puerta de servicio que estaba abierta y daba a la azotea.

Al otro lado de la amplia superficie —que había sido pintada de blanco siguiendo la reciente tendencia ecológica— Lauren Parry y un equipo de la oficina del forense habían instalado su centro de trabajo junto a la víctima. La detective Aguinaldo estaba con ellos tomando notas. Nikki se detuvo para realizar su habitual ritual de respeto y homenaje y, después, dejó que sus ojos absorbieran la zona a medida que se acercaba al cadáver.

Cada escenario de un crimen es peculiar a su modo. La duradera impresión que había dejado Abigail Plunkitt desde atrás no era la de estar muerta, sino la de una mujer que simplemente estaba sentada en su silla en la terraza, disfrutando de las vistas del Lower East Side. Esta sensación de tranquilidad la intensificaba la copa de vino tinto en el extremo de la mesa de teca que había junto a ella y el Kindle que yacía en su regazo. Pero cuando Heat dio la vuelta para verla de frente, todo cambió. La sangre seca formaba una línea que caía desde un pequeño agujero entre sus cejas por encima del puente de la nariz. Aquel río de color óxido recorría el canal que se formaba entre la mejilla derecha y la fosa nasal, y continuaba alrededor de la boca hasta la mandíbula y, después, bajaba por la garganta sobre su camiseta de color amarillo claro, donde se había absorbido y extendido por la llovizna de hacía dos noches formando una mancha de óxido. En ese aspecto, aquel escenario del crimen no tenía nada de original.

—La misma causa de la muerte que la de Lon King en el río —observó Heat.

La doctora Parry levantó la vista hacia ella desde su posición arrodillada junto al cadáver.

—Normalmente, te pediría que no te apresures a sacar conclusiones, pero no puedo decir que no esté de acuerdo.

—Sin embargo, tendrás que hacer tus comprobaciones.

—Las haré. —La forense se puso de pie y se acercó a ella—. Ahora mismo me interesas más tú.

—Gracias.

—¿Alguna novedad? —A continuación, estudió la expresión de su amiga y lo dejó ahí—. Vale, pero si necesitas cualquier cosa... Lo que sea. —Con la compasión

suficiente como para no insistir, Parry se centró en el examen preliminar de Abigail Plunkitt—. Claramente es de calibre pequeño, una única herida de bala, igual que con King. Basándome en su estado, he realizado un rápido análisis de campo y veo claros residuos de pólvora. El laboratorio lo dirá de una forma más definitiva y probablemente revele restos de metal.

—Por tanto, es otro disparo a poca distancia.

—Apuesto a que sí.

Nikki hizo un giro de trescientos sesenta grados y, a continuación, agachó la cabeza para examinar el regazo de la víctima.

—Encontrarás residuos de lubricante en la pantalla de ese Kindle.

—Ya lo he visto.

Heat miró el estado del cuerpo, cuya hinchazón y palidez revelaban que había transcurrido un largo tiempo.

—¿Cuál es tu cálculo aproximado de la hora de la muerte?

—Me la voy a jugar, Nikki. Diría que lleva tres o probablemente cuatro días.

—El mismo día que Lon King.

—Bastante aproximado.

Heat miró a la detective Aguinaldo.

—Supongo que ya sabemos por qué no contactábamos con ella.

—Hemos mirado en su apartamento y en su coche y hemos preguntado a sus amigos.

Nikki se quedó pensando un momento.

—Entonces, supongo que hemos descubierto algo. —Lo dejó ahí. Inez se estaba poniendo nerviosa. Heat no necesitaba el análisis posterior de la nueva detective—. Sigamos adelante. Lo que necesitamos saber ahora es si Nathan Levy es la siguiente víctima o nuestro principal sospechoso.

El informe telefónico del detective Rhymer desde Throggs Neck volcó la balanza hacia esa idea.

—Casi me hacen papilla al venir aquí —dijo—. Voy conduciendo por Schurz, casi a una manzana de la casa de Nathan Levy, cuando un 450 tuneado avanza a toda velocidad hacia mí en dirección contraria. He dado un volantazo y también él en el último segundo y no hemos chocado por un centímetro. He visto que Levy era el conductor y he empezado a maniobrar para girar cuando el coche que le vigila ha pasado a toda velocidad a mi lado y casi me deja un recuerdo en el parachoques de atrás.

El pulso de Heat se aceleró. «Todo empieza a moverse, quizá por fin consiga alguna respuesta», pensó.

—¿Hace cuánto tiempo ha sido?

—Diez, no, once minutos. Ha llevado al coche de policía al Neck y los ha hecho

meterse en una calle sin salida del Soundview Terrace. Levy casi vuelca al dar el giro, pero los agentes se han quedado encajonados. Para cuando han conseguido salir, había desaparecido. Un conductor de pruebas que conoce el terreno. Supongo que de esa forma es como uno termina haciendo *Fast and Furious*. —Nikki recordó el físico de Levy, apropiado para ese tipo de trabajo, y pudo imaginárselo realizando esos derrapes acelerados en cualquier lugar y a la velocidad que quisiese—. He llamado para que salgan patrullas en su busca, claro —añadió el detective—. Aunque a estas horas puede estar en cualquier sitio.

Los pensamientos se agolpaban en la cabeza de Nikki y uno de ellos apareció con más claridad.

—Informa a esas patrullas. Llámalas por radio para que no lo arresten. Si le ven, que le sigan. Si Levy está implicado en la desaparición de Rook, puede conducirnos hasta él.

—Recibido.

—Y en el momento en que le vean quiero que me lo notifiquen. Quiero estar allí, ¿entendido?

Ahora que Levy parecía un posible sospechoso, Raley y Ochoa estaban ya investigando su pasado. Realizaban llamadas intentando buscar en su pasado alguna estancia en la cárcel o algún arresto.

—Mientras estáis en ello, un tipo que conduce de esa forma ha tenido que cometer alguna infracción —dijo Heat cuando volvió a la comisaría—. Buscadlas, incluso multas de aparcamiento, ahora que caigo. Mirad en qué direcciones le han pillado. Quizá haya algún patrón de algún barrio o distrito donde suela ir.

—Nos ponemos a ello —respondió Raley.

Ochoa chasqueó los dientes.

—Es frustrante. Si la base de datos funcionara, podríamos buscar estas cosas en un momento. En lugar de ello, vamos a tener que llamar a un montón de jurisdicciones y esperar a que hagan ellos las búsquedas.

Heat se quedó mirándolo.

—Pues eso es lo que vamos a hacer, Miguel. Lo que haga falta.

—Mira lo que acaba de llegar de balística. —El detective Raley se levantó de su mesa con un informe impreso.

Nikki atravesó rápidamente la sala en dirección a él mientras a cada paso su voz interna no dejaba de suplicar: «Por favor, que sirva de algo; por favor, que sirva de algo...».

—Es de la bala encontrada en el marco de la puerta del garaje de Nathan Levy —dijo él—. Un calibre 38.

—¿No es un 22? —preguntó ella—. A Lon King lo mataron con un 22. El examen preliminar de Abigail Plunkitt también dice que es un 22.

—Igual que con las balas del dron que encontraron en Washington Square —añadió Ochoa—. Pero Levy dice que le disparó el dron. Eso se sale del patrón, si se trata de un calibre 38. Lo que significa que cambiaron el arma de su dron...

—O que miente y que él hizo el disparo —añadió Raley.

Heat levantó el sobre, que, a juzgar por todas las marcas que tenía, parecía que llevaba en circulación desde hacía tiempo. Leyó la fecha de entrega y el pecho se le incendió lleno de rabia.

—¡Esto ha tardado dos días en llegar a nosotros! Maldita sea, si llegamos a conocer esta discrepancia hace treinta y seis horas, podríamos haber cogido a este tipo. Ahora... —arrugó el sobre y lo lanzó a la basura—, ahora mismo. Que alguien averigüe si Nathan Levy tiene algún arma registrada, sobre todo del calibre 38.

De vuelta en su despacho, llamó al detective Feller, que estaba patrullando la costa en una Zodiac que había pedido a la Unidad Portuaria. Había estado toda la mañana realizando unas lentas labores de reconocimiento en Long Island y se le había ocurrido ponerse las pilas y buscar en el Canal de Gowanus, que es donde le encontró Nikki, mientras recorría la dársena de la calle Cuatro del canal de Brooklyn, sin ningún resultado hasta el momento. Con la metedura de pata de los de balística aún en mente, volvió a preguntarle si había buscado el esqui en el registro de embarcaciones.

—Afirmativo. Del registro se encarga el Departamento de Vehículos a Motor y aún siguen contando con su tecnología, pero no han encontrado nada. También me he puesto en contacto con Nueva Jersey, Connecticut y Rhode Island. Tampoco han encontrado nada allí. Al menos por ahora. Por supuesto, siempre puede ser que no esté registrado o que lo hayan robado. Si el Centro de Información de Delitos en Tiempo Real estuviese en funcionamiento, podríamos comprobarlo más rápido. Pero unos colegas de la Unidad Portuaria están en ello.

—¿Cuánto más te queda por cubrir?

—No sabía que había tanta zona ribereña en esta ciudad —contestó—. Va lento, pero estoy en ello. La recorreré a nado si hace falta.

Nikki daba vueltas por su despacho, frustrada, asustada, desesperada por hacer algo más que tener paciencia y esperanzas. Pero ¿qué podía hacer? En su mente se agolpaban imágenes de Rook atacándola desde todas direcciones. Dónde podría estar. Qué estaba haciendo. Qué le estaba pasando. Si estaría vivo. En lugar de ayudarse a sí misma, lo único que hacía era hundirse más en su propio torbellino de angustia y especulaciones.

—Basta —dijo en voz alta—. Déjalo ya.

Lo que Heat necesitaba era sentirse útil. Y ocupada. Si se tratara de un partido de béisbol, ¿qué bases no se estaban cubriendo? Todas lo estaban ya. Lo que le faltaba eran resultados. Se dejó caer sobre su silla y puso la cara entre las manos para aislarse y poder pensar. Lo que cualquier detective hace es seguir la pista más clara. ¿Qué era eso que Randall Feller acababa de decir? La lancha. Ahí fue la última vez que se vio

a Rook. Pero con ochocientos kilómetros de costa que tenía la ciudad de Nueva York, aunque se excluyera todo menos Queens, Brooklyn y el Bajo Manhattan, seguía siendo un pajar donde encontrar una aguja. Suponiendo que el bote siguiera estando en el agua y no lo hubieran remolcado al interior. O fuera del estado. Si tenían suerte con el registro, podrían rastrearlo. Pero ¿cuánto tiempo tardarían?

Apretó los puños contra las sienes. «Piensa, Nikki, piensa. Cuando la pista importante está al final de un rastro poco probable y la tecnología que siempre utilizabas como soporte se desmorona, ¿qué se puede hacer?». Pensó en su entrenamiento de combate. «Cuando estás desarmada, atrapada o superada en potencia, ¿cuál es la estrategia?

»Abrazarse al obstáculo».

Se puso de pie, cruzó su despacho y asomó la cabeza a la sala.

—Llamadme si surge algo.

Raley levantó los ojos de su mesa.

—¿Adónde vas?

—De vuelta al colegio —contestó Heat.

A lo largo de sus años de instituto, Nikki Heat había llegado a estar de ocho a diez horas a la semana en el lugar más tranquilo del mundo, la Sala de Lectura Rose Main de la Biblioteca Pública de Nueva York. Una catedral de libros, pensaba ella entonces. De pie en la entrada, mirando el interior de la enorme Sala Norte, con sus largas mesas de roble y sus lámparas de metal rodeadas de paredes en las que se alineaban metros y metros de libros, eso mismo pensaba ahora. Heat sabía que muchos grandes de la literatura, desde Singer a Doctorow, habían trabajado en silencio bajo aquel techo de quince metros de alto lleno de frescos. También sabía que el verdadero poder del ala de investigación, ahora llamada Edificio Schwarzman (lo mismo de antes, pero con nuevo nombre), procedía de los bibliotecarios que catalogaban las publicaciones, buscaban respuestas, traían los materiales y aconsejaban a lectores, escritores, aficionados, expertos y chicas adolescentes que solo querían saber.

Carolyn Jay, que había sido una inspiración y una guía espiritual para la Nikki adolescente, se había vuelto un poco más delgada y sus rasgos más angulosos, y tenía más sal que pimienta en el pelo, al contrario que la última vez que se habían visto, pero aquellos ojos alegres sobre su sonrisa burlona no habían cambiado, ni siquiera tras aquellas gafas, que también eran algo nuevo. Cuando Carolyn vio a Nikki y rodeó el mostrador de madera oscura del puesto de información, se abrazaron como viejas amigas y fue la bibliotecaria la que hizo que se giraran varias cabezas por hablar demasiado alto durante su alegre saludo.

—Vamos a mi despacho, donde no molestemos a nadie —dijo con fingida indignación.

La sala que había tras la pesada puerta de roble con el cartel de «Solo personal autorizado» estaba tal cual Heat la recordaba: una estancia llena de mesas, más pequeña, pero no diferente a la de la comisaría Veinte. Un lugar común para un montón de trabajo y una esporádica intimidad, con ocho escritorios iguales dispuestos de cara a la pared. La señora Jay seguía ocupando el mismo lugar, congelado en el tiempo. El mismo único estante de libros sobre la cabeza, la misma lámpara, el mismo vaso de plástico lleno de agua al lado del lapicero. El ordenador, más actualizado, ocupaba menos espacio en el escritorio, pero eso era todo. Heat empezó preguntándole por el ordenador.

—¿Tienen problemas con internet como nosotros?

—Sí. Es una verdadera locura. Todavía recuerdo mi primera búsqueda por internet. Tom Wolfe quería comprobar unos datos de magnates inmobiliarios en Atlanta. Te acostumbras a recibir respuestas con golpear una tecla o pulsar un ratón. Y de repente me veo obligada a volver a hacerlo a la antigua usanza. A decir verdad, a mí me encanta mi tecnología.

—Pero apuesto a que sigue teniendo sus antiguas habilidades.

—¿Quién dices que tiene habilidades? —Se rio y, a continuación, se tomó unos segundos para observar a Nikki—. Imagino que esta no es una visita de cortesía.

—Necesito su ayuda, señora Jay.

—Por supuesto, ya lo sabes. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Buscar una lancha.

Si Carolyn Jay se sintió amilanada por el encargo, no lo mostró. Nikki le enseñó las notas de su cuaderno donde estaba la descripción de la lancha de color azul cielo que había hecho el testigo fontanero que había seguido a Rook y a sus secuestradores al Muelle 36. La única vez que la bibliotecaria vaciló fue cuando vio el nombre de Rook y su situación. Se quedó mirando a Nikki y comprendió la gravedad de todo aquel asunto sin necesidad de decir nada. A continuación, se puso manos a la obra. La señora Jay hizo fotocopias del cuaderno de Nikki y tomó algunas notas aparte en unos trozos de papel que había sacado, como hacía siempre, del reverso en blanco de hojas impresas recortadas.

Llevó a Nikki por el pasillo de paredes de mármol hasta la sala 217 para enseñarle lo que iba a hacer, pero nada más entrar en el depósito de catálogos su móvil sonó. Era el detective Ochoa. Salió al pasillo para no molestar a los investigadores y contestó.

—Voy para allá —dijo.

Carolyn estaba junto a la puerta y le preguntó si se encontraba bien. Tenía un buen motivo para preguntar. Nikki tenía aspecto de todo menos de estar bien.

—Lo siento. Tengo que... Asuntos policiales. —Salió rápidamente y sus pisadas resonaron sobre los escalones de mármol. En el vestíbulo, su andar apresurado se convirtió en una carrera a toda velocidad. Tenía que llegar al río East, donde alguien había visto el cadáver de un hombre en el agua.

Cuando llevaba dos manzanas recorridas en dirección este desde la biblioteca, Heat tuvo que concentrarse en respirar. El viaje de quince minutos hasta el río le pareció algo de otro mundo, un trayecto mudo hasta las mismas puertas del infierno, aislada de todo estímulo exterior. Heat conducía con las manos húmedas sobre el volante; sentía que los pulmones le ardían y le pareció que, debido a algún problema en su corteza cerebral, los mensajes que aparecían de razonamiento y buen juicio estaban siendo mal transferidos mientras la amígdala de su cerebro le proporcionaba impactos a toda velocidad de oscuridad primigenia bajo un cartel de «Próximamente», imágenes aleatorias de una película *snuff* que la llenaba de miedo y desesperación.

Una de las ruedas delanteras de Heat golpeó el bordillo del lado derecho del camino de entrada que cortaba la acera que había bajo el puente de Queensborough. El agente de tráfico que controlaba la entrada al carril de servicio de la calle Sesenta hizo una mueca de dolor al escuchar el golpe. Nikki rebotó en su asiento, pero no notó ni el golpe ni la reacción. Subió por la pendiente asfaltada que pasaba por debajo del puente y, después, tras llegar a lo alto, bajó por el otro lado de la empinada rampa. Dejó el coche junto a la valla de un parque para perros sin molestarse en cerrar la puerta. Deseando llenar de aire sus pulmones y succionando los labios con fuerza entre los bordes de los dientes, Nikki pasó caminando junto a dos ambulancias, un camión de bomberos y una furgoneta del Equipo de Búsqueda y Salvamento Urbanos hasta llegar a la barandilla de hierro negro, donde se abrió paso entre los primeros agentes de los servicios de emergencia a tiempo de ver a un par de buceadores con sus trajes de neopreno tratando de sujetar un arnés de flotación al cadáver a unos treinta metros dentro del agua revuelta.

La cabeza y los hombros del cuerpo seguían sumergidos y Nikki se inclinó hacia delante desde la cintura con las manos apoyadas en la fría barandilla metálica, como si acercarse quince centímetros más le sirviera para recibir mayor información. Entrevió la vestimenta, una especie de ropa deportiva, y se aventuró a creer que no era el cuerpo de Rook el que flotaba allí. A menos que se hubiese cambiado (o le hubiesen cambiado) y se hubiera quedado sin el abrigo y la maldita camisa de vestir que llevaba la noche anterior. Debía ser otra persona. Tenía que serlo. Por favor, que así fuera. La corriente había provocado una rotura en los asideros de cemento de los pilares del puente. La espalda del cadáver emergió entre la espuma de la superficie y dejó ver la piel oscura y una reluciente cabeza calva o afeitada.

El alivio de Heat porque no se tratase de Rook casi la hizo caer sobre las piedras del pavimento y necesitó agarrarse a los tubos metálicos cuando sintió que se mareaba y que las rodillas le flaqueaban. Tras recomponerse, Nikki dio las gracias en silencio mientras veía cómo arrastraban al hombre muerto hacia una de las Zodiac que había allí. Una segunda lancha apareció al lado para ayudar con la recuperación del cadáver y, mientras lo levantaban, las zapatillas de atletismo de la víctima emergieron del agua embarrada con un luminoso reflejo de color verde neón. Nikki

había visto recientemente unas zapatillas como aquellas, unas New Balance Zante, y durante la milésima de segundo que tardó en hacer memoria, reconoció el rostro de Sampson Stallings cuando la cabeza le colgó hacia delante durante el traspaso a la lancha de la policía.

Doce horas después, sola a la luz de una única vela menguante, Heat puso a todo volumen la canción *Stay* de Rihanna y volvió a llenar el vaso de chupito que tenía al borde de la bañera con un poco de Patrón. Se sirvió torpemente, gracias a una combinación de un ángulo del brazo poco óptimo y el nivel de alcohol en su sangre. Nikki rebosó el vaso y el líquido se escurrió por el lado hasta que el tequila llegó a la bañera, provocando un suave chisporroteo de burbujas rompiéndose.

Había empezado con una sola copa de vino cuando llegó a casa, pero a la tercera, con la que vació la botella, Nikki había dejado a un lado el menú de comida a domicilio de Rosa Mexicana y decidió que no tenía sentido cenar unas enchiladas suizas sin tequila, pero aquel tequila estaba muy bueno sin las enchiladas. Esa noche, todas las decisiones que estaba tomando Nikki eran malas, pero continuó haciéndolo.

El trauma por el miedo a que hubiesen sacado a Rook en Sutton Place la había vaciado por dentro, dejando sus emociones desparramadas en un maldito revoltijo. Su alivio, aunque profundo y agradable, se derrumbó ante el nuevo impacto de descubrir que el compañero sentimental de Lon King había dejado su ejercicio diario a medias en el carril peatonal del puente de Queensborough y, según varios testigos, se subió a la barandilla, se santiguó y dejó que la gravedad le lanzara hacia delante con los brazos a los lados. La autopsia indicaba que tenía agua en los pulmones, así que no fue la caída lo que le mató. Nikki sabía que tampoco había sido el río, sino el pesado dolor de una pérdida insoportable.

Heat se sumergió bajo la espuma de lavanda hasta que no pudo seguir conteniendo la respiración, no para plantearse nada, sino solo para ver qué debió sentir Sampson Stallings.

Si, definitivamente estaba tomando malas decisiones.

Sonó el móvil y Nikki salió de la bañera dando un salto de delfín en un acuario, desnuda, para cogerlo. Había tenido la intención de dejar el teléfono a mano por si había noticias sobre Rook, pero había temido que se le cayera al agua. En lugar de eso, en medio del revoltijo de su borrachera, los pies se le resbalaron y cayó con fuerza al suelo del baño, quedándose sin respiración y mandando el iPhone varias baldosas más allá como si fuese un disco de *hockey*.

Se arrastró hasta el retrete y cogió el teléfono antes de que saltara el buzón de voz, pero sus manos se movían con torpeza y el teléfono se le cayó, volviendo a traquetear por el suelo. Lo buscó a trompicones y, por fin, consiguió soltar un «Hola».

—Nikki, soy yo. —Lauren Parry. Por segunda vez ese día, Heat rezó por que el

motivo de la llamada no fuese que habían encontrado a Jameson Rook—. ¿Qué ocurre? Suenas como si te pasara algo.

—No. Estoy bi-bien. —Heat se encogió de dolor, esperando no haberse roto una costilla. El dolor agudo había convertido aquel «bien» en dos sílabas.

—A mí no me engañas. Te llamo porque me tienes preocupada. ¿Debo preocuparme?

Nikki no respondió. No sabía qué decir. No tenía fuerzas para hacerlo. No quería abrir esa grieta. Decidió quedarse en el suelo y se giró para ponerse boca arriba, esperando sentir la comodidad de la alfombra, pero se quedó a medio camino. Soltó un gruñido.

—Voy para allá.

—No. No, Laur. Estoy bien, de verdad. Solo... Estoy bien. Ya me conoces.

—Y por eso te llamo. Tenías muy mal aspecto esta tarde en mi despacho.

En lugar de hablar, Heat negó con la cabeza, como si Lauren pudiera verla, aunque se alegrara mucho de que aquella no fuera una llamada de FaceTime.

—Bueno, está siendo un poco estresante —dijo por fin.

—Ya me imagino. ¿Y qué estás haciendo al respecto? ¿Quedarte en casa emborrachándote?

Nikki apartó el teléfono y lo miró para asegurarse de que realmente no se trataba de una llamada de FaceTime. Empezó a decirle a Lauren que no se preocupara, que lo tenía todo controlado, pero a medida que formaba las palabras se convertían en vapor y salían siendo nada. Impulsada por el alcohol y la desesperación, Nikki empezó a llorar.

Su querida amiga hizo lo mejor que podría haber hecho en ese momento. Se limitó a escuchar sus sollozos. Uno o dos minutos después, puede que incluso cinco, cuando Nikki gimió un agudo «Perdona...», Lauren siguió sin intervenir, salvo para decir que estaba allí, que no se preocupara.

Cuando terminó de llorar, al menos esa vez, Heat se obligó a sentarse, deslizando la espalda sobre el suelo hasta que pudo apoyar los hombros en el váter.

—¿Quieres compañía, Nikki?

—¿Quieres saber qué estoy haciendo ahora mismo? Estoy mojada y tiritando porque acabo de salir de la bañera, sentada en el suelo de baño, desnuda, utilizando el váter como respaldo. Estoy algo borracha y sola y creo que es lo que necesito. ¿No te enfadas?

—No, lo entiendo.

—Porque si quieres venir como Melissa McCarthy en *La boda de mi mejor amiga* y hacerme reaccionar a la fuerza, puede que no te guste el resultado.

La doctora Parry se rio.

—No quiero eso.

—No, no lo quieres.

—Vale, muy bien. Respeto tus deseos.

—Gracias.

—Espera, espera. No cuelgues todavía. Si yo fuera a tu casa, cosa que no voy a hacer, pero si fuera en plan Megan Price a darte un azote en el culo, te diría una cosa: sé Nikki Heat. Sé fuerte. Pase lo que pase, tienes que seguir siendo positiva.

—Eso son tres cosas.

—Y puedes empezar por ponerle el corcho a la botella de vino.

—Ah, de eso hace ya una hora. Me he pasado a algo más fuerte.

—Prométemelo, Nikki. ¿Vas a hacer lo que te he dicho? Y llámame cuando quieras. Por favor.

—Oye, Laur.

—¿Qué?

—No vuelvas a llamar nunca más a este número.

Las dos terminaron la llamada riéndose, pero solo la risa de Nikki se convirtió en lágrimas.

Trató de ponerse a cuatro patas, encontró el tapón de la botella de tequila en el suelo y, a continuación, se levantó usando el lateral de la bañera como barandilla. El vaso de chupito debió caerse al agua, así que bebió directamente de la botella.

Definitivamente, era una noche de malas decisiones.

Nikki pensó a la mañana siguiente que la belleza de la resaca era lo que mejor sentaba para confundir la fuente del dolor. ¿Era por el nódulo de la cabeza que le provocó el matón con su zapato o por el golpe en las costillas al caer al suelo del baño en medio de uno de los momentos menos brillantes de su vida? ¿O era la resaca en sí? Mientras le daba un sorbo a su segundo café con vainilla del día, Heat supo dónde residía el verdadero dolor y, por esa razón, estaba en una acera de Warren Street a las siete y media esperando a que alguien le abriera la puerta del Fountain Pen Hospital.

—Le he dejado un mensaje en el buzón de voz personalmente para decirle que ya estaba arreglado —dijo Terry Wiederlight, uno de los dueños, cuando regresó del cuarto trasero con una pequeña caja de cartón del tamaño y las dimensiones de la pluma—. Siempre es un placer verte, Nikki, pero Rook estaba tan ansioso por recuperar esta Hemingway que me sorprende que no haya venido él en persona.

—Está liado con un trabajo —respondió sonriendo, quizá para convencerse ella misma tanto como a Terry—. Pero va a querer esto cuando se quede libre, eso sí que lo sé.

—Estupendo. Espero que sea pronto. Me he dado prisa con esto. Ya sabes cómo se pone Rook cuando se obsesiona con algo.

—A veces, lo único que necesitamos es una pequeña cosita para seguir adelante, Terry.

—Tienes mucha razón. Aunque esto no es ninguna cosita, ¿verdad? —Quitó el

tapón a la pluma Montblanc de edición para coleccionistas para dejar que Nikki viera la punta que le había cambiado, que era exactamente como la original: resplandeciente oro de dieciocho quilates con niquelado de rodio y grabado con filigranas decorativas alrededor del número 4810, la altitud en metros del pico más alto homónimo de los Alpes.

—Se va a poner muy contento. —De nuevo, añadió para sí misma—: Cuando la vea.

—Oye, si os vais a hacer regalos de boda el uno al otro, también tenemos otras ediciones limitadas en la serie Edición para Escritores —dijo Terry cuando ella salía—. Quizá el Agatha Christie o el Edgar Allan Poe. Aunque él no es escritor de novelas de misterio, ¿verdad?

Aunque la Montblanc iba protegida en exceso con plástico de burbujas, Nikki llevaba el paquete en la mano como si fuese un recuerdo frágil y empezaba a preocuparle que todo aquel recado fuese producto de alguna fantasía ilusoria, como si ella fuese una especie de señorita Havisham, salida del *Grandes esperanzas* de Dickens, que se aferra a una pluma en lugar de a un decadente vestido de novia. Se tratase de un gesto positivo de esperanza o de un ejercicio de pura negación, ir a por la pluma de Rook supuso para ella una afirmación de su vida ante la ausencia de hechos. No solo tenía que hacerlo. Necesitaba hacerlo. Por ahora.

Por muy animosas que hubiesen sido las bienintencionadas palabras de Lauren Parry, la verdad es que no supusieron más que un pequeño empujón. La verdadera llamada de atención que hizo que Nikki superara aquel bache emocional llegó en la cama esa mañana y partió de ella misma. Apareció en el mismo apartamento, la misma habitación y la misma cama donde, más de una década antes, había comenzado otro ascenso, una lucha por salir de las profundidades de un agujero infinito tras el asesinato de su madre. En aquel entonces, Heat se había llegado a dar cuenta de que no solo bastaba con ser positiva. Tenía que *hacer* cosas positivas.

Las acciones conllevan un poder enorme, incluso, a veces, místico. Y en aquel comienzo del nuevo milenio, después de que Nikki hubiese superado una semana perdida y triste envuelta bajo aquellas mantas, la decisión de hacer algo en lugar de seguir regodeándose la había llevado a convertirse en agente de policía. Hoy, su acto de salvación era proteger la pluma estilográfica de Rook. Quizá no se tratara de una elección vital tan enfática como cambiar de rumbo para convertirse en detective en lugar de actriz pero, en cierto sentido, no era tan distinto. Las dos hacían las veces de escalones de hormigón. Donde sí había acertado la doctora Parry había sido al decirle que siguiera siendo Nikki Heat.

Nikki Heat era acción, no regodeo.

En la segunda planta del aparcamiento cerca del Ayuntamiento, cuando desactivó desde la distancia los cierres de su coche y abrió la puerta, oyó que un hombre

pronunciaba su nombre en voz baja desde algún lugar de la rampa. Dejó la bolsa de Fountain Pen Hospital en el asiento del conductor y se giró, agachándose entre su coche y el que había a su lado y apoyando la mano sobre la empuñadura de su Sig Sauer.

Esperó mientras escuchaba.

Los únicos sonidos procedían de los coches que pasaban por la mañana por Broadway y el molesto zumbido de la parpadeante lámpara que había a la entrada de la escalera. A continuación, lo volvió a oír, con voz calmada, comedida y directa.

—No va a necesitar esa pistola, comisaria. Se lo prometo. —El eco contra el cemento de aquel espacio cavernoso hacía difícil determinar su situación. Heat retrocedió agachada contra la pared por si estuviera justo encima de ella. No tenía sentido darle más oportunidades—. En todo caso, yo no le aconsejaría que la sacara. No sería bueno.

Se arriesgó a hablar con él, esperando que se dejara ver o que le diese una pista de su situación.

—¿Es eso una amenaza?

Pasó todo un minuto antes de que él volviese a hablar y, para entonces, ya había cambiado de sitio. Ahora estaba más cerca, pero su voz calmada seguía difusa entre las reverberaciones del espacio, desafiando cualquier intento de calcularlo desde su lugar de defensa, donde estaba agachada entre dos motores.

—No he venido para amenazarla ni hacerle daño. He venido a hablar con usted sobre Jameson Rook.

El estómago de Heat alcanzó el ciclo de centrifugado. «Mierda —pensó—, ¿está muerto? ¿Ha venido a decirme que Rook ha muerto?». Nikki controló el deseo de salir a la rampa para tratar de ver a aquel hombre. O de arrestarlo. Si él sabía algo sobre Rook, quería saberlo... ahora.

—¿Qué pasa con Rook? ¡Dígame! —En contraste con el tono comedido de él, la explosión de ella denotaba ansia e impaciencia. Porque eso era lo que sentía.

—He pensado que le interesaría. Y ahora veo que tengo su atención. Lo cual es bueno, porque lo que le voy a decir es muy importante. —Hizo otra pausa. Se tomaba su tiempo, dirigía el juego a su modo y eso ponía las cosas más difíciles para Nikki, que se enfrentaba a un pulso a velocidad turbo y se preguntaba qué coño estaba pasando—. Debo advertirle que deje de extralimitarse en su caso de homicidio. No solo está tratando de llegar a sitios adonde no debería ir, sino que hacerlo puede resultar perjudicial para el señor Rook.

Sus palabras supusieron para Heat una bofetada de alarma y esperanza.

—Dios mío... —murmuró—. Está vivo. —Sin poder evitarlo, se puso de pie de un salto y gritó—: ¿Está vivo? —No obtuvo respuesta y esta vez gritó lo bastante fuerte como para que su voz volviera a ella en aquella caverna de cemento—. No me joda. ¿Rook está vivo?

Otra pausa y la voz llegó desde más lejos, cuando aquel impávido barítono con un

cierto acento —¿de Oklahoma, quizá?— volvió a hablar:

—Le insisto en que escuche. Sé que esto es muy difícil porque va en contra de su formación y, si somos sinceros, de su implicación emocional.

—Joder, dígamelo. ¿Está... vivo?

—Sí... Hasta ahora —respondió él con el mismo tono suave.

Su maquinaria de policía se puso en marcha. Si aquel tipo decía la verdad, si Rook no estaba muerto en alguna alcantarilla con una bala en la cabeza, este hombre podría conducirla hasta él. Salió de entre los coches y volvió a gritar:

—¿Quién es usted? —Nikki cogió su iPhone y escribió un mensaje con su situación y un código 10-13.

Él se rio.

—¿Qué prefiere? ¿Qué le parece «señor Jones»? ¿Le sirve eso?

En el momento en que terminó el mensaje y pulsó la tecla de envío, el señor Jones volvió a hablar:

—Veo que solo nos queda un momento aquí, así que permítame dejárselo lo más claro posible. Si continúa insistiendo en este asunto y sigue por ese camino por el que va, va a poner en peligro la vida del señor Rook.

—Si está vivo, demuéstremelo. Déjeme hablar con él. ¡Déjeme verlo! ¡Lléveme con él!

—No me está escuchando. Y está suponiendo que yo tengo el control de la situación. Estoy tratando de hacerle una advertencia clara. A menos que quiera hacerle daño o algo peor, retírese.

El corazón de Heat se aceleró. Parecía que el hombre se estaba marchando y ella necesitaba hacer todo lo posible por seguir hablando con él, tanto para sacarle información como para entretenerlo hasta que llegaran refuerzos.

—Si no tiene usted el control, ¿quién lo tiene? —Esperó, pero no hubo respuesta. Nikki se esforzó por escuchar con atención, suponiendo que él, una vez más, estaba cambiando de lugar—. ¿Y dónde lo tienen? ¡Hábleme! —Seguía sin haber respuesta—. ¿Y para quién trabaja usted..., señor Jones?

Su única respuesta fue el eco del golpe de una puerta en el extremo opuesto del aparcamiento una planta más abajo. Aquel sonido supuso el final de la esperanza.

Cuando llegaron los refuerzos, era demasiado tarde. Heat hizo un informe al jefe de la comisaría Uno, pero los dos sabían que una búsqueda por el barrio sin contar con una descripción física sería una pérdida de tiempo y de mano de obra. Y, por desgracia, como Heat había dejado el coche en un aparcamiento municipal, las cámaras de seguridad no funcionaban, al igual que los demás servicios a los que había alcanzado el ataque informático de Libertad para Mehmoud.

Heat intercambiaba ideas con Raley y Ochoa de vuelta en la sala de la comisaría.

—Quien quiera que fuera, es la segunda advertencia que recibo de que me

mantenga apartada. Primero, por parte del congresista Duer y ahora de este señor Jones.

—Entonces, ¿crees que este hombre de la voz misteriosa está con Duer? —preguntó Raley.

Nikki se encogió de hombros.

—Es difícil saberlo. Pero, si sigo lo que dicen mis instintos, tenía voz de agente federal. No es de Seguridad Nacional ni un espía, podía ser un antiguo agente.

—Y, por tanto, Duer ha podido externalizarlo subcontratándolo, que sepamos, a Swift o a los sirios —reflexionó Ochoa.

—Una cosa está clara. Se trataba de un profesional. Y me tenía pinchada. En cuanto envié el mensaje con mi 10-13, puso fin a la conversación. Lo cual quiere decir que tenía acceso a mi teléfono.

Raley se cruzó de brazos y la miró fijamente.

—Entonces, ¿este tipo del aparcamiento cree en serio que lo vas a dejar?

—¿O que lo vamos a dejar todos? —añadió Ochoa.

—Si lo cree, no me conoce —dijo ella—. A ninguno de nosotros.

Annette apareció en la puerta.

—Está llamando Zachary Hamner. ¿Le paso la llamada aquí o a su despacho?

Heat se puso tensa. Zach le había prometido que la llamaría en el momento en que supiera algo de Rook.

—A mi despacho —respondió ella mientras corría hacia la puerta. De camino, les gritó a los jefes de su brigada que esperaran allí.

—Heat —dijo Hamner del mismo modo que la gente le dice a la aplicación Siri que busque un contacto: como una orden. Como todo lo demás que rodeaba a aquel hombre, su tono era triste e impersonal—. No es fácil hacer esta llamada.

—Dios mío.

—Quizá quieras cerrar la puerta.

—Zach, no me tortures. ¿Es sobre Rook? Dímelo ya.

—No, no es sobre Rook.

Recuperándose de nuevo de otro golpe en las costillas, oyó cómo tapaba el teléfono y le decía a otra persona que devolvería la llamada en tres minutos, que había una cosa que tenía que hacer. Nikki estaba demasiado aliviada como para sentirse insultada al saber que no era más que una entre tantas de las tareas pendientes de otra persona.

Él destapó el auricular y volvió a la conversación.

—Esta es la situación: Te llamo para preguntarte qué te parecería dimitir de tu cargo. —Nikki estiró el cable del teléfono por encima de la mesa para poder cerrar la puerta—. ¿Sigues ahí? —preguntó él.

—¿Dimitir?

—Te he dicho que no era una llamada fácil.

—Mucho menos para mí —replicó ella—. Solo llevo una semana en el puesto. Ni

siquiera eso.

—Sí, pero estoy recibiendo presiones porque dicen que hay algunos problemas. Soplos. ¿Quieres que te los enumere? —Apenas hizo una pausa. La pregunta era retórica—. No informar a la cadena de mando sobre los casos importantes. Molestias a personas relevantes de la comunidad con reuniones. No cumplir con el proceso del control estadístico del CompStat..., el CompStat, por el amor de Dios..., saltándote la reunión semanal. En tu propia comisaría hay dudas en cuanto al liderazgo debido a tu aparente falta de compromiso para nombrar a tu sucesor como jefe de la brigada de homicidios. Y pasas demasiado tiempo por ahí trabajando en los casos en lugar de mandar a tu gente a que se pateen las calles y te informe, que es lo que debería hacer una buena gerente. ¿Sigues conmigo?

—Te escucho, sí. Pero no estoy contigo. —Tambaleándose como estaba al oír que el mismo hombre que se había tomado la molestia de ofrecerle sus condolencias y todo su apoyo ahora cedía a las presiones y la exprimía, Heat consiguió, aun así, mantener la cabeza fría. Cuando había aceptado el puesto, sabía que implicaba enfrentarse al aparato cada cierto tiempo, así que consideraba aquello como una primera prueba. Habría preferido que no hubiera ocurrido, pero ahí estaba. Si Nikki le respondía con quejas o a la defensiva, estaría acabada. Así que ofreció una resistencia profesional, es decir, le devolvió la pelota a su tejado—. Tú y tus amigos de la central me estáis enviando mensajes contradictorios. Un jefe dice que siga con el caso para que él pueda informar al comisionado y luego tú me dices que no delego lo suficiente. ¿Quieres liderazgo? Desde mi liderazgo, he tomado la decisión de saltarme esas reuniones para seguir los avances de la investigación del doble homicidio que el jefe de detectives me ordenó personalmente que dirigiera. Eso es lo que estoy tratando de hacer ahora mismo. Pero pasa una cosa, Zachary. No solo estoy dirigiendo mi comisaría lo mejor que puedo, también estoy haciendo lo imposible por salvar la vida de un hombre y voy a seguir haciéndolo. Si alguien quiere que me vaya, yo no voy a renunciar. Puedes echarme y, después, ver las consecuencias cuando la prensa se entere. Y sabes que será así.

En el breve intervalo que siguió, Heat se sintió encantada al escuchar que se aclaraba la garganta al otro lado del teléfono. Puede que Zach Hamner, primer asistente administrativo del director adjunto de asuntos jurídicos, no estuviese acostumbrado a la resistencia de modestos jefes de comisaría.

—Bueno —dijo por fin con un tono menos parecido al del tiburón que controla la reunión—, veo que tendremos que estudiar más el asunto.

—Esto no es más que un montón de gilipolleces y lo sabes. —Decidió sacar algo de aquella fastidiosa llamada formulándole la pregunta que estaba deseando hacerle —: ¿Quién te ha enviado para ver si dimito de mi cargo? ¿De dónde viene esto? ¿Quién está tratando de sacarme de este caso?

—Eso es absurdo.

—No tal y como lo veo yo, Zach. ¿Quién?

—Que te quede clara una cosa: no hay nadie que esté intentando ponerte trabas para una rápida conclusión de este caso.

—Rápida. Eso suena mucho a Swift, ¿no?

Él no hizo caso al comentario.

—Simplemente aquí, en la central, había la preocupación de que te pueda estar resultando difícil seguir el ritmo de tus obligaciones, dada la distracción.

—¿La distracción? —Heat estuvo a punto de perder la compostura, pero mantuvo la tranquilidad, pese a estar furiosa—. Si vas a considerar mis esfuerzos por poner fin al secuestro de un ciudadano en las calles de Nueva York, sea cual sea mi relación con él, como una distracción en lugar de como la propia definición de mi trabajo como agente de policía, necesitas salir un tiempo de ese mundo onírico administrativo y respirar un poco de aire del mundo real. Y puedes empezar por dejar de mirarte culo.

Nikki colgó.

A continuación lanzó la máquina de escribir contra la pared, provocando que varios rostros de la sala se giraran hacia ella. Mientras tenía la atención de todos, fue hasta la puerta para hablar.

—Raley, Ochoa, reunión en el panel con la información de los asesinatos. Ahora.

Si alguna vez hubo ambigüedad en su determinación, aquel tercer intento de sacarla del caso no hizo más que endurecerla. Su única esperanza era que su obstinada perseverancia no estuviese sellando la condena de su prometido.

Puede que fuese la primera vez en la historia de la ciudad de Nueva York que un fontanero atravesara Manhattan en un convoy de vehículos policiales. Pero Alvin Speyer, el *arreglatuberías*, como le habían apodado en la sala de la brigada, interrumpió su cita extramarital para que la comisaría Heat lo recogiera en la rotonda de entrada de su hotel de Times Square y lo llevara entre luces estroboscópicas y sirenas detrás de un par de motocicletas de la policía hasta la acera entre Paciencia y Fortaleza, los famosos leones de mármol de la sede principal de la Biblioteca Pública de Nueva York.

Lo primero que notó Heat cuando se reunieron con Carolyn Jay en su despacho de la segunda planta fue que llevaba la misma ropa que el día anterior.

—No es la primera vez que me quedo toda la noche —dijo la bibliotecaria con un guiño salaz y burlón—. Por suerte, me llevo bien con los de seguridad y han arreglado la cafetera de la sala de descanso.

—Pero ha avanzado algo, ¿verdad? —preguntó Nikki tratando de ir al grano sin mostrarse irrespetuosa con la mujer que había estado en vela toda la noche para ayudarla.

—Es un proceso, ¿de acuerdo? La interpretación de los catálogos no es como la biblioteca cartográfica, donde las respuestas a todas las preguntas se encuentran en un

mapa. Pero he avanzado lo suficiente como para pedirte que trajeras al señor... Speyer, ¿es así? Entra y permite que te enseñe por qué necesitaba que viniera.

Era tan temprano que la señora Jay tenía la oficina para ella sola, así que acercó dos sillas de las mesas que tenía al lado.

—Deja que te explique cuál ha sido mi trayectoria. Seré breve, lo prometo. El tiempo es oro, lo sé, Nikki. Por eso me he dedicado a ello por completo. No es tan fácil con el sistema digital averiado, no hace falta que te lo diga.

—Le agradezco mucho el esfuerzo, señora Jay.

—Bueno, guárdate los aplausos hasta que veamos si ha habido algún resultado. —Se cambió las gafas por las otras de lectura que tenía colgadas de una cadena del cuello y cogió un cuaderno amarillo con rayas lleno de abreviaturas, acrónimos y códigos con su caligrafía de método Palmer—. La clave de todo esto, gracias a la buena colaboración del señor Speyer, estaba en centrarse en la procedencia de esa lancha. Por la descripción, una de madera de cinco metros y medio, ¿verdad? Por favor, diga si es así.

—Sí —contestó Alvin Speyer.

—Menos mal. —Regresó a sus notas—. Las búsquedas necesitan de premisas. La mía era que las lanchas de madera son tan retro y necesitan de tanto mantenimiento que, al igual que los entusiastas de los bólidos, cualquier propietario estaría orgulloso de su embarcación y se juntaría con otros aficionados del mismo parecer. Eso me ha llevado hasta la sala 217, al otro lado del vestíbulo, para mirar el *Diccionario de asociaciones* y el correspondiente catálogo de boletines informativos que se guardan allí. Eso es lo que he estado mirando. He pasado varias horas consultando el *Oxbridge Directory*, el *Benn's Media* y otros en busca de boletines, filtrados por esta región, de asociaciones que ofrecen sus servicios a propietarios de pequeñas embarcaciones de madera. Me he elaborado una pequeña lista y he ido abajo, a Microformatos, donde he sacado los boletines anuales de cada organización de los últimos cinco años, un límite arbitrario, pero me parecía una franja de tiempo razonable dadas las circunstancias. He seguido y seguido hasta ver la Gran Regata del Norte del Estado, que se celebra cada año en Queensbury (Nueva York).

Nikki abrió su propio cuaderno.

—¿Y ha encontrado algún contacto con quien podamos hablar?

—Esa era mi intención. Pero he encontrado esto. —La señora Jay sacó dos fotocopias de la carpeta marrón y las sostuvo sobre su pecho—. Son copias que he hecho de los boletines de las regatas de 2010 y 2012. ¿Recuerdas lo que he dicho de que las lanchas de madera necesitan mucho mantenimiento? Hay numerosos anuncios de empresas de reparación y restauración y les gusta alardear con fotos de su trabajo. —Colocó después ambos anuncios boca arriba sobre su mesa para que ellos lo vieran—. Señor Speyer, ¿podría ser alguna de estas lanchas la que vio la otra noche?

Si no hubiesen estado tan concentrados en el par de anuncios, a Heat le habría hecho gracia ver el modo idéntico de hacer la pregunta de la bibliotecaria y un

detective al mostrar unas fotografías policiales a una víctima. Una era de una empresa de restauración de barcas de madera de Glen Cove, en Long Island, que mostraba unas fotografías en mosaico, como las de *La tribu de los Brady*, todas granulosas de un Penn Yan de 1962 en las que aparecía un intraborda eléctrico y un esquife ligero azul claro de cinco metros y medio equipado para un motor fueraborda. La otra empresa estaba situada cerca de Paterson (Nueva Jersey) y su anuncio mostraba solamente una embarcación, una única fotografía de una barca de cinco metros inmaculadamente restaurada, también azul claro y también preparada para un motor fueraborda.

Alvin Speyer se inclinó sobre las dos hojas.

—Eh...

—Por supuesto, podría haber llamado a estos sitios yo misma, pero en vista de lo que hay en juego aquí, no he querido arriesgarme —le dijo la bibliotecaria a Heat mientras él cogía cada hoja para mirarla más de cerca—. Yo no soy detective.

—A mí podría haberme engañado —replicó Nikki.

Carolyn Jay se ruborizó.

—Bueno, tengo más de *Miss Marple* que de Nikki Heat.

—Esta —dijo Speyer. Levantó en el aire uno de los anuncios.

—¿Está seguro? —preguntó Heat—. Sabe que podría no ser ninguna de las dos.

—No, definitivamente esta. Tiene el mismo cuadro de mandos central de color blanco y el mismo volante cromado. ¿Y ve esas líneas acampanadas del añadido para fijar el motor en la popa? Nunca lo he visto antes en una barca. Me dio ganas de tener una cuando la vi. —Golpeó la hoja con el dedo índice—. Esta. Estoy seguro.

Con un gesto de agradecimiento a la bibliotecaria, Heat sacó su móvil y llamó al número que aparecía en el anuncio.

El propietario de Restauraciones Marinas Neil's de Glen Cove (Nueva York) no necesitó buscar en sus registros el esquife azul cielo, porque, al igual que ocurría con todas las barcas de allí, había trabajado en su restauración personalmente. La lancha había llegado junto a otras pequeñas embarcaciones dañadas cuando pasó el huracán Irene de 2011 y le gustó tanto el resultado de su trabajo que colocó una fotografía en sus anuncios un año después. Una vez que Neil estuvo seguro de que Heat era quien decía ser, fue a sus libros para buscar la dirección del dueño del esquife.

—Por cierto, en realidad no es azul cielo —dijo él antes de colgar—. En el sector se conoce como celeste pálido.

Media hora después, el detective Feller, ataviado con un gorro flexible de pescador, una caña y aparejos para completar su disfraz, entró con su ballenero desde el canal de Red Hook a la dársena de Brooklyn's Erie. Traqueteó lentamente por la cala artificial, fingiendo estar tan interesado en las gaviotas y las nubes cargadas como en su verdadero punto de atención, que era el embarcadero. La empresa de

barcazas que hizo el pago de la reparación del esquife estaba situada en una ensenada de Beard Street, justo al oeste del nuevo Ikea. Evitó el estrecho canal para no levantar sospechas, apagó el motor y se quedó flotando en la dársena, lanzó su anzuelo y dejó que su mirada siguiera el chapoteo, que era siempre en la dirección del muelle. Tras lanzar varias veces, dejó la caña de pescar en la borda y cogió su teléfono con aire despreocupado. Heat respondió al primer tono.

—Ya tengo tu esquife azul cielo —dijo el detective.

Randall Feller continuó vigilando de forma discreta por si acaso le estaban observando, pese a que había tomado precauciones y había cubierto todas las bases, como si de un partido de béisbol se tratara. Como a Heat le quedaba al menos media hora de camino desde el centro, la prioridad fundamental era vigilar bien para ver todo lo que pasaba en Channel Maritime mientras echaba la red por el perímetro del muelle para que nadie se escabullera. Lo más difícil de aquella tarea era no ser sutil. Si lo hacía mal, llamaría la atención de los malos y además espantaría a sus cómplices si, por ejemplo, habían salido hacía poco a por una *pizza* y estaban regresando con ella.

El primer objetivo de Feller era desembarcar en tierra. Rápidamente, tres barcos de la Unidad Portuaria respondieron a su llamada por radio y formaron una barrera, manteniéndose fuera de la vista del astillero. Esto le daba libertad para recoger su anzuelo y atravesar la dársena traqueteando en dirección a su coche, que estaba en el aparcamiento de Ikea, cuatrocientos metros al este.

Vio a Heat justo cuando ella llegaba a la base de operaciones que el teniente Marr había instalado ya a la vuelta de la esquina, una manzana al norte de Van Dyke, en el descuidado aparcamiento de un almacén deteriorado. La primera llamada de Nikki tras recibir la confirmación de Feller de que había visto la lancha fue a Marr, para pedir al veterano agente de los Servicios de Emergencia que dirigiera el asalto. Aunque este trabajaba para la comisaría Ciento Ocho de la ciudad de Long Island, ella había tenido anteriores experiencias con él y, ante la posibilidad de que Rook estuviese cautivo allí dentro, quería contar con el mejor: un profesional de carácter sereno que dejara pocas cosas al azar y consiguiera resultados.

—¿No deberíamos sacar a los espectadores que pueda haber antes de empezar? —preguntó Feller.

—Ya lo hemos hecho, detective —respondió Marr con una sonrisa.

—Yo acabo de pasar, pero no he visto a nadie.

Los avejentados ojos del teniente estaban entrecerrados, lo que le daba una expresión afable.

—Eso es bueno. Podemos relajarnos.

Debió notar la tensión de Nikki, así que se puso manos a la obra abriendo un piano de la ciudad sobre el capó de su coche. Cómo había conseguido la Unidad de Servicios de Emergencia elaborar un plano de estrategia con marcas de distintos colores para indicar la contención, el despliegue y las contingencias en menos de treinta minutos, mientras venían desde Queens, la dejó desconcertada. Pero con todo aquello, junto con la calma que Marr ya les había transmitido a ella y a Feller con su comportamiento ligeramente militar, Heat supo que había tomado la decisión correcta al llamarle.

—Podemos hacer interceptaciones en tierra y agua. Detective Feller, usted ya se

ha ocupado del puerto. Lo que he hecho es colocar unidades en estas intersecciones. —Sacó un bolígrafo Cross plateado y lo usó como puntero—. Nuestros cuellos de botella son la calle Beard con Dwight, Beard con Van Brunt y Richards con Van Dyke. Algunos comandos itinerantes se colocarán en Coffey Street entre Otsego y Conover. —Dio tres golpes con el dedo sobre el papel—. Nadie va a escapar de aquí sin un propulsor como esos del agente 007 —dijo guiñando un ojo a Nikki—. Eso ocurrirá un día de estos. No creo que sea hoy.

—¿Y hay ayuda por aire? —preguntó ella.

—Solo en caso de emergencia. El helicóptero atraería a los medios de comunicación. No queremos eso. Hay un Bell 429 haciendo su patrullaje rutinario a menos de dos minutos de distancia, en Cobble Hill. Si necesitamos un helicóptero, lo tendremos, y rápido. —Volvió a su mapa—. Así es como vamos a hacerlo. En color verde, el BearCat aparcado detrás de nosotros va a entrar por la valla principal, que está cerrada con candado. Por esa razón creó Dios los BearCat. Al mismo tiempo, nuestros otros vehículos de asalto llegarán a esta valla de la parte este, donde se desplegarán algunos equipos desde el tejado por encima de la concertina con colchonetas y escalerillas plegables. La Unidad Portuaria va a enviar dos lanchas por el canal para desplegar oficiales y evitar una huida por el agua. Cada uno de los equipos que lleguen a la puerta, salten la valla y suban por el canal tendrá su objetivo. —Nikki se inclinó hacia delante mientras él apuntaba cada uno de los puntos, que había señalado con distintos colores—. El despacho prefabricado, el almacén, la barcaza uno, la dos e incluso la furgoneta y el esquife, por si el señor Rook está en cualquiera de ellos. —Al notar la respiración de Nikki, añadió con tono resolutivo—: ¿Sabe qué? Si está aquí, vamos a sacarlo, comisaria.

Heat abrió su maletero y se puso el chaleco antibalas y, mientras se aseguraba las lengüetas, la invadió una amarga melancolía provocada por el recuerdo de Rook, del que siempre se burlaba porque se colocaba un chaleco que llevaba grabada la palabra *PERIODISTA* en lugar de *POLICÍA* y dos medallitas doradas bordadas, una por cada uno de sus Pulitzer. Heat habría dado lo que fuera por tenerlo allí vistiéndose a su lado en lugar de estar equipándose ella sola para rescatarlo.

Se guardó la tristeza en el bolsillo de atrás. No solo había llegado el día en el que había que estar positiva, sino también el momento.

Heat y Feller se agacharon detrás de un pequeño contenedor, cada uno con una rodilla sobre el suelo en una calle donde habían reaparecido los viejos adoquines redondeados después de que el asfalto más reciente se hubiese desgastado. Las piedras erosionadas, símbolo de abandono o nostalgia, dependiendo de cómo se mirara, seguían por debajo de la puerta principal de Channel Maritime y a lo largo de su muelle, que se extendía unos doscientos metros hacia la dársena de Erie. La escena en el interior de la propiedad era tal y como Randall la había descrito desde su puesto

de vigilancia en el agua.

Un par de barcas de carga con aspecto desaliñado, cada una de cuarenta y dos metros de eslora, estaban amarradas al muelle, donde los cabos rodeaban unas cornamusas gigantes. Entre ellas, un cabo más pequeño salía desde debajo de una lona manchada que tenía la forma de un esquife que se balanceaba con la suave marea. La barca no era visible desde el punto de observación de Heat, pero Feller había confirmado que había visto un trozo de color azul cielo asomando por debajo de la lona de camuflaje. Unas viejas vigas, el esqueleto de viejos barcos, formaban una pila junto al almacén con la fachada de ladrillo, una reliquia de la época dorada del transporte en Red Hook, antes de que los contenedores se llevaran el negocio a Perth Amboy. Más cerca de ellos, un tráiler con una oficina prefabricada con el tejado combado se situaba lo suficientemente cerca de la acera como para haber recibido las pintadas de iniciales y rostros malvados a través de la valla metálica. En el otro extremo del tráiler, Heat podía ver el capó de una furgoneta plateada que sobresalía, sin matrícula. Oyó el aleteo de una bolsa de plástico que se había quedado enganchada del borde superior de la valla y ondeaba con la brisa primaveral que venía del agua. A continuación, el BearCat se puso en marcha y las cosas empezaron a moverse.

Tras un suave crepitar, el auricular de Nikki se llenó con el sonido tranquilizador de la voz del teniente Marr: «Adelante el verde». Ella y Feller sacaron sus pistolas y se agacharon tras el vehículo blindado con el equipo de la Unidad de Operaciones Tácticas. El BearCat no aceleró, no tuvo que mover un músculo. Por encima de su envolvente zumbido se oyó un agudo sonido metálico y Heat vio que la puerta se abría por delante a la izquierda de ella, golpeando contra la valla y rebotando para después volver a chocar de nuevo, un simple acero de nada mientras el vehículo negro avanzaba hacia delante.

La incursión se desarrolló como la sinfonía que el teniente había compuesto: un segundo BearCat aparcó en paralelo a la valla del este y desplegó una catarata azul oscura de profesionales de los Servicios de Emergencia por encima de la concertina que aterrizaban en el interior de la propiedad; dos Zodiac de la Unidad Portuaria levantaban estelas de agua por el canal y se detuvieron junto a cada barcaza y el esquife para descargar agentes; el grupo de Heat se desplegó, la mitad hacia el almacén de la derecha y los demás, incluidos Heat y Feller, quedándose bajo la protección del vehículo al otro lado del vulnerable campo abierto entre la entrada y el largo tráiler.

—Ventana —dijo Feller.

Heat ya había visto el movimiento. Alguien dentro de la oficina modular había apartado la persiana para mirar y la había cerrado. Se balanceaba, doblada y sucia, contra el cristal empañado.

—Equipo Alfa, acción en el tráiler —dijo Heat por radio.

Para su alivio, Marr respondió de inmediato:

—Equipo Alfa, no abran fuego. Repito, no abran fuego. No sabemos quién está dentro.

La puerta se abrió de golpe y un hombre grande salió a toda prisa saltando por encima de la barandilla que había junto a los tres escalones para abalanzarse sobre la enorme puerta que había tras el equipo. Justo cuando Heat lo reconoció como uno de los hombres que había raptado a Rook, él sacó una pistola de su espalda.

—¡Un arma! —gritó Nikki. El hombre disparó una ráfaga que impactó contra la placa blindada que había delante de ella.

—No disparen hasta que se haya apartado de esa barraca —ordenó el teniente. Heat y su equipo fueron hacia el otro extremo del vehículo para protegerse y esperar.

—¡Policía, deténgase y tire su arma! —gritó el altavoz del BearCat. El hombre no hizo caso de aquella orden y aumentó la velocidad en dirección a la puerta, donde avanzaba la retaguardia de la policía. El hombre levantó su pistola para disparar. Una vez alejado de la estructura, el equipo soltó una descarga sobre él que lanzó su cuerpo contra la valla metálica y, después, al suelo, tiñendo de rojo los viejos adoquines.

El agente de apoyo apartó el arma del muerto de una patada e hizo una señal hacia su equipo de que estaba limpio.

—A los de dentro del tráiler —dijo de nuevo el agente por el altavoz—. Policía de Nueva York. Están rodeados. Lancen fuera sus armas y salgan con las manos en alto. —El conductor pisó el acelerador de aquel monstruo como para añadir un incentivo. No hubo respuesta.

Esperaron.

Pero no mucho. Mediante señales con las manos, el equipo Alfa se colocó en formación con un grupo tomando posiciones tras un bloque de lastre junto a los escalones y el otro dispersándose hacia el hueco que había entre la furgoneta plateada y el otro extremo del tráiler. Heat se había unido a la brigada tras el cubo de hormigón justo cuando avanzaron hacia la puerta con un ariete. Ella esperaba al fondo de los escalones y, en medio de la carga con el ariete, justo antes del impacto, oyó cristales rotos.

—¡La ventana de atrás! —gritó Nikki y corrió hacia la puerta de fuera.

Heat llegó a la acera justo cuando otro hombre enorme, el mismo que había tratado de lanzar un penalti con su cabeza, había sacado las piernas por la ventana de atrás y empezaba a escalar la valla.

Si sintió el dolor de la concertina, no lo demostró. Subió por encima de ella y se dejó caer para aterrizar con fuerza sobre su propia sangre, que había goteado sobre la acera. Fuerte y compacto, pero muy rápido, se puso de pie y empezó a correr.

—¡Policía, alto! —gritó Nikki. Él se detuvo y se dio la vuelta para mirarla, burlándose, mientras por el auricular ella oía que el tráiler estaba vacío.

Nada de Rook.

En ese instante, Heat supo que quería que ese hombre siguiera vivo. Por lo que sabía, aquel tarado era el único vínculo para encontrar a Rook. O para averiguar qué

le había pasado. Enfundó la pistola y se abalanzó sobre él.

El impacto al darse cuenta de que aquella mujer iba a por él para luchar cuerpo a cuerpo le pilló por sorpresa y Nikki pudo lanzarlo al suelo con su placaje. Él se apoyó sobre un codo y, azotando con el otro, trató de lanzar un gancho hacia ella, igual que había hecho en la Tercera Avenida. Pero Heat se agachó mostrándole un hombro y el golpe impactó con un ángulo que aminoró su energía. Heat respondió con un rápido golpe del talón de la mano sobre sus fosas nasales y se oyó el sonido de unos huesos rotos, pero no hubo ningún quejido. En lugar de ello, se giró en el suelo para apartarse de ella y se puso de rodillas mientras acercaba una mano a la parte posterior de su cintura. En ese abrir y cerrar de ojos, Heat oyó pasos que se acercaban corriendo hacia ella y gritos superpuestos de «¡Un arma!», «¡Tiene un arma!», además de su propia voz que decía: «¡No dispare!» y le gritaba a él: «¡No!» mientras ella sacaba la suya y, en un momento de instinto o poesía o sencillamente como simple venganza, le golpeó en la cabeza haciendo que se tambaleara hacia atrás por la acera y su Glock se deslizara hasta los hierbajos del suelo.

—¡Despejado! —gritó Heat. Después, le dio la vuelta en el suelo para ponerle las esposas.

Mientras los otros llegaban corriendo, Nikki se puso de pie y se inclinó sobre su prisionero sin parar de gritarle:

—¿Dónde está?

Feller y uno de los agentes pusieron en pie al tipo y este lanzó a Heat una mirada fría por encima de su nariz hinchada, pero no respondió.

—Deja que lleve a este gilipollas a dar una vuelta —dijo Feller—. Hablará. —Y lo decía en serio. Randall tenía un lado callejero, una parte de él que era capaz de cualquier cosa en las circunstancias adecuadas.

—Nosotros no hacemos esas cosas aquí.

El comentario del teniente Marr fue más una observación que una reprimenda. Como todos los demás, sabía lo que se estaban jugando y comprendía que había una necesidad de obtener información... y rápidamente. Sin embargo, la ética del comandante de la operación no cambiaba según las circunstancias. Aun así, los ojos del detective Feller apelaron a los de Heat en silencio. Antes de que ella pudiese responder, sonaron los radios de todos ellos.

—K-Nueve Cuatro. Rehén localizado.

Heat estaba ya volviendo a toda velocidad por la acera y girando por la puerta cuando el agente encargado del perro repitió lo que había dicho. Delante de ella vio que los agentes empezaban a agruparse alrededor de la más apartada de las dos barcasas y, segundos después, Nikki rodeó la rampa de desembarco y saltó desde el muelle a la borda, para desaparecer por la escotilla abierta al interior de la bodega. Los agentes de la Unidad de Servicios de Emergencias habían encendido lámparas halógenas para iluminar las paredes metálicas que bordeaban la bodega de carga como un túnel de metro, con aproximadamente las mismas dimensiones que una

galería minera. Avanzó agachando la cabeza bajo las vigas transversales hasta donde el sargento K-9 apartaba a su perro. Cuando el pastor alemán se quitó de en medio, ella ahogó un grito.

Rook estaba sentado en el suelo con las piernas extendidas por delante de él y la cabeza caída hacia delante por encima de su camisa ensangrentada. Tenía las manos por detrás, esposadas con un armazón de acero, y uno de los agentes estaba agachado tratando de abrir el cierre. Nikki notó cómo la invadía una sensación de alivio cuando Rook oyó sus pasos, levantó la cara y sonrió.

—Creo que voy a tener que cambiarme de camisa —dijo—. Desde luego, esta no es el atuendo apropiado para ir a P. J. Clarke's.

Ella hizo reír, como siempre, y se llevó los dedos a la boca por si el brote de emoción se convertía en llanto.

—¿Estás herido?

—¿Lo dices por la sangre? Culpa mía. Cometí el error de hacerme el héroe e intenté dar un cabezazo a uno de los secuestradores. El que parece un orco. —Señaló con el mentón hacia atrás al policía—. Señor, ¿va a liberarme pronto o voy a tener que arrancarme yo estos grilletes para poder abrazar a mi prometida?

Heat no pudo controlarse más. Se arrodilló y se lanzó sobre Rook, apretándolo, para después apartarse y darle un profundo beso.

—¡Hum! Un poco como en *Cincuenta sombras de Grey*, ¿no te parece? —dijo él cuando se separaron.

—No —respondió ella con voz firme mirando de reojo a los otros policías. Y al perro—. Para nada.

—Ah, vale. —Arqueó una ceja e hizo una señal con la cabeza hacia su regazo—. Qué raro. —Después, miró a los demás—. Pero vosotros habréis visto casi de todo a lo largo de los años, ¿verdad?... ¿No?

A continuación, le soltaron las esposas y Rook pasó los brazos alrededor de ella. Se abrazaron mientras sus rescatadores se iban en silencio para dejarlos solos.

Sobre la cubierta, mientras Rook refrescaba sus pulmones con el aire del mar y dejaba que sus ojos se adaptaran a la luz del sol, el detective Feller llevó a Heat a un lado.

—¿Qué vamos a hacer con Beckham?

El matón que le había dado una patada a Heat ya tenía apodo. Al otro lado del embarcadero, los paramédicos a los que habían traído desde el centro de operaciones le estaban vendando los cortes de la concertina provocados por su intento de escapada.

—El secuestro es un delito federal —respondió ella—. El FBI querrá reclamar su jurisdicción.

—Pero ¿qué es lo que quieres tú?

—Interrogarle en persona, por supuesto.

El detective se giró para mirarla.

—Yo no veo por aquí ningún traje sin arrugas ¿y tú?

—Entonces, creo que es hora de que te apresures a llevarte a Becks al otro lado del río y le dejes esperando en nuestra sala de interrogatorios. Iré justo detrás de ti.

Randall se fue y, a continuación, se giró hacia ella caminando hacia atrás.

—¿Lo vuelvo a identificar?

—Ya ha sido suficiente. Vete.

Cuando consideró que llevaba bastante ventaja sobre la Agencia Federal, Heat llamó al agente especial Jordan Delaney para informarle de la redada. Competir por conseguir las primeras declaraciones en un interrogatorio era una cosa. El sentido del deber de Nikki no le permitía ignorar el protocolo y dejar que los agentes y los recursos siguieran ocupándose de un caso que ella ya había concluido. Delaney le agradeció la información y le preguntó cómo había conseguido encontrarle.

—La Biblioteca Pública de Nueva York —respondió ella y, después, esperó una larga pausa por parte de él.

Y la hubo.

—No, en serio —dijo después el agente.

—Es verdad. —Heat le explicó que su frustración por el ataque informático la había llevado a recurrir a una búsqueda de información de baja tecnología—. No solo recurrí a la vieja escuela. Yo también me convertí en una colegiala.

Delaney se rio y la felicitó por haber rescatado a su prometido.

—Supongo que el señor Rook está bien.

—Sí, así es. Gracias. Mientras hablamos estoy en la puerta de un Banana Republic cerca del Lincoln Center viendo cómo se compra una camisa. Una que no tenga manchas de sangre.

En Red Hook, Nikki le había ofrecido a Rook que un coche patrulla le llevara a su *loft* para darse una ducha, cambiarse y echarse una siesta. Su respuesta fue pedirse el asiento del copiloto e ir con ella a la comisaría Veinte para poder sumergirse de nuevo en su investigación.

—Entonces, no ha sido nada grave.

—Sangre de la nariz. Dice que no le han maltratado. Salvo inyectarle un sedante cuando se dirigían al escondite.

—Quiero un cara a cara con él. Un interrogatorio.

—Por supuesto. —En un intento por acelerar el final de la llamada antes de que surgiera el tema de su prisionero, añadió—: Estoy a diez minutos de la comisaría. Le diré que le llame cuando lleguemos.

—Espere, comisaria Heat. —Por el tono, ella estaba segura de que su estratagema no había salido bien—. Ha dicho que uno de los secuestradores ha sobrevivido. Quiero hablar también con él. De hecho, quiero que sea de inmediato.

—Claro. Como le he dicho, estoy llegando a la comisaría. Le llamaré. —Colgó

antes de que la conversación siguiera avanzando.

La buena noticia al haber hecho lo correcto con el FBI era que estaban ocupados haciendo comprobaciones sobre el secuestrador que había muerto en la redada y sobre Beckham, cuyo verdadero nombre era George Gallatin. La noticia no tan buena era que el agente especial Delaney no esperó a que Heat le llamara, como habían acordado. Cuando ella y Rook entraron en la sala de la brigada, él ya se había puesto en contacto con el prisionero, que estaba esposado y esperaba en la sala de interrogatorios número 1.

Rook disfrutó de una ronda de apretones de manos y palmadas en la espalda.

—Me dejás sorprendido viniendo directamente aquí después de haber sido rescatado, amigo —dijo Ochoa.

—¿Estás de broma? —contestó Rook—. No me lo perdería. Desde mi secuestro, el valor de la diversión de este caso ha aumentado enormemente. —A continuación, miró a Randall Feller—. Detective, no sé cómo agradecerle tu participación en mi rescate. Más de lo que imaginas. Y, como muestra de mi agradecimiento, quiero que tengas esto. —Sacó una bolsa de Banana Republic—. Es mi camisa manchada de sangre. —Incluso Feller tuvo que reírse.

Antes de que los federales se llevaran a su prisionero, Heat pidió a Rook que les informara de su experiencia, así la brigada podría colaborar en la decisión de qué preguntas hacer a Gallatin cuando se metiera con él en la sala de interrogatorios. Raley le dio una taza de café y Rook se sentó en la antigua mesa de Heat para contar todo lo que podía recordar desde que lo secuestraron en la calle hasta el rescate.

—No tengo ni idea de cómo sabían que yo estaría en aquel restaurante. O me estaban siguiendo desde Times Square, donde había estado en el despacho de mi editor de *First Press*, o te seguían a ti, Nikki, y simplemente esperaron a que yo llegara. El secuestro en sí fue bastante poco digno. —Giró la cabeza hacia Heat—. Oí que venías detrás de mí, pero está claro que ninguno de los dos éramos suficiente para tanta fuerza de aquellos matones. Me metieron en la furgoneta y, tras golpearme la nariz con uno de ellos, me clavaron una aguja en el hombro. Antes de quedar inconsciente, oí que uno de ellos decía: «Más vale que llames a Caballero Negro». Los detectives intercambiaron miradas de reojo.

—¿Qué?

—Rook, ¿te lo estás inventando? —preguntó Heat—, Porque ya ha habido bastante aventura sin que tú...

—¿Estás convirtiendo esto en una versión de los Monty Python? —preguntó Raley.

—Vale. En primer lugar, en *Los caballeros de la mesa cuadrada* estaba el Caballero Negro y no Caballero Negro sin más. Y no tengo ninguna necesidad de adornar nada. Claramente se trata de un nombre en clave. Una vez, mientras me tenían esposado en la bodega del barco, vi que el grande, Gallatin, llamaba a Caballero Negro desde su móvil. Utilicé un truco de viejo reportero para memorizar

el número siguiendo los dígitos que pulsaba en su pantalla. Es uno de mis talentos, como el de leer los informes de alguien desde el otro lado de la mesa.

Heat abrió una página en blanco de su cuaderno.

—Estupendo. Dame el número.

—Un segundo. —Sonrió levemente—. Se me ha olvidado. ¡Vaya! Me acordaré.

—¿Viste alguna vez a Caballero Negro? —preguntó Feller.

—Vino un tipo de visita un par de veces para hacerme preguntas, pero me pusieron una capucha. Considerando mis circunstancias, no me pareció buena idea preguntarle si se trataba del Caballero Negro.

—Cobarde —dijo Feller.

—Así que, lo único que oí fue su voz. Tenía un acento como del sur, pero no del Sur Profundo.

—¿Como de Oklahoma? —preguntó Heat.

—¡Sí! O del norte de Texas. ¿Cómo lo sabes?

—Creo que es posible que haya tenido un encuentro con él en un aparcamiento. —Miró el reloj de la pared—. Luego te cuento.

—¿Y no te han golpeado ni amenazado? ¿Ni te han metido la cabeza bajo el agua? —preguntó Ochoa.

—Parece que estás decepcionado, Miguel. No. Ese tipo, Caballero Negro o quienquiera que fuera, no paraba de hacerme preguntas.

—¿Eran sobre el soplo de SwiftRageous? —preguntó Nikki con la esperanza de que hubiese un vínculo con Tangier Swift.

—Más o menos —contestó Rook—. Preguntas como si alguna vez he visto a Swift reunirse con alguien aparte de los delatores, si sabía adónde había viajado recientemente... No sé qué era lo que trataba de saber. —Dio vueltas al café y le dio un sorbo—. Por cierto, que conste en acta: no les dije nada. —Después, sonrió a Nikki—. No sé si te has dado cuenta, pero se me da muy bien guardar secretos.

A Nikki no le gustó ver lo cómodo que se sentía George Gallatin en la sala de interrogatorios cuando ella entró. Aquel hombre musculoso estaba echado hacia atrás en su silla todo lo que sus esposas le permitían y se balanceaba sobre las dos patas de atrás mientras disfrutaba de su propia visión en el espejo.

—Le diría que tenga cuidado, porque se va a caer, George. Pero los dos sabemos que ya está condenado a una caída. —Dejó sus papeles en la mesa y tomó asiento. Becks parecía poco impresionado y concentrado en su balanceo.

Ella insistió, tratando de buscar un punto de presión. Heat no quería perder la posesión en exclusiva de su prisionero antes de que dijera para quién trabajaba.

—El secuestro es un delito de tipo B que conlleva entre cinco y veinticinco años en este estado. Añádale a eso resistencia a ser arrestado y haber golpeado a un agente de la policía. Y me arriesgo a aventurar que usted ya tiene otras muchas órdenes de

arresto que harán que su fecha de salida quede bien avanzado este siglo.

Él se dejó caer hacia delante sobre las patas delanteras de la silla, sin inmutarse.

—Esa adivinanza es porque ni siquiera tiene modo de buscarme en sus putos ordenadores, ¿verdad? No me venga con gilipolleces. No tiene nada de donde tirar.

—Señor Gallatin...

—De lo único que puede tirar es de mi polla.

Comentarios como aquel no afectaban a Heat. Tantos años en aquella habitación la habían acostumbrado a los insultos. Pero no le impedían responder.

—Por lo que he visto, primero tendría que encontrarla. ¿Por qué cree que le di una patada en la cabeza en lugar de en la entrepierna?

Divertido, se encogió de hombros y lanzó un aullido primario que hizo temblar las ventanas y, por un segundo, le hizo parecerse de verdad al orco de *El Señor de los Anillos* que Rook había descrito antes. Ella abrió su carpeta marrón y continuó:

—Su conducta de macho le va a venir bien allí adonde va. Pero estoy dispuesta a llegar a un acuerdo con usted a cambio de información.

—Me podría ofrecer ahora mismo un baile erótico y no le contaría ni de qué color era mi mierda esta mañana.

Heat había visto ese comportamiento en muchas ocasiones. A veces, lo decían de verdad; otras era una pose para mantener el control de la negociación. Ella continuó, suponiendo que se trataba de esto último.

—Estoy dispuesta a llamar a la fiscalía del distrito para pedirles su mejor oferta. Pero primero quiero saber quién le ordenó que secuestrara al señor Rook. —Como vio que se acomodaba y cruzaba las manos sobre su regazo, ella insistió—: Piénselo, George. Va a juntarse con un montón de años. —Esto hizo que él se acariciara el mentón con gesto de estar pensando. Heat pudo oír el rechinar de su barba incipiente a dos metros de distancia—. Es tan fácil como responder a unas cuantas preguntas. ¿Quién es Caballero Negro?

Esperó mientras él reflexionaba. A continuación, empezó a agitar los hombros. Nikki se preguntó si había empezado a llorar. Pero no, se estaba riendo. Era una risa áspera.

—¿Quiere saber cómo voy a arrancar un trato? —Levantó las esposas y se mordió la cadena—. Con mis dientes. —Su risa se volvió más fuerte, con roncadas carcajadas. Dejó caer las cadenas y la risa—. Puede guardarse su mierda para dársela a algún idiota. Yo no lo soy. —Gallatin se inclinó hacia delante y habló con tono despreocupado—: ¿Sabe quién me ha gustado? El tipo del FBI. Parecía un hombre agradable. Creo que voy a jugármela con él en lugar de con el hueso que usted y su fiscal del distrito decidan lanzarme. —A continuación, se volvió a reclinar en la silla—. He cambiado de idea. Ahora aceptaré ese baile erótico.

El agente especial Delaney esperaba en la sala de observación cuando Heat salió. Estaba encantado de ver el fracaso de Nikki, pero la sorprendió no siendo demasiado duro con ella.

—Mire, comisaria, yo ya he jugado muchas veces al escondite a lo largo de mi carrera. Así que lo entiendo. Sé que cree que puede sacar algo antes que nosotros. Pero ya se ha divertido. Yo tengo las de ganar.

Heat aceptó llevar ella misma a George Gallatin a la central del FBI en media hora, pero preguntó si, a cambio, podría participar en el interrogatorio. El agente soltó un suspiro.

—Voy a aceptar. Pero, en ese caso, quiero algo de usted.

—Dígalo.

—Quiero saber cómo narices ha conseguido localizar ese escondite haciendo uso de la maldita biblioteca pública.

Mientras preparaban a Gallatin para llevarlo al centro de la ciudad, Heat hizo una parada en la sala de la brigada de homicidios para ponerse al día. El detective Feller la informó de los resultados de sus investigaciones preliminares con la Guardia Costera y la Autoridad Portuaria sobre la empresa de embarcaciones. Channel Maritime, LLC, tenía varios incumplimientos de las normas de seguridad y de inmigración, pero todos ellos parecían haber desaparecido.

—Traducción: un amigo en el gobierno —dijo Rook.

Aquello tenía sentido para Heat y, por supuesto, pensó en el congresista Duer. Pero le costaba imaginar a un hombre de su posición preocupándose de sobornos a bajo nivel con una empresa oxidada.

Para asegurarse de que George Gallatin no se hacía el héroe, tres fornidos agentes lo llevaron esposado desde la comisaría al coche de Heat, que había dejado aparcado en doble fila junto a media docena de otros coches de policía de la calle Ochenta y Dos Oeste. Uno de ellos colocó la palma de la mano sobre la cabeza del prisionero para que no se golpeará cuando le ayudaban a introducirse en el asiento de atrás y le ponían el cinturón.

—¿Cómodo? —preguntó Heat, que estaba de pie en la calle con Rook.

La única respuesta de Gallatin fue sacarle la lengua imitando un cunnilingus. Uno de los agentes le dio un formulario de traspaso para que lo firmara.

—Todo suyo —dijo él mientras cerraba la puerta de atrás.

El cristal se estaba empañando con el provocador aliento de Gallatin cuando Nikki sacó las llaves.

—¿Seguro que quieres venir? —le preguntó a Rook.

Pero antes de que pudiese responder, se oyó el encendido y el motor se puso en marcha. Ella se giró y se inclinó para ver quién estaba al volante, pero no había nadie en el asiento delantero.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó Rook.

—No he sido yo. —Nikki estaba acercando la mano a la manija de la puerta del conductor cuando oyó el sonido del cierre centralizado. Tiró de ella—. No abre.

Intenta por tu lado.

Rook se apresuró a rodear el maletero hasta la puerta del acompañante y tiró.

—Cerrada.

Los dos probaron con las puertas de atrás. Entonces, el motor empezó a aumentar de revoluciones, primero con un par de rápidos acelerones y, después, otros más lo suficientemente fuertes como para que los tres agentes que estaban tras las puertas de cristal del vestíbulo de la comisaría giraran la cabeza para ver qué pasaba. Heat estaba buscando a su alrededor algo con lo que romper la ventanilla del conductor cuando su coche salió rugiendo a la calle, solo, sin conductor, quemando neumáticos a gran velocidad. Mientras se alejaba, George Gallatin se giró en su asiento todo lo que sus esposas se lo permitieron. Miró a los ojos a Nikki mientras el coche de policía seguía avanzando. Su expresión no era nada arrogante.

Ese coche de policía tenía un motor de muchos caballos y enseguida ganó velocidad dirigiéndose hacia la parte trasera de un camión aparcado a media manzana de distancia. Rook se encogió de hombros y casi se giró, aunque siguió mirando. Pero en el último segundo, justo antes del impacto, las ruedas delanteras giraron bruscamente y el coche se sacudió hacia la izquierda, mientras sus puertas laterales provocaban un agudo chirrido al rozar con el borde de la plataforma elevadora de acero del camión.

—¡Avisad para pedir unas llaves! ¡Vamos, vamos! —Uno de los oficiales estaba ya montándose en uno de los coches patrulla que estaban detrás de ella.

Mientras ponía en marcha el motor, el coche de Heat se saltaba el semáforo en rojo de Columbus. Realizó un brusco giro a la derecha a demasiada velocidad y las ruedas chirriaron y el impulso hizo que la parte trasera del coche derrapara y chocara lateralmente con los árboles que delimitaban el carril bici de la avenida.

Heat empezó a correr hacia el cruce por si el coche se había detenido. Si llegaba a tiempo, dispararía a las ruedas. Pero el fuerte retumbar del motor volvió a oírse mientras aceleraba y, después, derrapaba por Columbus, desapareciendo en medio de una nube de humo azul. El coche patrulla pasó junto a ella a gran velocidad, pero, tras pasar el coche sin conductor, la confusión y la alarma habían provocado un atasco y lo único que el agente pudo hacer fue pisar los frenos y dejar que su sirena siguiera sonando.

Cuando llegó a la esquina, Heat se subió a un tiesto para ganar altura y estiró el cuello buscando el coche. Llegó Rook y ella negó con la cabeza, sugiriendo que ya se había ido. Cuando bajó de un salto, él le pasó los brazos por encima de los hombros y se quedó mirándola.

—Esto no ha pasado.

Pero sí. Y como era la primera vez, tuvo que improvisar la forma de enfrentarse a la situación. Como era normal, se dictó enseguida una orden de busca y captura, aunque el detective Raley tuvo que repetir varias veces lo mismo ante el funcionario, que insistía en pedir una descripción del conductor. Heat solicitó dos helicópteros y los consiguió. Otro efecto del ciberataque era que no se podía localizar la señal del transmisor de su coche, así que necesitaba un helicóptero para sobrevolar la zona con la esperanza de que lo avistase. El segundo haría una vigilancia aérea de los tejados alrededor de la comisaría. Suponiendo que su coche estaba siendo controlado a distancia, quienquiera que lo estuviese haciendo necesitaría verlo de algún modo para realizar los giros, por muy chapuceros que fueran. Para cubrir posibles puestos de observación desde ventanas, una brigada de agentes y detectives estaba recorriendo la calle Ochenta y Dos llamando a la puerta de algunos edificios de apartamentos.

El humor negro no tardó mucho en aparecer en la comisaría. En el panel de anuncios del vestíbulo, alguien había colocado ya la portada de la revista *Coches* y

Conductores de ese mes, pero pintarrajeada con un rotulador que decía *Coches Sin Conductores*. Para la mente de un policía no existía el concepto «demasiado pronto».

Al final de una llamada muy incómoda de Heat al agente Jordan Delaney, quien al principio expresó su preocupación por que Heat se hubiera inventado aquella historia como una cortina de humo para retrasar la entrega de George Gallatin al FBI, él se había quedado convencido tras afirmar que aquel suceso le parecía demasiado estrafalario como para no ser posible.

—Además, a usted no se la conoce por andarse con juegos. —Después, añadió—: Tenga cuidado de que este no sea el comienzo de su nuevo legado. —Y colgó.

Por supuesto, las sospechas de Heat, al igual que las de todos los demás, se dirigían hacia Tangier Swift como el hombre que andaba detrás de todo esto.

—Pensarlo es una cosa, demostrarlo es otra —dijo Rook después de que Nikki rodeara con un círculo rojo el nombre de Gallatin en el panel de los asesinatos y dibujara un arco hacia el magnate del *software* automovilístico.

—¿Qué narices ha sido eso? —preguntó Ochoa—. Cuando esos secuestradores te pusieron esa capucha en la cabeza, ¿te quedaste sin oxígeno en el cerebro?

—En serio —añadió Feller—, ¿eres Rook? ¿Nos estás advirtiéndome que tengamos cautela?

—¿Solo porque sepa que tenemos que asegurarnos de que tenemos lo que necesitamos antes de arrestarle? ¿Creéis que no he aprendido nada saliendo con vosotros estos últimos años?

—Sí —contestó Raley, que miró a Ochoa en busca de un agradecimiento por su puñalada. Pero la otra mitad de los Roach apartó la mirada. Nikki lo vio y se dio cuenta de que, aunque habían acordado trabajar juntos, no bromeaban juntos.

—¿Y cómo ha podido pasar algo así? —preguntó la detective Aguinaldo—. Me refiero a cómo ha sido posible a nivel técnico.

—Puede pasar —dijo Feller—. Porque ha pasado.

—Esa no es una respuesta, sino una postura —observó Rook.

—Oye, si unos sirios pueden hackearnos toda la ciudad, ¿tan difícil es *hackear* un coche?

Heat no lo sabía. Pero sí sabía quién podría decírselo.

La llamada de Nikki a Wilton Backhouse pasó directamente al buzón de voz, pero él se la devolvió tres minutos después, justo cuando ella salía del baño de señoras y se detenía en el tablón de anuncios para ver lo último que habían colgado. Alguien había pegado la fotografía de George Gallatin sobre el rostro de Nicholas Cage en una imagen de *El motorista fantasma*.

—Perdone, me ha pillado en una clase. Apago el teléfono. —Ella pudo oír sus sandalias sobre el suelo de linóleo dirigiéndose a su despacho—. ¿Se sabe algo de Nathan?

—No, por ahora no. De hecho, el motivo por el que le llamaba es, en parte, porque quiero saber si él se ha puesto en contacto con usted.

—Qué va. Incluso he probado a llamarle al móvil unas cuantas veces. Nada. Debe haberse asustado cuando se ha enterado de lo de Abigail. Joder, yo también estoy asustado. Y él no es de los que oculta sus emociones, ya sabe a qué me refiero.

Heat rodeó su mesa y se sentó.

—Sí. Parecía muy tenso cuando le vi.

—¿Quién no lo estaría? —Backhouse hizo una pausa y pareció ponerse serio. Y, por primera vez con ella, se mostró vulnerable—. ¿No puede usted parar todo esto?

—Estamos en ello, créame. —Durante un instante de empatía, casi le contó la terrible experiencia que acababa de pasar con Rook, pero se controló, imaginando que no era el mejor momento para introducir un secuestro y un tiroteo en la conversación—. De hecho, usted puede ayudarnos, si tiene un momento.

—Le haré un hueco —respondió él.

Heat oyó cómo se sentaba en su mesa.

—Quiero saber si es posible *hackear* un coche.

La respiración de Wilton Backhouse sonaba sobre el auricular mientras se reía. Ella se lo imaginó sentado sobre su pelota, sonriendo.

—Está de broma, ¿no?

—¿Le parece que lo estoy?

—Entendido. —Tras una breve pausa, Nikki oyó cómo de pronto se convertía en el profesor Backhouse—. Los principios fundamentales se aplican a todos los dispositivos conectados. Es decir, que básicamente se puede *hackear* todo lo que lleve en su interior un ordenador.

—¿Y un coche...?

—Hoy en día está más informatizado que nunca. Los coches tienen sistemas que no solo les dicen de qué modo tienen que funcionar, como la dirección asistida, el control de tracción, el control de la estabilidad..., igual que el sistema defectuoso que la maldita SwiftRageous trata de encubrir. Hay airbags, control de la temperatura, también GPS, monitores de avisos, alertas del punto ciego del conductor... Se puede hacer una idea. Los coches tienen sistemas informáticos. Los sistemas están creados para ser *hackeados*.

—¿Cómo?

—Hay muchas formas. Existe un receptáculo llamado puerto OBD II debajo del salpicadero. Prácticamente, lo único que se necesita ahora es un ordenador portátil y un cable USB barato para conectarlo y lanzar un programa que se tenga instalado. Hay también un nuevo tipo de *software* de código abierto que, una vez que se entra en la conexión CAN, la Red de Controladores de Área, se puede tener acceso total al vehículo del mismo modo que los mecánicos de automóvil utilizan Servicios de Diagnóstico Unificados para hacerle una revisión a su coche. Desde ahí, se puede acceder o controlar casi todo lo que se quiera, dependiendo del *software*. Cierres,

Bluetooth, GPS, teléfono, luces, limpiaparabrisas.

—¿Y el funcionamiento del coche en sí?

Él volvió a reírse.

—¿Por qué no? —Al menos, no la llamó idiota—. Hay unos tipos listos que han estado colocando chips de rendimiento en sus propios coches durante años para aumentar el par de torsión. Con nuevos códigos se puede hacer casi de todo. Frenos, arranque...

—¿Y la aceleración y el movimiento del volante?

—¿Qué cree usted? —respondió él—. ¿Para qué quiere saber todo esto?

Una vez más, Heat se guardó sus cartas. No hizo caso a su pregunta y, en su lugar, le planteó otra muy importante:

—Y para conseguir todo esto, ¿puede hacerlo un *hacker* normal y corriente o tendría que ser alguien con conocimientos sólidos y sofisticados?

—Las dos cosas. Pero esas dos funciones superiores apuntan al último tipo. ¿Se trata de Swift?

—Solo estoy recopilando datos —respondió Heat.

—Eso se llama investigación pura. Un estudio sin ningún objetivo concreto.

—Suená bien.

—Pero no la creo —dijo el profesor.

Heat compartió después con la brigada la información que le había dado Backhouse.

—Este tipo sabe de lo que habla —dijo Ochoa—. ¿Y todos estos conocimientos sobre coches vienen directamente de su cabeza?

—Es una cabeza bastante brillante —comentó Rook.

—¡Frikis informáticos al poder! —exclamó Heat. Aunque ella se rio con los demás, se quedó pensando en un pequeño grano de arena en la parte de atrás de su cerebro. Solo por tener cubiertos todos los posibles escenarios, por muy improbables que fueran, se giró hacia el detective Rhymer.

—Opie, ¿podrías averiguar de forma discreta durante qué horas ha tenido hoy el profesor Backhouse clases en la Universidad de Hudson? Y también si estuvo presente.

—¿Quieres saber si tiene una coartada para el hackeo del coche?

—Quiero ser rigurosa. Eso es todo.

—Y después de eso averigua si puede ayudarme a colocar unos altavoces *subwoofer* en mi Chevrolet Bel Air para salir a ligar por East Rockaway —añadió Feller.

Al final del día, sin nada resuelto, pero una vez hecho todo lo que se podía hacer, Heat apoyó una mano en el hombro de Rook.

—Tienes un aspecto terrible.

—Gracias. Son las palabras que soñaba escuchar durante las terribles horas oscuras de mi cautiverio.

—Lo digo en serio. Has sumado una nueva estrellita en tu corona por el esfuerzo extra, pero vamos a sacarte de aquí.

Él no se opuso, así que Heat apagó las luces de su despacho y cogió su *walkie*. El nuevo y voluminoso accesorio de Nikki desde el ataque informático había convertido su BlackBerry del departamento en un elegante acumulador de polvo. Por costumbre, cogió también las llaves de su coche y acto seguido se rio y las lanzó de nuevo a la mesa.

—Los del departamento de automóviles te van a dar una tarjeta de fidelización si sigues así —dijo Rook, levantándose de la silla de las visitas con un audible «¡uf!». Mientras salían, pasaron por el tablón de anuncios y Nikki vio una fotografía de KITT, *El coche fantástico*, que habían añadido al *collage* satírico junto a la portada que alguien había recortado del libro *Christine*, de Stephen King.

Rook había utilizado su aplicación del móvil para pedir un coche que les llevara a Tribeca y la limusina negra con el ridículo dedo pulgar en tres dimensiones en el capó les estaba esperando cuando salieron.

—Al menos no se ilumina —dijo ella.

—Dales tiempo. Esta ciudad se va a llenar de pulgares luminosos.

Estaban hambrientos, pero como los dos deseaban simplemente olvidarse del mundo y abrazarse el uno al otro el resto de la noche, hicieron lo que todos los buenos neoyorquinos: pedir comida a domicilio sin pensárselo más. Nikki llamó al restaurante japonés Hamachi desde el asiento de atrás, pero cuando se giró para preguntar a Rook qué quería, él ya estaba adormecido sobre su hombro, así que pidió por él.

Sin decir nada, Heat y Rook se abrazaron en el vestíbulo en cuanto él cerró la puerta al entrar, una acción espontánea y magnética impulsada por la dolorosa necesidad de afirmar algo tan básico y celebrado como el hecho de estar juntos. Se quedaron allí durante un largo rato, en la oscuridad, en silencio, abrazados, pegados el uno al otro. Sus pechos se movían el uno contra el otro, sus cuerpos sentían el calor y se apretaban para recibir aún más. Era como si nada fuese suficiente, no después de los últimos dos días.

Fue necesario el timbrazo del repartidor de comida a domicilio para separarlos, lo cual hicieron solamente porque les gustaba hacer pedidos a ese restaurante y no querían ser incluidos en la lista de clientes a los que dejaban plantados solo por no abrir la puerta al pobre hombre.

—¿Qué has pedido para mí? —preguntó Rook mientras Nikki abría la bolsa y él descorchaba el vino.

—Te he pedido todo lo que llevaba anguilas y huevas.

—Odio las anguilas y las huevas, ya lo sabes.

—La próxima vez, no te duermas.

Estas pequeñas cosas, las risas en la cocina, el *sushi* a domicilio, un beso tras brindar con las copas..., los dos sabían que en realidad no eran nada pequeñas.

Mientras estaban sentados en la barra y él echaba wasabi a su *sushi* favorito, el *o-toro*, Heat le contó los detalles de su investigación. Y lo desesperada que había estado. Y lo mal que se había sentido. Y le confesó lo de hacía dos noches, cuando se había emborrachado y casi había perdido la esperanza. Él no respondió, pero se levantó de su taburete y la envolvió con sus brazos por detrás. Aquel abrazo era más profundo que nada de lo que pudiera decir.

—¿Me quedo corta si digo que esto es el paraíso? —preguntó Nikki cuando él volvió a sentarse.

—Comparemos. Yo me desperté hace dieciséis horas con las manos esposadas a la espalda en el suelo mojado de la apestosa bodega de una gabarra. Por cierto, he tomado una decisión de forma unilateral: nada de cruceros para nuestra luna de miel.

Ella dejó la copa y le cogió la mano. Él la miró y sintió que sus ojos le envolvían.

—¿Qué? —preguntó él en tono juguetón.

—Ya sabes qué.

—Sí que lo sé —Se giró en el taburete para ponerse frente a ella—. Lo mismo digo. La ausencia hace que las partes bajas se pongan más calientes.

Ella dejó la servilleta y se puso de pie sin soltarle la mano.

—Demuéstramelo —dijo.

El beso de Rook la pilló por sorpresa porque alcanzó la boca de Nikki con ternura en lugar del desenfreno que ella esperaba. Su fanfarroneo adolescente había desaparecido y había sacado a la luz al hombre indefenso que la besaba con suavidad, como si necesitara recuperar la magia silenciosa del momento interrumpido en el vestíbulo, un urgente intento de poner en práctica algún pensamiento profundo e indescriptible. Las palabras que su lengua de escritor no había encontrado buscaron otro *camino para* llegar hasta ella. Saboreándolo de nuevo, sintiendo su calor, su fuerza y su vulnerabilidad, apreciando que él supiera detener el momento y crear un tiempo y un lugar solo para los dos, provocó que explotara un pozo de calor en el interior de Nikki que hizo que el pulso se le acelerara y que la instaba a quererlo todo de él y de una vez. Como si le impulsara aquel deseo y, al mismo tiempo, indefensa, Nikki se puso de puntillas y apretó su cuerpo al de él, haciendo que retrocediera contra la barra. Rook se quedó sin respiración. Dejó escapar un leve gemido y embistió para apretarse más. Y más aún. Nikki separó la boca de la de él para tomar aire. Él susurró su nombre sobre el oído de ella una vez y luego dos, y ella volvió a buscar su boca para besarle con ansia.

No fueron caminando hasta el dormitorio, fueron transportados como si el flujo de la oscuridad los llevara volando y cayeron sobre el colchón para besarse de nuevo y, después, se detuvieron jadeantes mientras se preguntaban qué era esa cadencia bronca que había provocado su excitación y, mientras, se miraban el uno al otro, absorbiendo la energía de aquel momento y lo que sabían que iba a ocurrir después.

Aún mirándose fijamente, Rook movió su mano, explorando y buscándola justo cuando la mano de Nikki lo encontraba a él. El deseo que habían estado provocando, esa profunda ansia mortal que quería escapar de sus ataduras, cobró vida.

Después de esto, cualquier sensación de ser cuerpos diferentes desapareció.

En la nebulosa de las horas que había entre lo que es demasiado tarde y demasiado temprano, Heat y Rook permanecieron despiertos hablando. Exhaustos, agotados, pero no importaba. Ansiaban aquello tanto como hacer el amor. Nariz contra nariz en una misma almohada, él le contaba a Nikki que la imagen de su rostro le había mantenido con fuerza cuando no tenía ni idea de cuál era el destino que le esperaba durante un secuestro del que no sabía el lugar ni en manos de quién se encontraba. Durante su notoria carrera periodística, Rook ya había sido raptado y hecho prisionero. Una vez en Chechenia. Dos veces en África. En París, les había pasado a los dos una noche que fueron secuestrados en la Place des Vosges, cuando los metieron en el maletero de un coche por cortesía de un paranoico espía ruso que quería mantener una reunión secreta en el bosque a las afueras de la ciudad.

—*Bon temps* —dijo ella riendo entre dientes.

—Siento mucho el lío en el que te he metido —contestó él.

—Los dos hemos padecido nuestro sufrimiento. No es la primera vez. Tengo la sensación de que tampoco será la última.

Nikki se encogió de hombros y le apartó el pelo de la frente con la yema de los dedos.

—Estás fastidiando mi aspecto despeinado —dijo él—. Forma parte del personaje rudo y guapo que tan poco trabajo me cuesta mantener.

Nikki se rio y, a continuación, él colocó su mejilla sobre la de ella y habló sobre el suave espacio que había entre su cuello y su clavícula.

—Me gusta oírte reír.

—Siempre me sacas de mi seriedad. Por eso es por lo que te tengo cerca, por si no lo sabías.

—¿No es por el sexo?

—Forma parte del paquete.

—Te perdono el juego de palabras.

—Niño escritor. Siempre estás a la que salta. —Tras un minuto, más o menos, de silencio sintiendo cómo el pecho de Rook se movía sobre el suyo, dijo—: Tenía verdadero miedo de haberte perdido. Pensé: «¿Y si hemos visto nuestra última nevada juntos?». ¿Volvería a verte bailar moviendo el culo los sábados por la mañana al son del programa de radio *Rhythm Revue*?

—Desde luego, esa música *soul* hace que esta mina de oro se ponga en movimiento.

—¿Alguna vez conseguiríamos ir a Niza de vacaciones?

—Espera —dijo él—. Creía que habías dicho que había mancillado de por vida la ciudad de Niza por haber tenido allí un encuentro con Yardley Bell.

—¿Y crees que Yardley Bell va a dominar mi vida hasta ese extremo? ¿Eliminando mis opciones geográficas para pasarlo bien?

—Oye, tengo una idea. ¿Y si nos vamos a Niza de luna de miel? —La miró y supo lo que estaba pensando—. Vale, eso sería raro.

Levantándose sobre un codo, Nikki lo miró en la penumbra de su dormitorio.

—En fin, todo esto es lo que me hizo caer en picado la otra noche. No necesito que Joni Mitchell me diga qué es lo que tengo antes de haberlo perdido.

Rook frunció el ceño.

—Canadienses. Siempre tan serios e introspectivos. Creo que es por los largos inviernos que tienen allí. Yo prefiero hablar menos y actuar más.

—Ya lo he notado —contestó Nikki—. Es mi turno.

Lo puso boca arriba y se subió sobre él.

Tras la ducha matutina, Heat se vistió para ver las noticias del programa *Eyewitness News*, la rampa hacia *Good Morning America*, y la primera noticia era la misma que había sido durante casi toda la semana: el ataque informático que había dejado a los servicios municipales sumidos en el caos. El giro inesperado era la filtración de algún miembro de la División de Gestión de Sistemas Informáticos que había dicho que los federales reconocían su absoluta frustración por haber traído a unos locos fanáticos, *hackers* sin reformar, en un intento desesperado por encontrar la esquivia solución a aquella crisis. Haciéndose eco de lo que el FBI le había contado a Nikki unos días antes, la fuente anónima decía que cada vez que pensaban que habían encontrado la solución, el ataque cambiaba y los devolvía a la casilla de salida.

—A mí me suena esto al juego ese de golpear con un martillo a todo el que asome la cabeza —dijo uno de los presentadores.

Mientras tanto, aunque Damasco seguía negando cualquier tipo de responsabilidad, el secretario de Estado había sido visto a su llegada a París, supuestamente para mantener una reunión secreta con los sirios.

—Un vuelo demasiado largo para reiterar su inocencia —dijo Rook cuando Heat le hizo un resumen de la noticia—. Deberían decirles a todos que, para cualquier cosa que necesiten, acudan a su biblioteca pública.

Ella se sirvió una taza con lo que quedaba en la cafetera que él había preparado una hora antes.

—¿Qué narices haces ahí? ¿Inventando un sistema para ganar a la lotería? —Ante él, sobre la mesa de comedor de la enorme habitación, Rook había dispuesto hojas de papel sobre las cuales escribía números antes de tacharlos y comenzar con una hoja nueva.

—Para que lo sepas, estoy tratando de recordar el número de teléfono que vi que

utilizaba ese tarado de la barcaza para llamar a Caballero Negro. —Soltó enfadado el lápiz con un golpe—. Me está volviendo loco. —Levantó en el aire algunas de las hojas donde había reproducido los dígitos del teclado de un teléfono móvil, algunos de los dígitos. Cada página tenía huecos y tachones—. ¿Qué? —preguntó.

—Nada. Es que parece...

—¿Una locura? —preguntó con ojos furiosos.

Ella no estaba segura de si estaba de broma o no. Conocía aquella mirada obsesiva de las veces en las que no conseguía reiniciar el módem o localizar un agudo sonido mecánico en el callejón que había bajo la ventana de su despacho.

—Quizá si lo dejas...

—¡No puedo! No puedo dejarlo. —Sonrió—. Vale, eso ha sonado a loco, ¿verdad? —Ella meció la cabeza a un lado y a otro—. Sí, eso me había parecido. —Dio un sorbo a su café frío y se echó hacia atrás para intentar calmarse—. Es que siento que esto debería haberlo hecho bien.

—Estás orgulloso de tu memoria para los teléfonos, lo sé.

—No es orgullo. Bueno, un poco. Pero, en realidad, lo que quiero es dar un impulso a este artículo. —Rectificó—: Caso, quería decir «caso».

Nikki se sentó con él.

—No pasa nada. Puede ser las dos cosas. Sé que es un artículo también. Y sé que podrías conseguir otro premio Pulitzer, eso estaría bien. Podrías bordarte otra moneda de oro en tu chaleco antibalas.

Se rio al oír aquello. No sería Rook si no pudiera reconocer su propia locura.

—Sí, sí, hacemos bromas sobre los Pulitzers. Supongo que esos premios están bien. No es que no me gusten. Tengo dos, ya lo sabes.

—Eso he oído.

—Pero los premios no son el objetivo. Eso viene después. Sabes que hago esto porque quiero cambiar las cosas, ¿verdad? He sacado a la luz a traficantes de armas que abastecen a terroristas, contrabandistas de diamantes, traficantes de seres humanos... Y ahora puedo ayudar a delatar al cabrón de Tangier Swift y su tapadera. Eso significa que tengo la oportunidad de salvar vidas. ¿Cuánta gente puede decir lo mismo de su trabajo?

—Los médicos, los enfermeros, los servicios de emergencia, los asesores de llamadas de ayuda al suicida...

—Vale, sí, así es como nos reímos de mis premios Pulitzer. Ja, ja. LOL, emoticono de guiño, hashtag... Ya lo has dejado claro.

—No, si te entiendo —dijo Heat—. Y te quiero por esa pasión que tienes.

—Tú también la tienes, Nik. La compartimos. Y quiero que se cumpla. Quizá no pueda conseguir justicia para esas víctimas de accidentes, o de asesinato ahora, pero cuando salga mi artículo, no habrá más vidas perdidas.

—Pues a por ello. Y deja lo de la justicia para mí. Y si vas a insistir en apuntar números, ¿por qué no lo haces con algo que merezca la pena?

Fue a por su abrigo, que estaba sobre el taburete, y volvió con la caja del Fountain Pen Hospital. Él la cogió, le quitó la tapa y encontró su Hemingway Montblanc colocada sobre el revestimiento de fieltro. Le quitó con cuidado la capucha para ver la punta nueva y, a continuación, levantó la vista hacia ella con una mirada tierna.

—No sé qué decir... No me puedo creer que hayas tocado mi pluma buena.

Heat y Rook tenían una sorpresa esperándoles cuando llegaron a la comisaría esa mañana. Nikki vio el chándal de satén rojo tras las puertas de cristal cuando aún estaba en la acera y le susurró a Rook un «¿Qué es esto?» mientras le daba un codazo. Su curiosidad fue a más cuando pasó junto al Muro de los Héroes, tuvo una completa visión del vestíbulo y vio que no solo estaba allí el Gordo Tommy, sino que a su lado, en las sillas para las visitas, no estaba otro que Joseph Barsotti. En aquella escena, en lugar de un aprendiz de mafioso y su matón, la pareja parecía un anciano colérico y el nieto sumiso que insistía en esperar con su abuelito para asegurarse de que se montaba en el autobús correcto.

Pero la prudencia hizo que Heat buscara con la mirada algún indicio de armas además de asegurarse de que eran los únicos que estaban allí, aparte del sargento de guardia tras el cristal blindado. Desde comisarías hasta centros comerciales, ningún lugar era ya fiable para Heat, ni nadie, aunque pareciera el residente de un asilo.

—Menos mal que empiezan temprano —dijo el Gordo Tommy—. He tenido una larga noche en La Rueda y quiero acostarme.

—Señor Nicolosi. —Heat trató que su saludo fuera frío. Aún más para Barsotti, a quien ignoró. Formaba parte de su lista negra por negarse a colaborar tras haber sido tan difícil dar con él.

—Vamos, muñeca, todo el mundo me llama Gordo Tommy. —Se tiró de la tela holgada de su chándal—. Por ahora. —Se puso de pie con cierto esfuerzo y extendió los brazos hacia Rook—. Vamos, amigo, ven aquí. —Tras un cauteloso abrazo del débil anciano, Rook dio un paso atrás y Tommy le puso una mano en el mentón—. Me has tenido preocupado, ¿lo sabes? Cuando vino aquel detective para ver si yo te había secuestrado, me cagué encima. No literalmente, eso vendrá después, lo estoy esperando. ¿Te importa si...? —Señaló la llamativa silla de plástico y Rook y Barsotti le ayudaron a sentarse de nuevo en aquel molde que se ajustaba a su culo.

Heat volvió a mirar el reloj.

—¿Podemos ayudarle en algo? De lo contrario, si ha venido a ver cómo estaba Rook...

—¿Qué si puede ayudarme? Dele la vuelta, Nikki Heat. He venido para ayudarle yo a usted.

—Le escucho.

El Gordo Tommy se ajustó el ángulo de sus gafas de sol. Aquello pareció cambiar su comportamiento a la vez. El personaje sacado de *Uno de los nuestros* salió por la

ventana y la expresión del mafioso se volvió tan fría y severa que Nikki sintió un pequeño escalofrío.

—No bromeaba cuando he dicho que me cabré en cuanto supe que alguien estaba jodiendo a su novio. Rook ha sido siempre una buena persona conmigo. No hace falta que entremos en detalles, pero respeto a este hombre. Ha llegado el momento de demostrárselo. Bueno, no sé si lo que quería de mi socio tiene algo que ver con quien le ha secuestrado. Porque si es así, he venido a traerle a Joseph Barsotti con mi bendición para que colabore con ustedes.

Nikki miró a Barsotti, quien respondió asintiendo con un encogimiento de hombros.

—Bueno, se lo agradezco mucho, Gordo Tommy —dijo ella.

—¿Lo has oído? —preguntó Rook—. Te ha llamado Gordo Tommy.

—Ya era hora, joder. —Después, cuando Barsotti pasaba por el detector de metales para entrar en la comisaría con Heat y Rook, Tommy la llamó desde atrás—. Hace bien en haberse quitado aquel uniforme. Tiene usted un cuerpo muy bonito como para esconderlo.

Rook se giró hacia ella a la vez que se cerraba la puerta.

—¿No sería gracioso que esa fuera la verdadera razón por la que ha venido? Para desnudarte mentalmente. —Nikki le miró con frialdad—. Quizá sería más irónico que gracioso —dijo él—. Dejémoslo ahí.

Heat hizo una rápida parada en su despacho para tomarse un momento con el fin de idear una estrategia. Con el paso de los años había aprendido que la herramienta más potente que tiene un interrogador es contar con un objetivo hacia el que dirigirse. No quería desaprovechar esta oportunidad que se le había presentado de forma inesperada, por lo que una pausa para reflexionar sería un tiempo bien empleado. En cuanto se le ocurrió una idea, recogió las cosas que iba a necesitar para su expediente y, después, fue a hacer una rápida comprobación de cómo iba todo.

La detective Aguinaldo había conseguido dar con algunos de sus antiguos compañeros de la Policía Militar de la Base Aérea de Creech.

—Uno de mis colegas ha recordado un incidente con un piloto llamado Timothy Maloney. Le habían llamado para que investigara una denuncia por abusos sexuales y descubrió que aquel soldado había estado espionando a la agente. ¿Sabes con qué? Con un dron de aficionado. No se presentaron cargos, porque Maloney declaró que había perdido el control del aparato. De todos modos, lo despidieron del club de aficionados a los drones de la base.

De esa forma, quedaba confirmada la información de Yardley Bell de que Maloney no había sido piloto de drones de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos, pero sí que le había picado el gusanillo de los aviones no tripulados en Creech. La pregunta que se le planteaba a Heat era si había dejado aquel pasatiempo en Nevada o

si se lo había llevado hasta Nueva York... con consecuencias letales.

Raley la informó de que se había avistado por la noche una camioneta que se correspondía con la descripción de la 450 de Nathan Levy en el aparcamiento de la Terminal Aérea de la Marina de La Guardia. El departamento de policía de la Autoridad Portuaria lo comprobó y vio que estaba registrado a nombre de una empresa de comidas de Edison (Nueva Jersey). Tanto George Gallatin como el coche robado de Nikki seguían sin aparecer y la orden de busca y captura continuaba en pie.

El detective Rhymer confirmó el paradero de Wilton Backhouse el día anterior, lo cual no sorprendió a Heat.

—Sí que es cierto que el profesor tenía una clase en la Universidad de Hudson y que acudió a ella a la hora que dijo. La clase era sobre, atención, «velocidad, giro coeficiente de fricción y ángulo de impacto». —Levantó la mirada de sus notas—. Parece el título de una película porno.

—Quizá en Virginia —respondió Heat con una sonrisa.

Si llega a tratarse de otra persona que no fuera Joseph Barsotti, escoria profesional, Heat habría preparado una entrevista más informal en el emplazamiento algo más relajado de la sala de juntas. Pero una vez que había entrado en su lista negra, resultaba complicado sacarlo de ella. Así que, tras un cacheo para asegurarse de que le quedaba claro que no se trataba de una visita de cortesía, ella y Rook se sentaron enfrente de él en una de las salas de interrogatorios.

Su plan era presionar a Barsotti como principal sospechoso de la muerte de Lon King. Aunque a Heat no le parecía probable, dado el interés del Gordo Tommy por mantener con vida a su deudor, el sicario no lo sabía y sería más maleable si trataba de superar una acusación de homicidio. Así que ese era el modo en que Nikki iba a dar comienzo al interrogatorio, planteándole serias preguntas sobre sus armas de fuego y sus licencias, su expediente de arresto por delitos con violencia y la utilización repetida de expresiones como «la última vez que vio a Lon King con vida...». Sin la protección de su código de silencio de la mafia, Barsotti se fue poniendo nervioso y movía los ojos a un lado y a otro. A Heat le gustaba aquello. Y una vez que había conseguido ponerlo en una situación de vulnerabilidad, se centró en lo que de verdad quería saber.

—Si espera que me crea que no mató a Lon King, más vale que me dé algo a lo que pueda hincar el diente. Algo de verdad. De lo contrario, será usted, Joe.

Heat sabía que Barsotti no era el asesino, pero hacer que se preocupara de que podía caerle una acusación de asesinato era una buena forma de conseguir que hablara de cosas que ella necesitaba sonsacarle. Y eso era lo que iba a utilizar.

—¿Qué más le puedo decir, aparte de que no maté a ese hombre? —se quejaba él.

Nikki siempre prestaba atención a las manos. Las de Barsotti eran grandes, llenas de anillos y con los nudillos amoratados. Se lo imaginó dándole una paliza a aquella

bailarina y se alegró de adoptar con él una postura firme.

—Tiene que decirme algo que haya visto. ¿Cuánto tiempo pasó siguiendo a King?

—No sé. Unos cuantos días.

Heat dio un golpe con la mano e hizo que se sobresaltara.

—¿No lo sabe?

Rook inclinó la cabeza hacia aquel hombre y lo miró con cara de compasión.

—Créeme, amigo. Si yo fuera tú, empezaría a saberlo.

—Una semana. No todos los días. Seis. Seis días. —Miró a Rook y recibió a cambio un guiño tranquilizador.

Nikki deslizó hacia él un cuaderno amarillo y un bolígrafo.

—Escríbalos. Fechas, horas, lugares. Acabaremos antes. —Barsotti asintió—. También quiero que me hable de cualquier actividad inusual referente a King.

—Era un loquero. Todo era inusual.

Nikki oyó un suave «ejem» por parte de Rook, pero mantuvo la mirada fija en Barsotti.

—No me está ayudando, lo que quiere decir que no se está ayudando en absoluto a sí mismo. Deme detalles. Se puede decir que le estaba acosando, ¿no?

—Yo no lo describiría con esa palabra... —Vio el movimiento de cabeza de Rook a modo de advertencia—. Sí. Le vigilaba. Pero solo para poder elegir el momento de convencerle de que devolviera su deuda.

—¿Vio si alguien más le vigilaba?

Hizo una pausa.

—Sí.

—Más vale que no esté diciendo eso para complacerme, porque si miente, lo sabré. No seré buena. —Heat había llevado sus emociones exactamente adonde quería y deslizó una foto que sacó de debajo de su expediente—. ¿Alguna vez ha visto a este hombre?

—Ah, ese. Joder, sí. Es un tío tremendo. —Le devolvió la foto de Timothy Maloney por encima de la mesa como si fuese a pasarle algo malo.

—Cuénteme.

—Hice... digamos que una visita de negocios para dar cierto incentivo a Lon King para que pagara su deuda de juego. Cuando llegué, había en la sala de espera una fuerte discusión. Ese tipo estaba reprendiendo a King mientras todos los demás alucinaban.

—¿Quiénes eran todos?

—Pacientes, supongo. Me largué. Pero oí a ese cabrón decir que iba a matar a King. —Esperó y, después, continuó—: Dijo que iba a matarle. No ha tomado nota de eso.

Heat colocó un dedo índice sobre el cuaderno amarillo que Barsotti tenía delante.

—Lo va a escribir usted. —Después, sacó otra fotografía de su archivo y se la pasó por encima de la mesa—. ¿Y este hombre? ¿Lo ha visto alguna vez? —Él se

quedó mirándola por un momento y asintió—. ¿Está seguro?

—Sí. Un par de veces. Prácticamente saliendo del edificio de consultas médicas. Creía que sería un médico o algo así. Pero recuerdo haberle visto.

—Voy a pedirle que piense. Coja un calendario si lo necesita y deme las fechas y los horarios. —Heat controló la euforia que sentía y estaba segura, por su conexión con él, de que Rook sentía exactamente lo mismo. Cogió de nuevo la foto y salió.

Heat y Rook atravesaron rápidamente el vestíbulo y entraron en la sala.

—Puede que hayamos conseguido algo —anunció. La brigada de homicidios se reunió a su alrededor—. Mirad a quién acaba de identificar Joseph Barsotti como una persona a la que vio varias veces cerca de la consulta de Lon King. —Nikki colocó la foto de su expediente en el panel de los asesinatos—. Eric Vreeland.

—¿El investigador privado de Tangier Swift?

—El mismo.

Ochoa movió los ojos desde la fotografía hasta Heat.

—Eso es importante.

—Muy importante —replicó ella—. Quiero que traigáis de nuevo a Vreeland. Esto no le convierte necesariamente en el asesino, pero es nuestro primer vínculo entre Tangier Swift, Lon King y Nathan Levy.

—Dos de nuestras víctimas de homicidio —añadió Raley.

Heat lo miró con expresión de sorpresa.

—Dos de nuestras víctimas... —dijo, pero sonó con un tono tan inseguro que parecía una pregunta.

—Acabo de recibir la llamada —explicó Feller—, Han encontrado el cuerpo de Nathan Levy en su camión hace quince minutos.

—*P*oético. —Esa fue la primera palabra de Rook cuando llegaron al escenario del crimen. Y no se equivocaba demasiado, pensó Nikki. Un conductor de pruebas de automóviles muerto al volante podía considerarse así. Salvo que la única rima que Heat veía era el agujero de su frente, igual que con dos de las otras víctimas.

Heat había llegado allí rápido, incluso antes que el forense, lo cual le dio una visión más clara del lugar, un aparcamiento debajo del Highline, no lejos de los Muelles de Chelsea. La patrulla que vio la camioneta no solo había estado alerta, sino que estaba bien entrenada. En lugar de contaminar la escena, cosa que ocurría con exasperante frecuencia, no habían hecho nada más que ponerse unos guantes y abrir la puerta del lado del conductor para ver si estaba vivo o no. Después de eso, los agentes acordonaron la entrada para proteger la zona e hicieron lo mejor que podían hacer. Esperar.

—Entonces, ¿la puerta estaba cerrada cuando llegasteis? —preguntó Heat, tan meticulosa como siempre.

—Sí —respondió la agente—. Pero la ventana lateral estaba bajada.

Nikki caminó adelante y atrás para inspeccionar la puerta abierta y la ventanilla bajada y, a continuación, asomó la cabeza al interior.

—¿La ignición estaba encendida igual que ahora?

—Eh... eso no lo he visto.

Ojos de principiante, se dijo Heat a sí misma. Siempre llegaba a los escenarios de un crimen como si estuviese aprendiendo a hacer aquello. Así, no daba nada por sentado. Los veteranos tenían la fea costumbre de pasar por alto algunas cosas. Tomó nota de la ignición encendida y de que parecía que la batería estaba gastada. La disposición indicaba que probablemente Levy estaba allí sentado escuchando la radio cuando murió. Tenía el cinturón de seguridad sin abrochar y recogido. En cuanto al cuerpo en sí, miraba hacia la ventanilla abierta pero con la cabeza inclinada hacia el lado del pasajero, una clara consecuencia del disparo.

—¿Puedo decir algo obvio? A menos que puedas convencerme de que esto ha sido un suicidio, el señor Levy no parece muy buena opción como nuestro asesino.

—Ha vueeeelto —dijo Nikki canturreando, pero en voz baja, teniendo en cuenta el lugar donde se encontraban y la presencia de los dos testigos de uniforme.

—¿Sabes qué? Tampoco creo que vaya a sacar esos collares del Mardi Gras este año. —Heat miró hacia los abalorios de plástico de colores que colgaban del espejo del retrovisor y que Rook señalaba con el dedo. Entre las hebras rojas, verdes, púrpuras y amarillas hubo algo que llamó su atención. Utilizando su bolígrafo encapuchado con su mano enguantada, se inclinó hacia el interior de la cabina y levantó una pulsera de látex blanco de un extremo.

—¿Qué es eso? ¿Una pulsera de hospital? —preguntó él.

Heat giró la cabeza hacia el lado para poder leer lo que ponía.

—Con el nombre de Nathan Levy.

La conjetura de Rook sobre la poca viabilidad de que Levy fuera sospechoso quedó reforzada, a pesar del factor obvio, por la detective Aguinaldo cuando estuvieron de vuelta en la comisaría:

—Cuando salí corriendo, decidí comprobar el paradero del señor Levy durante las franjas horarias de nuestros homicidios. ¿Quieres oírlo?

—Tengo la sensación de que no puedo convencerte de lo contrario —dijo Heat impresionada ante su iniciativa. Inez, una detective con talento, claramente se estaba esforzando para tratar de compensar su tropiezo al pasar por alto el registro de la azotea de Abigail Plunkitt.

—Durante las horas de las muertes de King y Lobbrecht, Levy estaba en Monticello, Nueva York, en una entrevista de trabajo para ser instructor de conducción en el circuito privado de allí.

—Eso queda a tan solo noventa minutos de distancia —observó Feller.

—Sí, pero tuvo una entrevista temprano y pasó la noche en el Courtyard by Marriott del centro. He confirmado que estuvo presente en ambos lugares. Eso nos deja el periodo en el que mataron a Plunkitt. También estuvo lejos durante esas horas. Le dijo a su vecino de al lado que estuvo en Atlantic City en una sesión de fisioterapia para su pierna.

—Espera —dijo el detective Rhymer—. ¿Quién va hasta Atlantic City para ver a un fisioterapeuta?

—Lo he comprobado —respondió Aguinaldo con una sonrisa—. La fisioterapia no la cubría el seguro precisamente, ya sabes a qué me refiero. Hay imágenes de la cámara de seguridad del vestíbulo en la que sale. En dos visitas.

—Ah —dijo Rook—. El masaje de Nathan tenía final feliz. No tanto su vida. Heat arrancó una hoja de su cuaderno.

—Detectives Raley y Ochoa. —La pareja, que estaba sentada en lados opuestos del grupo, levantó la cabeza—. He copiado esto de una pulsera de hospital que he visto colgando de la camioneta de Levy. Mirad el paciente. —Se lo pasó a Ochoa, que estaba más cerca. Él lo leyó y se lo pasó a Raley cuando le hizo una señal—. Es de un centro de Urgencias de Cortlandt, que está en el condado de Westchester. Estuvo allí en febrero, hace cosa de mes y medio. No estoy segura de qué vamos a encontrar, puede que la causa de la cojera, pero llamad y lo averiguaremos.

—De acuerdo —respondió Raley—. Ya que estamos reunidos, tenemos unas cuantas noticias para ti. En primer lugar, la policía científica ha encontrado el teléfono móvil de George Gallatin en el suelo del tráiler modular de Channel Maritime.

—Eso es estupendo —dijo Rook emocionado—. Podemos conseguir el número de Caballero Negro.

—¡Vuelve aquí, cabrón! —exclamó Feller con una buena imitación de los Monty Python—. ¡No es más que un arañazo!

—Te burlas de mí, pero lo digo en serio. Oí a Gallatin decir que llamaba a Caballero Negro. —Miró a Raley—. Lo único que hay que hacer es comprobar las llamadas recientes. El número debe estar ahí.

—Lo siento. Han borrado el registro de llamadas. Vas a tener que seguir devanándote los sesos. O dejarlo.

—Soy demasiado obsesivo-compulsivo como para dejarlo.

Nikki pudo ver cómo los ojos se le volvían vidriosos al tratar de evocar una imagen del teléfono.

Raley miró sus notas.

—También hemos tenido noticias de Eric Vreeland.

—Ya sé que no me va a gustar esto —dijo Nikki.

—Bueno, así no te decepcionarás cuando te lo cuente. Va a ser difícil que se pase por aquí para un interrogatorio. En su despacho nos han dicho que se ha ido de vacaciones. Hemos contactado con el Servicio de Inmigración y Control de Aduanas y nos han informado de que Vreeland salió ayer del país en un vuelo desde el JFK hacia Croacia.

—Croacia —dijo Rook con gesto reflexivo—. ¿Has estado alguna vez? Croacia lo tiene todo. Castillos, mujeres guapas... Mujeres increíblemente guapas. Ah, y no tiene acuerdo de extradición con Estados Unidos.

—El lugar de vacaciones perfecto para el principal sospechoso de un homicidio múltiple —observó Heat—. Genial.

Mientras todos se desperdigaban a cumplir con sus deberes, Heat volvió a su mesa, que había tomado la apariencia de una acera urbana en un día de recogida de basura reciclable. El efecto colateral del ataque informático era la rápida y aparentemente infinita generación de papel. La altura de los montones, aunque ordenados, podía medirse con una regla y formaban un baluarte alrededor del secante del escritorio de Nikki. Mirándolo desde un ángulo positivo, servían como ejemplo gráfico de cómo la era digital había reducido el derroche medioambiental. Además, le proporcionaba cierto grado de privacidad en su despacho pecera.

La comisaria, obediente, se dedicó a sus labores administrativas: reuniones con el representante sindical, el proveedor de la máquina expendedora y el jefe de la División de Tráfico de la comisaría en relación con el mantenimiento de los vehículos Cushman. Ninguna de aquellas cosas le hacía sentir que estuviese luchando contra la delincuencia.

El detective Raley apareció en la puerta, una agradable interrupción, para informar sobre su llamada al centro de Urgencias del hospital Hudson Valley.

—Los registros indican que Nathan Levy se presentó allí en plena noche quejándose de un fuerte dolor provocado por una herida en la pierna derecha. Contó que se había golpeado con una mesa. Su historial dice que tenía mucha hinchazón y

un gran hematoma. Le hicieron una radiografía que mostraba que fractura en la tibia, justo por debajo de la rodilla. Lo trataron, le dieron unas muletas y pidió el alta.

Nikki apoyó la espalda en la silla y se cruzó de brazos.

—Menuda mesa debía ser.

—Sí, a mí tampoco me huele bien.

—¿Qué sabemos sobre nuestro paciente?

—A nuestro chico le gustaban los coches —contestó Raley.

—Y conducirlos a gran velocidad.

—Me pondré en contacto con la Policía Estatal y la del condado de aquella zona para ver si se ocuparon de algún accidente alrededor de esa fecha. —El detective se levantó de la silla de las visitas—. No estoy seguro de qué puede significar.

—Nunca se sabe hasta que se sabe —repuso Heat—. O no. Pero al menos cerremos esa posibilidad. —A continuación, antes de que él se marchara, lo retuvo—. Oye, Rales, ¿van mejor las cosas entre Miguel y tú?

Estuvo a punto de responder, pero simplemente dijo:

—Voy a hacer esas llamadas. —Y volvió a su mesa en la sala de la brigada.

La oficina del forense había quedado afectada por el ataque *hacker* al igual que otros servicios del Departamento de Sistemas Informáticos Médicos de la ciudad, así que Lauren Parry llamó a Heat en persona con sus resultados de la autopsia de Nathan Levy.

—Por cierto, ¿cuántos más de estos impactos craneales voy a tener que hacer?

—Estamos en ello. Esperemos que sea el último.

—Bien, porque necesito otro de estos lo mismo que...

—Lauren, para. Basta. Si ibas a decir «otro agujero en la cabeza», déjalo. Ya tengo demasiadas bromas de ese tipo con Rook.

—Ah, ¿ahora te quejas de él en lugar de darte golpes con la bañera? Además, aquí trabajo día y noche con cadáveres y tengo muy pocas oportunidades de interactuar con humanos, y tú vas y me cortas.

—Tienes razón. ¿Quieres divertirme? Infórmame de tu autopsia.

El informe de la doctora Parry relativo a Levy se parecía a los de Lon King y Abigail Plunkitt, tal y como era de esperar. Una pequeña herida de entrada de una bala del calibre 22, bulbo raquídeo cortado, sin orificio de salida. Además, al igual que en los otros dos, sugería un disparo a corta distancia, tal y como evidenciaban los residuos de pólvora y la quemadura del cañón.

—¿Y el estado de la bala?

—No está mal. Ya se la he pasado a los de balística.

—Gracias —dijo Nikki—. Encargaré a un detective que vaya a Jamaica para que le den el informe en persona. La última vez prácticamente utilizaron una paloma mensajera.

—Aun así, eso es más rápido que mi intranet. Otros puntos que vas a encontrar en mi informe: he visto una pequeña fractura reciente...

—¿En la tibia derecha? ¿Justo por debajo de la rótula?

—Vale, eso sí que es raro. ¿Cómo lo has sabido?

—¿Ves? Así es como se crea la interacción humana, doctora. Toma nota.

Tras unas risas, Heat le habló sobre el informe de Urgencias que acababa de recibir y la forense lo confirmó. Aunque no era imposible, una fractura así era muy improbable que la hubiese provocado un torpe tropiezo con un mueble.

—Pregunta —dijo Nikki—. Residuos de lubricante. ¿Algún indicio?

—No. Y los he buscado, sobre todo tras haber encontrado muestras en los otros dos.

—Te pregunto porque he mirado muy de cerca la puerta de su camioneta y no vi nada. Preguntaré a los de la científica.

—Ya lo he hecho yo. No hay residuos de lubricante. —Tras una larga pausa, Parry preguntó—: ¿Sigues ahí?

—Sí. Estaba pensando en eso.

—¿Uno de nuestros calcetines desaparecidos?

—Cuando algo incumple el patrón, así es como lo llamamos aquí —contestó Heat—. Un placer haber interactuado con usted a nivel humano, doctora.

Después de que Nikki colgara, empezó a sentirse inquieta. Y eso le gustaba. Las cosas que no cuadraban tenían una forma curiosa de convertirse en pistas.

Alrededor de una hora después, cuando Heat volvía de su reunión con el nuevo equipo de patrullas que había creado para evitar robos de teléfonos móviles en los andenes de metro, Raley le hizo una señal para que fuera a la sala.

—He llamado a la Policía Estatal de Nueva York y a la policía de tráfico de los condados de Westchester y Putnam, que eran los más cercanos al centro de Urgencias de Cortlandt. En su mayoría me han hablado de incidentes típicos de las afueras. Golpes traseros, neumáticos pinchados, motores ahogados, robos de matrículas, faros rotos, niños conduciendo por jardines, no respetar señales de ceda el paso, conductores ebrios... Pero hubo una muerte.

Sin darse cuenta, Nikki se sentó junto a su antiguo escritorio. Rook se acercó y se sentó sobre la mesa. Viejas costumbres.

—¿Dónde y cómo? —preguntó ella.

—Un tramo de la autopista Cold Spring entre Taconic y la Ruta 9.

—Yo he estado allí —dijo Rook—. Lo llaman autopista, pero es una carretera rural.

—Bastante solitaria —continuó el detective—. Y con muchas curvas.

La muerte había ocurrido en un accidente de un único coche. La conductora iba sola. Se salió de la carretera y chocó contra un árbol.

—¿Con alguna disminución física?...

—No. Y la autopsia reveló que no hubo ningún problema físico, como infarto,

aneurisma ni nada por el estilo.

La mente de Heat corrió hacia cien lugares distintos a la vez.

—¿Y solo ocurrió esa vez?

—Esa es la conclusión. La Policía Estatal me va a enviar el informe, pero eso es lo que han encontrado. Han dicho cosas como que podía ser por la aparición de un ciervo o un volantazo al ver un coyote. O una distracción. Pero la conductora llevaba el móvil dentro del bolso y no había mensajes ni llamadas anteriores al accidente. Tampoco hay signos de suicidio.

Rook se giró sobre la mesa para mirar a Nikki.

—¿Crees que Nathan Levy pudo tener algo que ver con esto? Rectifico. ¿En qué crees que Nathan Levy pudo tener algo que ver con esto? En lugar de un ciervo o..., no sé..., una marmota rabiosa o Toonces, el gato conductor de *Saturday Night Live*..., ¿fue él quien hizo que la conductora perdiera el control?

—Mi contacto de la Policía Estatal me ha dicho que en su investigación descartaron un vehículo fantasma —intervino Raley.

—Pero aun así —dijo Nikki—. Una pequeña coincidencia, ¿no crees?

—Y ya sé lo que opinas sobre las coincidencias —añadió Rook moviendo la cabeza de arriba abajo—. Son como las gaviotas. Nunca se ve ninguna que no lleve hasta un sitio que huela a pescado.

Nikki hizo una mueca.

—Yo nunca he dicho eso.

—Soy escritor. Acepta la cuña, ¿vale? Toda tuya.

Heat ordenó a Raley que llamara a Inez Aguinaldo, que estaba en Throggs Neck registrando la casa de Nathan Levy con la policía científica, para que informara a la detective de que el informe de Urgencias y el accidente mortal de un coche solo habían tenido lugar la misma noche.

—Y no nos creemos que se trate de un coche solo —dijo Heat.

—Ya he pedido a los de la policía científica que busquen en la camioneta algún daño o alguna reparación reciente. ¿Por qué no vas allí con alguien con una bata blanca y le echáis un vistazo a su BMW?

Aguinaldo llamó menos de media hora después. A la policía científica no le costó ver que al coche le habían cambiado el alerón del parachoques frontal y que las ruedas y los neumáticos de delante eran también nuevos. No había más indicios de chapa y pintura. Los airbags no se habían desplegado. Sin embargo, parecía que habían cambiado la puerta de la guantera que venía de fábrica.

—He mirado en su escritorio de la sala de estar y he encontrado un recibo de esos trabajos. Los hicieron el mes pasado en un taller especial para coches BMW de aquí, en el Bronx. El propietario recuerda haberlo hecho y dice que lo trajo con un camión de plataforma.

—¿De dónde? —preguntó Raley cogiendo su bolígrafo.

—Tengo la dirección. Es de un servicio de remolques de Peekskill.

—Es difícil no ver las conexiones de esto —dijo Raley cuando volvió a entrar en el despacho de Heat—. El coche averiado de Levy lo remolcan desde Peekskill, ciudad que está justo entre el lugar donde tuvo lugar el accidente y el hospital donde fue a Urgencias.

Sin saber todavía si aquello tendría un desarrollo significativo o si solamente constituía una pista atractiva que les llevaría a un callejón sin salida, Heat tenía demasiada experiencia como para emocionarse. Y aun así, se permitió sentirse, por lo menos, intrigada ante la noticia.

—El siguiente paso es ponerse en contacto con la empresa del remolque —dijo ella.

—Voy a llamarlos ahora. Solo quería ponerte al tanto antes.

—Espera. —Nikki estaba teniendo una idea y se tomó un momento para darle lógica antes de expresarla en voz alta—. Creo que tenemos que vigilar de cerca esta situación en lugar de llamar sin más.

Raley conectó su teléfono para ver la hora.

—Puedo estar en Peekskill antes de la hora de comer. ¿Quieres que vaya?

—No. —Cuando él la miró perplejo, ella golpeó la ventana con los nudillos. En la sala de la brigada, el detective Ochoa se giró desde el panel con la información de los asesinatos y entró—. Quiero que los dos pongáis en marcha el coche de los Roach para salir de excursión. Tu compañero tiene toda la información. —Vio cómo los dos se miraban de reojo.

—¿Crees que esa es la mejor forma de aprovechar nuestro tiempo? —preguntó por fin Ochoa.

Heat ya había pensado en ello. Había visto cómo concentrarse en la búsqueda de Rook les había unido. Quizá otra misión fuera lo que aquellos dos hombres necesitaban: un par de horas en el coche. Juntos. Raley y Ochoa, igual que antes. Antes de que el ascenso de Nikki les convirtiera en competidores en lugar de compañeros, en lugar de los Roach.

—La verdad es que creo que es la mejor forma de sacar provecho a vuestro tiempo. —Después, añadió—: Quiero que hagáis lo que mejor se os da. Darle un sentido a esto, de cerca y en persona.

—Ya entiendo —dijo Ochoa—. ¿Eso es lo que sacas del ataque informático? ¿Que trabajemos más sobre el terreno?

—Algo parecido.

—Centraremos toda nuestra atención en esto —añadió Raley cuando salían—. Como una gaviota sobre una barca de atún.

—Cuidado u os obligaré a que llevéis a Rook —gritó ella a sus espaldas.

—Lo siento, Nikki, de verdad. Ya sabes que me gustaría ayudarte, pero no puedo —

dijo la joven con ojos tristes.

Estaban sentadas en la consulta de Lon King. Corrección: en su antigua consulta. Josie Zenger había ocupado el otro extremo del sofá y se giró para mirar a Heat. La recepcionista y gerente de la consulta no había querido sentarse en el sillón beis al otro lado de la mesita de centro. El sillón permanecía vacío y así seguiría mientras estuviese allí, pensó Nikki. Esta era una conjetura arriesgada. La mesa de King, siempre ordenada, estaba vacía y llena de polvo y Josie había metido todo —desde los adornos de encima hasta el contenido de los cajones— en cajas con distintas etiquetas y ahora estaban bajo la ventana, cada una con su número y su nombre. Los libros y los premios de las estanterías debían estar ahí también. Si no fuera por la alfombra, en aquella habitación habría eco.

Nikki no estaba tan segura de querer escuchar ese eco.

Aquel lugar le parecía muy extraño y demasiado silencioso. Cuando todo aquello acabara, otra consulta ocuparía ese espacio. Quizá otro psicólogo. Puede que un dentista o un pediatra, dando lugar a una consulta más activa y ruidosa. Pero, por ahora, estaba aquel silencio. Y el lloriqueo de Josie. La caja de pañuelos de papel no la habían guardado todavía. Nikki sacó uno y se lo dio. Esperó a que se tranquilizara y continuó hablando con suavidad.

—Pero puedes confirmarme el incidente, ¿verdad? Tengo un testigo, Joseph Barsotti, que dice que llegó en medio de un altercado en la sala de espera.

—Sí, hace dos semanas y media —contestó la recepcionista—. Eso sí puedo confirmarlo, porque yo estaba presente. Fue desagradable. Pero estoy obligada éticamente por la Ley de Responsabilidad y Portabilidad del Seguro Médico a no revelar nombres de pacientes ni registros confidenciales.

—Entonces, Lon King estaba presente y confirmas que también estaba Fred Lobbrecht.

—Sí, pero los dos han muerto. —Josie se quedó sin habla en ese momento y tardó un poco en recuperarse—. Nuestros abogados dicen que no pasa nada si colaboramos dando información sobre los fallecidos. Y yo quiero colaborar. Pero no puedo darte el nombre de nadie más de los que estaban ahí, porque eran pacientes y siguen con vida. O podrían haber sido pacientes.

—Explícame eso, si no te importa.

—Aunque alguien no estuviese oficialmente registrado, su presencia supone una relación confidencial doctor-paciente.

—Pero ¿te refieres a alguien que buscaba ayuda? ¿A visitantes médicos? ¿A un tutor, a una visita? ¿A qué?

—Puedes pedir una orden administrativa. Así tendría libertad para contestar a todas estas preguntas y ayudarte.

—Entendido. Gracias, Josie. Lo haré.

—O, si quieres, puedo ponerme en contacto con esas personas y preguntarles si me dan permiso.

—No, no lo hagas —respondió Nikki con un tono lo suficientemente cortante como para hacer que la mujer se estremeciera. Sonrió y suavizó la voz—. Lo siento, es que no quiero disparar ninguna alarma ante la gente de forma innecesaria. —Lo que quería decir era: «No le digas nada a nadie»—. Pediré la orden administrativa, tal y como has sugerido.

Heat hizo una pausa antes de echar un último vistazo a aquella habitación beis y vainilla donde había llorado, había reído, se había preocupado, suspirado y, finalmente, había encontrado un poco de, si no paz, al menos sí de sí misma. Eso no podía meterse en ninguna caja, pensó mientras cerraba la puerta. Nikki se alegró de haber cogido unos cuantos pañuelos de papel.

Rook almorzó mientras esperaba en la mesa de ella a que volviese de su visita a York Avenue.

—¿Cómo sabías que iba a estar hambrienta? Estupendo, es de ese sitio de comida casera ecológica. —Heat levantó la tapa—. Y me has pedido mi plato favorito.

—Ensalada tailandesa de falafel.

—¿Y qué narices es eso? Él levantó su tapa.

—Para continuar con el día de la ensalada internacional: quinoa ecológica.

—Nunca te había visto pedir quinoa.

—No sabía cómo se pronunciaba. Ahora que lo sé, resulta que está deliciosa.

Tras unos cuantos bocados para aplacar el hambre, Nikki llamó al despacho del fiscal del distrito para solicitar el papel que necesitaba para cumplir con las normas de la Ley de Responsabilidad y Portabilidad del Seguro Médico y obtener una explicación completa del incidente que ocurrió en la sala de espera de Lon King. Al igual que con la pista que había dado comienzo con la visita de Nathan Levy a Urgencias, Heat no estaba segura de la importancia de la información de Barsotti. Pero en las investigaciones no se decidía al instante qué informaciones eran importantes. Había que recopilar todas antes de saberlo. A veces, no significaban nada. Otras, no significaban nada durante años. Heat pensó en aquellos leones gemelos de la puerta de la biblioteca. Paciencia y Fortaleza. No necesitaba ganar en todo. Pero en este caso sería agradable.

—Lo siento, comisaria Heat —dijo el ayudante del fiscal del distrito.

—¿Qué quiere decir con que lo siento? —Nikki dejó su tenedor y apartó la comida—. Tengo entendido que ni siquiera es necesario tener un permiso judicial, creía que simplemente hacía falta una solicitud por escrito explicando mis motivos y mi campo de acción y me lo darían.

—Eso es así. El escollo está en lo que acaba de decir usted. El campo de acción es demasiado amplio. Podemos autorizar que investigue a un paciente. Como este tal Timothy Maloney.

—No necesito saber nada de él, ya sé que estaba allí. Quiero los nombres de las

demás personas que estaban en esa sala.

—Volvemos al punto de partida, comisaria. No se puede confirmar que las demás personas de aquella sala fueran pacientes. Conclusión, es demasiado amplio.

—Aquí tiene otra conclusión: por esto es por lo que la gente odia a los abogados.

—Heat colgó y se sintió avergonzada y muy bien a la vez.

La llamada le había quitado el apetito a Nikki y estaba escribiendo sus iniciales en la caja de cartón de comida antes de meterla en el frigorífico cuando el detective Rhymer entró en la sala de descanso.

—Perdona, comisaria.

—Hola, Opie, ¿qué pasa?

Rhymer no sabía ocultar sus sensaciones y ella vio en su cara la emoción. Nikki cerró la puerta del frigorífico para acercarse a él antes de que respondiera.

—Raley y Ochoa han llamado por teléfono a la sala de la brigada. Vas a querer hablar con ellos.

Los detectives llamaban juntos y Heat escuchó un doble saludo cuando respondió.

—Anda, una auténtica llamada de los Roach. No bromeabais cuando dijisteis que llegaríais para la hora de comer.

—Sí y menos mal que hemos venido en persona, como tú sugeriste —dijo Raley—. Vayamos por orden.

—Hemos encontrado el servicio de grúas aquí en Peekskill, Remolques Dunne —continuó Ochoa—. El propietario se ha mostrado muy colaborador y ha llamado al chico que conduce la grúa por las noches.

—Se llama Dooley —añadió Raley.

—Dooley se encargó de remolcar el BMW de Nathan Levy en la autopista de Cold Spring. ¿Sabes dónde?

—Cerca de la curva donde fue el accidente mortal —dijo Raley. Heat sintió que el pulso se le aceleraba y, cuando miró a Opie, él movía la cabeza arriba y abajo con una expresión de que había encontrado algo—. ¿Sigues ahí?

—Sí, solo estaba... Eso es muy bueno —respondió Heat.

—No hemos terminado todavía. ¿Miguel?

—Dooley dice que el accidente del M3 también fue solo.

—No contra otro coche —aclaró Raley.

—Patinó sobre una pequeña zanja que había junto a la cuneta. Se le torcieron las ruedas delanteras y se golpeó el alerón contra la gravilla de la vía muerta. El coche no podía andar, así que Dooley lo llevó a su taller. Pero Levy se mostró muy obsesionado con su coche y no dejó que lo tocaran. Así que hizo que llevaran su vehículo a ese taller que Aguinaldo encontró en el Bronx.

Nikki pensó en las implicaciones de aquella información.

—Es muy extraño.

—Eso como poco —dijo el detective Ochoa.

—Es decir, tú y yo sabemos que un accidente mortal da lugar a un completo seguimiento por parte de la policía —continuó ella—. ¿Cómo es que no denunció aquello el conductor de la grúa, el señor Dooley?

—Vale, esa es la cuestión. Sí que lo denunció.

—Eso no tiene sentido. La Policía Estatal dijo que fue un accidente de un coche solo. ¿Cómo puede decir que lo denunció? ¿Es de fiar? ¿Le creéis?

—Sí, mucho —respondió Ochoa.

—Completamente —añadió su compañero—. Verás, por eso es por lo que nos alegra que nos hayas mandando venir en persona. Nos ha enseñado la documentación.

—Tengo una copia aquí —continuó Ochoa—. ¿Estás lista? Está firmada por un policía estatal.

—Santo... —Heat cogió un lápiz de una copa de la mesa de Raley—. Quiero hablar con ese agente.

—No va a ser posible —contestó Raley—. Según este informe, el agente estatal que llevó la investigación del accidente era el mayor experto en colisiones de aquel momento: Fred Lobbrecht.

Opie no podía dejar de mover la cabeza de un lado a otro.

—¿No es demasiado raro?

—Aunque, si lo piensas, decir «es demasiado raro» significa lo mismo que decir «mola mucho» —dijo Rook mientras acercaba su silla con la rueda chirriante hacia Heat y el resto de la brigada.

—De lo más anormal —confirmó el detective Ochoa, que seguía hablando por el auricular desde Peekskill. Raley, que también seguía conectado, mostró su conformidad con un gruñido.

Heat estaba igualmente intrigada ante aquella noticia, pero su mente estaba ocupada dándole vueltas a sus implicaciones y quería que los detectives de homicidios regresaran con ella.

—¿Estamos todos de acuerdo en que los Roach nos han deslumbrado y que tenemos que trabajar ahora a partir de aquí? Con suerte, esto nos llevará a encontrar al asesino o asesinos.

—Claro, si eso es lo que quieres. —Randall Feller apoyó sus botas sobre una silla vacía con una sonrisa traviesa—. Supongo que podríamos hacerlo.

Rook levantó el dedo índice.

—Empezaré diciendo que esto ofrece una nueva interpretación sobre la agitación emocional que sufría Fred Lobbrecht. Claramente tenía remordimientos por la poca ética que había mostrado con aquel accidente.

—Más bien por su ilegalidad —añadió la detective Aguinaldo.

—Eso también. Pero lo que quiero decir es que esto explica por qué me vi forzado a mediar con Lon King para que ayudara a este tipo a que me contara su historia. Aunque de forma extraoficial. La cabeza de Lobbrecht debía estar hecha un torbellino.

Rhymer, que había investigado las cuentas bancarias de Lobbrecht, buscaba entre las páginas de sus notas.

—¿Y qué pasa con nuestra conclusión sobre toda esa cantidad de dinero que el exagente Lobbrecht había recibido justo después del accidente para cancelar su hipoteca? ¿Y si quien lo sobornó fue Levy y no Tangier Swift, como habíamos supuesto?

Heat se mordía un carrillo mientras meditaba.

—Si es así, Opie, eso le convierte en la fuente del dinero pero elimina la implicación de Swift. Al menos en ese punto.

—Eso no me gusta —dijo Feller.

—No —le advirtió Nikki—. Recuerda...

—«Hay que dejarse llevar por las pruebas, no por tus prejuicios». —Randall, después de citar la máxima de Heat, añadió—: Es que pensaba que teníamos a ese imbécil.

—Y puede que siga siendo así. Solo tenemos que estar abiertos a todas las posibilidades. ¿Tengo que decir que este es un caso con muchas piezas? —Volvió a dirigir su atención a Rhymer—. Me pregunto si Nathan Levy tenía tanto dinero como para pagar la casa de Fred Lobbrecht. Investiga sus cuentas. Haz una visita a su banco o a su agente de Bolsa, si es que lo tenía. Comprueba si hubo grandes retiradas de efectivo. Y, por supuesto, cualquier cosa que coincida con la fecha del accidente hace un mes y medio y el depósito de Lobbrecht.

—Hay algo que cuanto más lo pienso, más me chirría. —Feller cruzó una pierna sobre la otra y agarró una hebra de hilo elástico que colgaba de su calcetín. Lo dejó y dijo—: Esa pelea entre Lobbrecht y Levy. ¿No te contó Wilton Backhouse que fue después de que Levy se peleara con Lobbrecht en su asamblea de delatores en Rhinebeck?

—Lo llamaron Cumbre de Disidentes —afirmó Heat—. Lo que el profesor Backhouse contó fue que Levy acusó a Lobbrecht de estar aceptando sobornos de Swift y Lobbrecht le dio un puñetazo.

Randall volvió a tirar de la hebra de su tobillo.

—Esa es la parte que no cuadra. Si Lobbrecht salvó el pellejo a Levy y recibió una enorme gratificación por parte de este, ¿por qué iba Levy a acusarle de aceptar dinero de Swift? A menos que Levy estuviese cabreado porque Lobbrecht intentara estafarle más.

Rook meneó la cabeza.

—Según mis reuniones en la consulta de Lon King con Lobbrecht, este no me parecía de los que van por ahí estafando dinero.

—Bueno, quizá Fred estuviera obteniendo dobles ingresos, exprimiendo a Nathan Levy y aceptando dinero de Tangier Swift a la vez por ser su infiltrado —dijo Raley por el altavoz.

—Los tipos simpáticos también extorsionan —añadió Ochoa—. En mi opinión, si un policía acepta un soborno para ocultar un accidente mortal, todo es posible.

—Yo sigo intentando encontrar una conexión con Tangier Swift en todo esto —dijo Rhymer.

—Y el congresista —añadió la detective Aguinaldo—. Kent Duer es un héroe de guerra con todo en orden. Hasta ahora, comisaria, su único pecado parece ser el de haber dado muestras de ideas anticuadas sobre las mujeres cuando lo viste en The Greenwich.

Nikki estaba de acuerdo con todos ellos. Además, le estaba dando vueltas a otra cosa más: el secuestro de Rook y cómo encajaba en todo aquello. Se trataba de una contradicción que había sufrido en muchos casos a lo largo de los años. Cuanto más se acercaba a una respuesta, más se alejaba de otros elementos del caso.

—Mientras le damos vueltas a todo esto, ¿alguien más está viendo la obviedad? —preguntó Rook—. Ese Lobbrecht estaba realizando un trabajo para la misma empresa para la que trabajaba Levy.

—Antes de descubrir que Lobbrecht se encargó del accidente, no me había chocado —dijo Heat—. Había supuesto que se trataba de algo natural. Trabajas para la Policía Estatal en la Unidad de Reconstrucción de Colisiones y después, cuando te lo montas por tu cuenta, haces trabajos para una empresa de análisis periciales de colisiones. Los fiscales del distrito se convierten en abogados defensores, los políticos pasan a formar parte de grupos de presión, los jugadores de fútbol americano en comentaristas deportivos. Me parecía normal.

—Sí, también a mí —replicó Rook—. Simplemente nos lo creemos. Pero puede que haya algo más. Como que el trabajo en sí fuese también un soborno.

Por puro instinto y también por costumbre, Nikki se paseaba por delante del panel de información de los asesinatos.

—Vale, procedamos. Esto es lo que vamos a hacer. —Sin dejar que su celo redujera el entusiasmo de los dos jefes de su brigada que estaban al teléfono, se detuvo y dio un paso imaginario hacia delante—. Miguel, Sean, ¿cómo queréis desplegar al resto de vuestra brigada?

Durante un momento, ellos se vieron sorprendidos, pero Ochoa reaccionó:

—Yo creo que la pista más importante está en Lobbrecht. ¿Y tú, amigo?

—Estoy completamente de acuerdo con Miguel —respondió Raley—. Randall, tú tienes contacto directo con la dirección de la empresa de análisis periciales para la que trabajaba Lobbrecht, ¿no?

—Afirmativo. La empresa se llama Forenetics.

—Pide al departamento de personal sus registros de empleados. Busca la información básica: salario, si recibió alguna bonificación por firmar lo que podría corresponder con el ingreso repentino de dinero, cualquier queja contra él, sobre todo quejas en el trabajo con Levy.

—También queremos realizar una investigación a fondo sobre Lobbrecht antes de trabajar en Forenetics, cuando era agente estatal —continuó Ochoa sin perder la cadencia—. Si este hombre era un policía corrupto, quiero pruebas documentales que lo demuestren. Detective Aguinaldo, ponte en contacto con la Policía Estatal de Nueva York. Que busquen su expediente laboral, cualquier documento de asuntos internos, ya sabes.

—Sí —respondió Inez.

—Consigue también copias en papel de su informe del accidente —añadió Raley—. No solo el informe, sino también planos, declaraciones, fotografías, todo.

El detective Feller se acercó al altavoz.

—¿Qué vais a hacer vosotros dos, además de espetarnos órdenes mientras paseáis de la mano entre huertos de manzanos?

El detective Raley se rio.

—Los celos son una cosa fea, Randall.

—Eso explica la cara que tienes —dijo Ochoa. Todos se rieron de aquello, pero Nikki lo disfrutó más aún, porque parecía que los Roach volvían a formar el equipo

de siempre. A continuación, Miguel añadió—: Vamos a pedir al señor Dooley de Remolques Dunne que nos lleve al lugar del accidente para echar un vistazo.

—Y luego, una parada en el hospital a la vuelta para hablar con el enfermero y el médico de Urgencias que trataron a Levy —dijo Raley.

Heat se acercó al teléfono.

—Yo voy a tener otra charla con Wilton Backhouse sobre todo lo que hemos hablado. Mientras tanto, buen trabajo, chicos. No olvidéis pararos a oler las manzanas. —Colgó antes de que ellos pudieran decir nada.

Ningún buzón de voz esta vez. El profesor respondió a su llamada al segundo tono.

—Hola, soy Nikki Heat. —Mantuvo su tono ligero y despreocupado. Nikki tenía que darle la mala noticia de que habían encontrado muerto a Nathan Levy en su furgoneta, pero, como Backhouse había demostrado ser tan nervioso, quería preguntarle primero qué sabía sobre la aparente aceptación de un soborno por parte de un compañero por ocultar la probable implicación de otro en un accidente de coche mortal. Ese tipo de cosas solían distraer incluso a los más versados sujetos en un interrogatorio.

Sin embargo, fue un Wilton Backhouse más chillón el que la saludó. O, para ser exactos, no la saludó, sino que pasó directamente a su propio tema de conversación.

—Solo respondo a esta llamada porque quiero saber por qué coño su novio está siendo tan lento con mi artículo sobre el soplo.

—Vaya, Wilton. En primer lugar, hola. Empecemos las cosas bien, ¿de acuerdo? Cualquier problema que tenga con Rook sobre su artículo no tiene que ver con el motivo por el que le llamo. —Mientras decía aquello, Nikki se puso de pie y hacía una señal con el brazo hacia la sala a través del cristal. Rook estaba inmerso en la pantalla de su portátil en la mesa del fondo, pero la vio y se acercó corriendo.

—Su chico ha estado insistiendo en que le diera acceso a mi investigación, mi prueba que puede enterrar a Tangier Swift. La luna de miel ha terminado. ¿Dónde está?

—Espere —dijo Heat pasando la llamada al manos libres mientras Rook tomaba asiento enfrente de ella—. ¿Sigue ahí? Jameson Rook está aquí conmigo.

—Hola, Wilton.

—Hola, Jameson. —Backhouse imitó su voz con tono de burla—. ¿Sabes una cosa? Desde la última vez que hablamos, ha habido una muerte más en la carretera y dos heridos graves por culpa del sistema defectuoso de Swift. Si vas a quedarte ahí sentado acariciándome con una mano y metiéndote el pulgar por el culo con la otra, yo mismo voy a publicar esto en internet. ¿Me oyes?

—Por supuesto. Pero no querrás hacer eso.

—Yo creo que sí.

—Entiendo tu impaciencia, pero necesitas credibilidad. La que yo te doy. Y la

tengo porque soy concienzudo.

—Hay alguien que sí le da credibilidad a esto. Siguen liquidándose a todo el que está implicado.

Rook puso expresión de sorpresa y se encogió de hombros mirando a Nikki, que le hizo una señal con la mano para decirle que continuara. Eso hizo Rook.

—Wilton, si te precipitas en la publicación de esto, si lo cuelgas en algún..., ¿qué?, ¿un blog?... , corres el riesgo de provocar algo peor. O terminas resultando un chiflado que busca su propio interés o se burlan de ti como lo hicieron de *Dateline* cuando acusaron a General Motors de hacer explotar tanques de gasolina. Lo único que saltó por los aires fue la noticia, que les explotó en la cara a los de *Dateline*. O puede pasar algo peor todavía: que no se le dé ninguna cancha. Deja que yo siga con mi trabajo: recopilar todos los datos para poder escribir un informe completo que consiga tener éxito. —Terminó con tono convincente y esperó a la reacción de Backhouse. Cono no oyó ninguna, dijo—: Wilton, ¿me has oído?

Sonó un disparo. Tenía que ser un disparo. Cualquier policía conocía aquel sonido. Hizo que las cabezas de la sala se giraran al escucharse a través del altavoz. Heat y Rook oyeron el ruido del auricular de Backhouse al caer al suelo. Nikki se puso de pie de un salto.

—¡Wilton! Wilton, ¿qué pasa?

Su voz sonaba baja. Jadeante.

—Mierda...

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nikki.

Del altavoz vino un ruido, muebles arrastrándose. Después, la voz de Backhouse, débil y perplejo:

—El dron. Estaba en la ventana de mi despacho.

La radio que había detrás de Heat se puso en marcha: «Un disparo, edificio anexo de la Universidad de Hudson, en Thompson Street al norte de Bleecker».

—Quédese agachado, debajo de su mesa. ¿Le ha dado? —preguntó Heat. Mientras escuchaba, pulsó el botón de su *walkie*—. Uno Lincoln Cuarenta. Que acudan unidades al diez-diez de la Universidad de Hudson. La posible víctima está en la planta veintidós, despacho tres-A.

El teléfono de Backhouse crepitó mientras él cogía el auricular. El profesor respiraba pesadamente, chirriando a través del auricular.

—¿A esto le llama mantener mi seguridad? ¿A decirme que me siente debajo de mi mesa? ¿En serio?

—La ayuda va de camino. Permanezca agachado.

—No me voy a quedar aquí sentado como un imbécil de mierda. Ya no me fío de incompetentes así. —Soltó de golpe el auricular y la llamada se cortó.

—Debe haber ido por las escaleras —dijo el agente Tew cuando Heat llegó al lugar.

Su compañero, el agente Townsend, hizo un gesto de giro alrededor de una esquina imaginaria.

—O el ascensor de servicio.

Unos días antes, aquellos agentes habían hecho un gesto para mostrar su apoyo a Nikki con los puños apretados en la puerta de la Universidad de Hudson. Ahora estaban arriba, en el despacho de Wilton Backhouse, avergonzados porque el hombre al que tenían el deber de proteger no solo había recibido un disparo, sino que se les había escapado.

—Para ser sinceros, creíamos que teníamos que subir aquí para desarmar al agresor.

—Entiendo —dijo Heat—. Y mientras tanto, vuestro agresor podría estar a un kilómetro de distancia.

—¿Y quién iba a saber que un dron podría bajar por ese pozo de ventilación? —Townsend miraba la expresión de Heat, un agente de patrulla deseoso de que una comisaria le sacase de aquel apuro.

—Es verdad —dijo Heat a la vez que veía cómo ambos agentes se relajaban—. Yo nunca lo habría imaginado.

En la ventana, el técnico de la policía científica miraba el agujero de la bala.

—Hay más hueco del que parece entre estos edificios. ¿Sin viento de costado, un descenso en línea recta y, sobre todo, con la ayuda de una cámara de vídeo y un operador mañoso? Pan comido.

Heat señaló hacia el cristal perforado.

—Parece de pequeño calibre. ¿Habéis encontrado la bala?

—Ahora mismo. —La llevó hasta la estantería que estaba encima de la mesa del profesor—. Ha aterrizado en este tope para sujetar libros.

Rook soltó un gemido.

—¡Ah! Un disparo en la TARDIS —El técnico le miró sin entender—. ¿El Doctor Who? La aparentemente inocente cabina de teléfonos de la policía que oculta un vehículo que viaja en el tiempo y la dimensión relativa en el espacio. Esa bala podría haber acabado en cualquier sitio, desde el primer asentamiento de Nueva Ámsterdam hasta el siguiente milenio. —El agente de la policía científica extendió la mano hacia la cabina telefónica en miniatura, sacó una bala y la sostuvo en el aire ante Rook—. Bueno, hoy has tenido suerte, amigo.

Mientras la policía científica hacía su trabajo, Heat y los agentes buscaron testigos. Dos estudiantes y un bedel de la planta veintidós dijeron que habían visto salir a Backhouse. «Corría a toda velocidad», dijo el encargado de mantenimiento. «Se le cayó la mochila del hombro de lo rápido que iba hacia la escalera». Ninguno de los testigos había visto indicio alguno de herida. Eso tranquilizó a Nikki, al saber que no parecía que le hubiesen alcanzado. El inconveniente era que aquello cerraba la opción de buscarlo en Urgencias, donde por ley están obligados a denunciar a víctimas de disparo de bala.

Pero Backhouse la encontró a ella. Nada más salir Heat y Rook a Thompson Street, el móvil de Nikki sonó con un número oculto.

—Soy yo.

—Wilton, ¿dónde está? —Por pura costumbre, miró a lo largo de toda la manzana, pero no lo vio.

—En un teléfono público, pero no por mucho tiempo.

—¿Dónde?

—Ni hablar. Creo que han hecho algo más que *hackear* al Departamento de Policía de Nueva York. Creo que tienen pinchado su teléfono.

Heat notó la paranoia que se apreciaba en su voz. También comprendió la razón. Un segundo ataque de un dron en una semana provocaría lo mismo en cualquiera.

—Venga a mi comisaría. Organizaré más protección para usted.

—No creo que pueda. Confío en usted, personalmente quiero decir, pero no tengo fe alguna en la protección policial. Así que voy a irme lo más lejos posible, donde no les necesite, hasta que solucione todo esto. Quitarme de en medio es el único modo de sobrevivir.

Antes de que ella pudiese protestar, él colgó.

Unas semanas antes, Rook se había comprometido a que los dos irían a cenar con su agente literario a La Esquina, pero, dado lo volátil del caso, lo canceló. Así que, en lugar de un mexicano de moda entre famosos, se quedaron en su *loft*, donde él cocinaba mientras ella mantenía el equilibrio entre informes del CompStat con comprobaciones del paradero de Wilton Backhouse.

—Sigue sin responder a las llamadas. —Nikki dejó su iPhone en el cojín del sofá a su lado e hizo un trazo con rotulador amarillo sobre una línea de cifras que comparaba los arrestos semanales por ebriedad y alteración del orden público durante el último trimestre.

—Tampoco responde a las mías —gritó Rook desde la cocina—. Aunque, a decir verdad, no es el primer profesor universitario que deja de aceptar mis llamadas.

Nikki marcó por dónde iba con un papel adhesivo y fue hasta el mostrador.

—¿Tuviste algún profesor especialmente duro en la facultad?

—No, era una mujer fácil. Fue cuando dejamos de acostarnos cuando las cosas se pusieron feas. —Hizo un doble movimiento con las cejas y cogió su batidora—. ¿Lista para una de mis famosas tortitas de la mañana siguiente? ¿O estamos en la noche de antes? Eso es lo bonito de la vida, que nunca se sabe.

A Nikki le pirraban aquellas tortitas. Él había añadido plátano y nueces de macadamia en forma de carita sonriente a la receta y cambió el sirope de arce por el de coco. El efecto era una experiencia reconfortante con sabor a unas vacaciones en Maui. Por ahora, ese era el mayor descanso que podría tener.

—Me han confirmado en la Universidad de Hudson que Backhouse no se ha

presentado a la clase que tenía programada esta tarde —dijo tras dar un bocado—. Feller dice que también ha faltado sin previo aviso a una reunión obligatoria de personal que tenía esta noche en Forenetics, algo que nunca había hecho. —Tecléo en el móvil para ver si tenía mensajes. No había ninguno, igual que la última vez que había mirado, dos minutos antes—. En su apartamento nadie responde. Como había un motivo probable de preocupación, han enviado allí a los detectives Rhymer y Aguinaldo y no está. Opie ha dicho que en el armario del recibidor hay un hueco entre sus maletas y que han desaparecido todos los artículos de aseo de su baño.

—¿Han preguntado a los amigos, compañeros y socios de Backhouse?

—Uno de ellos ha chocado contra un muro, literalmente, y los otros dos tienen una bala en la cabeza, que es lo que él está tratando de evitar de la forma más desacertada posible.

—¿Por haberse quitado de en medio? No sé... Si creyera que estoy en la lista de soplones problemáticos de alguien, yo mismo le pegaría un tiro y me escondería en algún lugar secreto. —Algo de lo que dijo reavivó la idea latente a la que ella había estado tratando de llegar y a la que seguía dándole vueltas en silencio. Él se quedó mirándola—. ¿Qué?

—Solo estoy pensando.

—Te pones muy guapa cuando lo haces. Aún más cuando me dices qué es. —Heat volvió a coger su teléfono y pulsó el botón de rellamada—. No me lo vas a contar, ¿verdad?

—En cuanto tenga algo que decirte. Al contrario que otros, en esta relación yo no oculto información. —Se llevó el teléfono a la oreja, volvió a escuchar de nuevo el mensaje saliente de Wilton y colgó—. Más vale que encontremos nosotros a este hombre antes de que lo hagan ellos.

—¿Al decir «ellos» te refieres a quien creemos que es?

«Y no puedo demostrarlo —pensó Nikki—. Al menos, todavía».

Tras muchas horas de trabajo administrativo, recogieron la cocina juntos para ver las noticias de la noche, que incluían un informe especial sobre el ataque informático a la ciudad de Nueva York. Rook, que había dicho que estaba cansado de estar viviéndolo en primera persona y no necesitaba verlo también en la televisión, quiso cambiar a un programa de cocina. A cualquiera de ellos. Pero la necesidad de Heat de saber todo lo que pudiera salió ganando y lo dejaron puesto.

El informe era más agitador que aleccionador, según palabras de Rook.

—Hablando como alguien que sabe un poco sobre periodismo, llega un momento en las noticias en el que el apetito del público por el tema es mayor que la información que se da. Así que haces resúmenes y pones a unos cuantos comentaristas, pero cuentas pocas cosas nuevas.

Para subrayar aquello, la cadena transmitió imágenes de los piquetes de manifestantes por la liberación de Mehmoud y de la conferencia de prensa en la que el embajador sirio exigía ante las Naciones Unidas —con un circunspecto Fariq

Kuzbari de fondo— que soltaran a Mehmoud, mientras negaba todo el tiempo la implicación de su país en el desafortunado ataque cibernético. En una declaración dada desde la cárcel a través de su abogado, Mehmoud Algafari se declaraba no como un delincuente, sino como un prisionero de conciencia. Tampoco había nada nuevo en aquello. Un experto en ataques informáticos cuya imagen salía en forma de silueta con la voz alterada electrónicamente dijo algo que Nikki no sabía. El *hacker* dijo que la vulnerabilidad de la División de Gestión de Sistemas Informáticos radicaba en el hecho de que la ciudad de Nueva York no contrataba a desarrolladores, sino principalmente a expertos en vigilancia. Competentes, pero no programadores de élite. Su voz sonó muy parecida a la de Darth Vader por la alteración vocal cuando dijo: «La mayoría de las aplicaciones que usa la División de Gestión de Sistemas Informáticos de la ciudad proceden de una mezcla de fuentes externas y por eso no han sido capaces de ejecutar una solución unificada. Es como una jaula de grillos».

—¿Listo para acostarnos? —preguntó Nikki cuando llegaron los anuncios.

—Claro. —Rook frunció el ceño con expresión seria—. Pero no puedo evitar preguntarme si esta es la noche anterior a la mañana de después.

Nikki le dio en el culo con un trapo de cocina.

—Solo hay una forma de saberlo. Voy enseguida.

—No vas a hacer más que volver a comprobar si te ha llegado un mensaje. Parece que sufres un trastorno obsesivo compulsivo.

—Voy ahora mismo. No empieces sin mí.

Rook la hizo reír con la imitación de una modelo exageradamente *sexy* recorriendo una pasarela mientras avanzaba por el pasillo.

—Analiza esta forma de andar —gritó él mirando para atrás.

Heat volvió a llamar al número de Backhouse con el mismo resultado. Después, apagó la televisión y se quedó mirando la pantalla durante unos segundos mientras pensaba. Volvió a coger su móvil y buscó el número de Sean Raley.

—Hola, ¿te he despertado?

—Eh... no.

—Claro que sí. Tengo un encargo que hacerte. Como rey de las cámaras de vigilancia, puede que sea el mayor reto al que se enfrenta tu reino. ¿Alguna vez has probado con una jaula de grillos?

Un auxiliar administrativo cogió las tareas de Heat sobre el CompStat a primera hora nada más llegar, sujetó las hojas de cálculo con gruesas gomas elásticas, las metió en una caja de cartón y se las dio a un agente para que las llevara en mano a la central de la policía.

—Cuando haces las estadísticas, el verdadero delito es que tengas que realizar los recuentos a mano —observó Rook.

—Sin intranet no hay datos electrónicos. No podemos arriesgarnos a enviar por correo electrónico archivos adjuntos tan delicados como estos a través de dominios públicos.

—Sí, pero, venga ya. ¿Qué va a ser lo próximo? ¿Gomas para sujetarse las mangas y viseras verdes?

Nikki le miró de reojo.

—¿Eso es lo que ahora incluyes en tu lista de cosas que te excitan?

—No —Hizo una pausa—. Sí.

Los detectives de homicidios empezaron a reunirse en la sala de la brigada. Heat firmó rápidamente autorizaciones para las vacaciones de algunos agentes de patrulla y del personal administrativo, aceptó una invitación para dar una conferencia en una asamblea escolar y, a continuación, fue corriendo a la sala para la reunión informativa.

No se había perdido mucho. Raley y Ochoa, que habían vuelto de su excursión del día anterior a Peekskill, estaban siendo informados por el detective Rhymer sobre el incidente de Wilton Backhouse y su exilio autoimpuesto. Rook añadió que tanto él como Heat habían estado llamando al móvil del profesor de forma compulsiva, además de enviarle mensajes de texto y correos electrónicos.

—No ha contestado a las llamadas ni a los mensajes y los correos reciben respuestas con el mensaje «Estoy fuera del despacho».

—Si ese tipo no tiene cuidado, el mensaje que vamos a recibir es «Me han liquidado» —dijo Feller.

Inez Aguinaldo tomó asiento.

—Esta mañana estás en plan Randy el Cascarrabias.

—Soy así por defecto. Ya te acostumbrarás.

—Hablemos de Fred Lobbrecht —dijo Heat—. Inez, tú te encargabas del informe del accidente, ¿no?

—Sí, me he hecho amiga de un empleado del Departamento de Vehículos a Motor de Albany y me ha enviado una fotocopia del informe y de las notas del agente Lobbrecht, sus diagramas y la documentación fotográfica del lugar. —La detective fue a un lado de la sala y acercó un tablón de anuncios en el que había colocado ampliaciones de las fotografías para la reunión—. Os voy a hablar de un par de cosas que llaman la atención. Para empezar, el lugar de este accidente no estaba dentro de la jurisdicción de Lobbrecht, que era un agente de Nueva York destinado al condado de Richmond, que, como sabéis, está en Staten Island, muy lejos de Peekskill. Cuando llegó al accidente, dijo que pasaba por esa carretera y que vio el coche de la víctima estrellado contra el árbol.

—Eso ya es raro —dijo Rhymer.

—Estoy de acuerdo. Fue en plena noche, justo después de las tres de la mañana e informó al contingente K de que, ya que estaba allí, él se encargaría de la investigación y ellos estuvieron de acuerdo. ¿Por qué no? —Pasó del mapa del

condado de Westchester a una fotocopia de un informe—. He sacado esta hoja de lo averiguado por el laboratorio forense. La mayoría de los coches actuales tienen sofisticados sistemas informáticos.

—No me digas —replicó Heat provocando un estallido de carcajadas.

Cuando se calmaron, Inez continuó:

—Entre las cosas que llevaba el coche de esta víctima, estaba la caja negra, que registra un bucle de veinticinco segundos de datos de la dirección, la aceleración y el frenado. Eso permite que los peritos examinen las acciones del conductor previas al impacto. Como que el conductor frenara de golpe o virara bruscamente para no chocar contra algo. —Golpeó la hoja con un dedo—. Los peritos vieron que la caja negra estaba limpia.

—¿Cómo que limpia? —preguntó Rook.

—Un truco fácil. Pregunta a cualquiera del destacamento del parque móvil o de tráfico —apuntó Feller—. Lo único que cualquiera tendría que hacer, y por cualquiera me refiero al agente Fred, es subir al coche de la víctima, apagar el contacto girando la llave, después volver a encender, contar hasta veinticinco y ya tienes borrado lo que fuera que había grabado en el chip de la memoria EPROM. Es una forma cutre pero efectiva de crear datos erróneos después de un accidente.

—De ahí que siempre se proceda a retirar las llaves después de un accidente mortal, para evitar que eso ocurra —añadió Aguinaldo.

—También entra dentro del procedimiento que cuando hay una víctima mortal se busque el vehículo fantasma en todos los talleres y servicios de grúas de la zona. —Opie movía la cabeza con desdén—. Supongo que nuestro simpático agente a cargo de la investigación se aseguró de que alguno se le pasara también por alto.

Nikki, que había estado tomando notas, dejó el bolígrafo.

—Deja que me haga una imagen clara de esto. Si la víctima hubiera girado bruscamente o hubiera frenado para, digamos, evitar a Nathan Levy, que vendría en dirección contraria con su BMW, eso habría dejado marcas de neumáticos.

Ochoa levantó una mano.

—Así fue. Incluso ahora, Raley y yo hemos podido ver marcas en la carretera. No ha nevado mucho desde entonces, así que no se han borrado del todo.

—No, según esto.

La detective Aguinaldo señaló unas fotografías ampliadas del lugar del accidente. Todos se levantaron y se reunieron alrededor para poder ver mejor. Las imágenes mostraban las típicas marcas pintadas por los peritos con espray sobre los neumáticos de la víctima y en el suelo debajo de cada uno. Pero la documentación fotográfica oficial de la carretera no tenía ninguna marca.

Raley sacó su teléfono móvil.

—Comparad eso con las fotografías que yo hice ayer. —Había fotografiado un ángulo de la carretera similar al del panel de Inez y colocó la foto al lado de la otra. La misma carretera, dos imágenes contradictorias: marcas de frenado de neumáticos

en la de Raley; ninguna en la del agente Lobbrecht.

Ochoa golpeteó con un nudillo la del perito.

—Este cabrón ha estado usando Photoshop.

—Querrás decir Freddyshop —se mofó el detective Feller. Su tono transmitía el desdén que los policías no corruptos mostraban por los que sí lo eran y que compartieron todos en aquel semicírculo.

Mientras volvían a sentarse, Heat se dirigió a los Roach:

—Vuestra investigación allí ha hecho que merezca la pena el viaje. Buen trabajo. —Ellos asintieron al unísono e incluso sonrieron. Vamos progresando, pensó ella—. ¿Qué os han dicho en Urgencias?

—¿Sobre la herida en la pierna de Levy? Más o menos lo que se ha dicho ya —informó Raley.

—Pero al hablar a solas con el enfermero y con el médico, han dicho que estaba como distraído. Borracho, desaliñado. Agresivo... —añadió Ochoa—. Tuvieron que venir un par de camilleros para mantenerlo a raya.

—Por los veinte minutos que pasé con él, me puedo imaginar lo de la agresividad —dijo Heat. Entonces, surgió una de esas preguntas sobre un pequeño detalle. Tan pequeño que casi estuvo a punto de no mencionarlo. Pero Nikki lo dijo de todos modos—: Esta foto es un poco granulosa, pero si Nathan Levy estaba tan borracho, ¿cómo llegó hasta Urgencias? Demasiado lejos para ir caminando borracho y con una pierna herida. Sin ambulancia. Eso lo habría delatado, desde luego. Y está claro que el agente Lobbrecht tenía que encargarse de dejar controlada la situación en el lugar del accidente, así que no iba a marcharse. ¿Lo llevó el conductor de la grúa, Dooley, hasta el hospital?

Ochoa miró a Raley.

—No se nos había ocurrido.

—Averiguadlo. Nunca se sabe, podría haber algo ahí. Y buscad todas las partes del coche de Levy que tuvieron que ser reparadas. Alerón, llantas, cubierta de la guantera... Lo que podáis localizar, llevadlo rápidamente a la policía científica para que lo revisen.

Una consecuencia indirecta del corte en la infraestructura tecnológica era que había más operaciones que debían realizarse en persona. Para la jefa de la comisaría Veinte aquello implicaba un aumento de las llamadas telefónicas, más videoconferencias y, lo peor de todo, un aumento de las visitas. Quizá aquel toque humano era para mejor. Pero hacía que Heat se dispersara, por mucho que ella intentara mantener la concentración. Ahora, con la sensación de que de repente habían surgido elementos muy importantes mientras surgían nuevas revelaciones a gran velocidad, Nikki, de forma egoísta —o quizá fue más por un mayor interés personal—, se aisló de las distracciones de su trabajo como comisaria Heat para dedicarse a una cosita que había

desatendido: apaciguar su mente de detective para contemplar las piezas fragmentadas del panel con la información de los asesinatos.

Aquel ejercicio de sentarse a solas en la silenciosa sala de la brigada de homicidios delante de la pizarra le había venido muy bien a Heat en investigaciones pasadas, sobre todo cuando el volumen de datos daba lugar al caos en lugar de a una historia. Todos aquellos nombres, fechas, lugares, sucesos, marcas de distintos colores, fotos, flechas y preguntas subrayadas eran granizo en medio de una cisterna que recogía la lluvia, cuando lo que ella necesitaba ver era un río.

Esa mañana habían introducido con esfuerzo algunos datos nuevos en los pocos espacios en blanco que quedaban. Las pesquisas de Randall Feller en el departamento de personal de Forenetics indicaban que Fred Lobbrecht había sido contratado allí como asesor de seguridad automotriz apenas una semana después del accidente del coche fantasma que él había investigado en la autopista de Cold Spring. Su nuevo trabajo suponía una sacudida del cuarenta y seis por ciento sobre su anterior salario como agente estatal de Nueva York.

Tras asimilar esto, Nikki cerró los ojos el tiempo suficiente para imaginar un borrado completo del panel que tenía en su mente. Los abrió y miró el panorama que tenía ante ella sin seguir un patrón ni una secuencia predeterminada, simplemente dejando que le llegaran imágenes sin buscarlas. El instinto la llevó hasta su primera entrada en el panel, no porque fuese el punto de partida, sino porque el asesinato de Lon King se entrecruzaba con muchas de las cosas que tenía ante ella: la muerte de su paciente, Lobbrecht; el *modus operandi* de un solo disparo que el psicólogo compartía con otras dos víctimas que también habían trabajado para Forenetics; el dron que aparentemente les había atacado a todos excepto a Lobbrecht (¿un calcetín desaparejado o simplemente una forma de actuar más fácil en ese momento?) y que también había atacado a Wilton Backhouse.

Sin poder evitarlo, Heat empezó a pensar en la falsedad de Rook al haber estado viendo a su loquero sin contárselo. Nikki pensó en espantar aquel pensamiento por estar motivado puramente por la emoción, pero se detuvo. En ese estado de meditación, cualquier pensamiento que entrara no era casual. Así que volvió a ello. Por supuesto, existía esa conexión de Lon King desde Lobbrecht hasta Rook y, por extensión, el artículo para el que Rook estaba investigando en el marco de unos expertos forenses que se disponían a delatar la ocultación de un defecto en la seguridad de los automóviles.

Aquel nexo hizo que dirigiera su mirada hacia el nombre de Tangier Swift, el multimillonario magnate del *software* y objetivo de los delatores que estaba utilizando su dinero e influencias para anular todos los esfuerzos legales por sacar a la luz dicho defecto y, así, intimidar a los inexpugnables asesores de Forenetics diciéndoles que su empresa había ordenado que cesaran todos los trabajos sobre la investigación de SwiftRageous. Tangier Swift tenía mucha participación en aquel juego.

También los delatores, que mostraban tanta pasión y se mostraban tan ultrajados por el bloqueo de Forenetics, que habían formado una subcomisión —el Grupo de Disidentes, tal y como se habían llamado a sí mismos— para continuar con su investigación y llevar el caso por su cuenta, que fue cuando Rook entró en escena.

Y cuando los delatores empezaron a morir.

Los inconformistas de Forenetics habían celebrado una autoproclamada Cumbre de Disidentes en el norte del estado para votar sobre si seguían adelante con su informe explosivo. Heat examinó el panel en busca de la fecha y ganó una apuesta contra ella misma. Fue el fin de semana del accidente de Nathan Levy en la autopista de Cold Spring. Probablemente volvía a la ciudad desde Rhinebeck. Qué irónico, pensó, una víctima de tráfico y un encubridor que vuelve a casa tras una reunión para sacar a la luz una tapadera sobre la seguridad en los automóviles. Pero a Nikki aquello no le divertía nada. Un conductor ebrio había acabado con una vida inocente y un policía había ocultado aquello a cambio de dinero.

«La cronología es tu amiga». Este axioma que Heat había enseñado a sus detectives a lo largo de los años había vuelto a demostrar su valía. Pero no había conseguido establecer los vínculos que transformaban la agitada superficie del agua en un elegante fluir. Seguían sin resolver datos importantes como el secuestro de Rook. ¿Por qué había ocurrido y quién era Caballero Negro? ¿Podría ser la voz misteriosa del aparcamiento? ¿Tangier Swift? ¿Incluso el congresista Duer? El hecho de que se agarrara a aquellos clavos ardiendo no era más que una indicación de lo lejos que estaba de ver todos aquellos sucesos y participantes dispares alineados en algo que pudiera parecerse al orden. Pero en el fondo de aquello había una historia que intentaba dejarse ver. Apuntaba a alguien que tenía lo suficiente en juego como para matar con el fin de mantener un secreto. Para ella y para el resto de su brigada, la respuesta era obvia. Pero las convicciones no aparecen sin la inteligencia. Entonces, Heat sonrió. Porque quizá acababa de acuñar otro axioma.

Nikki atravesó corriendo la puerta al venir de su inspección de sanidad y seguridad de las celdas y, a continuación, aminoró la marcha para no llegar sin aire cuando respondiera a la llamada. La operadora la pasó a la sala de observación vacía de la primera sala de interrogatorios y, tras recuperar el aliento, Heat activó la llamada.

—Señor Swift, qué casualidad. Estaba pensando en usted.

—Pues voy a darle muchas más cosas en las que pensar si no da marcha atrás.

—Perdone. —Bajó el tono a uno más sobrio—. ¿Es usted consciente de que soy una agente de policía y que eso se parecía muchísimo a una amenaza?

—Bueno, no es tan estúpida como parece —respondió él tras soltar un resoplido—. ¿Me ha echado encima a un perito contable judicial? ¿Qué ha pasado con nuestro acuerdo?

—Va a tener que refrescarme la memoria y le informo de que voy a empezar a

grabar esta conversación.

—Está usted acabada.

Heat buscó el botón de grabar en el teléfono y lo pulsó. Un pitido acompañó al encendido de la lucecita roja y a continuación se oyó un chasquido. Tangier Swift había colgado el teléfono.

—Vaya, le has asustado —dijo Rook—. Qué pena. Quería haberme conectado para darle las gracias por el colosal viaje en la barcaza.

El detective Feller, al oír la conversación, se acercó a la mesa de Rook.

—¿Crees que ha sido una amenaza real? ¿Una verdadera amenaza de muerte?

—Eh..., no. No lo ha especificado. Legalmente, podría defenderse diciendo que estaba cabreado y estaba expresando su frustración —respondió Heat—. Yo no sabía que los peritos habían empezado ya su trabajo. Habría estado bien que avisaran.

Randall insistía:

—Que le den a la legalidad. Si te ha amenazado, deberíamos hacer algo al respecto. No sé, quizá enviar a Rook a que le dé una colleja o algo así.

—Muy divertido, como siempre, detective. —A continuación, Rook miró a Nikki—. ¿No podríamos utilizarlo al menos para traerlo aquí y...?

—¿Y qué? —preguntó ella—. Tangier Swift se limitaría a venir aquí, sentarse con su grupo de abogados y no decir nada. Sentaría bien, pero solo provocaría más roces.

—¿Te das cuenta de que estás hablando de dos de mis cosas preferidas? Sentirse bien y roces.

—Me voy de aquí —dijo Feller alejándose con las dos manos levantadas.

Ochoa, que claramente se traía algo entre manos, se chocó con él cuando se acercaba hacia Heat.

—Bien, tengo algo aquí sobre cómo llegó Nathan Levy a Urgencias.

—¿Habéis hablado con vuestro hombre de Peekskill? —preguntó ella.

—Dooley, sí. Raley ha salido para hacer ese encargo especial que le has encomendado.

—Sí, la jaula de grillos. —Heat vio el desconcierto en el rostro de Rook—. Luego te lo explico.

—El conductor de la grúa dice que le consiguió a Levy un servicio de transporte de Peekskill. —El detective Ochoa levantó su cuaderno amarillo—. Una limusina.

Rook frunció el ceño extrañado.

—¿Hay limusinas en Peekskill? Miguel se rio.

—Yo le he preguntado lo mismo. Es de Peekskill, Croton y Haverstraw. He llamado al servicio de limusinas y han comprobado los registros. El conductor lo llevó a Urgencias y esperó. Después, le dejó en una dirección de Astoria. Lo he buscado a la antigua usanza, en la guía de teléfonos. Se trata de un espacio comercial alquilado a Forenetics, LLC.

Rook sacó su teléfono móvil.

—Deberíamos llamar a Forenetics y preguntar qué es.

Heat negó con la cabeza.

—No, no los alertemos.

—Por supuesto, no debemos llamar a Forenetics para preguntar qué es —dijo Rook mientras se guardaba el teléfono.

—¿Quieres que vaya allí a comprobarlo? —preguntó Ochoa.

—Te necesito aquí para cuidar el fuerte —respondió Heat—. Creo que yo...

—Me pido el asiento de delante —dijo Rook.

—Quiero decir que nosotros nos vamos de visita a Queens.

Durante el trayecto, Rook usó ese rato para escucharse dándole vueltas al caso. Últimamente había estado muy encarrilado, sin desviarse con su habitual costumbre de teorías conspiratorias de pacotilla. Nikki se lo tomó con calma y lo consideró como la versión de él de quedarse mirando el panel de los asesinatos y, por tanto, escuchó con atención lo que iba soltando.

—Vale, esto es lo que yo veo. La ocultación de ese accidente mortal es un móvil perfecto para que Nathan Levy matara a Lobbrecht y a Lon King para taparles la boca. ¿Me sigues hasta ahora?

—Hasta ahora. Pero deja que te conteste a eso. ¿Para qué ir a por Abigail Plunkitt y Wilton Backhouse?

—De acuerdo —respondió él—. Me parece justo. Porque... Porque quizá Fred Lobbrecht les contó lo del accidente. O porque quizá Levy se lo confesó a sus compañeros de la Cumbre de Disidentes y, después, se arrepintió. Eso encaja.

Había siempre un embotellamiento en la salida de Queensboro Plaza, pero, cuando el agente que estaba allí vio que el de Heat era un coche camuflado, detuvo el tráfico y les hizo una señal para que pasaran.

—Tu teoría encaja —dijo Heat con una sonrisa y un saludo con la mano al policía—. Pero solamente hasta cierto punto. Eso solo sirve para King y Lobbrecht. Entonces, ¿quién ha matado a Nathan? ¿Y por qué? ¿Y por qué hay alguien que aún está intentando matar a Wilton Backhouse?

—Admito que mis teorías están en ciernes, pero bien encaminadas, ¿no crees?

—Más que las mías —respondió ella. Y no se alegró mucho de tener que admitirlo.

La dirección estaba después de Northern Boulevard, alrededor de un kilómetro y medio desde el puente en un barrio mezclado de casas adosadas, talleres de coches, una fábrica de helados y las nuevas discotecas, asadores y franquicias de Starbucks, que eran indicio de la futura gentrificación de aquella zona. Como de costumbre, Heat aparcó en mitad de la manzana, suficientemente cerca como para llegar al coche si había prisas y lo suficientemente lejos para que no lo vieran en la acera.

La calle estaba tranquila a aquella hora del día. Pronto, las cafeterías y bares de pizzas estarían llenos para el almuerzo, pero, aparte de un anciano que estaba encorvado sobre su andador, Heat y Rook tenían la acera para ellos solos. El edificio era un almacén de color beis de una planta del mismo tamaño y forma que los talleres y almacenes por los que habían pasado de camino hasta allí. La fachada tenía una puerta de garaje de metal con los típicos grafitis pintados. La puerta principal resultó estar cerrada con doble pestillo cuando Heat trató de abrirla. La valla de tela metálica de los lados no tenía puerta y por encima había una espiral de alambre de púas para alejar a posibles ladrones. Heat apretó la cara a las ventanas, pero estaban pintadas desde el interior.

Rook dio un paso atrás y se cubrió los ojos del sol.

—Ni cartel ni número de teléfono. Nada.

—Pero sí tienen cámaras de seguridad —dijo ella señalando las tres cámaras que cubrían el edificio.

—Engreídos —dijo Rook—. ¿Cómo es que tienen cámaras de seguridad y el Departamento de Policía de Nueva York no?

Heat probó a llamar al timbre y con los nudillos. Esperaron. Los dos apoyaron la oreja sobre la puerta, pero no oyeron nada.

—¿Quieres que rompa una ventana? —preguntó él.

—Hagamos algo más loco. Vamos a pedir una orden de registro.

Volvieron al coche y Heat llamó a la oficina del fiscal del distrito para pedir el documento. El ayudante del fiscal que respondió a la llamada se mostró simpático, lo cual era lo mismo que decir que Nikki no iba a recibir de él ningún impedimento, como le pasó con la orden administrativa que había pedido para interrogar a la recepcionista de Lon King.

—Sin problema —dijo después de colgar—. Pero van a tardar una hora hasta que el juez la firme y puedan traérnosla. —Se quedaron sentados en silencio un momento—. ¿Quieres comer algo? —preguntó.

—¿Quieres que nos liemos?

—Ah, sí. Nada mejor que ponernos cachondos en la calle durante una operación de vigilancia a plena luz del día.

—Solo preguntaba.

—Yo solo respondía.

Pasaron unos segundos.

—Entonces, ¿quieres? —preguntó él.

Heat estaba riéndose cuando la bala atravesó la ventanilla lateral. La poca distancia del ruido la dejó temporalmente sorda de la oreja izquierda. Le cayó una lluvia de fragmentos de cristal sobre la mejilla y el hombro.

—¡Uf! —exclamó Rook.

Heat ya no podía ver a través de la cascada roja que le caía por encima de los ojos.

—¡Un dron! —gritó Heat—. ¡Agáchate!
—Lo he visto. ¿Estás bien?

—Me ha dado.

—A mí también. —Heat se limpió la mancha de sangre de los ojos y se giró. A través de su neblina pudo ver que el hombro derecho de la camisa de Rook se teñía de carmesí.

—Apriétatelo —dijo—. Hazlo.

Él se colocó la palma de la mano sobre la herida.

—Tu frente...

—El dron se está moviendo. —Heat encendió el motor—. Ponte el cinturón. Sigue agachado. —A continuación, pisó con fuerza el acelerador haciendo que su coche de policía se incorporara a la calle a toda velocidad.

—¿Es grave tu herida? —preguntó Rook.

Nikki no respondió y miraba con los ojos entrecerrados a través de la humedad de su propia sangre, mirando los coches, mirando a los peatones, mirando el dron..., que estaba cuatro coches por delante, alejándose de ella con su zumbido. Rook miró al dron y, después, de nuevo a ella.

—¿De verdad vas a tratar de alcanzarlo?

—¿Qué sabes de estas cosas? ¿Qué velocidad pueden alcanzar?

—A ver, ¿un aparato aéreo no tripulado? Una velocidad aerodinámica horizontal de nueve metros por segundo o... digamos que unos treinta kilómetros por hora.

—Entonces, sí que voy a alcanzarlo. —Frenó para mirar a uno y otro lado del cruce. El movimiento hizo que la cabeza le doliera y la piel sobre la frente le empezara a picar. Pisó el acelerador y cogió la radio—. Uno Lincoln Cuarenta, dieztrece. Solicito ayuda para un diez-diez, ha habido disparos. Uno-L-Cuarenta y pasajero herido. Seguimos a un dron. Repito: un dron. Precaución, el aparato volador va armado y es peligroso.

La habitual voz impertérrita de la operadora respondió:

—Recibido, Uno Lincoln Cuarenta. Diga su posición.

—Astoria. Dirección norte. Calle Treinta y Dos cruzando por la avenida Treinta y Seis.

—¡Cuidado, cuidado! —exclamó Rook.

Heat giró justo a tiempo y evitó al primero de una caravana de carritos de comida halal que se incorporaban a la calle.

—Gracias, los he visto. —Encendió las luces LED, pero decidió no conectar la sirena por si el dron tenía micrófonos. Cabía la posibilidad de que quien lo controlara no se hubiese dado cuenta de que ella estaba lo bastante loca como para salir detrás de él.

Encontraron un semáforo en verde en la avenida Treinta y Cinco, pero Nikki

aminoró la marcha porque un autobús estaba descargando a un grupo de escolares que habían salido de excursión al Museo de la Imagen en Movimiento.

—Yo vigilo a los niños, tú sigue con el dron —dijo ella. Una vez pudo pasar, lo hizo pegando el coche a un camión cisterna aparcado y, después, aceleró manzana arriba pasando junto a un estudio de depilación, una fábrica de toldos y una cancha para practicar béisbol bateando.

—Oh, oh..., está elevándose —informó él—. Apuesto a que gira a la izquierda en esa esquina. —Hizo una mueca de dolor cuando Nikki apretó el acelerador para pasar el semáforo antes de que se pusiera en rojo y girar a la izquierda.

—Perdona. —Notó el sabor rancio de la sangre que había empezado a coagularse en sus labios y contuvo las náuseas—. ¿Has dejado de sangrar?

—Un poco. —Levantó la mano y rectificó—. No.

El aparato de cuatro hélices había ganado suficiente altura como para pasar por encima de una casa de dos plantas y volvió a descender mientras avanzaba hacia el oeste tras el giro. Pero entonces tomó velocidad y se deslizó a la izquierda en la calle Treinta y Seis.

—No gires a la izquierda —le advirtió él.

—Pero ha ido por ahí.

—Vas a llegar a un callejón sin salida. Los Estudios Kaufman acaban de poner ahí una valla permanente. —Rook tenía razón. La calle estaba bloqueada por una valla de color azul oscuro—. La vi cuando salí de invitado en la serie *Alpha House*. —Heat vio cómo el dron se dirigía al sur tras pasar por encima de la barrera—. Lo hemos intentado —dijo él.

Pero Nikki no iba a rendirse. Condujo hasta la siguiente esquina y se dispuso a girar a la izquierda.

—¿Sabes que vas a ir en dirección contraria por una calle de un solo sentido? —preguntó Rook.

—No, no voy a hacer eso. —A continuación, metió el coche por el acceso al muelle de carga de los estudios—. Voy a ir por la acera junto a la calle de un solo sentido. —Toda la calle la ocupaba el enorme muro de un plató de rodaje, lo que quería decir que no había puertas, tiendas ni peatones que salieran ni entraran. El asfalto que tenía por delante estaba vacío. Aun así, Heat conducía despacio, por si acaso alguien salía entre la flota de camiones blancos de producción que había a lo largo de la acera. Cuando llegó a la esquina del otro lado, los dos estiraron el cuello hacia la izquierda.

—¡Allí! —dijo él señalando. Y ella pudo vislumbrar el dron mientras bajaba volando por la calle Treinta y Seis para desaparecer por el otro lado de la Escuela de Bellas Artes Frank Sinatra.

Hizo un doble pitido con la sirena y bajó del bordillo con un fuerte golpe que les dolió a los dos. Volvió a hacer sonar la sirena y atravesó los carriles con tráfico. Después, giró a la izquierda por la Treinta y Seis, persiguiendo al punto diminuto que

avanzaba por el otro extremo de la manzana. A Nikki se le había nublado la visión. Se limpió la sangre, pero no sirvió de nada.

—No lo veo. ¿Qué está haciendo?

—¿Estás bien?

—¿Qué está haciendo?

—Va más despacio. Y está descendiendo.

Nikki parpadeó rápidamente para limpiar la sangre que le cubría las pestañas.

—Lo veo. A las dos, junto al aparcamiento. —Aquella cosa había sido más fácil de localizar a cielo abierto. Ahora que perdía altura, aquella mancha se hacía más difícil de distinguir entre el confuso fondo de edificios, ventanas y letreros.

—Sigue bajando —dijo él—. Parece que va a aterrizar.

Un servicio de transporte para ancianos salió de la acera y Nikki tuvo que frenar para no chocar contra él. Rook soltó un leve gemido y apretó los labios por el dolor ante el repentino frenazo. Una serie de cabezas canosas en fila, como una tira de sellos de correos, les miraban arrugando el entrecejo a través de las ventanillas de la furgoneta. Heat miró por el retrovisor y adelantó a la furgoneta justo a tiempo de ver el dron, que ahora había descendido al nivel de la calle y entraba lentamente por la ancha ventanilla trasera de un cuatro por cuatro, en silencio, elegantemente, como si se tratara de una escena del futuro. La ventana se cerró automáticamente y el vehículo siguió avanzando, y giró por la esquina para dirigirse al oeste.

Heat cogió el micrófono.

—Léeme la matrícula. No puedo verla.

—No es por tu visión. Tiene una de esas fundas de plástico tintado.

Ella dio una descripción del híbrido y de su posición. Acababan de pasar bajo las vías elevadas de las líneas N y Q de metro.

—Intermitente —dijo Rook.

—Bien. Entonces, es que no sabe que le seguimos.

El coche señalaba hacia la derecha, bajó despacio por la pendiente de entrada a un dúplex con fachada de ladrillo y aparcó dentro del garaje abierto debajo de la casa.

No había espacio en la calle, así que Heat aparcó en doble fila.

—Quédate en el coche —dijo mientras avanzaba por la acera. Tenía las piernas débiles por el impacto y la pérdida de sangre. Pestañeó para aclararse la visión y, como eso no funcionaba, se limpió los ojos con la manga. La tela terminó mojada con sangre fresca y sentía la frente como si estuviera ardiendo. Sin girarse, dijo—: ¿Lo de «quédate en el coche» significa algo para ti?

—Bastante poco —contestó Rook, que avanzaba a paso rápido detrás de ella—. Ya deberías saberlo.

—Vuelve. Te han disparado.

—También a ti.

—Me ha rozado.

—Deja que mire.

—Sí, vamos a pararnos aquí para hacer eso. —Aligeró el paso, sacó su pistola y entró en el garaje por detrás del lado del conductor del coche—. Policía, levante las manos. ¡Ahora! —Tras apenas unos segundos, la puerta se abrió un poco—. ¡Las manos! —Heat colocó la mano por debajo de la empuñadura. Sentía el arma sorprendentemente pesada y tuvo que apretar los codos a las costillas para dejar de temblar—. Ahora manténgalas así en alto mientras sale. Despacio. Con tranquilidad.

Nikki sintió un escalofrío y su hombro se golpeó torpemente contra la pared del garaje mientras trataba de mantener el equilibrio. Pero aguantó derecha y consiguió estabilizarse, aunque deseó que llegaran refuerzos. Heat conocía los innegables síntomas de un colapso.

Él hizo lo que se le ordenó y salió lentamente por el pequeño espacio que había entre el coche y la pared del garaje. Y cuando sacó del todo su metro ochenta de estatura ante ella con las manos levantadas, Timothy Maloney estaba sonriendo. Era la misma sonrisa que ella había visto durante su interrogatorio y cuando la miraba por la ventana del restaurante para provocarla.

Dado el estado de Heat y la posición vulnerable en la que se encontraría si trataba de esposarle en aquel hueco tan pequeño, dio un paso atrás y señaló hacia el espacio más ancho que había tras el parachoques trasero.

—Salga aquí y póngase boca abajo.

El expolicía mantenía las manos en alto. También seguía sonriendo. Pero no se movió.

—No —dijo con la misma cortesía que si le hubiesen preguntado si quería tomar un postre. Nikki pestañeó y vio en Maloney un vídeo de seis segundos con síntomas de trastorno de personalidad paranoica: ocultación, disociación, agresividad pasiva y la que prefería no presenciar, la provocación del caos. El diagnóstico de Lon King había condenado a Maloney de manera concisa: alto funcionamiento y peligroso.

Heat no reculó, sino que demostró su control sin desafiarle de manera directa para no provocar una confrontación.

—Venga, ayúdeme, Tim. Ya sabe cómo es esto.

Él vaciló, pero finalmente se acercó un poco hacia la parte trasera del coche con las manos en alto. Entonces se detuvo y su sonrisa maliciosa regresó.

—Eso no va a pasar, jefa.

Detrás de Heat se oyó el amenazante doble chasquido de una escopeta cargándose. Heat mantuvo la pistola apuntada hacia Maloney, pero giró la cabeza. Wilton Backhouse estaba bajo la puerta del garaje con una Mossberg 20 que apuntaba hacia ella y Rook.

Verlo no fue para Heat una gran sorpresa. Quizá Backhouse no encabezaba su lista de sospechosos, pero había estado cerca. Así que ver al único superviviente de los delatores armado y con las manos en la masa produjo a Nikki una extraña sensación

de satisfacción, como si hubiese rellenado el último hueco en un juego de Tetris. Lo único que podría mejorar esa situación sería que ella pudiera estar apuntándole a él con la pistola.

—Wilton —dijo ella con una voz tan calmada como pudo—, esto puede terminar ahora.

Backhouse disparó contra el techo. El repentino estallido fue ensordecedor e hizo que Rook se sobresaltara. Maloney se lanzó hacia delante en medio de una cascada de yeso y esquirlas y trató de quitarle a Nikki la pistola de la mano. Ella siguió sujetándola y forcejeó con él, pero el profesor cargó con otro proyectil la escopeta y apuntó al pecho de Rook. Heat se quedó inmóvil. Maloney le cogió la Sig. Y la Beretta de calibre 25 que llevaba en el tobillo.

Backhouse pulsó el botón para cerrar la puerta del garaje. A la vez que se bajaba, Maloney le reprendió:

—Lo tenías fácil en mi iPad, joder. ¿Cómo no has visto a esta zorra?

—La tenía en el punto de mira hasta que empezó a reírse y movió la cabeza.

Rook miró a Nikki.

—Recuerda eso la próxima vez que me digas que deje de hacer payasadas.

Ella bajó la mirada con expresión seria.

—La próxima vez...

Sus captores seguían a lo suyo.

—Y no me vengas con esa mierda —dijo Backhouse—. Menudo policía, joder. Te han pillado.

—¿Quién sale corriendo detrás de un dron?

—Y lo alcanza —dijo Rook.

—Lo que significa que enseguida va a venir la policía. —Maloney miró a Heat—. Has informado, ¿verdad? Claro que sí. Es el procedimiento. —Señaló el suelo—. De acuerdo, besad el suelo. Los dos.

—Si sirve de algo, ya me han disparado hoy —dijo Rook. La respuesta de Maloney llegó de forma inmediata e inesperada. Dio un puñetazo sobre la herida de Rook haciendo que cayera sobre una rodilla. Heat se lanzó contra Maloney, quien dio un revés contra su frente herida con la empuñadura de la pistola y, a continuación, apuntó con la 9 milímetros hacia su cara. Ella levantó la mirada hacia él desde el suelo a través de una cortina de sangre fresca.

—No —le avisó Backhouse—. Aquí no.

—Entonces, tenemos que irnos.

—¿Quieres esperar? —le espetó Backhouse—. Joder, dame un segundo. —Durante una breve pausa para pensar, sus ojos miraron a su alrededor y, después, asintió en silencio como si hubiese resuelto una ecuación—. Quizá esto sea para bien. Levántalos. Nos vamos.

El exdetective utilizó las esposas de Heat y otras suyas para inmovilizar las manos de Nikki y Rook. A continuación, los metió en el asiento de atrás del coche de Heat. Cuando Backhouse se montó delante, Maloney rompió con un codo el resto de cristales de la ventanilla lateral, encendió el motor y dio un giro de ciento ochenta grados a toda velocidad, retomando el camino que habían seguido para llegar hasta allí. Segundos después de haber cruzado por debajo de las vías elevadas, pasaron junto a un par de coches patrulla que iban a gran velocidad en sentido contrario. Engreído, pomposo o simplemente provocador del caos, Maloney saludó con la mano a los agentes que pasaron a su lado. Nikki estiró el cuello hacia atrás para poner una expresión de desesperación en la ventanilla trasera. La única reacción fue de uno de los agentes, que respondió a Maloney con el mismo gesto. ¿Y por qué no? Para cualquiera que no tuviese otra información, el coche de Heat parecía un vehículo de policía encubierto conducido por un detective que llevaba en el asiento de atrás a unos delincuentes. Los prisioneros que van en los asientos de atrás siempre parecen desesperados. Algunos más que otros, pensó Nikki.

—Si me da la oportunidad de ayudarle, puedo asegurarme de que esto resulte mucho más fácil para usted, especialmente si se detiene ahora. —Heat sabía que su situación era más que grave y que la única esperanza que podía contemplar era confrontarlos a un nivel humano, siguiendo el manual del rehén. Por desgracia, uno de los hombres del asiento delantero también lo había leído.

—«A la hora de enfrentarse al secuestrador, hable con calma y haga lo posible por establecer una relación de tal modo que no perturbe al captor». Se me da bien, ¿eh? ¿Sabe qué? Yo debería ser policía. —Se rio a carcajadas, encantado con su propio chiste.

—¿Puedes limitarte..., ya sabes, a conducir? —preguntó Backhouse.

Mientras avanzan por la ciudad de Long Island en dirección sur adentrándose en las calles secundarias de Greenpoint, Nikki cambió su centro de atención a intentar comprender la relación de aquella pareja, que parecía más pragmática que de verdadera amistad, como si Maloney fuera el sicario y cómplice del profesor, pero ahí terminaba todo. Parte de su estrategia implicaba buscar una forma de ponerse entre ellos dos con el fin de minar su unidad. Encontrar esa brecha podría salvar su vida y la de Rook. También quería demostrar una corazonada que había estado cocinando a fuego lento desde que había entrevistado a Joseph Barsotti.

Rook parecía estar considerando la misma cuestión.

—Una pregunta, profesor. —Backhouse no contestó, así que Rook simplemente continuó como si lo hubiese hecho—. Estoy jugando aquí atrás a los seis grados de separación y me pregunto cómo un detective de la policía termina conociendo a un asesor de ingeniería forense. Y el nexos que se me ocurre es Fred Lobbrecht, ¿tengo razón? —Recibió la callada por respuesta, pero siguió insistiendo—. Es decir, tú

conocías a Fred Lobbrecht a nivel profesional. Pero ¿cómo lo conoció el detective Maloney? Supongo que no se movían en los mismos círculos sociales. A menos que... —La experiencia de Rook le había llevado a la misma conclusión que Heat se estaba oliendo: que Wilton Backhouse había sido el visitante sin identificar que estaba en la sala de espera del psicólogo cuando entró Barsotti en medio del sermón de Maloney. Y fue ahí donde el profesor encontró a su matón.

La rabia estalló dentro de Nikki. Si llega a conseguir aquella maldita orden administrativa, no estaría sentada allí, esposada y con un disparo, secuestrada en el asiento de atrás de su propio coche en ese mismo momento. Dejó a un lado aquel pensamiento y continuó tratando de dedicarse a sus secuestradores.

—Wilton, apuesto a que Fred Lobbrecht le pidió que fuera a hablar con su loquero, lo mismo que hizo con Rook. ¿Tengo razón? Usted y Tim se conocieron en aquella sala de espera. Vio la oportunidad de utilizarle e iniciaron su pequeña amistad.

Backhouse mantuvo la boca cerrada. Maloney era otra historia. Estalló.

—Oiga, a mí no me han utilizado. —Después, se calmó un poco y se rio—. Hago amigos con facilidad. Soy bastante atractivo, soy fuerte y, qué narices, le gusto a la gente.

—Oye, Tim —dijo el profesor. Y negó con la cabeza, como diciendo: «Tranquilízate».

—Entonces, se conocieron ese día y ¿qué pasó, Wilton? ¿Vio a un buen candidato para que le ayudara con ciertos problemas? —preguntó Heat—. ¿Como Lon King?

—Lon King estaba jodido —espetó el expolicía. Nikki mantuvo su atención en Backhouse.

—¿Porque Lon King sabía demasiado sobre algo? Wilton, no le oigo.

Maloney soltó un suspiro.

—Debería haberles pegado un tiro en la casa.

—Conduce —dijo Backhouse.

—Pero ¿qué era lo que sabía? ¿Qué le había contado Fred Lobbrecht a Lon King que significara que los dos tenían que morir? Y luego los demás. Abigail Plunkitt. Nathan Levy. —Vio cómo la pareja de los asientos delanteros intercambiaba una mirada, aunque guardaron silencio—. Yo tengo una teoría, pero me encantaría oírla de su boca.

—No tengo nada que decir.

—Eso es una novedad para ti, Backhouse. —Rook se inclinó hacia delante todo lo que pudo para asomarse junto al reposacabezas—. Yo creía que tú eras la estrella principal. El gran destapador de escándalos. El siguiente Assange o Snowden. Así es como me dijiste que te veías.

—Yo nunca he dicho eso.

—¿Quieres que mire mis notas? La dirección está en Tribeca. Yo te guío.

—Tiene razón —dijo Heat—. Usted es un auténtico *showman*. Para empezar, está

aquel falso ataque de Washington Square.

Rook asintió.

—Todo preparado para que nosotros le viéramos como una víctima igual que los demás y evitar sospechas. Como ese último falso ataque en su despacho. Deberían nominarle a algo.

—Eh, os lo tragasteis —dijo Backhouse.

Nikki se encogió de hombros.

—Al principio.

—Mentira.

—No es mentira. ¿Sabe qué es lo que siempre me ha extrañado? —preguntó Nikki—. Que ese dron iba a por usted cuando Rook era también un objetivo perfecto. Es decir, si se supone que aquel ataque era para hacerme creer que formaba parte de una estratagema para matar al escritor del artículo, ¿no era Rook tan buen objetivo como usted?

Rook frunció el ceño.

—Eso no me lo habías dicho.

—Ya teníamos bastantes problemas.

Empezaron a llegar llamadas a la radio pidiendo a Uno Lincoln Cuarenta que se pusiera en contacto. Alguien de los asientos delanteros la apagó.

—Eso no va a servir de nada —dijo Heat—. Maloney, usted sabe qué tipo de radar va a encenderse si alguien se carga a un policía. ¿Por qué excavar un hoyo más profundo?

—Eso no va a ser un problema, créame —respondió él con una seguridad inquietante.

El último rayo rojo de sol desapareció por encima de las colinas de Nueva Jersey cuando empezaron a atravesar el puente de Verrazano Narrows. El agujero que Heat sentía en el estómago se hizo más profundo.

—Vamos a Staten Island —susurró Rook.

—He puesto en alquiler mi apartamento para que podamos vivir en el tuyo —soltó de pronto Heat.

Él asimiló la noticia con calma.

—Esto está bien.

De no haber sido por las esposas, a ella le habría gustado agarrarle la mano.

—¿Todo bien? —preguntó Backhouse a través de la ventanilla de su lado. No podían ver a Tim Maloney en la oscuridad, pero sí podían escuchar sus zapatos aplastando la gravilla del arcén de la carretera mientras volvía al coche.

La puerta del conductor se abrió y él entró.

—Es todo nuestro.

Backhouse se estaba poniendo un par de guantes de goma de nitrilo que había

sacado de la guantera de Heat.

—Has tardado bastante. ¿El guardia te ha supuesto algún problema?

Maloney lanzó a Backhouse una mirada condescendiente y cerró su puerta. El interior volvió a quedar en una completa oscuridad.

—He tardado un poco en encontrar el cajetín para desactivar las cámaras de seguridad, pero ya está hecho. —Encendió el motor y los neumáticos crepitaron en el arcén. Nikki se giró todo lo que pudo para mirar por la ventanilla de atrás, con la esperanza de ver algún coche que se acercara. Un coche de policía habría estado bien.

Lo único que Heat vio fue oscuridad.

Por supuesto, como miembro de Forenetics, LLC, Wilton Backhouse conocía el código de seguridad para abrir la puerta de acceso, pero como su clave era solo para él, en lugar de introducirla en el teclado y dejar una pista de su presencia, pasó por encima del guardia de seguridad que estaba inconsciente en el suelo y anuló el sistema desde allí.

Atravesaron en el coche el aparcamiento vacío bajo la tenue luz naranja de las farolas. Había empezado a formarse una niebla procedente de las ciénagas de alrededor y el enorme hangar que tenían ante ellos aparecía como un castillo que sobresaliera de un brezal neblinoso. Maloney aparcó el Taurus entre el muro del hangar y uno de los tráilers que se usaban para llevar y traer coches a las instalaciones, de modo que no fuese visible para cualquiera que pasara por Gulf Avenue.

Backhouse salió primero, corrió meciendo su escopeta hacia la puerta de acceso, que abrió con su mano enguantada, y desapareció dentro. Maloney sacó primero a Rook y después a Heat. Como tenían las manos esposadas por detrás, aquel hombre grande no se preocupó de controlarlos. Heat trató de aprovecharse de la separación de sus dos secuestradores para influir en Maloney.

—Backhouse va a joderle, ¿lo sabe?

—Adentro, vamos.

Heat obedeció, pero se movía despacio para poder seguir machacando el punto débil de Maloney, su paranoia clínica.

—¿Cómo soporta a Backhouse? Él no le respeta. He oído cómo le habla.

Rook hizo lo mismo que ella.

—Sí, yo también me he dado cuenta. Le da órdenes, le dice que espere, que se dé prisa, que cierre la boca y conduzca. Le pregunta por qué ha tardado tanto, como si fuese su sirviente.

—Yo no soy su sirviente.

—Le trata como a un lacayo.

—Desde luego. ¿Y cree que él va a cargar con la culpa? —preguntó Rook—. Créame, alguien va a tener que hacerlo.

Se estaban acercando a la puerta, así que Nikki insistió:

—Tendrá usted suerte de estar vivo para ser el chivo expiatorio. Usted es detective como yo, Tim. Utilice su formación. Mire cuál es el patrón de este tipo. Mata a sus socios.

—Tiene razón —convino Rook—. Debe saber que él ya está pensando en cómo y cuándo deshacerse de usted.

—Rectifique mientras pueda. Anticípese a él. —Nikki dejó de andar y miró a Maloney—. Tiene mi palabra de que conseguiré para usted el mejor trato.

—Y vivirá —añadió Rook.

—¿Algún problema por aquí? —Se giraron. Wilton Backhouse estaba allí, sujetando la puerta—. ¿No puedes con todo esto, amigo?

Nikki esperó alguna complicación. Quizá hubo un momento de vacilación, pero Maloney contestó:

—No, ya me encargo yo.

Les hizo pasar.

Rook entró en la enorme sala delante de ella y se detuvo. Maloney le empujó, pero tenía la suficiente experiencia como para respetar la formación en combate de Heat y mantuvo agarrado su brazo. Pero cuando Rook se movió y ella pudo ver lo que tenía delante, la fuerza que Nikki hubiese podido recobrar tras un día tan violento le desapareció al instante. En el otro extremo del hangar, una luz iluminaba un coche cargado en la catapulta de lanzamiento.

Las dos puertas delanteras estaban abiertas, esperándolos.

A la vez y sin decir nada, Heat y Rook giraron lentamente sus cabezas mientras trazaban la ruta a lo largo de la pista de pruebas hasta el otro extremo de la nave, tan larga como un campo de fútbol, donde esperaba la barrera del impacto —un monstruoso bloque de hormigón reforzado con acero, tan inflexible como el peñón de Gibraltar—. Aquel muro del antiguo hangar de aviones había sido pintado recientemente desde su última visita, casi una semana antes. Para cualquiera que hubiese estado allí, no había suficiente pintura blanca de látex en el mundo para borrar la espantosa imagen de la sangre y los tejidos de Fred Lobbrecht y menos aún los de la pareja que se disponía a montar en el siguiente viaje.

Entonces Rook, como solo él podía hacer, trató de aligerar el peso de Heat.

—Me pido el asiento de copiloto —dijo.

Nikki contuvo las lágrimas, dispuesta a mantener el control de la situación. La debilidad significaba muerte; si se concentraban tendrían la oportunidad de luchar.

—¿En serio? —preguntó ella obligándose a parecer cualquier cosa menos asustada. Optó por la indignación—. Estarás de broma. ¿Por qué va a ser esta una buena idea?

—No estoy seguro de si es buena —contestó Backhouse—. Me habéis pillado desprevenido cuando habéis llegado. Solo estoy improvisando lo que puedo. Es decir, no estamos en una película en la que el tipo dice: «Le estaba esperando, señor Bond...».

—Y decir eso es quedarse muy corto —dijo Rook.

Backhouse estalló.

—Puedes irte a la mierda.

Maloney dio otro codazo contra la herida de Rook. Heat contuvo su instinto de lucha. Como estaba esposada y desarmada, lanzarle un cabezazo solo podría desatar algo a lo que no podría poner fin. Rook le hizo una señal para hacerle saber que estaba bien, aunque los labios se le habían puesto blancos de mordérselos para contener el dolor.

Backhouse no era el único que luchaba por encontrar una solución durante la caída libre. La bravuconería de ella consistía en cabrear a todos, cuando en ese momento lo que necesitaba era que siguiesen hablando. Como policía con experiencia en negociaciones de secuestros, Heat sabía que cuanto más durara aquello más probabilidades tendrían de sobrevivir. Así que Nikki cambió su forma de abordar la situación y, en vez de dedicarse simplemente a distraerlos para prolongar la agonía, intentó calmar la conversación y forjar una conexión basada en la compasión.

—Demos todos un paso atrás para ver qué está pasando aquí, ¿vale? —empezó diciendo—. Wilton, yo creo que todos pensamos que estamos ante un nudo que hay que desatar, ¿no? Usted mismo ha dicho que está intentando improvisar una salida.

Todos sabemos que es un hombre inteligente, pero, si lo admitiera, yo creo que cada paso que da es como si no hiciera otra cosa que tensar el nudo. Mire a su alrededor en este momento. ¿Esto le sirve de algo a usted? —Heat tomó como una señal de esperanza el hecho de que él mirara de verdad aquel lugar. Se quedó observando a las dos personas que tenía delante, atadas y ensangrentadas; después a su inestable cómplice, un problema del que se ocuparía más tarde; luego bajó la mirada hacia la escopeta Mossberg que tenía en sus manos enguantadas. Volvió a mirarla a ella, que le instó—: Venga, busquemos una salida a esto. Deje que le ayude. —Nikki vio en sus ojos un atisbo del cansancio y el arrepentimiento de un perro que corre en círculos tras su propia cola y que ella había visto en tantos delincuentes pillados en una situación que les ha salido mal. Aún les quedaba mucho para acabar, pero esa pequeña brecha podría ser el primer paso hacia una resolución.

Pero entonces él cambió de expresión.

—Puede que no haya exactamente un método milimétrico demostrado para esto, pero, no, creo que aún queda alguna posibilidad.

—¡Sí, joder! —exclamó Maloney.

Lo único que Nikki pudo decirse a sí misma fue: «Joder».

—Habrà que verlo. —Backhouse abrió los brazos para referirse a la enorme sala de pruebas de impacto—. Se me ha ocurrido hacer esto aquí por un par de motivos. El primero ha sido simplemente el pánico, lo admito. No podía haber cadáveres ni residuos de los mismos en mi casa alquilada de Queens. Pero este lugar... —Volvió a recorrer aquel espacio con la mirada, esta vez prestando demasiada atención a aquel coche que se encontraba en el mecanismo de lanzamiento—. Con esto podemos salir ganando todos.

—Eso no lo entiendo —replicó Heat.

—No será ningún problema para usted, pero, ya que lo pregunta... —Moviò los dedos de sus guantes azules—. Yo no he estado aquí esta noche. Voy a vincular su impacto a Tangier Swift.

—¿Cómo? —preguntó Rook. Después se preparó para otro golpe en el hombro que no llegó.

—No estoy seguro. Por ahora, se me ocurre que ese dron que tengo en casa va a aparecer de algún modo oculto en el yate de Swift. O puede que en su coche.

El rostro de Maloney se iluminó.

—Yo puedo encargarme de eso.

Nikki trató de ocultar su desdén por el expolicía, que probablemente podría dar una charla sobre cómo alterar escenarios de crímenes con pruebas falsas.

—Parece posible —dijo el profesor, más para sí mismo que para los demás—. Y si eso no acaba con Swift, lo habré intentado. —Se encogió de hombros—. Cuando se improvisa se consiguen soluciones. Es el poder del instinto.

Backhouse los dejó al cargo de Maloney mientras iba a la cabina de control. Por la seguridad con la que se movía, Heat estaba convencida de que él habría observado

e incluso supervisado otros lanzamientos de prueba con anterioridad. Desde luego, uno al menos, el de Fred Lobbrecht a principios de esa semana. Backhouse salió de la cabina y se arrodilló tras el coche junto a un interconector de acero de color crema que tenía un montón de cables que salían de él y atravesaban los agujeros del suelo para acceder al sistema de propulsión hidráulica del sótano. Después de haber conectado varios cables y pulsar cuatro interruptores uno detrás de otro, se puso de pie. El ingeniero forense habló con naturalidad, pero su voz resonó a lo largo del immaculado suelo blanco del hangar.

—Conectado y listo —dijo.

El cañón de una pistola, o su propia nueve milímetros o la Smith & Wesson M&P Compact de calibre 40 que Heat había visto en la hombrera de Timothy Maloney, se hincó con suficiente fuerza en su espalda como para provocarle una magulladura.

—Ya le ha oído. Vamos a acabar con esto.

A su lado, Rook dio un traspié por el fuerte empujón que recibió.

Los veinte metros hasta el coche dorado que relucía bajo los faros industriales eran como un camino hacia el patíbulo durante el cual el tiempo se había detenido. Incluso la reverberación de sus pasos en aquel enorme hangar parecía haberse apagado y lo único que Nikki pudo oír fue el fluir líquido de su propia sangre de forma rítmica, marcando la cadencia de su miedo.

Trató de no permitir que eso le bloqueara el pensamiento. Cada segundo entre ese momento y el lanzamiento tenía que ser una atenta e instintiva búsqueda de una oportunidad. Preocuparse por Rook, preguntarse si eso dolería o recordar las salpicaduras de los sesos de Lobbrecht no haría otra cosa que distraerla. Heat se propuso convertirse en un animal. Ser implacable y sobrevivir.

—Dentro —ordenó Maloney.

Como Nikki tensó el cuerpo en señal de resistencia, haciendo que resultara más difícil moverla, Maloney pasó una pierna por detrás de las rodillas de ella y la hizo tropezar. Cayó derribada con el golpe, aterrizando sobre un hombro y cortándosele la respiración. Él se guardó la pistola y la levantó cogiéndola de las esposas y, a continuación, la empujó para que subiera al asiento del conductor entre gruñidos e insultos.

Cerró la puerta y el golpe resonó hasta en las vigas. Ella se masajéo la piel por donde el borde metálico de las esposas le había provocado cortes en las muñecas. Este dolor dio lugar a una nueva táctica. Temblaba, por supuesto, pero intentaría cualquier cosa. La ventanilla del lado de Heat estaba bajada.

—Es usted un idiota —dijo—. No me extraña que haya fracasado.

—Eh, no voy a ser yo el que va a terminar despachurrado sobre el parabrisas.

Heat tuvo una última y desesperada idea y la puso en práctica. Se lamió un coágulo de sangre del labio superior.

—Es lo que le decía antes, le está tendiendo una trampa. Dios mío, Tim, ¿fue usted detective de categoría tres y no ve lo que él ha hecho?

—Tim, déjalo —dijo Backhouse—. Mételo a él y acabemos con esto.

Es propio de una persona paranoica desconfiar y pensar que alguien está jugando con él. Nikki explotó eso: jugando con él.

—Sí, déjelo.

Este comentario desdeñoso de Nikki le inquietó.

—Vale, ¿qué pasa?

—No importa —respondió ella guiñándole un ojo—. Ya lo descubrirá.

Heat se había introducido en la cabeza de Maloney. La mirada de este se clavó en Backhouse y después en ella.

—¿Quiere que sea yo quien se lo explique a usted? —preguntó Heat.

Backhouse se aclaró la garganta.

—Prefiero que sea ahora.

Nikki inclinó la cabeza hacia sus brazos sujetos tras la espalda.

—¿Llevaba puestos esos guantes cuando nos ha esposado? No. Así que, cuando la policía científica venga, ¿de quién serán las huellas y el ADN que encuentren en esto? Suyas. Ya le he dicho que le está tendiendo una trampa.

—Ella tiene razón —dijo Rook—. ¿Cree que no van a dejarse la piel por una comisaria muerta?

—Las recuperaremos después —dijo Backhouse—. Vamos.

Nikki entrevió una brecha y continuó insistiendo.

—Va a costarle mucho trabajo. ¿Y si no las encuentra?

—O si no encuentra todas las piezas —añadió Rook, por si acaso—. Lo único que hace falta es encontrar una parte y le habrán cogido.

Maloney miró a Backhouse.

—Voy a quitarles las esposas.

—¿Estás loco? Ya deberíamos haber salido de aquí.

—¿Lo ve? —dijo Heat—. No se trata de las huellas de él.

—No lo estoy preguntando. Lo estoy diciendo. —Maloney le pasó la Sig Sauer de Nikki a Backhouse—. Sigue apuntándola a ella. —A continuación, sacó su llave y abrió la puerta de Heat. Ella no esperó a que la invitaran, se puso de espaldas a él y este le abrió una esposa y después la otra, y se las quitó. Dio un paso atrás rápidamente y volvió a cerrar la puerta de golpe—. Tranquilo, Wilton. Todo está controlado.

Le dio la vuelta a Rook. Como este empezó a resistirse, Maloney le dio una sacudida sobre el brazo herido para controlarlo y le metió en el asiento del pasajero. Rook le mostró sus esposas, pero las manos enguantadas de Maloney actuaban con torpeza y se le cayó la llave al suelo.

—Muy inteligente. ¿Qué plan tienes? —susurró Rook mientras el expolicía se agachaba para recuperar la llave.

—Tener las manos libres.

—Aparte de eso... —Heat se encogió de hombros.

Los ojos de Rook se movían de un lado a otro mientras pensaba a toda velocidad.

—Espera —dijo él.

El coche se inclinó hacia un lado cuando Maloney colocó una rodilla sobre la puerta.

—Quieto —dijo. El grillete derecho de Rook saltó al soltarse, pero en lugar de esperar a que le abriera el izquierdo, llevó el brazo hacia el centro del coche para apartarlo de Maloney—. Cabrón de mierda —murmuró—. Dame esa esposa. —Y se echó sobre Rook para agarrarle el brazo.

Heat saltó sobre él con ambas manos. Con una, le retorció el dedo pulgar hacia la muñeca y con la otra fue hacia la pistolera de su hombro, pero la tenía sujeta bajo el brazo izquierdo, que estaba atrapado entre él y el pecho de Rook. Nikki empujó con todas sus fuerzas para tratar de romperle el pulgar. Maloney gritó de dolor, pero el guante de nitrilo se resbalaba y ella no podía hacer suficiente palanca para igualar la fuerza de él.

—¡Cógele la pistola! —gritó ella—. ¡En la funda!

—¡Lo intento! —El brazo izquierdo de Rook estaba atrapado bajo el cuerpo de Maloney. Rook le empujaba para crear un hueco lo suficientemente grande como para poder coger la pistola. Pero la herida de bala de su hombro derecho le hacía tener menos fuerza y cuando consiguió abrir el espacio, Maloney volvió a apretarse contra Rook para cerrarlo.

—¡Dispárale a ella! —gritó Maloney—. ¡Dispárale, joder!

Backhouse disparó. Pero en plena histeria, falló el tiro. Nikki oyó el crepitar de la bala de nueve milímetros pasando junto a ella e impactando contra el salpicadero delante de Rook.

—¡Acércate, estúpido!

Nikki notó movimiento a su derecha cuando Backhouse se acercó a la ventanilla para colocarse y disparar a bocajarro. Soltó el dedo de Maloney, quitó el seguro de la puerta y la empujó contra Backhouse. La pistola salió volando de sus manos y aterrizó con estrépito en algún lugar del suelo de la sala de pruebas. Backhouse también cayó sobre la plataforma. Heat vio cómo él miraba hacia su escopeta, que estaba al otro lado de la sala y se dispuso a salir corriendo tras él. Pero Maloney la agarró por detrás y la arrastró hacia él sujetándola del cuello.

Mientras ella se aferraba al antebrazo de Maloney para intentar restarles fuerza a sus manos, vio cómo Backhouse se ponía de pie a duras penas. Contento al ver que los tres estaban dentro del coche, pasó de largo junto a la escopeta y salió del campo de visión en dirección a la cabina de control.

Sonó un claxon dando una triple alarma y las luces de la sala de pruebas se encendieron del todo. Backhouse había iniciado la secuencia de lanzamiento.

Heat resollaba mientras trataba de golpear a Maloney con la parte posterior de su

cabeza sin conseguirlo.

—Rook, ¡sal! —gritó—. ¡Sal ya!

—¡No puedo! ¡Me tiene atrapado! —Rook empezó a dar puñetazos en la espalda de Maloney, pero, con el brazo débil y herido, era como si estuviera golpeando un saco de cemento.

La voz pregrabada de una mujer parecida a la de la aplicación Siri resonaba por todo el hangar: «Atención: manténganse alejados. Colóquense detrás de las líneas amarillas. Comienza la secuencia de lanzamiento de prueba». Sonó otro fuerte pitido y la voz continuó: «Lanzamiento en treinta segundos».

Heat se giraba, daba patadas y forcejeaba, pero no podía apartar el brazo de su cuello.

—Maloney —dijo jadeante—, tenemos que salir.

La reacción de él fue arrastrarla más adentro del coche mientras intentaba escabullirse de Rook.

«Lanzamiento en veinte segundos», dijo la voz impasible.

El movimiento de Maloney proporcionó a Rook una brecha para poder moverse un poco. A pesar del dolor agudo del hombro, metió la mano derecha en el bolsillo lateral de su chaqueta para buscar algo en su interior.

«Lanzamiento en quince segundos».

—Rook, ¡sal! ¡Por favor!

«Lanzamiento en diez segundos».

Rook sacó la mano del bolsillo agarrando con el puño la Hemingway Montblanc sin la capucha, con su radiante punta nueva al aire. Hincó la afilada punta en la oreja de Maloney. Inmediatamente, todo su cuerpo retrocedió mientras gritaba de dolor y apartaba la mano que estaba apretando el cuello de Heat para coger la pluma que tenía clavada en el tímpano.

«Lanzamiento en cinco segundos».

En el momento en que la mano de Maloney se soltó de Heat, ella se levantó del asiento del conductor a la vez que Rook salía por la otra puerta. Dentro del coche, con la sangre cayendo por su mejilla sobre el asiento, Maloney se quedó mirándola con los ojos suplicantes de quienes están condenados. Ella no vaciló: extendió ambas manos. Él las agarró y ella tiró para sacarlo de allí.

«Lanzamiento».

Un zumbido agudo invadió la sala y, a continuación, la catapulta se disparó con un estridente bramido hidráulico.

El coche salió de la catapulta con una explosión y alcanzó al instante los ciento veinte kilómetros por hora con Maloney atrapado en el interior. Su patética mirada de despedida cuando ella se quedó con sus guantes azules en la mano perseguiría a Nikki en sus pesadillas el resto de su vida.

Heat no miró el impacto. Los gritos de él seguidos del sonido atronador de la colisión indicaban todo lo que ella necesitaba saber.

Rook, sentado de culo en el suelo, trataba de ponerse de pie.

—Uno no nunca tiene suficiente de esto —dijo mientras le lanzaba la Smith & Wesson de calibre 40 que le había arrancado a Maloney al salir.

Nikki comprobó el indicador de la recámara, vio que estaba cargada y corrió hacia la cabina de control. Se apretó contra la pared de fuera junto a la puerta y buscó a Backhouse. Vio que la escopeta Mossberg no estaba. Se oyó el estruendo de una puerta al cerrarse de golpe al otro lado del hangar.

Le dijo a Rook que llamara al 112, cogió su Sig Sauer del suelo al pasar y echó a correr hacia la salida. En lugar de salir, abrió la puerta de una patada. El estallido de la escopeta chocó contra el acero donde ella debería haber estado. Heat se apartó rodando y se puso boca abajo, preparada para disparar antes de que él pudiera cargar otro cartucho, pero lo único que oyó fue dos pies que corrían sobre el asfalto adentrándose en la oscuridad de la noche.

La salida que Backhouse había utilizado estaba en el lado opuesto a la puerta por la que habían entrado en el hangar, así que Nikki giró por una esquina y después por otra antes de llegar a la fachada del edificio. Desde detrás del camión que habían utilizado para cubrirse, oyó cerrarse la puerta de un coche y a continuación vio que se encendían unos faros y que Backhouse ponía en marcha el coche de Nikki.

A pesar de la descarga de adrenalina que sentía, Heat conocía sus límites. En su débil estado por la pérdida de sangre y la pelea a muerte con Maloney, las piernas habían conseguido llevarla hasta el otro lado del edificio. Nikki calculó la distancia hasta su Taurus y supuso que Backhouse se disponía a huir. Así que, cuando el coche salía de su escondite entre el tráiler y el muro, ni siquiera trató de salir tras él. Atajó por el aparcamiento para ponerse por delante de él.

Si Maloney hubiera sido la mitad de policía de lo que se creía, habría entrado marcha atrás para salir rápidamente de frente. Pero ni lo era ni lo había sido. Backhouse perdió tiempo al verse obligado a salir de aquel estrecho espacio de espaldas y Nikki dispuso de unos valiosos segundos en su carrera desesperada por llegar antes que él.

Una vez que Backhouse había salvado el obstáculo del tráiler, los neumáticos chirriaron sobre el asfalto mojado mientras metía la marcha al coche y revolucionaba el motor. Después, apretó a fondo el acelerador, las ruedas derraparon y salió disparado hacia la puerta. El rugido del motor atravesó la niebla de la noche como el grito de alguna bestia de una película de terror gótico.

Con los pulmones carraspeando y las piernas pesadas, Heat se empleó a fondo y obligó a sus rodillas a avanzar con fuerza mientras apartaba de su mente la falta de oxígeno. No quería perder velocidad girándose a mirar, pero pudo ver de reojo, por el destello de los faros, que Backhouse se dirigía hacia ella. Nikki dejó de oír su respiración; dejó de sentir las ganas de dejarlo; dejó de hacer todo lo que no fuera convertirse en una máquina.

Cuando llegó a la caseta del guarda, iba tan rápido que se golpeó contra ella. El

coche estaba ahora a cincuenta metros y acercándose. Tomó aire con fuerza y salió en medio del camino de entrada, con su Sig Sauer en una mano y la Smith & Wesson en la otra. Distinguió la silueta de Backhouse entre la neblina naranja que iluminaba el aparcamiento por detrás de él. Él se detuvo para tratar de coger la escopeta. Pero el tamaño de la Mossberg le impedía apuntar hacia Nikki por encima del salpicadero. Soltó el arma, encendió la luz larga y apretó el acelerador.

Heat apuntó, ajustó su postura y disparó las dos armas a la vez, lanzando una lluvia de balas hacia las dos ruedas del coche que se aproximaba. Cuando reventaron, la suspensión del coche de policía evitó que perdiera el control, pero se contoneó y Backhouse tuvo que lidiar con fuerza con el volante. Nikki saltó a un lado mientras él giraba bruscamente al pasar junto a ella. Nikki disparó de nuevo contra la rueda más cercana y esto terminó con el intento de huida de Backhouse.

Nikki se abalanzó sobre la ventanilla del conductor apuntándole con las dos pistolas antes de que a él se le ocurriera coger de nuevo la Mossberg.

—¡Apague el motor! ¡Aparte las manos del volante ahora mismo! —Backhouse obedeció y, a continuación, levantó los ojos hacia ella con expresión de derrotado.

Ella tiró de él para sacarlo del coche y lo dejó boca abajo sobre el suelo. Después, le apretó la Sig Sauer contra la base del cráneo.

—¿Quién es el imbécil ahora?

Lo primero que vio Rook cuando despertó de la sedación tras su operación en Bellevue esa noche fue la cara de Nikki. Ella le apretó la mano. Él sonrió.

—Cascabel.

—Eh, soy yo. Estás en el hospital de Bellevue.

—Cascabel.

Los ojos de Heat miraron a la enfermera que le estaba tomando la temperatura.

—Se sorprendería con algunas de las cosas que dicen cuando están groguis.

—La he oído y no estoy grogui. —Le devolvió a Heat el apretón de la mano—. Estaba soñando con nuestra luna de miel. Estábamos en el rancho de un tipo del que he oído hablar que está en Cascabel (Arizona). Nik, sería muy divertido.

—Sigue soñando. ¿Quieres que vaya de luna de miel a un sitio que tiene nombre de serpiente venenosa?

—Puede que por el nombre no sea muy atractivo. Pero quizá sea como Islandia. Una encantadora isla del norte llamada así, «tierra de hielo», para disuadir a los vikingos y que no fueran a saquearla.

—Ya vuelve a ser él —dijo Heat.

—Está usted muy bien, señor Rook. —La enfermera Seton dejó de tomarle la temperatura y actualizó su historial médico—. Ha tenido suerte. No ha alcanzado ningún vaso sanguíneo. La bala no se ha fragmentado ni ha dañado ningún hueso ni ningún nervio. El doctor ha extraído una bala de calibre 22 que, por suerte, se quedó

cerca de la superficie.

—Eso es porque antes de darme rozó una superficie dura. —Miró a Nikki y señaló hacia la gasa que llevaba en la frente—. Por cierto, tienes una cosa ahí.

Ella se rio.

—Sí, cada uno tiene su cicatriz. Ah, por cierto, buen trabajo con esa Montblanc. Él no podía estar en desacuerdo.

—Hemingway habría estado orgulloso.

Cuando la enfermera salió, Heat le dijo que tenía pensado interrogar a Backhouse a primera hora del día siguiente.

—Con esa pinta, quizá deberías llevar un pañuelo, un velo o algo así.

—Veré si tengo algo que combine con la crema antibiótica. Mientras tanto, tú descansa. Te informaré después.

—No. —Trató de incorporarse—. ¿Crees que voy a quedarme aquí tumbado y perderme la historia principal de mi Pulitzer?

—¿En qué estaría yo pensando? —dijo ella—. Es la bala. Ha debido afectarme al cerebro.

A las ocho de la mañana siguiente, Wilton Backhouse ocupaba el asiento de honor de la primera sala de interrogatorios de la comisaría Veinte. Su abogado, un amigo de la familia que tenía más experiencia en derecho de patentes que en justicia penal, estaba sentado a su lado. Teniendo en cuenta los múltiples asesinatos y los demás graves cargos a los que él se iba a enfrentar, Heat tenía la sensación de que pronto se buscaría un abogado mejor. Por ahora, ella estaba encantada de que hubiese llevado a un aficionado de las afueras.

—Mi cliente se acoge a su derecho de no autoincriminarse. Por tanto, no va a decir nada en esta reunión —anunció Ethan Watts.

—Gracias, abogado. Sin embargo... —Nikki señaló a Rook, que estaba a su lado con el brazo en cabestrillo, y después hacia la venda de su propia frente—, como usted puede comprobar, nos hemos esforzado mucho para traer a su cliente a esta reunión, así que eso es lo que vamos a celebrar.

A continuación, ella miró al cliente, que había cambiado su atuendo de friki informático enrollado por un mono de preso. Tras un largo silencio, Heat empezó a hablar despacio y de forma metódica.

—Lon King. Fred Lobbrecht. Abigail Plunkitt. Nathan Levy. Y ahora, Timothy Maloney. —Nikki hizo una pausa. Backhouse se removió en su asiento. Le estaba costando mirarla a los ojos—. Sabemos que lo hizo usted. Lo que quiero oírle decir...

—Mi cliente no va a admitir ninguna responsabilidad en estas muertes desafortunadas.

—No me haga reír, abogado —respondió Heat corrigiendo al letrado—. Muertes desafortunadas son las que ocurren cuando la E. Coli se mete en las espinacas.

Estamos hablando de homicidios. Muchos homicidios. Y para que lo sepa, no necesito que admita su responsabilidad. Tenemos suficientes pruebas físicas como para llevar el caso al fiscal del distrito.

—Por no mencionar nuestra propia experiencia como víctimas desafortunadas —añadió Rook.

—Así que, volviendo al asunto de mi reunión, quiero escuchar lo que su cliente tiene que decir en cuanto a los motivos —continuó Heat—. ¿Por qué necesitaba matar a estas personas?

Esperó, consciente de que aquel silencio era una pose. Nikki estaba segura de que estaba tratando con un tipo enormemente vanidoso, probablemente un narcisista. Los pósteres de Julian Assange decían mucho sobre sus fantasías y la forma de verse a sí mismo. Lo presentaría todo y esperaría a ver si aquel abrumador deseo de llamar la atención la llevaba adonde quería llegar.

—Yo tengo una teoría, ¿saben? ¿Quieren escucharla? ¿Por qué no? Así podrán decirme si me equivoco. —Cuando Heat había despertado lo suficiente la curiosidad de los dos, continuó—: Las personas matan por muchas razones. Por un arrebato pasional, que normalmente son casos únicos. Lo mismo pasa con los robos, atracos..., delincuencia con violencia. La venganza, sin embargo, puede ser motivo de un único asesinato o de varios. Esto no parece que sea venganza. Pero, si nos salimos de la esfera de los asesinos en serie o de masas, mi experiencia me dice que el móvil es... —hizo una pausa y las cabezas se giraron hacia ella, justo lo que quería— un síntoma de que van detrás del anzuelo.

»Dejen que me explique —dijo—. Esto es lo que yo creo que son estos asesinatos. —Heat bajó la mano para coger una bolsa de papel marrón de la policía científica de Nueva York del suelo y la colocó sobre la mesa—. ¿Quieren saber qué hay dentro? Apuesto a que sí. Primero, vamos a hablar de la historia reciente. Aquí lo llamamos cronología.

»Durante el último año usted ha estado trabajando con su equipo de asesoría de Forenetics para investigar la causa de un incontable aumento de un tipo muy específico de muertes en carretera. Usted y sus expertos han llegado a la conclusión de que la causa de estas muertes estaba en un defecto en el *software* de SwiftRageous que se ocupa del sistema del control de la estabilidad. Pero se han encontrado con un muro de piedra cuando Tangier Swift y su batallón de abogados les han parado los pies. Pero su Grupo de Disidentes estaba tan rabioso y entusiasmado que se reunieron en una cabaña de Rhinebeck durante un fin de semana y todos se comprometieron a denunciar el defecto en la seguridad de los automóviles. ¿Voy bien hasta ahora?

Backhouse se limitó a mantener la vista sobre la bolsa marrón sin decir nada.

—Continuemos —dijo ella—. Usted me contó que la reunión terminó con mucho alcohol. Pues bien, la misma noche en que terminó su reunión, hubo un accidente mortal en una carretera comarcal entre Rhinebeck y la ciudad de Nueva York. Después, hemos sabido que el coche implicado pertenecía a un miembro de su Grupo

de Disidentes, Nathan Levy. Y que hubo un encubrimiento con soborno por parte de otro técnico de Forenetics, Fred Lobbrecht, que en aquel entonces era agente estatal. Levy se fue del lugar del accidente hasta un centro de Urgencias de Cortlandt para que le curaran una herida en la pierna. Tenemos sus radiografías. —Wilton Backhouse permanecía impassible, pero el relato estaba animando a su abogado, que había empezado a tomar notas—. Ahí termina lo de que se había hecho daño en una pelea, tal y como usted trató de hacerme creer.

Nikki movió un par de centímetros la bolsa marrón solo para provocarlos.

—Déjenme terminar —continuó—. El porqué, la escurridiza razón de todos estos asesinatos..., está aquí dentro. —Heat se puso de pie y metió las manos en la bolsa. Sacó un rectángulo negro del tamaño de un pequeño teclado de ordenador metido dentro de un sobre cerrado de plástico transparente. Lo colocó en la mesa y vio cómo Backhouse trataba de disimular su incomodidad—. Como experto forense que es usted, Wilton, debería conocer el valor de esto. —El abogado lanzó una mirada recelosa hacia su cliente y, a continuación, los dos se quedaron mirando el plástico—. Y ya veo que es así.

Heat deslizó la bolsa de pruebas a Backhouse. Él desvió la mirada como un perro que tiene que mirar la mierda que acaba de dejar sobre la alfombra.

—Sabemos que Nathan Levy llevó su BMW a un taller. Sabemos que esa noche sus neumáticos estallaron y que las llantas se le doblaron. También sabemos que se le rompió la puerta de la guantera. —Nikki cogió la bolsa de plástico—. Esta es la puerta de la guantera. Al principio, nos enfadamos porque no la encontrábamos. El taller no la tenía. Nuestros profesionales de la policía científica no la encontraron en la casa de Levy. Tampoco estaba en su despacho de Forenetics. ¿Sabe dónde ha aparecido finalmente? —Heat volvió a dejarla, ahora más cerca de Backhouse—. Por supuesto que lo sabe. Porque nuestros detectives la encontraron anoche cuando registraron su apartamento.

El sonido de unas cadenas frotándose sobre un plástico rompió el silencio cuando Backhouse se revolvió en su silla. La voz de su abogado sonó quebrada cuando habló:

—Eso es circunstancial.

—Sí —confirmó Heat—. Y las circunstancias son que su cliente, después de convencer a Levy para que huyera de su casa, probablemente asustándole con la noticia de la muerte de Abigail Plunkitt, fue hasta allí y robó esta tapa de la guantera. ¿Y por qué? —Nikki miró a Backhouse—. ¿Quiere decirlo usted o lo digo yo?... De acuerdo, lo haré yo. —Señaló la tapa negra que había dentro de la bolsa de plástico—. El daño que se ve aquí coincide exactamente con la herida de la pierna de Nathan Levy. —Sacó una copia de radiografía de su expediente y la deslizó sobre la mesa—. Lo que demuestra que Nathan Levy iba de pasajero en ese coche aquella noche. Sé que usted mintió. Nunca hubo ninguna pelea con Fred Lobbrecht. En el accidente, Nathan Levy se golpeó la pierna con la guantera. Abigail Plunkitt iba en el asiento de

atrás. ¿Por qué lo sé? Porque también ella tenía que morir. Porque estas personas conocían su pequeño y oscuro secreto, Wilton. Que usted conducía borracho. Que usted iba al volante. Que usted mató a aquella mujer en plena noche en la carretera de Cold Spring.

Nikki dejó que esto reposara y después continuó:

—La pregunta es, ¿por qué matarlos? Cuando hoy por la mañana consigamos la orden judicial para pedir sus registros bancarios, vamos a ver que usted ya había comprado el silencio de todos ellos, ¿verdad? —El abogado apoyó una mano sobre el brazo de Backhouse para indicarle que no respondiera—. Apuesto a que su primer soborno fue a Fred Lobbrecht. Usted lo conocía de la Unidad de Reconstrucción de Colisiones y de su anterior trabajo con Forenetics, así que el agente del estado de Nueva York Lobbrecht fue la persona a la que usted llamó esa noche para que fuese a la carretera de Cold Spring a arreglar su desaguisado. Y por eso usted pagó su hipoteca y le consiguió un trabajo importante. Abigail Plunkitt dejó su trabajo para irse a salvar manatíes. Gracias a su chequera, sin duda. Lo mismo pasó con Nathan Levy, que, de repente, pasó de conductor de pruebas a saxofonista de *blues*.

»Todo iba a salir bien, excepto por una cosa. —Señaló hacia la silla que tenía al lado—. Cuando a este idiota, Jameson Rook, le encargan que escriba un artículo sobre su denuncia de la seguridad en los automóviles, todo cambió. Porque Jameson Rook no hace comunicados de prensa. Jameson Rook se convierte en su peor pesadilla: un auténtico periodista de investigación. Empezó a fisgonear en las páginas de su estudio de seguridad y usted entró en pánico. Sobre todo, cuando Fred Lobbrecht sintió cargo de conciencia y acudió a Lon King para que intermediara en su confesión ante Rook. Y Lobbrecht estuvo a punto de hablar. Pero usted le mató antes. Ah, pero ¿qué pasa con Lon King? Probablemente, Fred se lo había contado a su loquero, así que King tenía que morir también. Eso nos deja con Plunkitt y Levy. De perdidos, al río, ¿verdad? Pero usted tenía que desviar las sospechas. ¿Y cómo consigue un tipo listo como usted convertir esto en una victoria? Hace que Tangier Swift parezca el hombre que tiene razones para eliminar a todos los delatores. Una gran idea también. Porque, al final, si todo se hubiese sabido, lo de su conducción bajo los efectos del alcohol y la mujer a la que mató, no solo se le habría condenado por ello, sino que también habría perjudicado a todos los resultados de su estudio. Usted estaba dispuesto a sacrificar a todo su equipo por la jugada de su enorme egoísmo de ser capaz de acabar con Tangier Swift, que es lo que considera el principal objetivo de su vida. ¿Tengo razón, Wilton?

Backhouse bajó el mentón hacia su pecho. Después, levantó la cabeza para poder mirarla.

Heat se señaló la venda de la frente.

—Apuesto a que desearía no haber fallado el tiro, ¿eh?

Watts colocó una mano sobre su cliente.

—No responda a eso. No diga nada.

—¿En serio? Porque me gustaría hacer una declaración. —Nikki cogió el cuaderno amarillo que había llevado con ella y lo puso delante de Backhouse con un bolígrafo—. Si colabora, todo le va a resultar mucho más fácil.

El abogado negó con la cabeza.

Heat inclinó la suya hacia Rook.

—¿Sabes una cosa? Tu versión escrita con tus propias palabras va a resultar un artículo buenísimo.

—Desde luego —contestó Rook incorporándose en su asiento—. Pese a todo, voy a escribir el artículo sobre el fallo de seguridad. Sé que para ti es importante. Pero imagina a cuánta gente más puede llegar, quiero decir en todo el mundo, si tu historia..., esta historia..., estuviese incluida.

Backhouse vacilaba.

—Wilton... —dijo su abogado.

—Ethan, cierra el pico. Estoy tratando de pensar. Por esto es por lo que el tío Ray dice que eres imbécil. —Cuando el abogado se dejó caer sobre el respaldo con los brazos cruzados, Backhouse desvió la mirada desde la bolsa de las pruebas hasta Nikki y, después, hacia Rook, sintiendo que se encontraba en un momento crítico.

—Creo que aquí solo queda una pregunta por hacer, Wilton —dijo Rook, que también había visto el cartel de Assange en su despacho—. ¿QHJ? —Cuando todos lo miraron con expresión de perplejidad, aclaró—: ¿Qué haría Julian?

Backhouse apartó el cuaderno. Pero a continuación, cuando parecía que había terminado, habló:

—Prefiero contarlo. ¿Sigues teniendo tu grabadora?

—A no ser que se me cayera anoche dentro del coche... Es broma. —Rook sacó su grabadora digital Sony y la puso en marcha para que Wilton Backhouse pudiera contar toda su historia mientras se grababa.

Humor policial. No hay nada igual.

Después de que Heat y Rook terminaran con el interrogatorio, entraron en la sala de la brigada de homicidios por primera vez esa mañana y todos los detectives que estaban allí llevaban una tirita en la frente. Así son los irónicos mecanismos de defensa de los profesionales de la policía. Incluso después de la dura experiencia a vida o muerte que ha vivido un compañero apreciado, o quizá especialmente por eso, el sarcasmo supera al sentimentalismo.

Heat entró en el juego demostrando su cariño sin hacer caso a aquel despliegue hasta que todos empezaron a reír. Aquello era mucho mejor que los abrazos entre personas con pistolas.

No fue necesario hacer una recapitulación completa, pues toda la brigada había presenciado el largo relato de Wilton Backhouse desde la sala de observación. En un extraño despliegue que solo podría considerarse como un beso de clemencia por

haber realizado aquel trabajo adicional tras su padecimiento, los detectives felicitaron a Rook por su entrevista.

Continuando con el espíritu sarcástico de ese día, Rook les dio las gracias a su manera:

—¿Sabéis? Me gustaría pensar que aquí ha habido más cosas en juego aparte de hacer justicia. De lo que en realidad se trata es de conseguir mi próximo premio Pulitzer.

—Sería mucho más gracioso si no fuese verdad —replicó Feller.

—¿Significa esto que le debemos una disculpa a Tangier Swift? —preguntó Raley.

—Sí, pero, en lugar de flores, me gustaría enviarle al señor Swift una docena de esto. —Rook hizo una peineta con el dedo del brazo que no llevaba en cabestrillo—. Y no me digáis que esto es una loca especulación mía. Wilton Backhouse me ha negado que me hubiese secuestrado y yo le creo.

—Bueno, desde luego, no cuenta con la infraestructura —dijo Ochoa—. Mirad con quién se conformó, con Maloney.

Rook asintió.

—Pero ¿quién la tiene? Exacto, aún no tengo pruebas. Mientras tanto, esperaré a que llegue mi momento y disfrutaré de los analgésicos que me han recetado.

Todos hicieron una breve pausa. Los que no estaban heridos se quitaron las vendas, se sirvieron café y se reunieron alrededor del panel con la información de los asesinatos para disfrutar de ese delicioso momento en el que las palabras que allí había escritas empezaban a cobrar sentido.

—Lo siento, pero estaba viniendo de la oficina de la policía científica y me he perdido la primera parte de la confesión. ¿Ha contado Backhouse por qué utilizó dos *modus operandi* distintos? Ya sabéis, lo del accidente de coche para uno y el dron para los demás.

Heat asintió.

—Lo cierto, Opie, es que ha habido tres. Primero mataron a Lobbrecht en el hangar de Staten Island porque sabían que estaría allí. Lon King es otra historia. Recordad que Maloney le había estado acosando y sabía que salía con el kayak. Se les ocurrió llegar hasta él con el dron y funcionó tan bien que lo utilizaron también con Abigail Plunkkit. Después, probaron con un calibre mayor para Nathan Levy y fallaron. Así que, Backhouse fue a verlo cara a cara, consciente de que huiría de un dron, pero no de su amigo. Por eso Levy había bajado la ventanilla y no había lubricante en la puerta de su camioneta. Backhouse quedó con él para hablar y le pegó un tiro a bocajarro, con calibre pequeño, pero no con el dron.

—Eso tiene sentido —dijo el detective Rhymer—, porque los técnicos acaban de encontrar residuos de un disparo en una camisa dentro del cesto de la ropa sucia de Backhouse.

Ochoa añadió aquello al panel con información de los asesinatos.

—Un dato más.

—Lo cual me lleva a un choque de manos imaginario contigo y con la detective Aguinaldo por haber registrado aquel apartamento —continuó Nikki—. El hallazgo de aquella pieza de la guantera ha sido determinante.

—¿Alguna noticia sobre los expedientes desaparecidos de los pacientes de Lon King? —preguntó Rook.

—Hasta ahora, nada —contestó Feller—. Ni en su apartamento ni en su despacho. Ni en ese sitio de Astoria que alquiló con nombre falso.

Nikki sintió en su vientre un incómodo nudo que le era familiar. Aparecía cada vez que pensaba en que sus íntimas sesiones de terapia estaban pululando por ahí.

—Yo sé dónde están —dijo el detective Ochoa tratando de ocultar una sonrisa—. En el maletero del coche de la comisaria Heat con ese prisionero. ¿Cómo se llamaba? George Gallatin.

Cuando la reunión se disolvió, Nikki oyó que Feller decía:

—Ese pobre hombre debe estar ya en Nuevo México mirando por la ventanilla de atrás y deseando parar para descansar.

Las risas hicieron que Heat recordara el viejo dicho: «Entre broma y broma la verdad se asoma». Heat estaba segura de una cosa: hasta que la descubriera, aquel caso aún no estaba cerrado.

Después de que el detective Raley le diera los últimos datos sobre su encargo especial, Nikki dejó que el rey de las cámaras de seguridad continuara con su misión. Sean se dirigió a la central de la policía y ella al baño de señoras para cambiarse de ropa.

A continuación, fue a la mesa de Rook en la sala de la brigada para cambiarle la gasa y le encontró aporreando las teclas de su portátil.

—¿Buscando lugares alternativos para la luna de miel? ¿Pionyang? ¿Chernóbil? ¿Tal vez un crucero temático de Barney el Dinosaurio?

—Nada de cruceros, ¿recuerdas? Estoy pasando mis notas para «Confesiones de un delator». —Hizo una pausa y la miró para ver su reacción—. O como sea que lo llame al final.

Continuó escribiendo. En la mesa de al lado, Opie hacía una llamada y, mientras esperaba, sacó un trapo para limpiar su iPhone.

—Quería ver cómo tienes la venda.

—Ya está hecho.

—Deberías irte a casa.

—Primero tú. —Pasó entonces a fijar su atención en el ritual de Rhymer, que rociaba su trapo de microfibra para sacar brillo al cristal.

La mirada de Heat siguió la de Rook para ver cómo el detective hacía su limpieza y, después, volvió a mirarlo a él.

—¿Qué?

—¿Y si te dijera que quizá pueda adivinar el número de Caballero Negro para poder rastrearlo y encontrar a quienquiera que me secuestrara? Eso responde a tu qué.

En menos de una hora, un mensajero de la policía científica había traído el teléfono móvil de George Gallatin dentro de una bolsa de plástico sellada. Heat firmó el recibo de la cadena de pruebas, sacó un par de guantes y colocó el móvil en su mesa delante de Rook.

—Cuando he preguntado a la policía científica, me han confirmado que el historial de la tarjeta SIM está borrado.

—Permíteme —dijo él. Con una mano enguantada, esparció los papeles que había estado garabateando durante los últimos días en su esfuerzo por recordar el número de teléfono que había visto cómo Gallatin marcaba para llamar a Caballero Negro—. Como puedes ver, tengo la mayoría de los dígitos del número de teléfono en esta página.

Ella señaló hacia sus intentos tachados.

—Salvo estos dos espacios en blanco.

—Sí, pero esa es la cuestión. No recuerdo esos dos números que faltan, pero sí sé que él solamente tocó la pantalla una vez para cada uno de esos números cuando los marcaba. Los demás eran repetidos —dijo mientras cogía el móvil—. Así que, si no me equivoco y si los de la policía científica no han limpiado ni manchado esta pantalla, debería poder ver qué números han sido tocados una sola vez y rellenar mis espacios en blanco. Es como en *La rueda de la fortuna*, pero, en lugar de comprar vocales, elijo números.

—Una pregunta: ¿y si Gallatin llamó a Caballero Negro más de una vez?

—¿Sabes qué? Las sabiondas sois muy odiosas.

—Pero ¿y si fue así?

—En ese caso, seguiría sirviendo. —Hizo una pausa y añadió—: En teoría, porque los dos dígitos que necesito siguen teniendo menos huellas sobre la pantalla.

—¿Y si George Gallatin también lo utilizó para llamar a otra persona, como a su corredor de apuestas o a un número de sexo telefónico? ¿No habría ensuciado eso la pantalla?

Rook se detuvo, pero no la miró.

—¿Me dejas seguir?

—Perdona.

Él continuó con su tarea, inclinando con cuidado la pantalla para buscar el punto en el que se reflejara. Rook miró hacia atrás y Nikki pudo ver que el polvo secante que los técnicos habían dejado hacía más fácil ver las huellas.

—¡Bah! —dijo Rook mientras lo dejaba en la mesa. Cerró los ojos para hacer alguna reconstrucción imaginaria que requería algún tipo de tarareo. Entonces, sonrió

—. ¡Ya lo tengo! —Ella lo miró con escepticismo—. No, de verdad que lo tengo.

El ataque informático seguía impidiendo consultar las bases de datos del departamento, así que Heat llamó al agente especial Jordan Delaney para que le buscara el número de teléfono que le había dado Rook. El agente del FBI apenas se mostró cordial, pero, pese a todo, era un profesional. A pesar de su enfado porque ella le hubiese quitado a su prisionero federal, quien después se escapó, Delaney devolvió la llamada a Nikki para informarla de que el número que ella le había dado no existía.

—Eso lo dudo mucho —dijo Rook—. He oído que hay números que están fuera de servicio. O que no figuran en las guías. Pero ¿que no existen? Ni hablar.

—Entonces, ¿por qué no llamas y ves quién responde? —preguntó ella.

—Gracias, lo voy a hacer. —Sacó su móvil, pero después cambió de opinión—. Si aparece mi identificación, le pondré sobre aviso. Y supón que utilizo el teléfono de Gallatin. Si contesta y me oye, ¿después qué?

—Rook, estás diciendo todo lo que se te pasa por la cabeza. ¿Qué se supone que tengo que decir?

Él se quedó pensativo un momento.

—¿Me permites?

Heat escuchaba el chirrido del acero de la decrepita barcaza al balancearse en su amarradero y olía la putrefacción y la humedad que flotaba procedente de algún lugar de los huecos oscuros donde ella y Rook esperaban bajo la cubierta.

—Aquí abajo se nos van a infectar las heridas.

—Solo llevamos aquí una hora, Nik. Yo he pasado dos noches.

—Noventa y tres minutos —le corrigió ella—. Te concedo veintisiete más. Eso es ser bastante permisiva.

—Trato hecho —contestó él—. Pero tengo fe.

—¿En un número que el FBI dice que no existe?

—Entonces, ¿por qué ponía «enviado»?

Enviar un mensaje desde el teléfono de Gallatin al número misterioso había sido la solución intermedia a la que había llegado con Rook. Aunque ella no lo confesaría en voz alta, Nikki sentía cierta emoción por su espíritu aventurero y su forma de pensar tan poco convencional. Si se lo decía, solo conseguiría animarlo más. Lo cual, en su opinión, no era tan emocionante.

Ella volvió a levantar el móvil de Gallatin, que estaba encendido, pero de nuevo dentro de la bolsa de plástico. La pantalla sí que indicaba que el mensaje había sido enviado, un mensaje que era bastante breve y conciso: «Urgente. Reúnete conmigo en la barcaza. ¡Rápido!».

Preocupada por destinar recursos a algo tan incierto, Heat decidió que ella y Rook

esperarían en la bodega de la barcaza solos. Sin embargo, como medida de precaución, había hecho que el detective Feller les siguiera como refuerzo y estaba aparcado a una manzana de distancia, en la zona que habían utilizado para rescatar a Rook unos días antes.

Nikki volvió a mirar su reloj Omega. Aún quedaban veinticinco eternos minutos de frío y humedad. Rook le tocó el hombro. Pero ella ya lo había oído, el roce de un zapato en la parte superior. Ella le hizo una señal para que se retiraran de la tenue luz que se filtraba por la rejilla de ventilación del techo.

El siguiente paso fue más silencioso, pero más cercano, sobre los escalones de chapa que conducían hacia abajo desde la escotilla.

Heat se retiró hacia la oscuridad enfrente de Rook y sacó la pistola de la funda. La sostuvo sobre su pierna, apuntando al suelo. Contó cinco pisadas más sobre el metal y, a continuación, quienquiera que fuera se detuvo, probablemente al fondo de las escaleras.

Después, volvieron los pasos. Una vez más, una suave pisada, pero claramente más cerca. Heat levantó su pistola, la rodeó con las manos y se apoyó en un soporte de hierro. Una silueta oscura salió de las sombras azules a la luz del atardecer y se detuvo.

Yardley Bell había respondido al mensaje.

En el silencio hueco que siguió, roto tan solo por otro chirrido de las placas de acero que rozaban contra el muelle, Heat observó a Bell, pero mantenía la mira de la pistola sobre el torso de la agente secreta mientras miraba si iba armada. Mientras lo hacía, Yardley abrió los brazos. Al principio, Nikki creyó que era un movimiento casual, pero cuando Yardley abrió los dedos para mostrar que tenía las manos vacías, Heat supo que no había en el gesto nada de fortuito. Yardley Bell rara vez actuaba de forma casual. Aquella era una actitud puramente estudiada.

—Jamie, Nikki, sé que estáis aquí.

Mientras Heat pensaba cómo tomarse aquello, Rook salió de su escondite en el otro lado de la bodega. Llegó hasta el borde de la luz del sol que se filtraba desde arriba y se detuvo.

—¿Tú? ¿Tú eres Caballero Negro?

—Rook, aparta —dijo Heat manteniendo su posición—. Yardley, mantén las manos donde pueda verlas, como ahora.

Rook se quedó donde estaba. La agente Bell hizo lo que se le ordenaba e incluso se giró un poco en la dirección de la voz de Nikki para convertirse en el objetivo más fácil posible con total sumisión.

—Mi arma se queda donde está —dijo Bell. Aquello podía interpretarse de dos formas: o como una advertencia de que no la cogieran o como la afirmación de que no la iba a sacar. O las dos cosas.

Heat lo pensó un momento y se acercó a la luz. Bajó la Sig Sauer, pero no la enfundó.

—Cuando he recibido el mensaje he pensado en no hacer caso. —Yardley miraba a su ex, que aún no había asimilado la sorpresa—. Después, he pensado que te lo debía después de todo lo que has pasado..., para que supieras que ya había acabado. Y que estás a salvo. —El sonido lejano de una motocicleta que pasaba con su estruendo por la calle llamó la atención de Bell y giró el mentón sobre un hombro—. Yo no debería estar aquí.

—Qué curioso. Yo pensé lo mismo a eso de las cuatro de la mañana cuando me desperté con unas ratas que me subían por la pernera.

—Nada de eso fue cosa mía. Me enteré de la operación después de que pasara.

—Si no fuiste tú, entonces ¿quién? —preguntó Nikki. Ahora que el mensaje anzuelo de Rook había dado resultado, estaba decidida a aprovechar la oportunidad hasta conseguir un arresto. Si no de Yardley Bell, de cualquier otro.

—Es información clasificada. Sí puedo decirlos que ha habido cierto conflicto interno en la agencia y...

—¿Qué agencia? —la interrumpió Heat con la esperanza de que una fuerte ofensiva hiciera que Bell se soltara.

—No puedo decirlo. Ni responder. Ya lo sabes.

—No es suficiente. Se trata de un secuestro. Necesito algo más.

Rook se recuperó lo suficiente como para poder hablar e intervino en la conversación:

—Si tú no estabas implicada; ¿por qué te llamó Gallatin?

—No me llamó a mí. Yo no soy Caballero Negro. Caballero Negro ha sido neutralizado.

—¿Le has matado?

—Por favor. Nosotros no funcionamos así. —Para enfatizar lo que decía, añadió —: No hacemos eso. Le han asignado otro destino. Incurrió en una operación ilegal y ha pagado por ello.

—¿Era el tipo del acento de Oklahoma?

—No puedo decirlo. —Lo cual era igual que decir que sí.

—¿Y George Gallatin?

—Después de que Caballero Negro lo sacara, también se le ha asignado otro destino.

—Es mi prisionero.

—Has tenido suerte —contestó Bell.

Se mostraba distante, un aspecto frío de su carácter que probablemente la ayudaba a dormir por las noches. Heat quería devolverla a un nivel más humano.

—No es necesario que me digas lo afortunada que soy. —Enfundó su arma—. Creía que lo había perdido.

—He intentado acabar con esto nada más enterarme, Nikki.

—¿Crees que eso es suficiente? Para mí, no. No después de todo esto. No después de lo que hemos pasado Rook y yo.

—Estoy haciendo las cosas bien —dijo Yardley con tono suplicante.

—Estás haciendo las cosas bien para ti. —Nikki dio un paso adelante—. La gente no «incurre en una operación ilegal» por diversión. Alguien ha autorizado esa operación. ¿Quién? ¿Tangier Swift? ¿El congresista Duer?

—Es información clasificada. Seguridad nacional.

—Vale, muy bien —dijo Rook—. Confidencialmente.

—Oye, está claro que he cometido un error al venir aquí.

—Eso parece —replicó Heat.

La conversación se interrumpió. Los tres se quedaron formando un triángulo, sintiéndose cada uno igual de insatisfecho: Heat y Rook deseando más respuestas. Yardley Bell deseando salir de aquel apuro.

Rook se quedó mirando a su ex y suavizó el tono:

—Así que hiciste todo esto... y pusiste fin a esa operación haciendo todo lo que estaba en tu mano para ayudarme a salir.

—¡Sí! —El rostro de Yardley se iluminó y dio un paso hacia él.

Nikki sintió en su interior un atisbo de celos. Sabía que era algo irracional, pero cualquiera que fuera la conexión que ellos dos seguían teniendo, por muy distante

que fuese, no quería verla patente ante sus ojos.

—Eso es... —Rook vaciló mientras trataba de buscar la palabra. Nikki pensó que diría «muy considerado» o «todo un detalle» o, tal vez, «genial». Pero la sorprendió a ella... y a Yardley—. Una puta mentira.

Los ojos de Bell, que siempre mostraban tenerlo todo bajo control, se abrieron de par en par.

—Jamie, ¿cómo puedes decirme eso?

—Porque es la verdad. Has dicho que has venido aquí para que me sienta a salvo. No, solo has venido con la esperanza de apaciguar tu conciencia y ¿sabes una cosa? Ni siquiera estoy seguro de que tuvieras acceso a ello. —En plena agitación, empezó a dar vueltas a un lado y otro—. Por eso es por lo que no seguimos juntos y lo sabes. Porque siempre mantienes una distancia de seguridad con todo. Mantenías la distancia con respecto a nosotros, a tu trabajo...

—No vengas con esas otra vez.

—Sí, otra vez. Porque no has cambiado. ¿Por qué? Porque implicarse significa arriesgarse.

Heat no sabía si disfrutar de aquello o no. Las palabras de Rook habían sacado a la luz una intimidación que quizá se arrepentiría de presenciar. Sobre todo cuando él movió su brazo libre hacia ella.

—Pregúntale a Nikki lo que es arriesgarse. Y no hablo de valentía. De eso te sobra, Yards. Te estoy hablando del tipo de riesgo en el que lo das todo. No te quedas al margen ni tienes..., no sé..., una vía de escape en la negación. —Hizo una pausa y se acarició el antebrazo a través del cabestrillo—. Oye, no quiero hacerte daño ni revolver nuestro pasado. Solo me habría gustado... Solo me habría gustado que te interesaras más. Si no por ti, por lo que es en realidad este trabajo. No me refiero a la carrera profesional, sino a la verdadera razón por la que nos dedicamos a esto. —Lanzó una mirada a Nikki antes de continuar—. Una vez entrevisté a un padre que había perdido a su esposa y a su hijo de cuatro años que pensaba que iba de viaje con su familia para visitar a sus abuelos. Pero el coche volcó de forma inesperada por culpa de un defecto en el *software* del control de la estabilidad. Imagina lo que les pasó. Ellos son nuestro trabajo. Al menos, para algunos de nosotros.

Yardley tragó saliva con tanta fuerza que Nikki lo oyó.

—No puedo dar más información. Perdería mi acreditación. Todo.

—Lo entiendo. —Rook la miró con media sonrisa—. De todos modos, gracias por decirme que estoy a salvo. Míranos. Todos estamos a salvo, ¿verdad?

—Pero sí voy a decir algo de forma extraoficial —dijo entonces la agente Bell. Mientras Heat y Rook intercambiaban miradas de sorpresa, ella continuó—: He visto que otras veces has hecho lo mismo sin nombrar a tu fuente. Me protegerías, ¿verdad?

—Claro. Por supuesto. —A continuación, él añadió—: Lo del anonimato no me lleva muy lejos, pero es un comienzo.

—Bueno, también puedo darte nombres de personas que sí van a constar de forma oficial. En mi trabajo hay bastante gente cabreada a la que ya no les importa una mierda.

—Esos son mis preferidos —dijo Rook con una sonrisa.

—Haré de soplón para ti.

—Una de tus especialidades, si mal no recuerdo. —Se rio, pero se detuvo, consciente de repente de la mirada de Nikki.

Heat sacó su cuaderno.

—Quizá deberíamos empezar hablando de por qué lo secuestraron.

—¿Ves? —preguntó Rook—. Se involucra por completo.

Heat miraba cómo el cielo se iba volviendo púrpura al otro lado del Hudson, igual que la puesta de sol que había atisbado veinticuatro horas antes desde Verrazano Narrows, solo que el puente desde el que miraba ahora estaba en lo alto del barco de la Unidad Portuaria del Departamento de Policía de Nueva York.

—Ahí tiene su MD600 —dijo el capitán apuntando con su gorro hacia las diez en punto para que ella pudiera ver el helicóptero en medio de los cristales reflectantes de los rascacielos del West Side.

Nikki le dio las gracias, después salió del puente hasta donde Rook se enfrentaba a las olas de treinta y cinco nudos apretándose contra un mamparo.

—Hasta ahora, Yardley ha estado acertada. Dijo que su Gulfstream había notificado un plan de vuelo desde Washington DC hasta Teterboro y aquí está.

—Yardley es de fiar. No te preocupes. —Como era habitual, estaba en sintonía con lo que Nikki sentía. Esta vez, con su preocupación por hacer las cosas bien.

Juntos vieron las luces intermitentes del helicóptero descendiendo suavemente sobre la popa del *SwiftRageous*. Un minuto después, los motores diésel del barco aminoraron la marcha y el casco se detuvo en el río con un leve gemido.

Mientras el capitán acercaba el bote de salvamento al mamparo de popa del yate de lujo, Tangier Swift llegó y se quedó esperando para recibirlos en persona, aunque no estaba solo. Le rodeaba su equipo de seguridad. Sin embargo, esta vez, en lugar de llevar camisetas polo a juego, todos, incluido Swift, vestían trajes formales tras haber pasado el día en la capital.

—He visto su estela a quinientos metros —dijo él—. También podría haber lanzado bengalas.

—No se trata de una redada táctica, señor Swift. Pero me gustaría pedirle permiso para subir.

—No.

Ella levantó la orden judicial.

—Tengo entrada asegurada.

El multimillonario asintió. Tres de sus acompañantes se apartaron para recoger las

amarras de la Unidad Portuaria. En la cubierta, por encima de Heat y Rook, apareció una brigada de la Unidad Hércules y se alinearon junto a la barandilla, haciendo una declaración de poder con cascos negros, pesados chalecos y subfusiles entre sus brazos. Los guardaespaldas estaban intimidados y era para estarlo.

—Así que no es una redada, ¿eh?

—La última vez que hablamos casi me amenazó.

—Heat, esto es una estupidez y lo sabe.

—Quizá debería escribirle a su congresista —dijo Rook—. No, espere. Nosotros podemos facilitarle las cosas.

Tangier se quedó literalmente boquiabierto cuando el congresista Duer salió por la puerta del mamparo y se colocó entre Heat y Rook.

—Hola, Kent —fue todo lo que Swift fue capaz de decir. Nada de aquello le encajaba.

—¿Vas a invitarme a subir o no?

Mientras la tripulación del *SwiftRageous* ayudaba al anciano congresista a subir a bordo, Swift se acercó a Heat y se quedó mirándole el vendaje.

—¿Qué le ha pasado en la cara?

—¿Esto? —preguntó ella—. Es un disfraz.

Nadie ofreció refrescos, nadie los pidió. No hubo conversaciones triviales ni cumplidos con respecto a la decoración ni intentos de suavizar la tensión mientras ocupaban sus asientos en el salón de juntas de la entreplanta. Como deferencia hacia el congresista, Swift tomó asiento enfrente de Heat y Rook e hizo una señal a Duer para que presidiera la reunión a la cabeza de la larga mesa. El anciano no le hizo caso y se sentó junto a la pared en un sofá al lado del detective Raley, al que Nikki había pedido que les acompañara. Aunque se sentó en segunda fila, el legislador inició la conversación.

—La comisaria Heat no me ha informado sobre el motivo de esta reunión. Solo me ha asegurado que es de suma importancia. Con eso me basta. Estoy listo para escuchar.

—Gracias, congresista Duer. —Aunque Heat había ido allí para enfrentarse a Swift, el congresista tenía un papel esencial en su estrategia, por lo que ella se dirigió tanto a él como al magnate—. Voy a ser muy breve. El señor Swift ha sido sospechoso en la investigación de varios asesinatos. Las víctimas eran unos delatores que trataban de sacar a la luz un defecto en la seguridad de uno de sus productos de *software* SwiftRageous con consecuencias mortales. Hoy hemos sabido que él no es el responsable de esos homicidios.

—Pues sí que ha sido breve —dijo Swift, casi a punto de levantarse de su silla.

Su intento de mostrarse gracioso fue recibido con un silencio.

—Sin embargo, existen pruebas que demuestran que sí hay un defecto en la

seguridad del *software* de los automóviles y que Tangier Swift y su empresa han tratado de ocultarlo de forma ilegal —continuó Nikki.

—Eso no lo puede probar.

—No tengo por qué. —Rozó la rodilla de Rook con la suya—. Ya lo harán otros. Pero esto se trata de algo más. Algo que le interesa a usted, señor. —Miró al congresista para asegurarse de que la escuchaba. Duer había apoyado las muñecas sobre el puño tallado de su bastón y le hizo una señal con la cabeza para que continuara—. Mis fuentes me han informado de que, con su apoyo, el señor Swift ha negociado un contrato con el Departamento de Defensa para proporcionarle un *software* que permita a nuestro ejército *hackear* aviones enemigos en pleno vuelo.

Swift golpeó con la mano sobre la mesa.

—Eso no es cierto. Son conjeturas.

—Como rango superior de los subcomités de Defensa y Seguridad Nacional, puedo asegurarle, comisaria, que si existiese tal programa del departamento, se trataría de información clasificada. —Una respuesta cómoda, desde luego.

—Fuentes —se mofó Tangier—. Usted no tiene ninguna fuente.

—Se llama SwiftJack —dijo Heat—. No tiene por qué responder. Por su reacción, sé que tengo razón. Y no tengo que mencionar el alto riesgo que esto supone para nuestra seguridad nacional. Lo cual me lleva al secuestro de Jameson Rook.

—Kent, vamos. Asesinatos que al final no he cometido yo, alegaciones sobre la seguridad en los automóviles y ahora, ¿secuestro? Yo no he secuestrado a nadie. La comisaria no sabe ni lo que dice.

—Entonces, deje que le guíe. Usted no participó en el secuestro... directamente. De ello se encargó, de forma ilegal, un equipo de operaciones encubiertas del gobierno de Estados Unidos con el fin de evitar que Jameson Rook continuara investigándole, señor Swift. ¿Y sabe por qué? Porque ellos le investigaban a usted.

Aquello llamó la atención de Swift. Miró a un miembro de su equipo y le hizo una señal para que le sirviera agua. Mientras cogía la botella, Nikki giró la silla para dirigirse a Duer.

—Tangier Swift se ha beneficiado doblemente. A la vez que tenía un acuerdo con el Departamento de Defensa, ha estado ofertando su *software* SwiftJack con nombres distintos a organismos extranjeros. Una violación de la ley federal.

—Y un gesto nada patriótico —añadió Rook.

—Eso es mentira.

El congresista Duer frunció el ceño.

—¿De qué países habla?

—Hasta ahora, ha mantenido contactos en secreto con Corea del Norte, China, Rusia y Siria.

—¿Y puede confirmarlo?

—Más importante aún es que, como presidente del comité con potestad para pedir una orden de citación, puede confirmarlo usted mismo —contestó Heat—. Pero

puedo decirle que tengo un contacto del gobierno sirio con el que he hablado esta tarde que me lo ha ratificado en persona. —Dejó que el anciano asimilara aquello con los ojos cerrados mientras movía la cabeza—. Y, señor, como generalmente el comportamiento delictivo no se limita a un solo incidente o área, me gustaría informarle de otra violación importante. Para eso he traído al detective Raley. ¿Sean?

Raley se puso de pie.

—Seré breve —comenzó diciendo—. La comisaria tuvo noticias de que este ataque informático que estamos sufriendo es tan difícil de detener porque la División de Gestión de Sistemas Informáticos de la Policía de Nueva York depende de muchas aplicaciones distintas de programadores externos. En la superficie, parecían como un montón de programas que no funcionarían de forma aleatoria. Uno se ocupaba de la comunicación de la base de datos, otro controlaba la intranet. Puede hacerse una idea. Con todos estos programas, arreglar el daño provocado por el ataque informático era como meterse en una jaula de grillos. —Miró a Heat con una sonrisa—. Yo soy una especie de friki de las tecnologías, así que la comisaria Heat me envió a la División de Gestión de Sistemas Informáticos para que investigara una corazonada que teníamos. De manera extraoficial, claro. He sabido que las aplicaciones que provocan todos estos problemas estaban elaboradas por veinte empresas distintas. Todas parecían carecer de conexión hasta que he rastreado su origen con algunos detectives de la Oficina de Tecnología Informática. Todo estaba bien protegido por un cortafuegos, pero, por fin, hoy hemos conseguido acceder y hemos descubierto que los códigos de todos los programas que han provocado el apagón estaban creados por empresas secretas subsidiarias o subcontratadas financiadas por una única compañía.

—Deje que adivine —dijo el congresista mirando a Tangier Swift con ojos amenazantes.

—Exacto. En pocas palabras, este hombre nos ha provocado el apagón, señor. —Raley se sentó.

—Eso es falso —replicó Swift—. ¿Por qué iba a querer yo *hackear* los sistemas informáticos de la ciudad de Nueva York? No tiene sentido.

Heat no estaba tan segura.

—¿En serio? Tendría todo el sentido si usted estuviese tratando de ganarse el favor de los sirios. Por ejemplo, demostrando la capacidad de su *software* para realizar un ataque informático utilizándolo en beneficio de ellos. O haciendo saber a Kim Jong Un lo que puede hacer. O a Putin. O a esos señores chinos con los que nos encontramos y que usted trató de hacer pasar por empresarios industriales que querían comprar este yate. Y si no es así, su ataque informático estaba dirigido directamente al Departamento de Policía de Nueva York. ¿Qué mejor forma de ralentizar mi investigación que impidiéndome avanzar hasta que todos los delatores que iban a por usted estuviesen muertos? —Pasó la mirada desde Swift hacia el congresista—. O podrían ser las dos cosas. Algo sinérgico. Pero la cuestión es que ahora que sabemos que ha sido él, los motivos son teóricos.

—Más de lo que usted cree —dijo Duer—. Mis hombres del Departamento de Estado están negociando en este momento un trato con ese tal Mehmoud. Ese chico va a volver al desierto en un avión este fin de semana. —El congresista dirigió entonces sus ojos caídos hacia Tangier Swift, que seguía interpretando el papel de víctima.

—Kent, eres lo suficientemente listo como para saber que todo esto es muy precipitado. No pueden demostrar nada.

—Más te vale que no puedan. Porque voy a investigar esto hasta sacar toda la mierda del agujero. Mañana mismo convocaré reuniones a puerta cerrada con el Pentágono y los Servicios de Inteligencia. —Kent Duer se puso de pie. El héroe que se había ganado la condecoración del Corazón Púrpura se apoyó sobre su bastón—. Estoy completamente a favor de que una empresa consiga beneficios. Pero más aún de proporcionar a esta nación la mejor defensa del mundo. Creo que ya te puedes olvidar del programa para el Departamento de Defensa.

—Soy inocente. Tengo un contrato.

El congresista asintió mientras tomaba una decisión en silencio.

—Creo que acabo de cancelarlo.

Cuando Duer se marchó, Heat sacó sus esposas y rodeó la mesa para acercarse a Swift. Dos de sus guardaespaldas dieron un paso con intención de impedirselo. Raley se apartó la chaqueta para enseñar su placa y su pistola 357. Se detuvieron.

—Tangier Swift, queda usted arrestado por fraude, conspiración, sabotaje y terrorismo. Además, estoy segura de que habrá más cargos federales que servirán para que sus abogados puedan permitirse comprar un barco como este. —Le esposó y añadió—: Mientras tanto, puede dar un bonito paseo en el mío.

Nikki se dio el gusto de dormir durante la siguiente mañana, aunque ese tipo de indulgencia significara para ella una hora de más y levantarse a las seis y media. Rook se había estado moviendo la mayor parte de la noche por el dolor del hombro y dio por imposible la idea de dormir a eso de las cuatro de la mañana para levantarse y seguir redactando su artículo.

—¿Si preparo café te molesto? —Le preguntó ella tras darle un beso en la encimera donde él estaba trabajando.

—Solo si no me das. —Terminó la frase que estaba escribiendo y dijo—: Por cierto, lo he visto en internet. El ataque informático ha terminado.

—Sí, lo he imaginado cuando mi BlackBerry ha empezado a vibrar sobre la mesilla de noche con un millón de correos e informes.

—La mayor parte de los cuales no has necesitado durante una semana y apuesto a que tampoco los necesitas ahora.

—Cierto. No voy a decir que lo prefería así —dijo ella mientras echaba agua de la jarra con filtro a la *kettle*—. Pero sí que hace que me pregunte cuánta tecnología

necesitamos.

—Personalmente, opino que hay cierto dron sin el que podría haber pasado.

—Estoy de acuerdo. —Revisó los mensajes—. Sorpresa, sorpresa. Un correo electrónico de Zachary Hamner.

—Me imagino a ese hombre con una capa de la ópera y durmiendo en un ataúd. Y despertándose cada día para desayunarse los corazones de jóvenes soñadores que no han oído el batir de sus alas.

—No vayas tan rápido, pequeño. Escucha esto. —Nikki leyó a continuación el mensaje en voz alta para que él lo oyera—. «Comisaria Heat, es un placer para mí transmitirle la felicitación del jefe de detectives por haber resuelto sus homicidios. Su papel en la resolución del ataque informático es también enormemente apreciado y valorado por los rangos superiores». —Se rio mientras leía el resto—. «De todos modos, su actuación poco estelar al frente de una comisaría estará sujeta durante su desempeño a la revisión de un supervisor del distrito. Tenga también en cuenta que se sigue esperando que la semana que viene presente sus informes del CompStadt, además de exigirle su presencia en la reunión en la sede central de la policía. Afectuosamente, Z». —Volvió a reírse—. ¿Afectuosamente?

—Ha debido comerse ahora mismo un corazón aún palpitante. Apuesto a que los saborea como si fuesen manzanas.

—Aquí hay otro del agente especial Delaney. «El FBI le da las gracias por lo de Tangier Swift. Casi compensa lo de haber perdido a Gallatin».

Rook cerró la tapa de su ordenador portátil.

—¿Quieres saber qué es lo peor de haber trincado a Tangier Swift? Prepárate para las embestidas en los titulares de la prensa: «Justicia para Swift. ¡Es SwiftRageous!».

—«Confesiones de un delator» empieza a sonarme cada vez mejor.

—Ya paro.

—Por favor.

Heat llevó a Rook a su médico para que le mirara la herida de bala. Mientras estaban allí, él aprovechó el viaje para que le pusiera a Nikki otra venda más pequeña en la frente y le mirara si tenía limpios los puntos. Si se ponía protector solar, apenas le quedaría una mínima cicatriz.

—Bien —dijo Rook—. Porque nos vamos a casar y cuando levante ese velo no quiero encontrarme a Freddy Krueger. —Cuando vio que Heat y el médico lo miraban boquiabiertos, añadió—: Eh..., probablemente debería reducir la ingesta de analgésicos.

La brigada les aplaudió cuando entraron en la sala. Pero lo hacían con una mano sobre sus muslos, porque todos tenían el otro brazo en cabestrillo.

—Me prometí que no lloraría —dijo Rook—. Y no lo voy a hacer.

Ochoa se quitó el cabestrillo.

—Noticia de última hora.

—Ya lo sé —contestó Heat—. El ataque informático ha terminado. Gracias a tu

compañero.

—Sí, eso también. Pero me refiero a algo muy extraño. ¿Preparada? —Inclinó la cabeza hacia Raley, quien recogió el pase. Volvían a ser de nuevo los viejos Roach.

—Han aparecido los expedientes de Lon King.

Nikki volvió a sentir cómo el dedo de una bruja le arañaba las tripas.

—¿Dónde?

—En el apartamento de Wilton Backhouse. Los tiene la policía científica.

Ella miró a Rhymer y a Aguinaldo.

—Creía que lo habíais registrado.

—Lo hicimos —contestó Inez—. Han aparecido sin más. Un montón de cajas de cartón sobre la mesa de su cocina.

—Qué raro —dijo Rook—. Como por sorpresa.

—Sí —replicó Heat. Y se excusó para ir a su despacho.

El detective de la policía científica con el que habló le confirmó que tenían los expedientes y que todos seguían estando en orden alfabético, aunque no había forma de saber quién los había tenido ni cómo los habían devuelto. No tenían ningún etiquetado y estaban tratando de sacar huellas de las cajas, pero, hasta el momento, no había ninguna. Quien fuera que los hubiese tenido llevaba guantes.

Nikki no estaba segura de qué le dolía más: pensar que el registro por escrito de sus pensamientos más íntimos y sus confesiones privadas no había sido tenido en cuenta o que su expediente hubiese sido encontrado y ahora formara parte del proceso de la investigación, posiblemente a punto de ser examinado por compañeros y detractores. No quería siquiera imaginar qué podrían hacer con aquello los de asuntos internos. En él aparecían cosas que había dicho solamente porque confiaba en que fueran confidenciales. Para siempre.

No había sido fácil adquirir esa confianza. Pero ahora se sentía ingenua y estúpida. Y, la verdad, asustada.

Nikki cerró su puerta y le preguntó si podía ver si había un expediente con el nombre de Heat. Si el detective se dio cuenta de algo, fue demasiado discreto como para decir nada. Ella escuchó cómo destapaba algunas cajas y oyó cómo pasaba las etiquetas mientras buscaba.

Dr. Lon King

Transcripción de terapia

Sesión del día 29 de marzo de 2013 con Heat, N., detective de primer grado, Departamento de Policía de Nueva York

LK: Me sorprende que hayas vuelto. Pero me alegro.

NH: Le dije que volvería.

LK: Cumplés tus promesas, eso lo sé. Pero te pusiste muy nerviosa durante nuestra última sesión cuando

hablamos de Rook. Y de tu compromiso.

NH: Y le conté que estaba comprometida.

LK: Ahí está la palabra otra vez. Pero no es como acudir a una cita, ¿verdad, Nikki?... El matrimonio.

NH: [Pausa larga]. Yo le quiero.

LK: ¿Pero?

NH: No hay pero. Creo que esta debería ser nuestra última sesión.

LK: Eso es decisión tuya, por supuesto. Pero ¿puedo preguntarte si es porque has conseguido lo que necesitabas o esto te lleva ahora hacia un lugar al que es muy doloroso enfrentarse?

[Pausa muy larga. NH permanece estoica. Se toca los ojos con el pañuelo].

LK: ¿Te ayuda en algo si hablo yo? Bien. Es muy importante saber que no pasa nada por tener nuestros sentimientos. Incluso los que no nos gusta tener. Eso me lleva a preguntarte: ¿qué sentimiento estás teniendo que no te gusta tener?

NH: [Pausa] No sé si puedo decirlo.

LK: Sabes que aquí estás segura, Nikki. Lo que digas aquí se queda entre nosotros. ¿Qué estás sintiendo que te inquieta tanto?

NH: Que... [pausa larga] no estoy segura de si debería casarme con Rook.

[Pausa mientras llora].

NH: No es que no le quiera. Le quiero. Con toda mi alma.

LK: ¿Con toda tu alma?

NH: Es que tengo tanto dentro que es... Desde nuestra última sesión he tenido tiempo para pensar en por qué me he atrincherado tanto para mantener mi apartamento. En realidad, no tiene que ver con ninguna conexión con mi madre.

LK: Puedes decirlo.

NH: No quiero dejar mi independencia.

LK: Sé que para ti no es una palabra sin más, Nikki. Tu independencia es lo que te ha ayudado a superarlo todo, ¿no es eso? Es de donde sacas tu fuerza. De ti misma.

[NH asiente].

LK: Pero el miedo a perder la independencia... no es en realidad una revelación. ¿Qué pasa si de verdad la pierdes?

NH: No entremos en eso.

LK: ¿De qué tienes miedo?

NH: ¿Por qué insiste?

LK: Te estoy guiando, Nikki. Para profundizar más. ¿De qué tienes miedo? Dilo sin más.

NH: Tengo..., tengo miedo de estar sola.

LK: Interesante. Quieres tu independencia porque tienes miedo de estar sola.

NH: ¿No es de locos?

LK: No. Has tenido que enfrentarte a muchas pérdidas. Tu independencia es tu crisálida. Te permite estar sola, pero según tus condiciones. Eso explica tu relación puramente sexual con el marine antes de que conocieras a Rook. ¿No te parece?

[NH asiente].

LK: Me gustaría preguntarte si la independencia es un objetivo vital o una percepción. Como ya me has dicho, Rook es también bastante independiente y respeta tu independencia. Eso es lo que hace que funcione, según tú.

NH: Siento que, si me caso con él, será el primer paso para perderle.

LK: Y si no, le pierdes de todos modos, pero siguiendo tus propias condiciones.

[NH hace una pausa, coge más pañuelos].

NH: Quería que le dijera un sentimiento que no me gusta tener. Ahí lo tiene.

LK: ¿Qué es lo que necesitarías para cambiarlo?

NH: No lo sé. Tendría que ser algo grande.

El teléfono vibró sobre la mesa cuando el detective de la policía científica le devolvió la llamada.

—No, Heat —dijo—. Y he mirado en toda la caja por si acaso se había archivado mal o se había mezclado con otro. ¿Quieres que siga buscando?

Ella le dijo que eso le vendría bien y colgó. Después, tuvo que sentarse para recomponerse.

Sus pies chocaron con algo debajo de su mesa. Inclino la cabeza de lado y vio una caja envuelta en papel de regalo. Nikki colocó la caja sobre la mesa. No llevaba nota. Usó las tijeras para cortar el lazo y, con cuidado, cortó el papel decorativo para tocarlo lo menos posible. Apartó el envoltorio y vio una caja como las que se ven en cualquier tienda Hallmark. Vaciló y, después, levantó la tapa.

Dentro había una carpeta marrón, de las que se ven en las consultas de los médicos. En la etiqueta ponía: «Heat, N. Detective 1º grado, NYPD». La agarró del borde y abrió el expediente.

Estaba vacío. Pero sí tenía algo.

Sacó la carpeta marrón. Debajo de ella, la caja estaba llena de trozos de papel que habían sido pasados por una trituradora. Levantó algunos de ellos con la palma de la mano y no pudo leer nada de lo que contenían.

Pero sabía qué eran.

Entre el confeti había un sobre de color crudo. No había nada escrito por fuera y no estaba cerrado. Nikki sacó la tarjeta del sobre y, cuando la leyó, el calor de la gentileza de otra persona la invadió y sonrió.

Heat dejó con cuidado la nota dentro de la caja, sobre el expediente triturado, boca arriba, para poder apreciar una vez más la bonita letra de mujer y el mensaje que solo contenía dos palabras.

«Por completo».

La resplandeciente mañana de agosto del día de la boda de Nikki Heat, ella se colocó delante del espejo vertical con su traje de tafetán de seda con vestido de tubo de encaje plateado y deseó que su madre estuviese allí para verla. Se besó las yemas de los dedos y acarició con ellas el anillo de bodas de herencia familiar que llevaba en una fina cadena alrededor del cuello y supo que su madre estaba allí de verdad y que, en cierto modo, siempre lo estaría.

Lauren Parry, su dama de honor, y Margaret Rook ahogaron un grito al ver lo guapa que estaba y dijeron que estaba impresionante, alabaron su pelo, que lo llevaba recogido, acentuando su elegante cuello de bailarina, y la tranquilizaron diciendo que la cicatriz no se le notaba en absoluto. El tiempo lo cura todo y en esos cuatro meses la naturaleza había hecho su trabajo. De todos modos, le pidió a Lauren que le pusiera un poco más de maquillaje. Por si acaso.

La única preocupación de Heat era Rook, con el lanzamiento del libro que había escrito basado en su artículo «Por quién doblan las campanas delatoras» y que había vendido a unos estudios cinematográficos. Se suponía que debía regresar el día anterior, pero se había desatado una tormenta en plena ola de calor en Nueva York provocando la cancelación de su vuelo. Su avión había llegado por fin esa mañana al JFK y el coche privado que había pedido para que lo llevara a los Hamptons se había incendiado en Shinnecock Hills. Los detectives Rhymer y Feller habían salido a toda velocidad una hora antes con un coche de policía y las sirenas encendidas para recogerle, pero aún no había noticias del novio.

Nikki apartó las cortinas de la *suite* de la playa para asegurarse de que todo estaba listo. El día era simplemente espectacular. La tormenta había acabado con aquella agobiante humedad y el sábado en Bridgehampton parecía más del mes de mayo que de agosto. Los invitados parecían bastante relajados, la mayoría de ellos ya sentados en las filas de sillas blancas plegables que estaban frente al cenador del jardín donde el césped se juntaba con la arena blanca y, más allá, el azul del Atlántico.

Su padre estaba de pie, a un lado, con la mujer que se había ido a vivir con él en junio. Jeff Heat conocía a Linda de sus tiempos de estudiante en la Universidad George Washington y habían recuperado el contacto a través de una red social: Alcohólicos Anónimos. A Nikki le reconfortaba ver que su padre había vuelto a encontrar el amor. Tenía gracia que alguien nuevo le hubiese convertido en el hombre que había sido antes.

Heat oyó carcajadas y se inclinó hacia delante para ver a Raley y Ochoa partiéndose de risa en sus asientos de la primera fila. El camino de Heat a su puesto de mando no había sido fácil y, mirando hacia atrás, se daba cuenta de que debía haber hecho caso a Rook en su primer día, cuando él la avisó de los peligros de ser jefa sin poder lanzarse al vacío. El nombramiento de Sean y Miguel como jefes provisionales de la brigada no solo había hecho que pareciera indecisa, sino que el

carácter incierto del ascenso había enfrentado a sus dos mejores detectives, por no decir compañeros a prueba de bombas, en una competición nada sana. Ella había confesado su error; ellos el suyo, y sus estridentes carcajadas y..., ¿qué era eso que tomaban de una petaca?, demostraban ahora que efectivamente su amistad era a prueba de bombas.

Rook le envió un mensaje diciendo que estaba «a noventa segundos del éxtasis» y ella pudo oír el retumbar del coche de Feller acercándose por el camino de entrada al hotel. Se rio imaginándose la humillación de cierto periodista de investigación tratando de ponerse un esmoquin en el asiento de atrás de un coche de policía mientras sorteaba todas aquellas curvas desde la autopista hasta la bahía de Mecox. Entonces, el aleteo de la mariposa más grande que había sentido nunca la pilló por sorpresa y tuvo que agarrarse al alféizar de la ventana para no perder el equilibrio. Se quedó quieta hasta que se le pasó.

Y, a continuación, deseó con todas sus fuerzas volver a sentirlo y que no desapareciera nunca.

De hecho, volvió unos minutos después y dio alas al corazón de Nikki cuando vio a su futuro marido, con su esmoquin hecho a medida, incorporándose al verla a ella mientras esperaba, todo sonrisas, rodeado de flores en aquel kiosco. Su padre la acompañó por el pasillo al compás de un aria de una de las cantatas de boda de Bach que interpretaba un conjunto de cámara del conservatorio Juilliard y que cantaba de forma angelical nada menos que la madre de Rook, la gran dama de Broadway.

Todas las miradas estaban puestas en Nikki mientras avanzaba despacio por aquel pasillo de telas blancas que habían desplegado sobre el exuberante césped, pero sus rostros alegres quedaban borrosos. Heat solo podía ver a Rook. Y la sonrisa que ella quería ver siempre.

Llegó junto al juez Horace Simpson, su compañero de partidas de póquer desde hacía mucho tiempo, y esperaron a que la cantata terminara.

—Estás absolutamente preciosa —susurró Rook.

—Y tú arrebatadoramente guapo.

Él miró al juez.

—Sabía que me iba a casar con la persona indicada. —Y Nikki asintió con una sonrisa tan brillante como el mar que tenían detrás.

Habían escrito sus votos y, con fe ciega, habían decidido no enseñárselos entre ellos. Después de que el juez Simpson hiciese sus comentarios de apertura y los invitados estuvieran acomodados, Rook agarró las manos de Nikki y pronunció su promesa:

—Me enamoré de ti el día en que nos conocimos. Creo que lo primero que me dijiste fue algo parecido a «Quédate en el coche o juro que te disparo».

Cuando todos los invitados se rieron, Nikki les miró.

—Es verdad.

—Tengo que asumir que soy escritor y no policía. Pero en lugar de despacharme como la persona tan pesada que probablemente fui y/o en lugar de dispararme, obraste un milagro en mi vida, Nikki, al hacer lo mejor que nadie había hecho por mí. Confiaste en mí. Sencilla, completa e incondicionalmente. Salvo con mis ocasionales teorías conspirativas, muchas de las cuales debo decir que resultaron ser ciertas.

»Lo que ocurrió cuando tú y yo empezamos a ser nosotros fue el siguiente milagro. Empecé a vivir un sueño, porque tú lo mejoras todo. Incluso el horizonte de Nueva York. Contigo vi por primera vez cómo las luces del Carlyle resplandecían como joyas de color naranja al atardecer. Tú me enseñaste que si cierro los ojos en el Highline, huele como un campo de amapolas de Tuscany. Nunca olvidaré el día en que salimos a correr por la mañana temprano y empezaron a caer enormes copos de nieve que convirtieron Central Park en nuestra particular esfera de nieve. Y entonces, cuando yo susurré «Rosebud» tú también pensaste en *Ciudadano Kane* y lo entendiste. ¡Lo entendiste de verdad! El mundo contigo es emocionante, ya sea paseando por el Bowery o por la *Île de la Cité*. Estoy deseando ver la magia que desprendes en Islandia cuando llegemos mañana a Reikiavik. —Rook hizo una pausa mientras se escuchaban murmullos de perplejidad a través del césped que preguntaban: «¿Reikiavik?».

»Tenemos muchas cosas en común. Nos gustan los mismos vinos, hemos leído los mismos libros y, ahora, compartimos la misma casa. Incluso hemos compartido una bala. ¿Cuántos recién casados pueden decir lo mismo? —Tiró de sus manos y sintió deseos de besarla, pero esperó. Eso vendría después.

»Le debo mucho a Ernest Hemingway. —Miró a los invitados y dijo—: Hemingway dijo una vez: «La mejor forma de saber si se puede confiar en alguien es confiando». Yo no soy ningún Hemingway, pero añadiría: «Y la mejor forma de saber si amas a alguien es tener a Nikki Heat».

Inesperadamente, se quedó sin habla y después continuó:

—Y ahora yo, Jameson Rook, te prometo mi amor eterno a ti, Nikki Heat. Simple, completa e incondicionalmente. Hasta que la muerte nos separe.

Los dos articularon un «te quiero» en silencio y Nikki tomó la palabra.

—Nos conocimos por nuestro trabajo y hemos terminado siendo cómplices. Y ahora aquí estamos, a punto de convertirnos en compañeros de vida. Sí, hemos compartido una bala, pero también mucho más. Como la creencia en la bondad, en las personas, en la risa, en la amistad, pero, sobre todo, el uno en el otro. Lo que no compartíamos todavía cuando nos conocimos lo he aprendido de ti. Me has enseñado que las cosas no están tan lejos como uno cree ni son tan imposibles como parecen. Y que los tontos conducen y los amantes disfrutan del viaje.

»Nuestro viaje no ha sido nada convencional, eso como poco. El simple hecho de sobrevivir para llegar a este momento ha sido un milagro menor. Pero justo cuando creía que no podía sentirme más cerca de ti ni más segura sobre nuestro matrimonio,

esa experiencia ha creado un vínculo que nada podrá romper jamás.

»Yo, Nikki Heat, me pongo ante ti y ante todas las personas a las que quiero... — hizo una pausa y tragó saliva; él le hizo una señal con la cabeza para animarla y ella continuó—: y ante alguien que no ha podido estar aquí... para prometerte que siempre te amaré, Jameson Rook. Siempre estaré a tu lado. Siempre seré tu amiga y, sí, también tu cómplice eternamente. Que cada momento a partir de este día sea el mejor de nuestra vida.

Rook sonrió al colocar el anillo de boda en su dedo. Los radiantes ojos de Nikki apenas se apartaron de los de él mientras ella le ponía el suyo.

—Por el poder que me confiere el estado de Nueva York, yo os declaro marido y mujer —dijo el juez. No tuvo que pedirles que se besaran.

Heat y Rook ya lo estaban haciendo.

AGRADECIMIENTOS

Son las dos de la mañana y aquí estoy sentado, demasiado excitado como para poder dormir, aún contento tras haber recibido el premio a mi trayectoria en la gran ceremonia Poe's Pen de esta noche y, sinceramente, soy incapaz de despertarla. Bueno, imagínate, querido lector, mi chaqueta de esmoquin confeccionada a medida en el suelo, el nudo de la corbata deshecho y un vaso con el irlandés que tengo a mano sin hielos que puedan echar a perder la magia del color ámbar. Sí, la de hoy ha sido una velada muy embriagadora. La estatuilla del Poe's Pen, las amables palabras del presentador del premio, el gran Michael Connelly, la alfombra roja... Pero, en realidad, han sido las caras, las de todos los que están tan cerca de mí y que tanto quiero, alrededor de esa mesa de honor, mientras yo miraba desde el podio, lo que más me ha gustado, la oportunidad de brindar por aquellos que lo han hecho posible.

Así que mientras sigo con el mismo ánimo de brindis (y quién sabe si, después, con ánimo de bailar el Time Warp), permíteme que eleve mi añeja copa por todos aquellos que una vez más han demostrado que estos cachorritos no se escriben solos. Todo comienza, y esperemos que nunca acabe, con Kate Beckett..., mi inspiración, mi maestra, mi amante y mi mejor amiga..., por lo mejor de nuestra vida. El equipo de la comisaría Veinte se sale y son mi roca de salvación. Javier Esposito y Kevin Ryan, de lo único que me arrepiento es de nunca haber podido acuñar una palabra compuesta para vosotros. ¿Espry? ¿Javin? ¿Qué tal «amigos»? Victoria Gates sigue dejándome correr sin control y, por ello, le doy las gracias, como siempre.

A decir verdad, una autopsia no es nunca una fiesta a la que quieras ir de invitado, pero la doctora Lanie Parish de la oficina del forense hace que ese sótano sea todo lo animado posible. Bueno, sin despertar a los muertos.

Mi madre, Martha, supone para mí tanta consternación como inspiración y ninguno de nosotros querría que fuese de otra forma. Mi hija, Alexis, sigue eclipsando a su viejo en cada momento. A ver si para ya. ¡Sabelotodo! (¡En el siguiente libro la obligaré a que sea ella quien escriba esta sección!).

Permitid que golpee mi vaso con una cucharilla para rendir homenaje a Nathan, Stana, Seamus, Jon, Molly, Susan, Tamala y Penny.

Mis amigos del Clinton Building de los Estudios Raleigh también merecen un elegante «¡Salud!». Oye, se me acaba de ocurrir que podría convertir este brindis en un estupendo juego de esos en los que hay que beber.

Terri Edda Miller, me contagias solamente con estar cerca. Mano con mano, codo con codo, sigamos adelante... juntos. Siempre.

Por ti, Jennifer Allen. Los ojos se me empañan y pienso en Hemingway, que dijo: «Al final, es el viaje lo que importa». Nuestro precioso trayecto continúa con cada coma en su sitio y bien justificada.

Gracias a Laura Hopper, editora ejecutiva de Disney Publishing Worldwide, Kingswell, y a Lisa Schomas y su estupendo equipo de apoyo de la ABC por el éxito

conseguido con su increíble colaboración y planificación.

Mi agente, Sloan Harris de ICM Partners, siempre se ha asegurado de que mi copa esté medio llena y le estoy agradecido por creer en mí desde el principio.

Will Balliett, Gretchen Young y Elisabeth Dyssegaard también merecen un toque en la copa y un sorbo por este pequeño experimento.

Ellen Borakove sigue proporcionándome su estupenda ayuda técnica en todo lo relacionado con la oficina del forense. Además, he contado con la increíble ayuda de la doctora Monica Smiddy, patóloga de la ciudad de Nueva York.

Shamus Smith, del Departamento de Policía de Nueva York, no solamente me proporcionó una mina de información y de ayuda técnica, sino que..., venga ya..., ¿un policía que se llama Shamus y que presta su ayuda para una novela policíaca? ¿Qué podía salir mal?

Gracias a Jacqui Rivera por presentarme a Shamus y a Joe Murphye, el orgullo de Melbourne, por la ayuda logística y en la investigación. Y, año tras año —siempre sagaz, fiel y con iniciativa—, Cooper McMains, gracias por tu apreciada ayuda.

Si alguna vez pensara que hay alguien inestimable para participar en un proyecto, desde luego sería David Liske, director ejecutivo, ingeniero informático, miembro de la Comisión para la Certificación de Reconstrucciones de Accidentes de Tráfico y socio principal de LISKE Consulting Group Forensic Professionals. David me ha dedicado generosamente muchas horas de su tiempo y partes enteras de su cerebro mientras yo investigaba para este libro. Todo aquello en lo que yo haya acertado con respecto al peritaje y reconstrucción de colisiones de vehículos es cosa de David. En lo que me haya equivocado, es cosa mía.

Además, he recibido muchísima ayuda de la Biblioteca Pública de Nueva York, así que un saludo especial (¡chiss!) para la directora de la Comunidad de Investigación, la doctora Carolyn Broomhead, y el bibliotecario de referencias, Jay Barksdale, por su ayuda en la investigación y por permitir que me alojara para escribir en la sala 228E, «el lugar más silencioso de la tierra».

John Parry se ha vuelto a superar con su perfecta misión de reconocimiento en el norte del estado, incluida la exploración de la situación exacta en GPS para la limusina.

Alton Brown, que no es ningún despiadado como en la televisión, no solo se inventó la receta del ponche de Jameson, sino que tuvo el detalle de buscar una que pudiera ser servida en frío en una boda en verano, no la caliente tradicional.

Mi amiga Jill Krementz habría hecho unas fotografías de boda dignas del premio Pulitzer y le doy las gracias por ello. Y choco la mano con mi amigo Ken Levine, que siempre me recuerda al comienzo de cada libro que quizá un asesinato no sea una mala idea.

Ahora voy a volver a llenar el vaso para este brindis, porque es para un enorme agradecimiento: Andrew Marlowe, cogiste un castillo y lo has convertido en Camelot. ¿Que ya he dicho bastante? Nunca es suficiente. Considérame un autor

cuyas mejores palabras no llegarían a ser las adecuadas.

Y Tom, ¿qué puedo decir? Solo que sigo estando a la altura de ese premio al seudónimo. Quizá no mole tanto como recibir uno de Michael Connelly, pero supongo que es un comienzo.

R. C.

12 de mayo de 2015, 2:34 de la noche

Nueva York